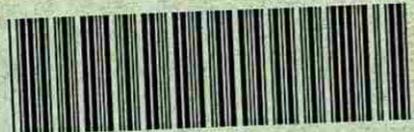


421 C

SANDEA
LA ROCA
DE LAS
GAVIOTAS

PQ2421
.S2
R68

RQC



1020026817



FONDO
RICARDO GOVARRUBIAS

BIBLIOTECA DE "EL MUNDO"

LA

ROCA DE LAS GAVIOTAS

VERSION ESPAÑOLA

POR
JULIO SANDEAU, DE LA ACADEMIA FRANCESA

100365

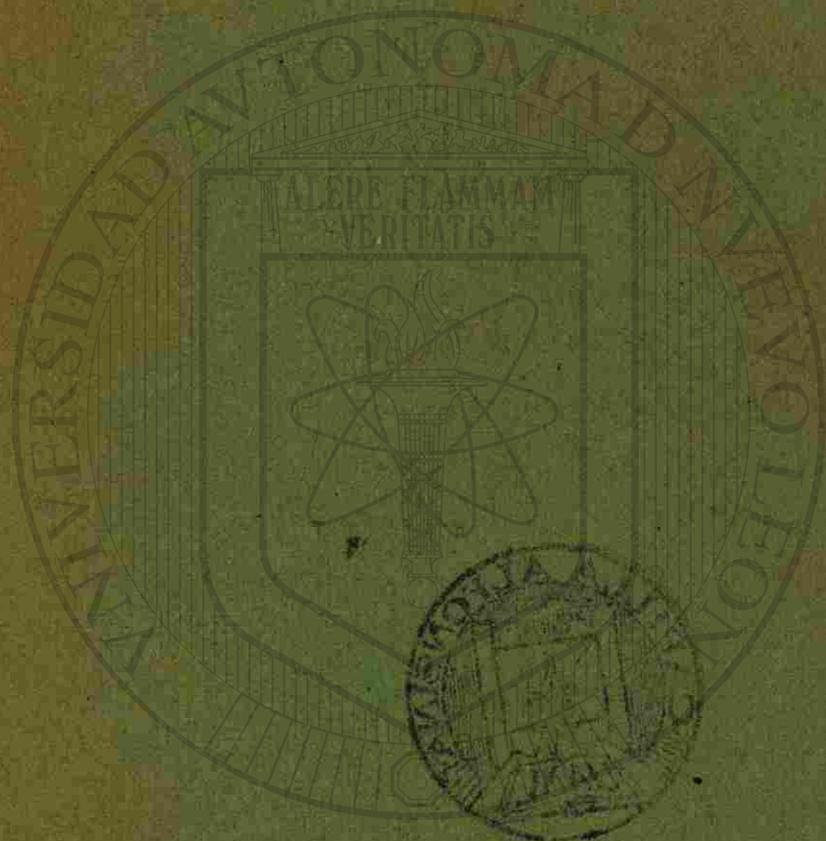
MEXICO

Oficinas de la Comp. Editora de "El Mundo,"
Sociedad Anónima.

Calle de Tiburcio número 20

1800

30737



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

843
S.

PQ2421
S2
R68



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE

La roca de las gaviotas

(A MI SOBRINO PABLO)

Poullguen es una aldea de Bretaña, situada a orillas del Océano, entre el pueblo de Batz y la embocadura del Loira, con su puertecillo de pesca y de comercio, resguardado a un lado por colinas de arena y limitado al otro por un muelle, donde hay casas que llegan hasta la misma playa. Los alrededores son desnudos y áridos, y ni siquiera ofrecen a los entristecidos ojos del espectador las landas, las malezas, los campos de aulagas y de retamas, que son la poesía familiar de los paisajes de la Armórica. Se llega a la aldea cruzando los pantanos de agua salobre que la rodean por todas partes. Esos pantanos no carecen, sin embargo, de carácter, sobre todo cuando el sol los baña y les hace brillar como si fueran de escarcha ó de cristal.

La aldea es muy limpia y alegre. Sus habitantes todos, pescadores ó salineros, viven del mar. Las casas, bien construidas, respiran, en el interior, la honradez, el bienestar y el trabajo. La playa, firme y segura, se ve alegrada a todas horas por las evoluciones aéreas de las gaviotas y de otras aves marinas, que parecen amar mucho aquellos parajes. A algunos pasos de allí, un pequeño bosque de árboles del Norte mezcla un agradable olor a resina con el aliento, tan

saludable, del Océano. Aunque los alrededores son áridos, pueden hacerse por ellos bonitas excursiones. Toda la parte de la costa que se extiende hasta Croisic, tocando al pueblo de Batz, sin ser tan grandiosa como los derrumbaderos y costas bravas de Normandía, no deja de presentar aspectos muy variados y terrenos muy pintorescos. Hállase erizada de rocas; pero las mil fragosidades y las escaleras naturales que las mareas han cavado en los flancos de la roca, permiten a cada instante comunicar con el mar y penetrar en cierto modo en su intimidad. Así es como a mí me gusta el mar; menos como un espectáculo que como un amigo. Me gusta conversar con él, seguirlo paso a paso por los arrecifes que va descubriendo a medida que va retirándose, ó bien, tendido en la arena de las solitarias bahías, verlo ir invadiendo sucesivamente sus dominios y depositando a mis pies sus olas acariciadoras. Ni siquiera deja de gustarme verme envuelto por sus iras. He vivido en aquellas costas algunas semanas, y me es muy grato el recuerdo que de ellas conservo. Ya hace mucho tiempo de eso. Mi hijo era entonces un niño: aún me parece verlo corriendo por la orilla del mar y jugando con las olas, como si ya comenzara el aprendizaje del rudo

y hermoso oficio que después debía tomar. Me agradaría volver á Pouliguen. Allí se vive con sencillez y economía. Lo que más me gusta es que la gente elegante lo desdén, huye de él ó no lo conoce. Aquel puertecillo, ordinariamente tan tranquilo, acababa de escapar, cuando yo llegué, de un espantoso desastre, y se encontraba todavía bajo la influencia de las violentas emociones que había sufrido. Oye, querido Pablo, lo que ocurrió, porque á ti va dirigido este relato. Estabas resuelto á no aprender á leer hasta que tu anciano tío escribiese algo para tí. Confiesa que tu pereza contaba con la mía y creía asegurarse de esa manera largas holgazanas. ¡Pues, hijo mío, estás cogido! Quisiera que esta historia te interesara lo suficiente para despertar en tí desde luego la afición á la lectura. Aun cuando sirviera para ponerte en condiciones de leer correctamente las que tan bien relatan mis amigos Stahl, Julio Verne y Macé, no tendrías por qué lamentar el trabajo que te tomes, y yo no habría perdido mi tiempo.

JULIO SANDEAU.

I

En 1854, hacia mediados de Abril, en una tarde clara, el coche que hace el servicio de viajeros entre Guérande y Pouliguen, se detenía á la entrada del puerto. Una señora joven se apeó de él, después un niño, al cual recibió en sus brazos, y luego la doncella que los acompañaba.

Pálido, enfermizo, el niño parecía no tener más que cinco años, aunque en realidad había cumplido ya los seis. La joven estaba de luto; el aire de tristeza que se veía en su dulce semblante, decíalo más las claras que el color de su traje. El equipaje que el mayoral descargaba en el muelle, indicaba que no iba á Pouliguen á pasar unas cuantas horas solamente. Y en efecto, apenas llegó, ocupóse en seguida en buscar un alojamiento que le conviniera para pasar algunos meses. No se mostraba exigente: dos habitaciones le eran suficientes, con tal que la que ella ocupase con su hijo fuera grande, aireada, bañada por el sol y con vistas al mar.

Fácilmente encontró lo que deseaba, y se instaló sin tardanza en casa de una familia de pescadores:

El cuarto que ocupó encima del entresuelo, aunque reunía todas las condiciones apetecidas, era una morada harto modesta. Pronto la joven la alhajó á su gusto. Las mujeres, en general, tienen el instinto del arreglo, y saben, como los pájaros, hacerse un bonito nido con una pequeña cantidad de crin, de musgo y de pluma.

Había rodeado con colgaduras blancas y limpias la cama donde dormía su hijo cerca de ella; colocado cortinas de percal en cada una de las ventanas; puesto en el suelo una estera de junco; cubierto con un mantón suyo, á guisa de tapete, la grosera mesa, sobre la cual arreglaba sus libros, sus cofrecillos, sus cajas de costura y todos los enseres de su tocador. Ya las conchitas y las algas marinas, los guijarrillos redondos y veteados de negro ó de rosa recogidos en la playa, las primeras flores de primavera que había cogido en la costa ó en las hendeduras de las rocas, adornaban las rústicas tabletas de su *étagère* improvisada. Su vida, sus costumbres, estaban arregladas ya. Pasaba la mayor parte del día al aire libre con su pequeño Marcos, á quien llevaba siempre consigo, y al cual fué acostumbrando al aire solano, á las fuertes brisas, á los salpicones de las olas, á los cálidos aguaceros del cielo.

Era preciso que hiciese muy mal tiempo para que se quedase en casa. Casi siempre, á la hora de la baja mar, iba á sentarse en una de las ensenadas de la playa; y mientras su querido hijo, tan delicado, tan endeble, tan débil, se aventuraba por los arrecifes, ella bordaba ó hacía otra labor, sin perderlo de vista un solo momento, y excitándolo con la voz. Cuando el pequeño no podía ya más y parecía pedir auxilio, ella se ponía en pie, lo envolvía por completo en un mantón ó en una manta, lo tendía encima de la arena caldeada por el sol, ó haciéndole una almohada con su pecho, lo mecía, y lo dormía sobre su corazón.

Más de una vez se la vió entrar en el pueblo con aquella dulcísima carga en brazos. Cuando llegaba la noche, acomodaba por sí misma al niño en la cama y permanecía á su lado hasta que se cerraban sus párpados. Desde aquel momento la madre se pertenecía. Sentada delante de su mesa se ponía á es-

cribir, y durante horas enteras la pluma corría, sin cansarse, por el papel. Así esparcía, en muda confidencia, sus temores, sus esperanzas y las ternuras de que estaba llena su alma.

Tal era el género de vida que hacía en Pouliguen la señora de Henry. Los habitantes del puerto no sabían de ella más que lo que veían: tampoco deseaban saber más: las gentes que trabajan no son curiosas. Además (me apresuraré á decirlo), no había misterio alguno en la vida de aquella joven: una vida tan pura como la suya no tenía nada que ocultar.

II

Las personas que han conocido íntimamente á los señores de Henry durante los primeros años de su unión, pueden vanagloriarse de haber visto de cerca un matrimonio feliz.

Aquellos dos jóvenes, bien nacidos los dos, no se habían llevado en dote más que su juventud y su amor respectivamente; juventud honrada, amor sincero y apoyado en la recíproca estimación.

Después de haber pasado alegremente los malos tiempos, esos tiempos que á veces se echan de menos cuando se sabe lo que valen los buenos, habían introducido poco á poco la holgura en su hogar, ya embellecido por sus mutuas ternuras. Á las amables cualidades que les habían ayudado á vivir sin los dones de la fortuna, uno y otro unían las cualidades serias que sirven para merecerlos. El marido, empleado al principio en una de las más importantes casas de comercio de París, pudo, al cabo de algún tiempo, establecerse por su cuenta. Era laborioso, activo, inteligente. Por su parte, la esposa llevaba valerosamente y de buen grado la mitad del peso de la vida común. Sólo de ese modo pueden existir matrimonios felices: el matrimonio es una asociación, y es entender de manera equivocada la dicha y la dignidad de una mujer el reducirla á no ser más que un objeto de lujo en su casa. Ann cuando echaron raíces en plena realidad, el señor y la señorita de Henry permanecían, sin embargo, fieles á las deliciosas pasiones que fueron las fiestas de su tiempo de pobres. La riqueza no era, á su juicio, el supremo

objetivo del destino. El cuidado de los intereses positivos no había rebajado sus almas. Se amaban como al principio, y el espíritu de los negocios, que no tiene nada de común con los negocios del espíritu, no logró hacerlos prescindir de los placeres de la inteligencia. Todo les sonreía, tenían hijos encantadores, tres niños, hermosos los tres como el sol, á los cuales amaban. ¡Ay! aquellas rubias cabecitas eran las que debían atraer la desgracia.

Á la edad de seis años, el mayor, que había crecido hasta entonces como un retoño vigoroso, palideció, se debilitó, languideció durante algunos meses, y murió. No he de hablar del dolor del padre y de la madre: ¿á qué? ¿Y qué podría yo decir? Si es absolutamente preciso que la felicidad se pague aquí abajo, ciertamente satisficieron su deuda, y podía creerse que la suerte envidiosa no tenía ya nada que reclamarlos. Sin embargo, dos años después el hijo segundo se extinguió como su hermano mayor. Al llegar á la edad de seis años se le vió languidecer, y también entonces la ciencia y el cariño fueron impotentes: murió sonriendo, con los brazos echados al cuello de su padre. De aquellos tres seres adorados no quedaba más que el pequeño Marcos.

Tratan ahora de figurarse el terror creciente de aquellos infortunados, á medida que su última esperanza iba acercándose al término fatal en que los otros dos fueron segados por la muerte. ¡Júzguese de su espanto cuando advirtieron los primeros síntomas de la anemia! Marcos se marchitaba como una flor á la cual falta agua: la enfermedad hacía rápidos progresos.

Habían agotado la lista de los médicos de fama y ya no sabían á quién recurrir. En la misma calle que ellos, vivía un médico bastante obscuro, el cual, no por no ser uno de los príncipes de la ciencia, había dejado de adquirir en su barrio sólida reputación de talento y honradez.

En su desesperación, pensaron en él. El doctor acudió á su llamamiento: era un señor simpático, un poco triste, y cuyo semblante, aunque respiraba cariño, hubiese pasado inadvertido á no ser por la hermosura de los ojos y la profundidad de la mirada. Escuchó el relato de los padres, más de una vez interrumpido por las lágrimas y los sollozos, y luego, después de reconocer al ni-

ño, mantúvose en reflexivo silencio.—Señora, dijo por fin, no sé más que de un médico en el mundo, uno solo, ¿me oís? que pueda salvar a vuestro hijo.

—¿Cuál? ¡Nombrad! exclamó la madre desesperada.

—No soy yo, replicó el doctor. Aquel de quien hablo es el amo y señor de todos nosotros. ¡Feliz aquel que puede, de tarde en tarde, arrancarle uno de sus secretos! En general, a El es a quien en primer término debieran dirigirse todos los enfermos, y la mayor parte de ellos se mueren por no haberle consultado.

—Pues bien, caballero, decidme su nombre, sus señas. Lo llamaremos.

—Perderíais el tiempo; no se molesta jamás por nadie. Hasta las testas coronadas se ven precisadas a ir a buscarlo; pero grandes ó pequeños, acoge con igual bondad a todos los que se echan en sus brazos.

—¡Ah! exclamó la señora de Henry; iré a buscarlo aunque sea al fin del mundo.

—Id, señora, dijo el médico con aire de autoridad. No esperéis a mañana; salid hoy mismo, dentro de una hora. Ese médico es la Naturaleza; id, y confiadle vuestro hijo. No respondo de su curación; pero afirmo que si sigue aquí, dentro de un año, a más tardar, habrá ido a reunirse con sus hermanos. Arrancadlo pronto a la existencia que lo mata. Llevadlo lejos de París, a las orillas del mar, a cualquier pueblecillo ignorado de Bretaña ó de Normandía. Dadle espacio, aire libre, sol, vastos horizontes. Acostumbra sus pies a correr por la arena; que su cuerpo se impregne de sal del Océano. Cuando sus fuerzas renazcan, dejadlo que se escape y galope en libertad como un potranco por las inmensas sabanas. Los niños ¡a Dios gracias! no faltan en nuestras costas; que se mezcle a sus diabluras y que se revuelque con ellos por la playa. No le escatiméis ni el viento ni la lluvia. Que coma y beba a discreción. Nada de drogas ni de medicinas. La Naturaleza sabe mucho más que la Facultad: sabe hacer milagros.

Y después de decir esto, el doctor se retiró.

La señora de Henry tenía noticia del Pouliguen; una amiga suya pasó allí la anterior temporada de verano. Aquella misma noche salía para Nantes en ferrocarril. Al día siguiente tomaba el vapor que la conducía a

Saint Nazaire. No se detuvo en Guérande más que el tiempo preciso para cambiar de coche, y una hora después llegaba al pueblecillo de mar donde la vida y la muerte iban a disputarse a su hijo.

III

Triunfó la vida. Al cabo de algunas semanas, como una planta que languidece a la sombra de un suelo ingrato, y que, transportada al Mediodía y a un terreno nutritivo, resucita y promete flores para la próxima estación, Marcos fué renaciendo.

Ya la savia reavivada había comenzado su trabajo misterioso; parecía que se la veía circular bajo el fino tejido de la piel, la cual adquiría su flexibilidad, su frescura y su transparencia. Los labios no tenían ya esa palidez lívida que parece llamar al beso de la muerte. Los ojos se animaban con súbitos reflejos; las mejillas se coloreaban e iban tñéndose de rosa, como sucede, al salir el sol, a las nieves de los ventisqueros.

La señora de Henry también renacía.

—¿Quién me dijera, escribía a su marido, que todavía podría yo considerarme una madre feliz? Parece que el cielo, al devolvermelo, me ha devuelto a los otros dos. Reviven en él, y no lo beso una sola vez sin sentir a los tres sobre mi corazón."

El padre pudo escaparse de París al principio de la convalecencia. Sólo permaneció unos cuantos días en Pouliguen; pero estrechó entre sus brazos al hijo resucitado, y aquellos pocos días fueron suficientes para familiarizarse con el paisaje donde vivían los seres que tanto amaba.

Es un gran consuelo en los rigores de la ausencia conocer el rincón de tierra donde viven aquellos que nos son queridos: se les sigue en cada paso que dan, se les ve vivir, se vive con ellos. Al cabo de algunos meses el pequeño Marcos estaba en plena posesión de la existencia: la Naturaleza realizó su obra.

"Esto no es un niño, es un diablo, escribía la señora de Henry a principios del mes de Agosto. En el puerto no se ve ni se oye a nadie más que a él. Es la alegría, el ruido, el movimiento de este pueblo, donde hace algunos meses nada más, era objeto de com-

26 Agosto.

pasión. No anda, no corre; vuela. No come, devora. Hasta en sus cabellos, siempre encrespados, se siente el hervor de la vida. Envía sin tardanza pantalones, blusas, calzado. Está literalmente desnudo: desde Pouliguen a Batz, toda la playa está alfombrada de fondillos de pantalones suyos. ¿Quieres creer que sólo el espectáculo del mar consigue reducirlo y apaciguarlo? Es verdad que el mar ejerce en él una especie de fascinación. Si el mar se retira, se entristece; cuando vuelve, palmotea y lo llama, aplicándole nombres cariñosísimos. Lo quiere como si comprendiera que lo ha salvado. Todo eso está muy bien; pero ¿sabes cuál es su sueño dorado? El continente no le satisface. Ir al mar: he ahí su ambición. ¿Pues no ha venido esta mañana a anunciarme, con aire de triunfador, que el tío Lambinet, nuestro patrón, consentía en llevarle en su lancha a pescar? Lo he recibido mal, porque en ese punto no transijo. También a mí me gusta el Océano; pero aun a riesgo de pasar por un monstruo de ingratitude, aun gustándome y todo, le temo. He dicho a tu señor hijo que se contentara con vivir en tierra, y que si se le ocurre poner un pie en una lancha, aunque ésta estuviese amarrada al muelle, no permanecerá ni un solo día más en Pouliguen. Tal es, amigo mío, el boletín del día. A la hora en que te escribo está acostado y duerme. ¡Ojalá estuvieses aquí para ver lo hermoso que está! Porque este demonio tiene la belleza de los ángeles. Su boca parece una granada entreabierta. Sus mejillas, cuando está al sol, tienen el brillo aterciopelado de un melocotón maduro. El sudor asoma a sus sienes como gotas de rocío, y el soplo de sus labios es tan suave, que se parece a la respiración de una flor. ¡Qué calma! ¡qué paz! ¡qué serenidad! ¡Y pensar que cuando despierte todo esto se convertirá en un huracán."

IV

Dejemos correr la pluma de la señora de Henry.

He aquí algunos fragmentos de cartas, donde se pinta el carácter de esta mujer amable, y que nos ponen al corriente de los hechos y de los gustos de su hijo.

«Creo, en verdad, que Marcos está enamorado del mar! Vésele con el peso del sol, haciéndole el amor a lo largo de la costa. Todo lo que es de tierra firme no existe ya, no significa nada para él. Sólo el mar tiene el privilegio de atraerlo y de cautivarlo. Se ha convertido en su única preocupación; no siente ni admiración ni curiosidad por nada más que por él. Aun cuando no ha puesto jamás los pies en la cubierta de un buque, todos los términos marítimos le son tan familiares como a un capitán de alto bordo. Calcula las horas de flujo y reflujo. Presiente y predice las tempestades. Parece que entre el mar y él, entre este pequeño ser y esa cosa inmensa, hay un lazo, simpatías, afinidades misteriosas. Movable y variable como el mar, el niño experimenta todas las influencias y está sometido a las mismas variaciones. Tiene alternativamente la flojedad ó la turbulencia, según está tranquilo ó agitado. La tormenta lo exalta; se calma al mismo tiempo que las olas se apaciguan. Ya no habla de navegar; pero ¡qué miradas fija en mí cada vez que Lambinet prepara sus útiles para pescar y se dispone a salir al mar! Esos hermosos ojos azules, tan tiernos, tan suplicantes, ablandarían a las propias rocas de la costa. A veces siento que se me derriete el corazón. Lo cojo en brazos para echarlo en los del viejo pescador; empero, inmediatamente, acometida por el miedo, vuelvo en mí, lo retengo, lo aprieto contra mi pecho, como si el mar me lo quisiera arrebatar....

«¿De dónde proviene el creciente terror que me causa ese elemento? ¿De dónde proviene que no sé mirarlo mucho tiempo sin experimentar sordo malestar? Desconfío de sus caricias; sus arrebatos me espantan. Por más que me digo que le debo el único tesoro que me queda, no lo quiero, no puedo quererlo. ¿Es ingratitude? ¿Envidia? ¿Superstición? ¿Presentimiento? ¡No será sencillamente que no esté yo hecha para vivir presenciando los grandes espectáculos de la naturaleza! Los admiro de buen grado, así, de pasada; pero a la larga me fatigan.

«De ordinario necesito yo un cuadro proporcionado a mi talla. Las montañas me aplastan, los bosques me ahogan, el Océano me turba hasta el punto de producirme el vértigo. Mira, amigo mío; es preciso que te

resignes ó que tu mujer no sea jamás más que una pobre burguesa. Añade que soy parisiense de veras. Amo nuestras calles, nuestros muelles y nuestros pasaos, y de todas las campiñas que conozco, ninguna prefiero á las de los alrededores de París. Allí quisiera refugiarme, cerca de aquellos bosques, no lejos del Sena. Recuerda la casita que visitamos juntos un día que paseábamos por las colinas de Sèvres y de Bellevue. ¡Era un domingo de Abril, estábamos pobres y éramos muy felices entonces! La casa se alquilaba; la verja se hallaba abierta; entramos seducidos por la belleza del paraje. ¡Qué encantador, qué sencillo, modesto y ajustado á nuestros gustos era todo! El jardín en cuesta, con sus alfombras de musgo y sus perales en flor; el chalet abajo; la casa bien situada en una loma, adornada de enredaderas, de parras, de macizos de lilas; el estanque de agua clara y transparente, y luego anchas perspectivas sobre un océano de verdor, Saint-Cloud en anfiteatro, más allá el Mont-Valerien y el Sena, semejante á un lago en el fondo del paisaje, todo me parece estarlo viendo; tantas lágrimas como he derramado después, no han podido empañar la frescura y el brillo de esas risueñas imágenes. Durante dos horas todo aquello fué nuestro. Habíamos tomado posesión de aquel pequeño dominio, nos pertenecía, nuestra felicidad había encontrado su nido allí. No habían nacido nuestros hijos y yo veía ya cabecitas rubias corriendo por las avenidas y rodando sobre la hierba. ¡Ah! ¡Qué hermoso día y qué dulces ensueños tuvimos allí!

1^o de Septiembre.

«Ríete de mis temores, pero no te rías de los amores de tu hijo. La cosa es más seria de lo que creía, y vas á juzgarlo por tí mismo.»

«Hace algún tiempo que proyectaba yo una pequeña excursión tierra adentro. Marcos se regocijaba pensando en un paseo en carruaje, y en cuanto á mí, me agradaba de veras escapar por un par de días siquiera á la contemplación del señor de Océano.»

Pues bien; anteaer, con una de esas mañanas que tienen ya la dulzura del otoño, salimos en un carricoche al trote de un par de caballos, que hubieran podido disputar el honor de servir de cabalgadura al héroe de

Cervantes. Habíanme hablado como de una maravilla de un puente colgante echado sobre el Vilaine, en la Roca-Bernard: era esa la meta de nuestra expedición.

«Todo fué bien hasta el Croisic. Cielo azul, aire puro, sol elemento, Marcos alegre como unas castañuelas y hablador como una cotorra: no me faltó más que tenerte á tí á mi lado. El paisaje ya lo conoces: blanco, seco, árido, con vistas de cuando en cuando al mar, y un no sé qué que hace pensar en el Oriente. Los pájaros escasean; algunas espesuras de cardos polvorientos, sobre los cuales se posaban nubes de mariposas, he ahí toda la flora del camino.»

«En Croisic dimos la espalda á la playa y nos internamos tierra adentro.»

«La escena se modificaba á medida que nos alejábamos de la costa. No es que volviéramos á encontrar el Edén; pero al salir de aquellos campos áridos podía creerse transportada á un valle de la Arcadia. ¡Arboles, senderos umbrosos, prados, corrientes de agua dulce! Mis ojos, cansados de la inmensidad; reposaban con dulzura en aquellos detalles de la vida rústica. Nadie sabe cuánto se ama á la buena Cibele después de seis meses pasados en presencia de Neptuno y de su tridente. La vista de un trecho de rastrojos humeando en un vergel, me extasiaba. Detuve nuestro carricoche para admirar á mi gusto una balsa sombreada por unos sauces. Aspiraba con delicia la frescura de los sotos y el olor de las hierbas.»

«Pues bien; mientras la madre se volvía niña, el niño se transformaba también y convertíase en personaje grave. En vano llamaba yo su atención hacia los objetos que dibujaban la mía; dirigía de cuando en cuando una mirada indiferente y permanecía en silencio en un rincón. Desde que salimos del Croisic había cesado su alegría.»

«Hacia una de esas tardes calurosísimas, en que las flores languidecen, los pájaros callan, y yo atribuía al calor el estado de abatimiento en que había caído Marcos. Sin embargo, cuanto más avanzábamos, más me llamaba la atención el aire de tristeza que empañaba aquel juvenil semblante, tan animado algunas horas antes.»

— «Pero ¿qué tienes? ¿Estás malo? Habla, ¿qué te duele?»

«El movía la cabeza y no contestaba.»

«A la caída de la tarde llegamos á la Roca-

Bernard. En seguida Marcos, sin apenas probar nada de la comida, pidió permiso para acostarse, se envolvió en las sábanas, y se quedó dormido. En resumen, un día echado á perder y una noche triste.

«El despertar debía ser todavía más lúgubre. La Roca-Bernard no ha pasado nunca por ser sitio de delicias, y la posada donde habíamos parado parecía más á propósito para entristecer que para animar á los viajeros: era la propia residencia de la melancolía. Como único recurso, como distracción suprema, el puente sobre el Vilaine. Es de un aspecto asombroso ese puente suspendido como de un hilo encima del abismo: es un testimonio del genio del hombre. Marcos apenas se dignó mirarlo. Propúsele que recorriéramos los alrededores, que fuéramos hasta Nantes, que visitáramos Tiffauges y Clisson. El niño permanecía sentado en un declive del terreno, en la carretera de Vanes, y cada vez más taciturno y pensativo.»

— «Bien, le pregunté; por fin, ¿qué es lo que quieres hacer? ¿Quieres que nos volvamos á Poulignen?»

«Habíase figurado que al oír esta proposición Marcos daría un brinco de alegría y se me echaría al cuello; pero no hubo nada de eso. El infeliz niño ni siquiera estaba en el secreto de su desesperación; sufría como las plantas á las cuales se saca del medio en que viven, y que se marchitan sin saber por qué. Yo no sabía ya ni qué pensar. La campaña terminó y no nos quedó otro remedio que tocar retirada. El humor de mi hijo no cambió mucho durante la primera mitad del trayecto, pero su fisonomía fué animándose á medida que nos fuimos acercando á la costa.»

«Las primeras ráfagas de la brisa del mar lo despertaron bruscamente: la música de los arenales concluyó de transfigurarlo, y cuando, por fin, por una cortadura de la costa vió allá, en el horizonte, la línea verde del Océano, hubo en él una resurrección, una embriaguez, un transporte, una explosión de vida.»

«Volvimos á Poulignen al nacer el día, y ya hacía mucho tiempo que el sol se había puesto, cuando Marcos permanecía aun en la playa contemplando su ídolo.»

«¿Qué dices de esto, amigo mío? Desde esta mañana, en cuanto saltó de la cama, ha recobrado sus costumbres de independencia y de vagancia. Lo estoy oyendo jugar en el

puerto con los chicos de la aldea. ¡Bondad divina! ¿En qué estado traerá los pantalones?»

10 de Septiembre.

«Veo que te hago tanta falta como tú á mí. Debería y quisiera marcharme; quisiera y no puedo. ¡Es él tan feliz y está el tiempo tan hermoso todavía! ¿De dónde sacar el valor necesario para arrancarlo á la existencia que lo embriaga, á estos arenales que lo han adoptado, á estas playas que parecen reconocerlo como su reyezuelo? ¿Cómo decidirme á romper tantos lazos?»

«No es de un viaje, sino de una separación de lo que se trata. Apenas me atrevo á hablarle de ello; si se me ocurre decirle algunas frases, veo que se le alarga la cara y que se le hinchan los párpados. Sólo tú, amigo mío, puedes sacarme del apuro y poner fin á esta situación realizando un acto de autoridad: ven y llévate á tu mujer y á tu hijo. No es amor, sino adoración lo que Marcos te tiene, ni la ausencia ni el Océano han podido sacarte de tu corazón. La alegría de volver á verte apaciguará muchas rebeldías y evitará muchas resistencias. Arregla las cosas de modo que puedas pasar aquí los últimos días de Septiembre. Sin nuestros intereses se perjudican por ello, que se perjudiquen. Los intereses no son el gran interés de la vida. Volveremos á París por el camino de los Colegiales. Subiremos vagando por el Loire. Marcos no dejará de gozar con las seducciones del viaje en vapor. Á su edad no hay pasión que sea muy profunda. Gracias á tu presencia, al espectáculo del río, á las delicias del otoño, á las mil distracciones del viaje, pronto se disiparán sus pesares; pero una vez en nuestra casa, ¡Dios mío! ¿qué será de este pobre muchacho, acostumbrado al aire libre y á los grandes espacios? ¿Qué vamos á hacer en la calle de Bac, en nuestro entresuelo, con esta golondrina de los mares? . . . »

Al pie de esta carta se veía un dibujo hecho con pluma, que quería representar un buque de velas desplegadas, y luego unos cuantos renglones escritos muy de prisa y con letra ilegible, lo cual no impidió que el señor Henry los leyera de corrido á primera vista: en presencia de los jeroglíficos de sus hijos, cada padre es un Champollion.

La misiva de Marcos estaba concebida en estos términos:

«Querido papaito: Te quiero mucho. Quisiera que vinieses a vivir con nosotros. Quisiera embarcarme, pero mamá no quiere. Estoy muy ocupado y trabajo atrocemente. Ayer cogí un cangrejo muy grande en el agujero de una roca. Tengo otras mil cosas que decirte; pero el correo se va y no tengo tiempo más que para abrazarte.

«Tu hijito,

MARCOS.

«P. D. ¡El barco lo he dibujado yo!»
La pobre alma humana está hecha así. Después de los más terribles desastres, después de perder a los seres más queridos, puede reanimarse y abrirse otra vez a la alegría. Los tintes fúnebres palidecen y se borran, los espectros desoladores van trocándose poco a poco en sombras enternecedoras, la hierba crece sobre las tumbas, la vida reverdece sobre los muertos. Dios, en su bondad, ha querido que sea así.

Henry y su mujer iban a reunirse para no separarse nunca. Llegaba el final de sus tristezas: la felicidad sonreía de nuevo a aquel matrimonio tan castigado. El Sr. Henry estaba disponiéndolo todo para su viaje: ya no escribiría más que para decir la fecha exacta de su llegada. Su esposa lo esperaba impaciente por verlo, feliz y orgullosa al pensar que iba a devolverle a su hijo en el apogeo de su salud, resplandeciente, con todos los tesoros, con todas las bellezas de la infancia. ¡Cuán lejos se hallaba de prever las nuevas desdichas que le esperaban!

V

Había llegado el 15 de Septiembre. Ese día, por la tarde, Pouliguen era la imagen de la soledad y del abandono, hubiérase creído que la vida se había retirado de allí por completo. Todos los habitantes estaban fuera del pueblo, los pescadores en el mar, las mujeres en el campo ó cogiendo langostinos. No habían quedado en la aldea más que los niños demasiado pequeños todavía para poder ser llevados a esas faenas, una docena de mocosos, que en ausencia de sus padres se encontraban dueños absolutos del lugar. Todos tenían de siete a diez años, a excepción del hijo de Legoff, que tenía doce bien cumplidos. En razón a su edad y su

precoz experiencia, habían dejado a su cuidado a todos los demás. Veamos cómo había cumplido el encargo haciendo de verdadero Mentor, y por medio de cuáles proezas justificó la confianza que en él tenía el pueblo.

Aun cuando la estación estaba bastante avanzada, hacia aquel día un calor sofocante. El aire y el mar eran como de plomo; del cielo caían torrentes de fuego; el sol devoraba la costa.

La señora de Henry había ido a sentarse a la sombra de unos pinos situados en lo alto de la playa. Marcos se había echado cerca de ella; la madre, temerosa de que se le escapara, trataba de dormirle canturreándole como a los niños chicos. Sucedió que, procurando dormir a su hijo, fué ella la que se durmió; sus párpados fueron cerrándose, y como el chiquillo hacía como que se iba quedando dormido, predicó con el ejemplo y se dejó vencer por el sueño.

Y el caso era que Marcos estaba más despierto que un ratón.

Estaba oyendo los gritos de los muchachos que diableaban en el puerto, y hacia una hora que se pirraba por echar a correr y ponerse a jugar con ellos.

Cuando su madre hubo cerrado los ojos, mantúvose quieto algunos instantes, luego se levantó muy quedito, salió del pinar a paso lento, y una vez fuera, se lanzó a la carrera hacia el puerto; ya estaba para llegar, cuando de pronto se detuvo asombrado, aturdido, fascinado ante el espectáculo que se ofrecía a sus miradas.

En contra de lo recomendado por sus familias, todos aquellos mocozuelos acababan de embarcarse en una lancha amarrada al muelle. El sabio Mentor habíase apoderado de los remos y los manejaba a más y mejor, mientras que los demás de la partida, por medio de un pateo desordenado, imprimían a la embarcación un movimiento de babor a estribor y un cabeceo, que les permitía creerse en alta mar.

Al ver a Marcos no hubo más que un grito:

—¡Marcos, ahí está Marcos! ¡Ven Marcos, ven con nosotros!

Marcos veía el cielo abierto; aunque hubiera oído una docena de serafines tocando el violín le invitándole a entrar en el paraíso,

no se hubiera sentido más vivamente tentado de aceptar.

—No, dijo al fin, no: mi madre me lo tiene prohibido.

—¡Bah, bah! exclamó el chico de Legoff, que era el más endiablado de todos; ¡qué mal hay en hacer lo que nosotros hacemos!

Y los otros repitieron a coro:

—¡Vente, Marcos, ven con nosotros!

Marcos estaba de pie, inmóvil, con las manos en los bolsillos, sin poder apartar los ojos del abismo que lo atraía.

—¡No! murmuró con voz vacilante.

Prodújose una gran gritería.

—¡Tiene miedo! ¡Tiene miedo! ¡Fuera Marcos! ¡Fuera el pantiense! ¡Fuera el cobarde!

Marcos no pudo resistir; dirigió una mirada recelosa hacia el pinar, y después, doblemente culpable, cediendo así a las excitaciones del amor propio como al atractivo del placer prohibido, saltó del muelle a la lancha en medio de los aplausos de todos aquellos bribones, entusiasmados al ver que tenían otro cómplice.

Las cosas no quedaron ahí. Si es cierto como suele decirse, que comiendo se abre el apetito, lo es más cuando se come el fruto prohibido. Toda falta que se comete trae fatalmente otra en pos de sí; el mal es un engranaje que no nos suelta cuando nos coge por los faldones de la levita. La marea bajaba, el mar estaba tranquilo, en calma chicha, pesado. Hacia cerca de una hora que se meneaban, como quien tiene el diablo en el cuerpo, en aquel barco que no andaba, y empezaban a cansarse de un juego que, por violento que fuese, les tenía siempre en el mismo sitio, cuando el demonio de Legoff, orgulloso al verse con los remos en la mano, ofreció a sus amigos el regalo de un paseo por la bahía.

Tratábase simplemente de ir costeándola hasta llegar al otro extremo de la playa y varar seriamente otra vez en la arena.

Un inmenso clamoreo, en el que sobresalía el grito de ¡viva Legoff! acogió aquella admirable proposición. Marcos saltaba de alegría, estaba ebrio de desobediencia, y el infeliz fué el que soltó las amarras de la lancha.

¡Ya están desatracados! ¡Qué fiesta! Cristóbal Colón al poner la proa hacia un nuevo mundo, no se sentía ni más triunfador ni más orgulloso que ellos.

Aquella barca, al abandonar el muelle, aquel mar tan apacible en la apariencia, aquellos niños tan alegres al salir, todo eso, mi querido Pablo, te hace el fiel retrato de nuestros arrebatos en todas las edades de la vida. Siempre parece que podemos detenernos a tiempo, que seremos dueños de llegar a la orilla próxima. Se quiere solamente dar una vuelta por la bahía, y se entrega uno sin desconfianza a la corriente que lleva a los abismos.

Apenas habían salido del canalillo, cuando la embarcación, muy mal gobernada, vióse juguete de ese reflujo que los llevaba mar afuera sin que ninguno de ellos lo advirtiese. Reían, gritaban, cantaban; no eran ya dueños de sí mismos. Maese Legoff, hinchado con su importancia, remaba a tontas y a locas, y la barca, como si fuese arrastrada por fuerzas invisibles, iba alejándose cada vez más de la costa.

Es preciso tener la vista de un marino para medir con exactitud las distancias del mar. Creían estar aún en la bahía, y se hallaban ya muy lejos. El punto en el cual deseaban varar iba disminuyendo insensiblemente. Las dunas, las rocas, la aldea, todos los accidentes de la costa se alejaban poco a poco.

Hubo un momento en que los cantos y las risas cesaron bruscamente: el Océano iba poniéndose grueso a medida que iban saliendo a alta mar; el oleaje les envolvía.

El asombro, el estupor, el espanto viéronse pintados en todas aquellas caritas.

Legoff estaba rendido y sentía agotarse sus fuerzas inútilmente; todos a la vez se precipitaron a los remos; y tan bien maniobraron, que al cabo de algunos minutos eran juguete de las olas, sin que les fuera posible recobrarlos. Para el uso que hubieran hecho de ellos, el perjuicio no era grande: su espanto, sin embargo, aumentó, como si con los remos acabasen de perder su única probabilidad de salvación.

Lanzaron gritos desesperados; estaban ya en alta mar y sólo Dios podía oírlos. Iba anocheciendo, el sol se ponía, y en el horizonte ¡ni una vela, ni una chalupa, ni una lancha pescadora! Perdidos en la inmensidad, no veían más que cielo y agua. Como sucede siempre entre personas que se han asociado para hacer una locura, habían empezado por recriminarse recíprocamente; el

sentimiento del común peligro que se agrandaba por momentos, no tardó en reconciliarlos.

Apretados unos contra otros y prestándose mutuo apoyo, pálidos, deshechos, con la mirada hosca, no gritaban ya, no lloraban, estaban aterrados.

Tan pronto la lancha se columpiaba en lo alto de una ola, como se hundía en un abismo dispuesta a desaparecer. Las olas bramaban alrededor suyo como una manada de perros hambrientos. Marcos y Legoff eran los únicos que aún tenían alguna presencia de ánimo. Legoff tenía la actitud de un rebelde desafiando a los dioses. Cuanto a Marcos, parecía que el espectáculo que presenciaba despertaba en él, más que espanto, curiosidad.

Había oído hablar de Robinsón, y ya se veía en una isla desierta. Esa perspectiva no le disgustaba. Fue servido a su gusto; en el momento en que el sol desaparecía, la barca varaba en un banco de pequeños arrecifes que el reilujo había sacado a flor de agua.

Derribados por la violencia del choque, rodaron revueltos unos con otros, y se levantaron, tentándose el cuerpo. Habían sacado sólo algunos arañazos, pero la lancha estaba destrozada y hecha pedazos.

VI

El banco contra el cual acababan de estrellarse, extendiase alrededor de una gran roca solitaria, de formas irregulares, de aspecto formidable, la cual surgía precisamente en medio del banco, semejante a una inmensa fortaleza. El mar no la cubría nunca hasta la cúspide, por lo cual servía de refugio nocturno a las gaviotas de aquellos parajes. De ahí el nombre de *Roca de las Gaviotas*, que le habían dado en la comarca. La Roca de las Gaviotas es bien conocida por los navegantes; señala a los buques que vienen de alta mar los bajos que por allí hay, y les sirve de señal también para pasar por entre el Four y la Blanche, dos escollos peligrosos situados a poca distancia uno de otro, a la entrada del río Loira.

Ciertamente la situación no tenía nada de alegre; pero de todos modos, y por horrible,

que fuera, experimentaron al incorporarse un sentimiento de libertad. La travesía que acababan de hacer les había inspirado tal aversión al elemento líquido, que no pudieron evitar un movimiento de alegría al sentir bajo sus pies una roca resistente.

Ese gozo fué de poca duración. Se hacía de noche, ¿y qué iba a ser de ellos?

Todos tenían hambre.

Eran bribonzuelos, pero chicos de buen corazón todos. Los que aun llevaban merienda en el bolsillo, hicieron una masa común, que dividieron en partes iguales, y cada cual tuvo la suya.

El mantel pronto estuvo puesto.

Añadieron a la lista de la comida algunas almejas de las conchas que habían cogido aquí y allí, buscadas a los últimos resplandores del crepúsculo.

Marcos se encargó de los postres, distribuyendo generosamente la provisión de chocolate que llevaba en el bolsillo.

Entre los restos que la barca, al destrozarse, había lanzado a los arrecifes, hallábase un frasco lleno hasta la mitad de agua con ron; cada cual bebió un trago.

No se trataba ya más que de acomodarse para pasar la noche. Se dice que una noche pronto paza. Esa es la opinión de todo aquel a quien espera una buena cama, bajo un buen techo y en un cuarto bien cerrado; pero cuando sólo se tiene por colchón la roca viva y un islote por alcoba, se puede uno permitir opinar de distinto modo.

El día había sido caluroso; la noche estaba fría.

Apilados en montón al pie de la roca, tiritaban y lloraban envueltos en una obscuridad casi completa. El mismo Marcos, vestido con su blusilla y su pantalón de verano, empezaba a comprender que las islas desiertas eran residencias bastante menos deliciosas de lo que él hasta entonces creyera. Legoff se quitó la chaqueta y se la echó sobre los hombros; San Martín no le hubiese dado más que la mitad.

Legoff debió creer cien codos durante aquella noche memorable; iba a demostrar lo que pueden, aun en un niño, en las situaciones más peligrosas, la presencia de ánimo, el valor y la resolución.

Secad las lágrimas, dijo, y escuchadme. Debía daros vergüenza llorar como lo estáis haciendo. ¡Ya no sois unos chiquillos, demo-

niol! Tú, Jambonneau, cumpliste siete años en la última temporada de la sardina. Tú, Pornichet, cumplirás ocho cuando vengan los arenques. Tú, Macabiau, estás para cumplir diez. Tú, Mascaret, casi estás en disposición de calzar las botas de pesca de tu hermano mayor. En vez de estar allí apretados los unos contra otros, como una manada de borregos cuando hay tempestad, acórdemonos de que todos somos hijos de marineros, y que marineros hemos de ser también algún día. ¿Queréis volver a Pouliguen ver otra vez a nuestros padres y comer sopas en vuestras casas? Respondo de vosotros, con tal que me obedezcais y que yo mande a hombrea.

—Sí, sí, gritaron todos electrizados por aquel discurso. Manda y obedeceremos. Tú, Legoff, eres nuestro capitán.

Todos ellos habían sido dormidos desde muy pequeños al arrullo de cuentos sobre buques que se pierden y tripulaciones que se ven arrojadas a la playa. Su inspiración habíase familiarizado desde muy temprano con los dramas del Océano; sabían confusamente, y de oídas, todo lo que se hace en el mar en caso de naufragio.

—Pues bien, replicó Legoff; si yo soy vuestro capitán, vosotros sois mi estado mayor. Consultemos, busquemos entre todos lo mejor que hay que hacer en la posición en que nos encontramos. Que cada cual dé su opinión, y luego decidiremos. Eso es lo que se hace en todos los naufragios. Se abre la sesión. Tú, Jambonneau, habla primero.

—Mi opinión, dijo Jambonneau con voz varonil, es que debemos tirar cañonazos hasta que nos oiga algún buque que pase y pueda venir a recogernos.

—No tenemos cañón, dijo Pornichet.

—Ni pólvora, añadió Mascaret.

—¡Qué me importa a mí! replicó Jambonneau. Me preguntan mi opinión y la doy. Nadie está obligado a seguirla.

—Se tendrá en cuenta, dijo Legoff. ¡Ahora tú, Macabiau!

—Mi opinión, dijo Macabiau, es que sería necesario subir a lo alto de esta peña, y cuando estuviésemos allí, gritar con todas nuestras fuerzas haciendo señales con los pañuelos.

—¡Tú ahora, Francisco Guillemín! No eres más alto que una bola; pero dicen que en las

cajas más pequeñas se encuentran los mejores ungüentos. ¿Cuál es tu opinión?

—Mi opinión, dijo una vocecilla, es que sería necesario escribir una carta, y después meterla en un botella, y luego tirarla al mar.

—Y tú, parisiense, ¿tienes algo que decirnos?

Yo, repitió Marcos, digo que deberíamos derribar un árbol grande, y después que hubiéramos hecho un hueco en el tronco con nuestras navajas, meternos todos dentro para volver al Pouliguen.

—No es eso, dijo Pornichet; lo que hace falta es construir una balsa con las tablas de la barca, y en seguida echaremos suertes a ver cuál de nosotros debe ser el primero que se coman los demás.

Los individuos del consejo, que no esperaban semejante proposición, que no habían previsto que se pudiera llegar a tales extremos, se quedaron aterrados. Cada cual, con las orejas bajas y pensativo, se entregó en silencio a las más serias meditaciones. El mismo Legoff había perdido algo de su serenidad. Se inclinaba a presentar una enmienda para que, en el caso de que las cosas llegasen a ese punto, el capitán no entrara en suerte. Pronto se produjo en la asamblea una violenta reacción. Un grito de rebelión y de indignación se escapó de todos los pechos.

—¡No, no; antes morir todos de hambre! ¡Fuera Pornichet!

—Señores, contestó sin conmoverse demasiado; ¡así fué como se comieron a mi pobre padre en el naufragio del «Medusa»!

—Tú, Mascaret, da tu opinión, dijo Legoff, que tenía prisa por entrar en otro orden de ideas.

—Yo, exclamó Mascaret con tono resuelto; yo no me ando por las ramas. No he perdido nunca el tiempo buscando cosas imposibles, ni hablando inútilmente. Mi opinión es que debemos irnos de aquí cuanto antes, volver a nuestra casa antes de que nos echen de menos, cenar al galope y meternos cada uno en su cama. Si hay alguien que crea otra cosa mejor, que lo diga.

Tanto como la opinión de Pornichet había sublevado a la gente, tanto excitó el entusiasmo la de Mascaret. Aquella opinión, tan sencilla y tan ingenuamente expuesta, en-

sanchó todos los pechos é hizo unánimes todas las opiniones.

—Bravo, Mascaret! ¡Mascaret es el que mejor ha hablado; la opinión de Mascaret es la que hay que seguir! ¡Viva Mascaret!

Ante aquella ovación inesperada, Legoff, que pocos momentos antes se había visto aclamado por aquel puñado de descamisadillos, tuvo que hacer amargas reflexiones sobre la fragilidad del favor popular. Había llegado el instante de dar un gran golpe y recuperar así el poder que se le escapaba de las manos. Después de hacer un resumen pintoresco, haciendo resaltar, y como si se tocara con el dedo, todo lo que las opiniones expuestas tenían de absolutamente impracticables, no temió coger á Mascaret en las gradas del Capitolio para arrastrarle á la roca Tarpeya, desde donde lo precipitó de un empujón.

—¡Ya lo creo que sabemos perfectamente, exclamó, que lo que hay que hacer es irnos de aquí! ¡A Mascaret no se le ha olvidado más que una cosa, y es indicarnos los medios para conseguirlo!

—¿Cómo, cómo? replicó Mascaret, que ya iba perdiendo pie.

—Si Mascaret ha querido burlarse de nosotros, replicó Legoff, me permitiré decirle que la ocasión no es muy á propósito. Si ha hablado en serio, le diré, con todos los miramientos que merece, que de todas las opiniones expuestas, la suya es la más tonta.

—Esperamos hoy la tuya, replicó Mascaret con tono de desafío.

—Pues allí va, contestó Legoff levantando la voz: registrémos los bolsillos y procuremos encontrar algún fósforo.

Tanto y tan á menudo y tan expresivamente se les había prohibido que tocasen á los fósforos y que los llevasen encima, que casi todos sacaron algunos del fondo de sus bolsillos.

—Bueno, gritó Legoff con la autoridad de mando: pues no es una balsa, sino una hoguera lo que vamos á hacer con los restos de la barca. Es preciso encender una hoguera tan grande, que la llama suba tan alto, tan alto, que puedan verla á diez leguas mar adentro. Los buques, al divisarla, comprenderán que no se trata de una chimenea; comprenderán que es una señal de alguien que está en peligro, y nosotros, colocados en fila delante de la lumbre, en vez de vernos obli-

gados á patar para entrar en calor, nos calentaremos tranquilamente, esperando á que vengan por nosotros.

Es preciso renunciar á describir el efecto producido por estas palabras elocuentes. Jambonneau, Macabiau y Pornichet, se inclinaron ante el genio de Legoff; la perspectiva de un buen fuego había bastado para que le diesen todos sus votos.

Sólo Mascaret persistía en su opinión, y decía entre dientes que era preciso marcharse en seguida.

—Ahora, añadió Legoff, ¡todo el mundo á cubierta; toda la tripulación á la maniobra!

Y á la luz de las estrellas, llevando tras sí á todos, dirigióse á la embarcación, que tan bien había gobernado y que yacía aun en los bajos, donde se había destrozado.

Legoff había explorado ya el casco, con la esperanza de encontrar allí algo á que echarle el diente. No había encontrado más que algunos paquetes de estopa, algunos girones de tela embreada, un hacha, cuerdas y bramante. No hay nada inútil, nada que deba despreciarse. De todos aquellos objetos, que al principio le importaron tanto como le hubiese importado á un pollo la boquilla de un clarinete, no había ninguno que no debiera servirles. Armado con el hacha, atacó resueltamente los entrecabios costados de la barca, y mientras los iba haciendo leña á fuerza de hachazos, los otros recogían las astillas y las iban amontonando en el sitio designado por Legoff.

No hay situación tan triste que no pueda ser animada por el trabajo en común.

Las tablas hechas pedazos que volaban, los restos que tenían que buscar á tientas y disputarse en la obscuridad, las idas, las venidas, la emulación que se había apoderado de todos, la actividad de hormigas que desplegaban en aquel islote; hasta las caídas que daban, ya resbalándose, ya tropezando unos con otros, todo esto les tenía atareados y había concluido por alegrarles de nuevo.

La hoguera prosperaba á ojos vistos.

¡Qué momento aquel en que el capitán Legoff, rodeado de su estado mayor, encendió un fósforo en la tela de su pantalón y prendió fuego á la tela embreada y á las estopas que había amontonado en la hoguera!

Todos contuvieron la respiración; todos los corazones esperaban.

Transcurrieron algunos momentos de una angustia inexplicable.

Por fin oyeron el chisporroteo de la lumbre.

El humo se aclaró por el color de la rojiza llama; líneas de fuego corrieron de una parte á otra; el incendio ganó rápidamente la leña, y pronto un resplandor inmenso iluminó el cielo y el mar.

Jamás hoguera alguna de San Juan mereció más propiamente que aquella el nombre de alegría: ¡una hoguera encendida en señal de peligro! Más afortunado que Mascaret, Legoff saboreaba con delicia las dulzuras de una popularidad bien adquirida. Ni uno solo dudaba de que una llama tan grande y tan clara dejase de llamar en su auxilio los buques que estuviesen á diez leguas de allí; todos creían en la inmediata salvación, y ya la saludaban con ruidosas aclamaciones, mientras que encima de ellos las gaviotas, que despertaban sobresaltadas, revoloteaban lanzando graznidos de espanto.

VII

Las horas pasaban; las tablas ya no hacían llama, y colocados alrededor de las brasas, aún suspiraban por el buque que había de recogerlos á su bordo. La especie de fiebre que se había apoderado de todos ellos acababa de apagarse, falta también de alimentos, y poco á poco habían ido cayendo en un estado de postración y marasmo que sucede fatalmente á las grandes crisis. Salieron de él por un nuevo acceso de desesperación. Hasta la perspectiva de su regreso al Pouliguen, suponiendo que les fuera dado regresar, les llenaba de turbación y de miedo. Si no pensaban sin remordimientos en las angustias de sus familias, tampoco se acordaban sin terror en el sentimiento que los aguardaba. Marcos no se manifestaba ni más orgulloso ni más tranquilo que los demás.

Parecía ver á su madre desesperada y corriendo como loca por la playa. Sabía que era la madre más cariñosa del mundo, y la conciencia del daño que le había hecho le desgarraba el corazón; sabía también que era severa cuando llegaba el caso, y Marcos se consideraba harto culpable para contar

con demasiada indulgencia. Así es que, á cualquier lado donde se volvieran, todo eran motivos de lamentaciones. Veían, como si fuese por un espejo, el hogar tranquilo donde habían nacido; la casita animada con sus charlas de por la noche; la mesa á la cual se sentaban á las horas de comer; la cama donde dormían tan dulcemente al abrigo de las colgaduras de sarga verde. Por primera vez apreciaban los bienes, los fáciles goces que habían perdido por culpa suya; comprendían cuán felices habían sido hasta entonces; cuán buenos para ellos eran sus padres, cómo los querían, y los pobrecitos muchachos lloraban á más y mejor. Estaban más que castigados, y sin embargo, su castigo no hacía más que comenzar entonces.

Legoff fué también el que los consoló.

—¡Vamos, vamos! ¿Acabaréis de piarme tanto al oído? Bien estáis aquí. Tenéis los pies calientes, la cabeza fresca y la barriga vacía. ¿Qué os falta, pues? ¿De qué os quejáis? ¿Es que por casualidad han descuidado perfumar las sábanas del señor barón de Mascaret? ¿Es que tardan en traerle su edredón al señor vizconde de Jambonneau? ¿Habrán olvidado ponerle á tiempo aquí las zapatillas y la bata á milord Macabiau? Lo sentiría mucho.

¿Quién me ha traído aquí á semejantes lobos de mar? Vais á ver más de veinte buques disputándose el honor de llevarnos á Pouliguen; no vais á tener dificultades más que para escoger. Cuanto á la acogida que se nos prepara, no digoyo que vaya á haber cucañas en el puerto y puestos de pan de higos á lo largo del muelle. Hasta es posible que nuestra ingrata patria lleve la tacañería hasta hacer la economía de no celebrar nuestro regreso con fuegos artificiales; pero en cambio creo poder asegurar que aquellos de vosotros á quienes agraden los pescoczones, no tendrán motivo para quedar descontentos. Saldréis del paso con algunos cogotazos, mientras que yo pagaré por todos y me pondrán como nuevo. Cuando pienso que es la barca de papá la que tiene el honor de servirnos de calorífero en estos momentos, me dan escalofríos. Salgamos ahora del paso, y luego ya veremos cómo hemos de arreglárnoslas. Enjugáos las lágrimas, y en vez de llorar como chiquillos, tratemos de distraernos y de divertirnos un poco.

—Sí, dijo Jambonneau; juguemos una partida de bolos.

—O juguemos al marro, dijo Pornichet.

—O al salto, dijo Macabiau.

—Si fuese lo mismo á la respetable sociedad, añadió Guillemín, preferiría que pensáramos simplemente en comer almendrados.

—Yo pido de todas veras marcharme, dijo Mascaret.

—Mejor que todo eso, replicó Legoff, será que nos pongamos á contar cuentos. Ninguno de nosotros deja de saber dos ó tres cuando menos. No hay cosa que entretenga más que una bonita historia contada entre amigos. Que cada cual cuente la suya, y á aquel que, á juicio de todos, haya relatado la más bonita, los demás se lo pagarán en arropía, el domingo que viene, en Batz, á la salida de misa.

¡Dichosa edad! No se necesitaba más para cambiar el rumbo de sus ideas y arrancarles á sus reflexiones. Fué como una racha de viento que timpia el cielo y dispersa las nubes. No hubo más que un grito: ¡contemos historias! Cada cual tenía alguna, allá escondida en la memoria, más ó menos verosímil; esas historias que los marineros traen de lejanas tierras, que pasan en las familias al estilo de leyendas, y que cada generación transmite á la que sigue, revisadas, corregidas, y, sobre todo, considerablemente aumentadas.

La liza estaba abierta; todos ansiaban entrar en ella; aquel torneo, cuyo premio debían ser unas cuantas barras de arropía, inflamaba las imaginaciones y despertaba muchas vanidades.

—Empieza, Pornichet, dijo Legoff; adivino por tu aire vivaracho que hay algo bonito que te cosquillea en la punta de la lengua.

—Sí, exclamó Pornichet precipitándose á la arena con la impetuosidad y el aturdimiento de un chorlito; ¡vamos á reírnos! Voy á contaros el naufragio de la "Medusa," y de qué modo mi pobre abuelo fué sorteado.

No pudo seguir, porque una tempestad de imprecaciones lo detuvo y lo tiró al suelo.

—Pornichet, dijo Legoff con tono magistral; no se le sirven historias de esas á gentes que no han comido y que se encuentran en nuestra situación. Aprovecha la lección, y cuando frecuentes la sociedad acuérdate de que un hombre bien educado no debe

mentar nunca la sogá en casa del ahorcado. Si no tienes otra cosa mejor que contaros...

—Me parece. gritó Pornichet levantándose sobre sus talones.

—¡Otro! gritó Legoff.

—¡Sí, sí! gritaron todos. ¡Abajo Pornichet! ¡A la calle!

—¿Sí? dijo Pornichet. Pues entonces presento mi dimisión.

—Aceptada, dijo Jambonneau.

—¡Vámonos! añadió Mascaret.

—¿Quién toma la palabra? preguntó Legoff.

—¡Yo! exclamó el bullicioso Macabiau, bien conocido de todos los especieros del pueblo por su amor desordenado á la arropía. Voy á contaros por qué Baldomero Macabiau, mi tío-abuelo, no pudo sentarse ni una sola vez sobre el trasero durante los últimos veinte años de su vida.

Aquella manera de comenzar, imponente, inesperada, verdaderamente épica, excitó en su último grado la curiosidad del auditorio.

Después de haberse recogido un instante.

—Voy, pues, á contaros, continuó Macabiau, que mi tío-abuelo, maestro calafate á bordo de la corbeta «La Muscade», navegaba por el mar Glacial, que es un mar donde, como su mismo nombre indica, es más fácil encontrar unos sabañones que una renta. «La Muscade» despertó prisionera de los hielos. Imposible avanzar ó retroceder. Imposible decir: «¡Avante Muscade!» No le quedaba más remedio que invernar en compañía de las focas y de las ballenas, á la vista de Spitzberg, una comarca poblada de osos blancos, en la cual los albaricoques no maduran más que en espalderas.

A Baldomero le agradaba dedicarse al estudio de los tallos, el cual, y el mascar tabaco, eran la única pasión de su vida. Un día que, siguiendo esas aficiones, andaba herborizando, se encontró de manos á boca con cinco osos blancos de los más grandes, los cuales, en seguida que lo vieron, dirigiéndose meneando sus cabezotas hacia él, se echaron á sus pies y empezaron á lamerle las manos.

Mi tío creía estar soñando. Decíase que sin duda aquellos osos eran conocidos suyos, pero por más que buscaba en el recuerdo de todas sus relaciones, no daba con ellos, y se convenció de que era aquella la primera vez que los veía. Los cinco osos le acompañaron

hasta á bordo, y no se alejaron de allí sino cuando lo vieron ya sobre cubierta.

Al día siguiente encontró más osos, que se portaron con él de la misma manera que los primeros, y desde entonces no volvió más al buque sin llevar su escolta de osos, los cuales le seguían como si fueran perrillos falderos.

Ya supondréis que en la corbeta no se hablaba de otra cosa. Todos se convencieron de que el maestro calafate tenía un dón natural de seducir á los osos y domesticarlos á primera vista.

El médico de á bordo, que era muy estudioso, explicó la cosa diciendo que se trataba de un fluido que él llamó magnético, y que salía de la piel de Baldomero para entrar en el pellejo de los osos. Cuando llegó el deshielo y pudo, por fin, hacerse á la mar «La Muscade» el espectáculo fué magnífico. Más de mil quinientos osos navegaron, nadando, alrededor de la corbeta, y así la hubieran acompañado hasta Brest, si mi tío, en interés de ellos mismos, no les hubiese aconsejado que se fueran. Todos dieron un gruñido que umbroso de despedida y se volvieron á sus guaridas gruñendo.

El mismo Baldomero sintióse enternecido. Había tomado cariño á aquellos osos y le dolía decir que difícilmente reemplazaría á todos aquellos leales amigos.

Tres años después mi tío estaba en Brest. Una tarde que se paseaba por el paseo de Ajot en compañía de otros marineros, buenos chicos todos, y todos deseosos de divertirse, empezó á contarles lo que le sucedió en el mar Glacial con los osos blancos de Spitzberg.

Reían á mandíbula batiente, creyendo que lo que les contaba el maestro calafate eran bolas, cuando acertó á pasar por allí una especie de saboyano que conducía un mono en brazos, y sujeto con una cadena, un oso negro, un oso enorme y pelado, con un bozal de correas. Buena ocasión para Baldomero, que propuso apostar dos monedas de cuarenta lises á que aquel oso se echaría á sus pies y le lamería las manos.

Aceptó la apuesta Claudio Chalumeau, que también era de nuestro pueblo, y que estaba embarcado como maestro calafate en el «Saumon».

Todos rogaren tanto y se las arreglaron tan bien, que el saboyano consintió al fin en

quitar el bozal á su oso y en dejarlo suelto un momento.

Baldomero Macabiau se plantó delante de la bestia y empezó á mirarla de hito en hito para echarle el fluido á la cara.

Debemos suponer que el fluido magnético se había disipado, ó que no tenía influencia más que sobre los osos blancos, porque, de pronto, el oso negro, en vez de echarse á los pies de mi tío, se puso de patas é hizo un movimiento de avance como para devorarlo. Al ver las garras de aquel mal amigo, Baldomero, obligado á confesar la mala calidad de su fluido, creyó llegado el momento de echar á correr.

Enseñóle los talones, pero al mismo tiempo le enseñó otra cosa, y el caso es que le costó mucho trabajo arrancarlo de las garras de la fiera, que lo había cogido por allí.

Ahí tenéis, amigos míos, cómo sucedió que Baldomero Macabiau, mi tío, hermano de mi abuelo, aligerado en el mismo día de dos piezas de á cuarenta lises y de otras dos piezas, se pasó seis semanas sin tener para tabaco que mascar, y el resto de su vida sin tener con qué sentarse.

Ya viejo, le divertía contar esta historietita; no la refería más que de pie, y jamás dejaba de añadir, al final de su relato, que tanto se puede uno fiar de los osos como de los hombres.

VIII

Así habló lord Macabiau, con gran satisfacción de todos. Tres salvas de aplausos, á los cuales no pudo menos Pornichet, de unir los suyos á pesar de su derrota, coronaron aquel hermoso cuento; aun cuando la pista acababa de ser abierta, hubo en el auditorio vehementes sospechas de que la arropía estaba ya ganada.

Aquel relato de osos concluyó de poner á todos de buen humor. Todas las lenguas se desataron, y los cuentos más extraordinarios sucedieron sin interrupción.

La hoguera, que aún lanzaba vivos resplandores; aquellos niños agrupados alrededor de la lumbre en actitudes diversas, unos de pie, otros sentados, todos atentos á la voz del narrador; el islote, el cual, al retirarse el mar, quedó completamente descu-

bierto; las aguas, donde se reflejaban las estrellas del cielo; la roca enorme, cuya masa irregular y sombría se iluminaba en algunos sitios de cuando en cuando por los ardientes reflejos de las ascuas; las gaviotas, que movían las alas allá en la cúspide del peñasco, y como marco á ese cuadro, las aguas apaciguadas y lejanas, todo esto formaba un espectáculo á la vez extraño y encantador, que hubiese podido convenir al pincel de un Van der Neer ó de un Isaac Van Ostade.

Todo lo que se dijo en el transcurso de aquella velada pintoresca no puedo yo repetir; necesitaría para ello un volumen. Todos aquellos relatos se parecían en el fondo: siempre un ingenioso marinero puesto por casualidad en grave apuro, en situaciones imposibles, de las cuales salía gloriosamente.

El bisabuelo de Jambonneau se bañaba un día en el canal de Mozambique. Cogido entre dos tiburones, que se dirigían á él con la boca abierta, aquel demonio de hombre encontró medio de excitarlos uno contra otro y de hacer que se devorasen mutuamente: no quedaron más que las aletas de los dos pescados, recogidas con cuidado y conservadas como un trofeo por la familia Jambonneau.

El abuelo de Guillemín había hecho más todavía: acababa de clavar el arpón á una ballena, cuando su buque, sacudido por un coletazo del cetáceo, zozobró. Cayó al mar, y pudo milagrosamente agarrarse á la cuerda del arpón que la ballena llevaba clavado, y cuando el animal, después de haberse sumergido, subió de nuevo á flor de agua, el abuelo de Guillemín se le subió en el lomo y se instaló allí como si fuese la cubierta de un buque. Así navegó más de mil doscientas leguas, bebiendo agua de lluvia y cortando de la ballena algunas tajadas de filete atacinado, que le apagaban el hambre á las horas de comer.

Cuando la ballena se sumergía, él le soltaba rienda, se echaba al agua, y se dejaba llevar á remolque, y volvía á su sitio en cuanto el animal salía de nuevo á la superficie del Océano. Al cabo de una semana de estos ejercicios, había logrado domarla y dirigirla á su antojo, gracias al dardo que llevaba clavado en su lado, y en resumen, una mañana, después de muchas peripecias, de

pie y erguido con orgullo en el lomo del gigantesco cetáceo, que lanzaba enormes chorros de agua por los espiráculos, entró en la rada de Brest, con gran asombro de los indígenas, los cuales asistían por primera vez en su vida á un espectáculo semejante: aquello fué la contraposición y el desquite de Jonás.

Aunque un poco inverosímil, aquella historia, muy bien contada por cierto, interesó vivamente á la asamblea, y la ballena del pequeño Guillemín estuvo á punto de hacer fracasar los osos de Macabiou.

Cuando le llegó su turno para hablar, Marcos contó lo de Robinsón con su isla desierta, y hay que confesar que nuestro amiguito no obtuvo con aquel relato más que un éxito mediano. Después de las especies con que mutuamente acababan de regalarse, Robinsón Crusó, con su papagayo, su sombrilla y su sombrero de piel de cabra, les hizo el efecto de una panatela. El mismo Viernes no inspiró más que muy escasa curiosidad.

Aquella historia, que Marcos no hizo más que bosquejar, la leerás tú algún día, mi querido Pablo, tal como se relata en un libro inmortal, delicia de los niños, enseñanza para los hombres de todas edades, raro beneficio del espíritu humano. Ese libro sin adorno, sin aparatosas advertencias, casi estoy por decir que sin literatura, y que tiene el encanto mejor de todos, el encanto de la verdad, lo leerás primero por entretenerte, y lo volverás á leer después á causa de las enseñanzas que encierra. Es el amigo de todas las edades. Encanto de nuestros años juveniles, sería, en caso necesario, nuestro consejero y nuestro guía á través de las contradicciones inseparables de la vida. Nos enseña á un mismo tiempo el valor, la resignación y la fe en la Providencia; nos pone de manifiesto todos los recursos del hombre que se ve sólo y abandonado; todas sus facultades, desenvolviéndose en una situación desesperada, y nos muestra cómo el alma, cuando se ve entregada á sí misma y en presencia de la naturaleza, se remonta necesariamente á Dios. A excepción de los libros santos, no conozco ningún otro que contenga más fuerza consoladora, que respire una filosofía más humana y más religiosa, una moral más sencilla, más familiar y más elevada. ¡Extraño sino el del autor de ese libro! ¿Quién piensa en saber lo que era?

¿Quién piensa en averiguar si existe? Desapareció entre la gloria de su obra. Que los niños sepan al menos su nombre, que su nombre sea siempre por ellos bendito: se llamaba Daniel de Foe. Como la mayoría de los hombres que han trabajado por la dicha de sus semejantes, murió en el abandono, después de haber vivido desgraciado y perseguido.

El turno iba terminando. Todos, ó casi todos, se habían disputado el premio; aunque comprometido un poco por el éxito de la ballena, el triunfo de los osos blancos parecía asegurado. Macabiou, siento mucho decirlo, no mostraba esa actitud modesta que tan bien sienta á los vencedores. Macabiou veía-se ya poseedor de doce barras de arropía, preciosamente envueltas en pedacitos de papel gris, ya se le hacía la boca agua, ya se chupaba los dedos, cuando el capitán Legoff, el cual habíase limitado hasta entonces á desempeñar el papel de juez del campo, bajó á su vez á la arena para tomar parte en la liza.

Tosió tres veces, no tanto para afirmar el timbre de su voz como para invitar á la asamblea á que guardase silencio.

Un murmullo halagador corrió por las filas.

—¡Escuchemos, escuchemos!

Solamente Macabiou se puso pálido y tembló.

IX

Yo, dijo Legoff, voy á contaros la historia del difunto Tomás Legoff, mi abuelo, quien, embarcado como siempre marinero á bordo de la fragata «Bellone», fué rey de una isla de la Oceanía.

—¡Imposible! exclamaron todos á la vez. ¿Ha habido reyes en tu familia?

—Uno sólo, respondió modestamente Legoff; pero eso basta, según dice mi padre, para que seamos de raza de reyes. Oid cómo sucedió eso. «La Bellone» navegaba por el gran Océano Pacífico, que es un mar dulce como un borrego, con islas donde los habitantes ponen á las parrillas á los extranjeros que cogen, y los sirven asados, en la mesa.

—¡Ya lo sabemos! dijo Macabiou: esos se llaman caníbales.

—O antropófagos, añadió Jambonneau.

Esos eran los que quisieron comerse á Viernes, dijo Marcos.

—«La Bellone», pues, prosiguió Legoff, navega por el Pacífico, y favorecido por una buena brisa, andaba sus doce nudos sin esforzarse, cuando un día se declaró el fuego en la bodega. Echaron mano á las bombas, pero inútilmente. Al cabo de algunas horas, la fragata ardía como un saco de paja.

—Es raro, dijo el ingenioso Pornichet, que se pueda uno quemar en el agua.

—Vas á ver, Pornichet, que no tiene nada de raro. Por más que se daba á las bombas, que se achicaba el agua, que se calafateaba, nada; el fuego iba acercándose al pañol de la pólvora.

—¡Diablol dijo Pornichet.

—No había más remedio que escapar. Precisamente en el momento en que la tripulación iba á meterse en los botes. . . ¡patatrás! se inflama la pólvora, estalla el trueno en la barriga del buque, todo cruje y se desbarata, y estalla, y todo desaparece. ¡Se acabó «La Bellone», amigos míos! En menos de un minuto el incendio y el mar habían dado cuenta de la fragata. No quedó vivo más que Tomás Legoff. Había sido lanzado á trescientos sesenta y cinco pies sobre el nivel del Océano Pacífico, y después de dar una docena de cabriolas en el aire, cayó de pie en uno de los botes que habían echado al agua.

—¡Suerte fué! dijo Macabiou.

—Hay que advertir que en aquellos tiempos Tomás Legoff era el mejor marinero de toda la marina francesa, muy guapo, y tan arrogante que desde Nantes á Brest no tenía quien se le pareciese.

En *La Bellone* no le llamaban más que el hermoso Tomás: era el adorno de abordó. Además tenía una brillante educación, un aire muy distinguido, y gracia hasta en las corvas. Podía aspirar á las más elevadas posiciones sociales: cuando voló *La Bellone* estaba á punto de ascender á contramaestre. Al verse completamente solo en aquel barquichuelo, en medio del Océano, lejos de perder la tramontana, dijo que puesto que acababa de escaparse, por un verdadero milagro, de una muerte casi segura, era señal que la Providencia tenía ciertos propósitos acerca de él; y se puso á remar con todas sus fuerzas, con la esperanza de encontrar un buque que lo recogiese, ó de descubrir

un rinconcillo de tierra adonde arribar. Remó durante diez días y diez noches consecutivas, sin comer ni beber, y sin ver más que cielo y agua. Al onceavo día ya no remaba; se comió uno de sus zapatos.

—¡Demonio, demonio! dijo Pornichet.

—¡El día que hacía doce, se abrió una vena con la punta de su faca y bebió sangre suya.

¡Vámonos de aquí! dijo Mascaret.

—El día que hacía trece, se acostó en el fondo del bote y allí esperó á que la muerte se compadeciese de él. Ya no quedaba de aquel hermoso Tomás más que los huesos y el pellejo: mi abuelo se había puesto, en menos de quince días, amarillo, seco, y como una sardina arenque.

—¡Eso pone carne de gallina! dijo Jambonneau estremeciéndose; pero es lo mismo: oigamos hasta el final.

—¡Sí, Legoff, acaba tu historial exclamó Marcos, que todó se volvía oídos.

—Cuánto tiempo permaneció de aquel modo en el fondo del bote, es cosa que él mismo no ha podido saber jamás. Despertó muellemente tendido sobre hierba blanda y fresca, bajo la sombra de magníficos árboles, donde cantaban millares de pájaros, sitio donde se esparcía en derredor una frescura deliciosa. Por un instante creyóse transportado al Paraíso; pero cuando, después de frotarse los párpados, vió las caras que lo rodeaban, ya no dudó de que había ido á parar á los profundos infiernos. Unos sesenta salvajes, á cual más horrible, pintarrajeados, y sin más vestidos que un anillo de cobre pasado por la nariz, hallábanse acurrucados en torno suyo, y parecían consultarse mientras lo examinaban con minuciosa atención.

Como estaba muy versado en geografía, adivinó fácilmente la suerte que le esperaba.

Ya comprenderéis que es un poco duro eso de pasar trece días sin comer, y que al que hace catorce se lo coman á uno. Cualquiera que tenga buen corazón puede encontrarse satisfacción en servir de alimento á los amigos en caso de necesidad, y convencido estoy de que el abuelo de Pornichet encontró cierto placer en que se lo comieran; pero ser devorado por desconocidos que ni siquiera hablan la misma lengua que uno, es cosa que sólo el pensarla, hace temblar.

El desgraciado Tomás no podía escapar á las parrillas, sino para caer en la cacerola. Figuráos, pues, si abriría ojos como platos cuando al sentarse vió que todos aquellos adesios se prosternaban hasta tocar con la cara en tierra, y se levantaban después, y le zarandeaban haciendo gestos y contorsiones que no anunciaban ningún mal designio.

Unos le presentaban canastillos con naranjas, plátanos y piñas; otros acercaban á sus labios vasos de limonada ó de leche de coco. Había algunos que le hacían cosquillas en los pies, y que le frotaban las pantorrillas, mientras que otros le abanicaban y le quitaban las moscas.

Y á cada bocado que comía, á cada trago que bebía, daban gritos de admiración, aullidos de alegría, saltos y brincos, con tal furia, que parecía que iban á destornillarse.

Después que hubo comido como cuatro, y bebido á su sabor, cubriéronle con un manto hecho de plumas de canario, de colibrí y de papagayo; subiéronle á un palanquín, y el cortejo, precedido de una música, se dirigió hacia el palacio del gobierno.

El trono se hallaba vacante desde el día anterior; el último Rey se había ido al otro mundo á causa de un cólico *miserere*, y los notables del país iban á darle por sucesor al notable extranjero á quien la Providencia arrojara á sus playas.

Así fué como Tomás Legoff, medio muerto de hambre y de sed, y sin llevar en los pies más que la mitad de un par de zapatos, se convirtió en Rey de la isla de Tambulina.

La ceremonia de la coronación verificóse aquel mismo día. Todos los monumentos públicos estuvieron iluminados, y durante toda la tarde y toda la noche no hicieron más que disparar petardos.

—Todo eso son bolas, dijo Macobiou.

—¡Bolas! exclamó Legoff; está escrito en los papeles impresos.

—Razón de más, contestó Macobiou.

—Macobiou no sabe, replicó Legoff con altivez, que mi abuelo, de regreso de Francia, fué presentado al Rey, el cual le recibió como á un individuo de su familia, le llamó su primo, nombre cariñoso que, según parece, se dan entre sí las testas coronadas, y le ascendió á contra maestre mayor, excusándose por no poder devolverle el reino que había perdido; aquel gran príncipe era partidario de la paz, y le repugnaba meter á Francia

en las aventuras de lejanas expediciones. Esto es histórico, y de ello hablaron todos los periódicos de aquel tiempo.

—¡Bah, bah! dijo Macobiou. ¡Los periódicos de aquel tiempo! ¡Vaya una cosa!

—Y ahora, prosiguió Legoff tomándolo cada vez más por lo alto, quisiera yo saber por qué razón el Sr. Macobiou tiene tantos escrúpulos para tragarse los salvajes de mi abuelo, cuando yo me he tragado, sin hacer un gesto, los mil quinientos osos de su tío.

—¡Vamos! dijo Mascaret; la lumbré se apaga, y estoy viendo que voy á resfriarme; Legoff nos contará lo demás en Pouliguen.

—¡No, no, Legoff, acaba la historial exclamaron todos los demás acercándose más á la lumbré, que ya se iba consumiendo.

Halagado por el efecto que producía en su auditorio, Legoff replicó con firmeza:

X

Si alguna vez hubo en el mundo un Monarca que pudiera creerse adorado por sus pueblos, me atrevo á decir que ese fué Tomás I, Rey de Tambulina. No reinó más que cinco meses y medio; pero durante esos cinco meses y medio conoció todas las dulzuras que la realeza puede procurar á un alma sensible y á un estómago estenuado. Todas las mañanas la población de la isla, en masa, se reunía para ir personalmente á saber noticias suyas, á informarse de cómo había pasado la noche.

Todos se disputaban el honor de adivinar y de satisfacer hasta sus menores desgos. Pescadores y cazadores, no pescaban ni cazaban ya más que para él. Su despensa estaba atestada de provisiones de todas clases: los pescados más finos, las mejores piezas de caza eran reservadas para su mesa. Todos los días, al despertar, se tomaba un buen plato de cocido hecho con harina de maíz, que le llevaban á la cama. Una hora después le servían tres ó cuatro sartas de pajarillos, que eran como otras tantas bolas de grasa que se le derretían en el gáznate. Comía á las doce, merendaba á las cuatro, y jamás se acostaba sin cenar.

—¡Basta, basta! dijo Macobiou, cuyo estómago sentía hambre; esos pormenores son inconvenientes.

—¡Inhumanos! exclamó Jambonneau apretándose la pretina de los calzones.

—¡Vámonos de aquí! dijo Mascaret.

—¡No interrumpáis! ¡Dejad hablar á Legoff! exclamaron los otros muchachos.

Legoff prosiguió:

—Durante el día, más bien dos veces que una, todos los funcionarios del reino se reunían al pie de sus ventanas, y allí, para distraerle y quitarle el mal humor, ejecutaban danzas nacionales, á las cuales mi abuelo se dignaba sonreír desde su balcón. Todo el mundo se afanaba por evitarle todo cansancio de cuerpo y de espíritu. No salía más que en palanquín. Guanto á los negocios públicos, absteniase de hablar de ellos delante de él: había ministros que cargaban con esa tarea.

Podía esperarse que algunas semanas de realeza tan tranquila y tan nutritiva bastarían para restablecerlo y para ponerlo completamente como nuevo.

Pues no, señor. Por más que dormía, comía y holgaba, obstinábase en seguir en un estado de delgadez espantosa, que desgarraba el corazón de sus súbditos. Cuando le veían pasar en su palanquín, más amarillo que un limón, flaco como un conejo hambriento, se les ponían las caras largas y no parecían nada contentos.

Hasta el cuarto mes no empezó á engordar. Pero desde entonces se apresuró á ganar lo perdido, y poco después el hermoso Tomás reapareció, bajo la corona de Tomás I. El amor de sus pueblos parecía aumentar á proporción de su gordura. Ese amor no tuvo límites desde el momento en que creyeron advertir que su soberano echaba barriga y tenía mucha grasa. No podía asomar las narices á la calle sin que se viera en seguida rodeado de una muchedumbre inmensa, ávida de contemplar y de tocar á S. R. M. Las partes más carnosas de su cuerpo, sobre todo, eran objeto de una inspección particularísima, y todos manifestaban por mil modos extravagantes la satisfacción que experimentaban por tener un rey tan rollizo.

Ya supondréis que aquellas inocentes demostraciones le halagaban mucho y le hacían adquirir una altísima opinión de sí mismo. Al examinarse cuidadosamente, tanto en lo físico como en lo moral, no se admiraba demasiado de verse sentado en su trono, y se encontraba más en su lugar y más sa-

tisfecho que en los obenques de "La Bellone."

Gracias á la instrucción que le adornaba, no había necesitado más de ocho días para entender la lengua del país, y para hablarla tan correctamente como el bretón. Le agradaba visitar á sus súbditos, entraba de improviso en sus casas, y con el pretexto de enterarse personalmente de sus necesidades, se convidaba con gusto á beber con ellos una copa de ratafia. Aquellos excelentes salvajes, á quienes al principio tomara por antropófagos, eran ahora muy queridos por él, les llamaba sus hijos y le parecían guapos. No pensaba de ningún modo educarlos, y se prometía, por el contrario, respetar siempre su amable ignorancia. La civilización de la Oceanía se le antojaba muy suficiente, y temía que si tocaba á ella, la corrompería en vez de mejorarla. Vivía en paz, se regodeaba desde por la mañana hasta la noche, y no se dormía jamás sin decir para sus adentros que todo iba á las mil maravillas en el reino de Tambulina.

Una noche, después de cenar, tuvo el capricho de ver por sí mismo cómo andaba la policía nocturna en sus Estados. Pensó también que antes de meterse en la cama le vendría bien un paseito para hacer la digestión. Envolvióse en su manto de plumas de ave y salió misteriosamente de su palacio. En el cielo no se veían ni luna ni estrellas: estaba obscuro como boca de lobo. A riesgo de romperse la crisma, se echó á pasear por todos los barrios habitados, caminando á paso de ronda, y dándose á sí mismo el mejor espectáculo que pueda verse: el de un Monarca que se arranca á las delicias de la corte para andar de patrulla y velar en persona por la seguridad pública.

Aquel gran deber, cumplido con sencillez, y el cual realizaba entonces por vez primera, lo elevaba á sus propios ojos, y ya no dudaba de que había nacido para Rey.

Toda la isla dormía; todos los burgueses de Tambulina roncaban como unos benditos en sus chozas de mimbre y de juncos entretejidos. Después de convencerse de que el orden más completo reinaba en su capital, pero también de que las calles y callejones dejaban algo que desear en punto á empedrado y á alumbrado, disponíase á retirarse, no descontento de su paseo, cuando de pronto, al pasar cerca de una choza aislada, oyó

ruido de voces que salía del interior, y que le hizo el efecto de un gran galimatías. En aquel concierto de voces chillonas había una ma, agria.

Era la de Quinquina, salvaje peligroso, rematado demagogo y jefe del partido popular. Reconoció también la voz de Bibi-Lulú, su favorito, su Benjamín, joven salvaje de genio afectuoso y tierno, al cual quería más que á ninguno, tanto por lo agradable de su conversación como por la delicadeza de sus sentimientos y la dulzura de su carácter. Detúvose y aplicó el oído al tabique, curioso por saber el asunto de que se trataba.

—¡Pues yo os digo que ya nada tiene que ganar! gritaba Quinquina con mucho arrebató.

—También es esa mi opinión, decía Bibi-Lulú con dulzura.

—Pues no es la de los ministros, añadía una tercera voz, los cuales lo han palpado esta mañana, y pretenden que todavía tiene algunas partes débiles.

—¡Partes débiles! rugía Quinquina. ¡Ahí tenéis lo que son nuestros ministros! Bien se ve en eso su astucia y su doblez! Tratan de engañarnos para luego adjudicarse las mejores tajadas. Si se les creyera, si se les dejara hacer su gusto, no nos quedarían más que los huesos, y para eso después que ellos hubieran sorbido el tuétano.

—¡Abajo los ministros! exclamaron al mismo tiempo más de veinte voces amenazadoras, tanto que Tomás Legoff habría podido creer que no había salido de su patria.

—¡Ya es hora de terminarl! replicó Quinquina dando contra el tabique un violento puñetazo, que por poco aplasta las narices de mi abuelo. Bueno que le hayamos hecho Rey, puesto que era el medio más seguro de engordarlo; pero basta ya de sacrificios. El pueblo no vivirá; el pueblo está cansado de esperar; el pueblo pide que se le dé todo lo que le corresponde. Es preciso que la ceremonia se verifique mañana: si no, yo os lo digo, habrá ruido en Tambulina.

—¡Aprobado! ¡Sea mañana! exclamaron todos los salvajes.

Y uno de ellos añadió, á guisa de reflexión:

—¡Ciertamente será la mejor pieza que se haya servido en nuestras reuniones.

—Pero aún no está todo, agregó el meloso Bibi-Lulú. ¿Con qué salsa lo pondremos?

—¡Nada de salsas! replicó Quinquina con tono que no admitía réplica. En el asador, y sobre todo que no esté pasado. Yo vigilaré para que así sea. Quede acordado que esta vez no se engañará al pueblo, ni se le manteará, ni se le burlará como tantas veces ha sucedido. Ya pasaron los tiempos en que el pueblo, sometido al yugo vergonzoso de una aristocracia glotona, recogía por los suelos los desperdicios de la mesa de los grandes. Al fin ha sonado la hora de la justicia, el pueblo conoce sus derechos, todo palidece, todo se borra ante la majestad del pueblo, y como yo soy quien lo representa, yo me quedaré con la mejor tajada.

Como aquella pretensión era tan exorbitante, promovió algunos murmullos.

—¿De qué os quejáis? preguntó soltando una horrible carcajada. ¿No ha de tener cada cual de vosotros una tajada del Rey?

Aquel chiste feroz calmó á los descontentos, y la sesión se levantó al grito unánime: ¡Mañana! ¡Mañana!

Tomás I se había quedado sin una gota de sangre en las venas. Poco deseoso de honrar con su presencia la ceremonia que debía verificarse al día siguiente, pidió auxilio á sus talones, y con el mayor silencio se encaminó á la playa.

En el momento de afrontar nuevos ayunos, y nuevos peligros, y aun cuando ya sabía á qué atenerse acerca del desinterés de sus súbditos, no pudo menos de despedirse con tristeza de aquella isla de Tambulina, donde tan buenos ratos había pasado. ¡Permitase que su nieto aquí le rinda un homenaje de respeto! Después de cinco meses y medio de reinado, se marchaba como había venido, con las manos vacías y la conciencia limpia. Ni siquiera se le ocurrió llevarse consigo la caja del Estado ó los diamantes de la corona. Despojóse de su manto de plumas, lo tiró sobre la arena en señal de abdicación, y ya levantaba la pierna para meterse en una piragua, cuando sintió una manaza que caía sobre su hombro. . . .

Aquí Legoff se interrumpió y guardó un momento silencio. La emoción había llegado á su colmo. Si todos hubieran estado en el pellejo de Tomás I; si cada cual de ellos hubiese sentido sobre su hombro aquella manaza de salvaje, ninguno hubiera temblado más de lo que temblaba oyendo relatarlo. Marcos jamás había pasado un rato más

agradable. Mascaret no hablaba ya de marcharse, y á Macabion no se le ocultaba que el premio de la arropía estaba á punto de escapársele. Después de acariciarse la barbilla con cierta complacencia, después de haber dirigido á Macabion una mirada capaz de confundir á él y á todos sus osos y á su tío, Legoff reanudó el relato de la maravillosa epopeya.

XI

Cogido por la espalda como un vil malhechor, el fugitivo augusto, aunque más muerto que vivo, tuvo, sin embargo, valor para volver la cabeza, y se encontró cara á cara con una especie de gorilla, que no era otro sino el mismísimo Quinquina; Quinquina escoltado por todos sus acólitos, entre los cuales se dibujaba en primer término la dulce fisonomía de Bibi-Lulú. Ya sabéis, amigos míos, que la naturaleza ha dotado á los salvajes de una finura y perfección de sentidos verdaderamente prodigiosas. El oído lo tienen tan desarrollado, que oyen crecer la hierba, andar á las hormigas y entreabrir sus conchas las ostras. Cuanto á la vista, son capaces de ver una araña que tejiese su tela allá en la luna; y por lo que hace al olfato, olerían desde Pouliguen el perfume de una sardina que estuviesen asando en el batrio de Batz. Apenas salieron de la choza donde habían celebrado el Consejo, Quinquina y sus compañeros habían olfateado cierto olorillo á Rey. Astutos como perros sospecharon en seguida algo extraño, y siguiendo la pista á mi pobre abuelo, habían podido, sin gran trabajo, llegar al mismo tiempo que él á la playa.

— Señor, dijo Quinquina con tono del más profundo respeto, V. M. no ignora que la Constitución del Estado, que ha jurado mantener, se opone formalmente á que nuestros Reyes salgan de nuestro territorio.

—Hijos míos, mis queridos hijos, balbuceó el infortunado monarca, quien apenas podía tenerse en pie; no pensaba más que dar un paseito por mar. Después de todo un día consagrado á la felicidad de mi pueblo, me hubiera gustado, lo confieso, poder olvidar durante algunas horas en esa piragua los

fastidios de la grandeza y las preocupaciones del gobierno.

— Señor, la Constitución se opone á ello, y aunque la Constitución lo consintiera, vuestros leales súbditos se atreverían á pedir humildemente á V. M. que no hiciese semejante cosa. Las noches son frescas en esta estación, pronto se adquiere un enfriamiento de cabeza, y tenemos mañana una ceremonia que reclama el concurso de V. M.

— ¿Una ceremonia, querido Quinquina?

— Sí, señor; un banquete patriótico, en el cual debe tomar parte toda la población de la isla.

— Y en el cual produciría verdadero dolor la ausencia de nuestro amado soberano, añadió Bibi-Lulú con voz melodiosa.

— ¡Cuánto me conmueve eso, hijos míos! Cuánto me enorgullecería verme reunido con todos mis súbditos en torno de la misma mesa! Desgraciadamente temo mucho que el estado de mi salud me prive del placer de asistir á vuestra reunión de mañana. Estoy muy malo, mi querido Quinquina.

— ¡Vamos, señor! exclamó Quinquina; vuestra majestad no ha estado nunca mejor. Está gordo como un tonel, y grasiento como el tocino.

— Sabed, Quinquina; que las peores enfermedades son aquellas que presentan todas las apariencias de salud. Aquí donde me véis, hijos míos, me abato de día en día. ¡Ah! ¡El poder de una carga muy pesada! ¡Dirigir la nave del Estado es una tirantez muy trabajosa! Mejor fuera cortar leña. Esta gordura en la cual se recrean con amor las miradas de mi pueblo, no es gordura, es hinchazón, este vientre que á todos os tiene orgullosos, estas carnes, estos colores sonrosados, todo esto, hijos míos, es falso, es de imitación. Físicamente hablando, soy una tortilla soplada, y lo más significativo que hay en la enfermedad desconocida que mina mi existencia, es que mi sangre, quemada por las vigiliás, se ha convertido en veneno. Todas las pulgas, todos los mosquitos que tienen la imprudencia de picarme, caen muertos en el acto. No hay mañana que no me despierte lleno de cadáveres, desde los pies á la cabeza. Sabéis que la semana pasada tuve la pena de perder á Carambo, el más gracioso de mis mozos, el que más quería á causa de su parecido con Quinquina; pero lo que aún ignoráis es el accidente que ha ma-

tado aquel hermoso animal en lo mejor de su vida. Pues bien; os lo confesaré: Carambo ha muerto en menos de tres segundos á consecuencia de una ligera mordedura que, jugando, me había hecho en una pantorrilla. Decidme ahora si me encuentro en estado de presidir mañana un banquete patriótico. Lo que ordenéis haré. Conozco mis deberes, y el primero de todos es el de someterse á la voluntad nacional. ¡Viva la Constitución! ¡Viva el pueblo de Tambulina!

Este discurso había sido dicho con tono natural y bonachón, que los señores salvajes, sin convencerse por completo, creyeron, sin embargo, que era cosa de meditar acerca de él. Consultaron entre sí, y ya se creía Tomás I libre cuando oyó decir á Quinquina:

— Eso son mentiras. Sé de cierto que Carambo murió de una indigestión. Cuanto á su amo, es un tunante. Comámonoslo alegremente; y, en fin, para mayor seguridad, haremos que lo prueben antes sus ministros. Con su voracidad habitual, no dejarán de ser los primeros en lanzarse sobre el asado, y nosotros no lo tocaremos hasta que ellos hayan comido un poco.

Esta medida de precaución era menos á propósito para tranquilizar al Rey que á sus súbditos. Tomás se sintió más enfermo todavía de lo que les había querido hacer creer.

— Señor, dijo Quinquina, estábamos lejos de sospechar que vuestra majestad no tuviese mejor salud que cualquiera del reino.

Profundamente conmovidos por el relato de vuestras dolencias, nos hemos preguntado si no convendría más aplazar el banquete para tiempos mejores. Pero tengo el sentimiento de anunciar á vuestra majestad que los preparativos están demasiado adelantados, y no permiten un aplazamiento. Todos los platos están encargados, todas las invitaciones hechas. Además, cuando vuestra majestad conozca el objeto de la ceremonia que se prepara, estoy seguro de que no vacilará en alegrarle con su presencia.

— ¡Hablad, Quinquina! ¿Cuál es ese objeto? preguntó el desgraciado Tomás, el cual deseaba todavía engañarse, y se agarraba á un hierro ardiendo para tener una esperanza:

— Señor, es costumbre inmemorial en el reino de Tambulina que el pueblo no espere á la muerte de sus reyes para dar á cada uno de ellos el título, el apelativo que resu-

ma sus cualidades y recuerde los servicios por él prestados á la nación. Pues bien, señor: mañana es el día para que el pueblo, reunido, dé solemnemente á vuestra majestad el apelativo con el cual há de vivir eternamente en la historia: Tomás I.

— Acabad, Quinquina. Ese título... ese solo nombre.

— No ocultaré á vuestra majestad que no crea cosa fácil encontrar en una lengua tan pobre como la nuestra una expresión que resumiera tantas cualidades diversas, que recordara tantos servicios prestados al país y que hiciese presentir al mismo tiempo todos los que aun deba prestarle vuestra majestad. Entre Tomás el Gordo, Tomás el Bueno, Tomás el Bienhechor, Tomás el Pacificador, hemos titubeado mucho tiempo; pero ninguno de esos adjetivos significaba con bastante exactitud los sentimientos de amor y de gratitud que tenemos. Por fin, yo, Quinquina, lo he encontrado por una feliz inspiración, y he propuesto y he hecho que se acepte sin dificultad el verdadero, el único título que conviene á vuestra majestad, y mañana, en medio de los transportes de una muchedumbre idólatra, al choque de las copas, al ruido de los instrumentos musicales, Tomás I será proclamado el padre que amanta á sus súbditos.

— Eso es demasiado, Quinquina, es demasiado, dijo el Rey, que había estado á punto de caer de espaldas, y que llevó su magnanimidad hasta el punto de estrechar la mano de aquel insular abominable. Tenéis razón, hijo mio; ya no vacilo; asistiré mañana á ese banquete; será el día mejor de mi vida. ¡Podéis contar conmigo, hijos míos! Y ahora retiráos. Deseo estar solo. Quiero dormir de incógnito en esta piragua, meditar y preparar con tranquilidad el discurso que pronunciaré mañana á la hora de los postres.

— Señor, dijo Quinquina: mejor dormiré vuestra majestad en su lecho. Esta piragua no forma parte del territorio, y la constitución está terminante. Si vuestra majestad lo permite, le acompañaremos á su palacio.

Y al decir esto, le envolvía cuidadosamente en su manto de plumas de pájaros, el cual había recogido él mismo del suelo, y en seguida el cortejo se puso en marcha hacia palacio. El monarca caminaba delante, seguido, á una distancia respetuosa, por todo aquel grupo, que no le quitaba ojo y que ob-

servaba todos sus movimientos. No tenía ya esperanza más que en Bibi-Lulú. A pesar de las terribles palabras que le habían indignado, no podía creer en tanta ingratitud y ferocidad en tan temprana edad, y le parecía imposible que Bibi-Lulú no le ayudase á salir de la situación terrible en que se encontraba. Ya próximos al palacio, sin detenerse, al paso, se volvió hacia su escolta, y con un ademán que nada había perdido de su altivez, invitó á Bibi-Lulú á que se pusiera á su lado. El joven salvaje obedeció inmediatamente la orden del Rey. Anduvieron un rato en silencio: el Rey pensativo y sombrío; Bibi-Lulú tranquilo y sonriente.

— Bibi-Lulú, dijo por fin Tomás en voz baja y de modo que no le oyese nadie más que él: ya sabes lo que siempre he sido para tí. Serías el más vil de los hombres de tu raza si necesitara yo recordártelo. Has encontrado en mí, no diré que el mejor de tus amos, sino el más atento y afectuoso de los amigos. Te he colmado de mercedes y de bondades. Cuando había faisán en mi mesa, tú te comías las dos alas. Jamás he probado natillas de nuez sin que antes te hayas tú chupado la mitad. Más de una vez te he sorprendido comiéndote las cosas de mi despensa. Te me has bebido á escondidas tres litros de ratafia. Yo sonreía y te dejaba hacer tu gusto, extrañándome solamente de que hurtaras lo que sabías que era tuyo. Tu presencia desarrugaba mi entrecejo. Cuando no venías, te llamaba, ó abandonaba yo mis dorados artesonados para irme á fumar en tu choza la pipa de la igualdad. En las cervecerías públicas te colocabas á mi lado. Yo te asociaba al rango supremo. Cualquiera hubiese dicho, al vernos juntos, que habías nacido en las gradas del trono. Pues bien, Bibi-Lulú: ¿cómo, por todos estos beneficios vas á consentir que tu Rey, tu amo, sea puesto en el asador, como si fuese una simple pierna de carnero?

— No soy yo, amadísimo señor; es ese animal de Quinquina el que quiere asaros, replicó Bibi-Lulú con voz atiplada, yo quería que os quitaran la vida como á un conejo y que os sirvieran con una salsa muy rica.

— ¡Miserable! exclamó Tomás dando rienda suelta á su indignación. ¡Con que es verdad! ¡Con que es verdad! ¡Tú también, infame Bibi-Lulú, tú también te dispones á devorar á tu Rey!

—Caramba, amor mío, respondió con angélica candidez Bibi Lulú, menos conmovido que asombrado; ¿por qué, si no os hemos alimentado tan bien durante más de cinco meses, y cebado á todo coste?

Tomás I envolvióse silenciosamente en su manto de plumas, y luego bajó la cabeza sin decir palabra. Algunos minutos después el cortejo se detenía á la puerta de palacio. Encerraron al monarca con llave, colocaron tres centinelas en cada puerta y hasta el amanecer las patrullas recorrieron la isla en todas direcciones.

¡Qué noche, amigos míos, qué noche! Figúraos al Rey de Tambulina errando á oscuras por su palacio desierto, por aquel palacio convertido ahora en prisión del Estado, y del cual sólo debía salir para marchar al sacrificio.

Después de haber andado por todas sus habitaciones y de haberse convencido de que no había esperanza de salvación, el pobre hombre lloró con la frente entre las manos. Ya se había representado el sainete, y ahora iba á empezar el drama. No tenía ni el recurso de sublevarse contra la ingratitud de los pueblos; las últimas palabras de Bibi Lulú le habían desengañado por completo. Tomás I acababa de desvanecerse como una sombra chinesca; allí no había más que Tomás Legoff, el antiguo marinero de «La Bellone.»

¡Ah tonto, y cien veces tonto, se decía, que has podido creer que sólo por tus méritos y tu linda cara te hacían tantos homenajes y te cuidaban tanto! ¡Estúpido, cien veces, que te has dejado coger en trampa tan burda, que aceptabas como quien tomara dinero que le daban, la admiración de tus súbditos, y no hacías más que atiforrarte desde por la mañana hasta la noche, y digerir desde por la noche hasta la mañana! Recordaba la fábula de maese cuervo colgado en el árbol, y lo peor que tenía su situación es que, después de haber sido el cuervo, ahora iba á ser el queso.

De vez en cuando se arrancaba á sus reflexiones para prestar oído á los ruidos de fuera; ruidos de los pasos cadenciosos de las patrullas ó de las voces de los centinelas, que se llamaban y se respondían. Parecíale que su cuerpo exhalaba ya cierto olor á tosón, y por más esfuerzos que hacía, no lograba resignarse con su suerte. Confesaba

de buen grado que su reinado no había sido más que una serie de francachelas y de atacones; pero á la hora de pagar la cuenta le parecía el precio un poco exagerado. Rendido por tantas emociones—con menos lo hubiese estado cualquiera—echóse por última vez en el lecho regio, y concluyó por dormirse, envuelto en el manto de plumas.

XII

Era muy de día cuando despertó. Frotóse los ojos, y creyó al principio que había tenido una pesadilla. Era la hora á que todas las mañanas le entraban su cocido; á la hora en que los cortesanos invadían su cuarto y se disputaban su primera sonrisa. Sorprendido al ver que no había nadie allí, se tiró de la cama, abrió la ventana y... trataré de describir lo que vió desde lo alto de su balcón.

La mañana era magnífica. Los pájaros cantaban á más y mejor; el sol brillaba en un cielo azul como el añil. En medio de la plaza, enfrente del palacio, elevábase un montón de leña encendida, que prometía hacer una hoguera capaz de asar un toro. Había allí una grasera de un tamaño desmesurado, y encima de la grasera un asador de iguales dimensiones, reluciente como la hoja de una espada y colgado por cada uno de sus extremos á unas encinas gigantescas. No lejos de allí, á la sombra de los árboles, estaba la mesa, tan larga que no se la veía el fin, formada con tablas y caballetes. Una docena de marmitones pequeñuelos, que parecían diablillos, estaban terminando de poner la mesa, en tanto que un mayordomo afilaba con mucha gravedad, en una piedra de amolar, un cuchillo que sin dificultad hubiese pasado en cualquier parte por un alfanje. Los convidados iban llegando: por un lado los ministros caminando á paso lento, y seguidos de los grandes del reino; por otro Quinquina, con aire de matón y la mano en la cadera, llevando en pos de sí á todos los habitantes de los barrios. A juzgar por las miradas que los dos bandos se dirigían á medida que se aproximaban uno á otro, era fácil prever que la alegría franca y la cordial inteligencia cesarían de reinar en el curso de aquella fiesta deliciosa. El cortejo de

los ministros acababa de desembocar en la plaza; una orquesta, oculta detrás de los árboles, tocaba con sin igual estrépito el himno nacional de Tambulina.

Tomás Legoff había abarcado de una mirada todos los detalles de aquel cuadro campestre. Todo estaba dispuesto; sólo lo aguardaban á él para servir la comida. Retrocedió espantado, y entró violentamente en su cuarto. Allí acometióle un acceso de furor tal, que no hay palabras con qué describirlo. Pensó en prender fuego á su palacio por los cuatro costados y morir entre sus humeantes escorbros. Rompió, destrozó todo lo que encontró á mano; cristales y porcelanas volaron hechos pedazos. En su creciente furor no respetaba nada: pisoteó su manto de plumas, lo desplumó, lo hizo girones, y por un momento vióse en una nube de plumas de canario, las cuales—última injuria de su suerte—parecían querer pegarse á la piel. Por fin, decidido á disputar su vida, y á venderla cara, armóse de un *tomahawk*, especie de rompecabezas que formaba parte del mobiliario de la Corona, y se puso detrás de la puerta, resuelto á derribar á cuantos se presentasen. Allí estaba haría como un cuarto de hora; un tumulto espantoso lo atrajo de nuevo á la ventana. He aquí, amigos míos, lo que ocurría.

Apenas llegó á la plaza, Quinquina había expuesto sus pretensiones en tono imperioso y altanero. No veía inconveniente en que la población de los barrios fuese relegada á lo último de la mesa; pero en vista de que él personificaba la majestad del pueblo, entendía que le correspondía ocupar el sitio de preferencia.

Dejaba á los ministros el honor de ser los primeros que probasen el asado, para que dijeran si estaba bien en su punto; pero se reservaba la mejor tajada, y declaraba insolentemente que él no la cedía á nadie. Exasperados por tanta impudencia, los ministros habían contestado que Quinquina no era más que un *gasapán*, y que si persistía en su actitud, iban á cogerle y á entregarlo á la justicia. Al oír esto Quinquina, despreciando todo lo que las gentes se deben en sociedad, había tirado una sopera á la cabeza del presidente del Consejo, y los dos partidos se habían ido á las manos. Mezclados y confundidos el pueblo y la aristocracia, se arrancaban los pelos, en tanto que la orquesta se-

guía tocando el himno nacional de Tambulina.

Testigo de esta escena de familia, Tomás Legoff no vaciló: el momento era oportuno; subióse á la barandilla del balcón, dejó caer por la pared cayó sobre sus posaderas, levantóse rápidamente y echó á correr como un gamo. Creíase ya salvo, cuando le vió su marmitón, el cual dió en seguida la voz de alarma. La lucha cesó instantáneamente, y los dos partidos se unieron para correr, de común acuerdo, tras la presa que se les escapaba.

De una y otra parte hubo una carrera desenfrenada. Los salvajes tenían las piernas de acero; Tomás, á pesar de su gordura, llevaba alas en los talones. Jamás hubo liebre perseguida por una trailta que desplegara más actitud, más astucia y más estratagema. Saltaba las vallas y los arroyos, se metía entre la maleza, desaparecía detrás de los árboles, se ocultaba en los pliegues del terreno. Ora volaba con la impetuosidad de una bala, ora, dando revueltas inesperadas, despistaba á sus perseguidores. Al verlo tan ligero, tan rápido, se hubiera podido suponer que la grasa tenía la propiedad de flotar en el aire, como flota en el agua. Parecía un pellejo de vino arrastrado por el huracán. Más de una vez los salvajes pensaron en cazarlo á flechazos; pero el miedo de deteriorarlo se los impedía. Tenían el gusto delicado, y quería cogerlo intacto, sin avería ni desperfecto.

Quinquina, que era el que más á los alcances le iba, había extremado su delicadeza hasta el punto de proveerse de una red, con la esperanza de que podría cogerle en ella como un pájaro ó un pescado. Así perseguido, el rey de Tambulina había dado ya vuelta á sus Estados. Empezaba á perder alientos cuando al llegar á uno de los puntos culminantes de la isla, descubrió un buque que con todas las velas desplegadas pasaba á la vista de la costa. Esto reanimó sus fuerzas y le permitió correr hacia la playa. Quinquina lo seguía tan de cerca que ya dos veces le había tirado la red, sin conseguir cogerlo.

Tomás veía la manera de librarse; el Océano se le aparecía como un puerto de salvación. Después de haber tomado carrera en lo alto de una roca, se zambulló en el Océano Pacífico, y ahora si que se creía bien á sal-

vo, cuando el infeliz se sintió prisionero entre las mallas de una red que se cerraba y le cogía por todas partes. Era la que Quinquina acababa de tirarle desde lo alto de la roca, en el momento mismo en que el Monarca se tiraba al agua. Tomás estaba cogido. ¡Qué sino! ¡Perseguido como un ciervo, pescado como una merluza y en perspectiva de ser asado como un pollo!

Ya no faltaba más que tirar de la red izándola a tierra. La tarea no era fácil, y nunca pudo Quinquina esperar, aun cuando era vigoroso, que consiguiera realizarla sin la ayuda de otros salvajes que se le habían acercado. Todos, sin distinción de clases, pusieron manos a la obra con más ardor que si ya estuvieran sentados a la mesa, porque el ejercicio que acababan de hacer les había excitado el apetito. Hasta los ministros tiraban como mozos de cuerda, temerosos de que Quinquina, valiéndose de su pesca milagrosa, aumentara las exageradas pretensiones que tenía.

A la vista de la red que salía poco a poco del agua, tan tirante y rellena como si hubiera aprisionado entre sus mallas un ballenato, estallaron rugidos de alegría. La pesca estaba viva; podía conocerse en las burbujas de las olas, en los brincos que pegaba el ilustre cautivo, que luchaba por escapar a las mallas que lo tenían prisionero. Pronto, gracias a los esfuerzos reunidos de todos aquellos hambrientos, el bulto salió a la superficie y luego se vió suspendido en el espacio. Subía lentamente, ya con la majestad de la resignación, ya entre las convulsiones de la rabia y de la desesperación. ¿Quién habría podido imaginar, al ver desde lejos aquella masa que volaba por los aires, que era el rey de Tambulina entrando de aquel modo en sus Estados? Sin embargo, a medida que se aproximaba al término fatal, Tomás I parecía recobrar nuevo vigor y fuerzas inesperadas. Bullía y se revolvía como un demonio en una pila de agua bendita.

Estiraba en todos sentidos la red, subía, bajaba, volvía a subir y se retorció y tropezaba contra todas las escabrosidades de la roca. Quebrantada por el roce, estirada y sacudida desesperadamente, la cuerda a cada instante parecía que iba a romperse. Por fin, un grito de triunfo oyóse en el litoral; después de una ascensión que no duraría menos de dos horas, la parte superior de la red lle-

gó a nivel de la cortadura donde estaban los salvajes; pero entonces surgió otro incidente. Al revés de los asnos, que se cocean cuando no hay más comida en el pesebre, los salvajes, que habían hecho causa común mientras se trataba de perseguir su presa, se dividieron en seguida que creyeron tenerla cogida.

La lucha estaba a punto de comenzar de nuevo, tanto más implacable cuanto que un hambre devoradora sobreexcitaba las pasiones políticas y envenenaba el odio de los partidos. Apenas la parte superior de la enorme red llegaba a tierra, cuando Quinquina y su gente se precipitaron a ella y la cogieron por las primeras mallas.

Llenos de desconfianza, los grandes del reino y los ministros soltaron la cuerda, y a su vez se lanzaron sobre la red. De uno y otro campo tiraban con fuerza, dirigiéndose invectivas. Quinquina invocaba sus derechos de presa, el presidente del Consejo invocaba sus derechos por haber hallado y contribuido a la pesca. Los dedos de los salvajes, parecidos a garfios de hierro, se disputaban la red. Las narices humeaban, las bocas echaban espuma, los dientes rechinaban y lanzaban chispas al chocar unos con otros. Paralizado por el espanto, acurrucado en su agujereado calabozo, el rey de Tambulina no daba ya señales de vida. Para él no se trataba más que de saber si lo asarían o lo cocerían el pueblo ó la nobleza, cuando de pronto ¡oh inesperado beneficio de la suertel ¡oh delicada atención de la Providencia, que velaba por el jefe de nuestra dinastía! en el momento de ir a tocar a tierra, la red crujió, las mallas se rompieron, y el cuerpo de Tomás I, impulsado por su propio peso y haciendo un amplio agujero, como enorme peña que se desploma, cayó al mar.

No trataré de describirlos la consternación de los habitantes de Tambulina: sus buenos amigos quedaron inmóviles en su sitio, como petrificados.

El ex rey estaba ya lejos.

Con la ligereza de un pescado henda las aguas del Pacífico en demanda del buque que se hallaba a la vista y que para presenciar el desenlace de aquella extraña escena se había puesto al paio a pocas brazas de la costa.

Era un bergantín americano.

Apenas subió a cubierta Tomás Legoff, se acordó en seguida de su antiguo oficio; esca-

ló con agilidad las escalas de gavia del palo mayor y se instaló en la cofa.

El buque seguía su rumbo y se deslizaba a la vista de la costa.

Los salvajes estaban aún en la cortadura inmóviles, estupefactos, con la boca abierta y sudando el quilo.

Tomás les hizo una mueca expresiva.

—¡Comed sin mí les gritó.

Y luego, volviéndoles la espalda y enseñándoles la parte de su cuerpo que más ardentemente habían ambicionado, añadió, haciendo otro gesto:

—¡Para la Constitución!

XIII

Aquí llegaba Legoff en su relato, y para terminarlo dignamente, añadía algunos de los elevados pensamientos filosóficos y morales que tan familiares le eran, cuando su voz fué dominada por la de un interruptor en el cual nadie, ni él ni sus oyentes, pensaban. Estremeciése, prestó el oído a los ruidos lejanos y dió un grito de desesperación, que pronto repitieron todos sus compañeros. Una cosa enorme, que apenas se distinguía, pero que, sin embargo, se la veía moviéndose allá en las profundidades de la obscuridad, avanzaba dando siniestros clamores, que llenaban de horror y de espanto las tinieblas.

Ya las enfurecidas olas se arremolinaban al rededor del islote. Los desgraciados se consideraron perdidos. No habían previsto aquel desenlace fatal, tan fácil de prever, y la marea que subía les sorprendió como si no debieran haberla esperado. Asustados, locos, corrían de una parte a otra por los arrecifes como ratones cogidos en la ratonera para encontrar la salida. Todos llamaban a sus padres y a sus madres, todos se retorcían los brazos y se arrancaban los cabellos. En aquellos momentos de confusión y de desolación, el nieto de Tomás I era el único que aún conservaba la serenidad. Después de haber dado vuelta a la Roca de las Gaviotas, medio iluminada todavía por las últimas llamaradas de la moribunda hoguera; después de haber estudiado su configuración, Legoff se había dicho que a cierta altura debían existir en aquella peña, trabajada y comba-

tida por las tempestades, algunos salientes, algunas mesetas que les permitieran huir de la marea, algunas hendeduras, algunas desgarraduras que les sirvieran de refugio. ¿Cómo llegar hasta allí? Los primeros peldaños eran inaccesibles, aunque hubieran tenido uñas de gato.

La necesidad es madre de los prodigios. En menos tiempo del que hubiese necesitado un obrero habilísimo, Legoff construyó una escala con las cuerdas y el bramante que había encontrado en el fondo de la barca; luego, con una voz que sonó como un clarín en medio del estruendo del Océano, reunió en torno suyo a todos los de la dispersa banda.

—¡Galmal les dijo. Hemos caído en la red. ¿Creéis que llorando como lo hacéis, vamos a salir de ella? Ya habéis visto a mi abuelo en situaciones que no eran más satisfactorias que ésta, y sin embargo, salió de todas. Ayudémonos, y Dios nos ayudará.

Y en unas cuantas palabras rápidamente pronunciadas dió sus órdenes, las cuales, apenas formuladas, fueron obedecidas. Se trataba de subirse unos encima de otros, como suelen hacer los muchachos por jugar. Los más fuertes se apoyaron en la roca y se encorvaron para que los demás fueran montándose, y todos se apiñaron, así los grandes y los pequeños, de modo que formasen una pirámide viviente, de la cual eran la base Macabiou y Pornichet, y Marcos la cúspide.

—¿Estáis ya? preguntó Legoff.

Tomó carrera, subió por encima de todos aquellos cuerpos en tres saltos, y dando otro brinco, que estuvo a punto de dar en tierra con el pobre Marcos, llegó a uno de los puntos que su instinto había previsto y que su pensamiento había adivinado. Era una fragosidad donde cabían todos ellos. Una vez allí, sujetó la escala a unos salientes de la escarpada peña, la soltó hasta que llegó abajo, y los niños subieron como gatos, unos detrás de otros. Ya era tiempo. Las olas les lamían los talones.

—¡Ah! decía el pobre Mascaret poniendo el pie en el primer escalón de cuerda; si me hubieran hecho caso, estaríamos todos durmiendo en nuestras camas.

Mientras ellos tomaban respiro, Legoff inspeccionaba el terreno y buscaba los medios para continuar la ascensión. Aunque

sus conocimientos geológicos eran muy limitados, su instinto, sin embargo, no le había engañado respecto á la Roca de las Gaviotas.

Vista desde lejos aquella peña parecía un cono inmenso, de superficie unida desde la base á la cumbre; estudiada de cerca y en sus detalles, presentaba á la exploración una muestra muy curiosa de lo que puede sobre esas masas inertes el trabajo de los vientos y de las olas. ¡Esos son rudos obreros! Si hacen poca faena de una vez, en cambio trabajan incesantemente, ni descansan ni huelgan jamás. De una obra de destrucción habían hecho una obra de arte. Comida, minada, agujereada, excavada y recortada en todos sentidos, aquella roca volcánica presentaba modelos de todos los géneros de arquitectura en estado de bosquejo. Tan pronto parecía las ruinas de un castillo feudal, como los rudimentos de una catedral gótica.

Grutas, minas y corredores sin salida, escaleras que no conducían á nada, mesetas sobrepuestas unas á otras, pilares informes que sostenían arcos medio derrumbados, aberturas en forma de bóveda ó de ojiva, cornisas abruptas, rampas aéreas, ensayos de aimentas, de flechas, de veletas, en una palabra, el más incoherente conjunto que la naturaleza en sus caprichos haya podido reunir entre el cielo y el mar.

Legoff había descubierto una galería que corría en espiral sobre la parte exterior de la roca. Tanteó el terreno y presumió que aquella rampa por donde no hubieran podido trepar ni las cabras, iría á parar á una meseta situada por encima de sus cabezas. La marea subía; era preciso huir pronto.

—¡Marchen! exclamó Legoff.

Y les enseñó el camino. La caravana se puso en movimiento. Avanzaban paso á paso, uno á uno, sosteniéndose unos á otros y cogidos cada cual á la chaqueta ó á la blusa del que iba delante. Todos guardaban silencio, no se oía más que la voz del jefe que hablaba de cuando en cuando para señalar los peligros del camino. Así caminaban á la pálida luz de las estrellas; el abismo sombrío crujía á sus pies.

Después de haber dado vuelta al contorno de la roca, fueron á parar, no á una meseta, como había supuesto Legoff, sino á la entrada de un desfiladero que subía casi cortado

á pico, entre dos lienzos de pared verticales. Era una garganta formada de un desprendimiento, obstruido en algunos sitios por grandes pedazos de granito.

Aventuróse por aquel camino bastante parecido al cauce de un torrente seco, sin saber adónde iban, y sin pensar si podrían salir de allí: acorralados por la marea no tenían tiempo de reflexionar, ni de discutir. Ya no andaban, gateaban, ayudándose con las rodillas y con los pies. Cada pedazo de granito era una fortaleza que tomar por asalto. Unas veces, arrastrados por lo rápido de la pendiente, perdían en algunos segundos el terreno que habían adelantado; otras, ya sin fuerzas, arañados y heridos, se echaban en el suelo y renunciaban á seguir adelante. Legoff estaba en todas partes á la vez: el primero para enseñar el camino, en medio, á la cola, como perro de pastor, para gamarrear á los recalcitrantes, para dar prisa á los que se quedaban atrás, para dar alientos á todos.

—¡Vamos, demonio, valor! ¡Te ablandas, Jambonneau! ¡Flaqueas, Mascaret! Pensad todos en el honor que vais á adquirir. No se trata de que nos recojan como si fuéramos ostras que pescaron, ni de volver á nuestras casas como unos poltrones que no sirven para nada. Entraremos en el pueblo con la cabeza muy levantada, como los triunfadores. ¡Vamos, Macabieu; vamos, hombre, que ya no andas! Pouliguen nos abrirá sus brazos y se enorgullecerá de habernos visto nacer. Nuestros padres dirán: «¡Ahí les tenéis, á esos mocosos, que ya son unos hombres!» Nuestras madres nos contemplarán con orgullo, y durante ocho días no harán más que obsequiarnos con galletas y mimientos. ¡Valor, Francisco Guillemín, valor! ¿Crees que tu abuelo estaría mejor en el lomo de aquella ballena? Sin contar, amigos míos, que hablarán de nosotros en los periódicos. ¡Qué rabia va á pasar Inglaterra! ¡Eh, Pornichet! ¿qué demonios haces ahí, aplastado como un caracol? ¡Cuidado, parisiense! ¡Otro empujoncillo, muchachos! Ya llegamos al final de nuestras penas.

Y Legoff daba ejemplo de sangre fría, de intrepidez y de interés por la salvación común. Siempre el primero en la brecha, le tiraba desde lo alto de la barricada la escala que llevaba rodeada al cuerpo. Tenía para los más pequeños atenciones y cuidado,

maternales; en los sitios más peligrosos los cogía en brazos, ó se los cargaba á cuestras. De cuando en cuando los llamaba á todos por sus nombres para convencerse de que todos estaban presentes, de que no faltaba nadie. Sin aliento, rendidos, extenuados, pasmados, con las manos y las rodillas chorreando sangre, llegaron al fin á la extremidad del desfiladero.

Ni siquiera tenían ánimos para quejarse de su suerte. Rodaron mezclados unos con otros sobre la roca viva, y la mayor parte de ellos se durmieron. Los que habían resistido más al sueño acababan de dormirse, cuando todos despertaron sobresaltados por la proximidad del enemigo, que no dejaba de perseguirlos. El mar había invadido el sitio donde se refugiaban, cerraba la entrada del desfiladero donde las olas iban á estrellarse con furia. El desfiladero no tenía ya salida; estaban cogidos, encerrados, bloqueados por todas partes por la roca y por la marea.

—¡Legoff, socorrol

Legoff no estaba allí, había desaparecido, y con él la única esperanza.

—¡Legoff, Legoff!

Nadie respondía.

¿Qué había sido de él? ¿Había ido á caer en algún abismo, buscando por donde salir? ¿Había perecido víctima de su cariño á los demás?

—¿Dónde estás, Legoff, dónde estás?

La marea subía, subía, subía, y pegados á una de las paredes del desfiladero miraban con estupor los borbotones de espuma que las olas lanzaban á sus pies.

—¡Legoff! ¡Legoff!

Unos minutos más, y se verían arrollados, barridos como granos de arena.

—¡Atención! gritó de pronto una voz que parecía bajar del cielo.

¡Ah, valeroso muchacho! ¡De qué buena gana te hubiese abrazado!

¡Era él, era Legoff! Mientras los otros dormían, él velaba para salvarlos. Se había cogido como un caracol á las asperezas de la roca, había subido por las paredes, saltando como una ardilla, brincando como un gamo de cresta en cresta, había logrado llegar á una meseta, después de hacer verdaderos ensayos de habilidad, de ligereza y de agilidad, y desde allí les tiraba la escala de cuerda que iba á salvarlos una vez más.

Pero ¡ay! que tantos esfuerzos, tantos trabajos no habían de servir más que para dar un respiro de una hora, de dos horas á lo más. Subieron todavía y de peña en peña, de grada en grada, llegaron á una plataforma en medio de la cual se levantaba erguido un bloque semejante á un gigantesco menhir.

Allí iba á decidirse la suerte de aquellos pobres niños: allí los esperaba la catástrofe contra la cual no había medio de luchar. Habían realizado su tarea, la ascensión había terminado. El mismo Legoff nada podía hacer, Esbelto y pulido como el pie de una columna, el bloque cuya cúspide ocupaban las gaviotas no tenía escabrosidad alguna por donde poder subir, y desafiaba todo intento de escalamiento. El mar y el espacio los envolvía por todas partes; quedaron anudados ante aquellas dos inmensidades. El cielo tenía allá por encima de sus cabezas el sombrío esplendor de las noches estrelladas y serenas; debajo de ellos, el Océano sin límites enviaba al asalto de su último baluarte sus escuadrones en olas desencadenadas y terribles. La marea continuaba subiendo, y la muerte subía con ella.

—Amigos míos, dijo Legoff llorando; os habían confiado á mi cuidado. Estaba encargado de velar por vosotros, y yo os he perdido. ¡Abrazadme y decidme que me perdonáis!

Al decir estas palabras, todos los corazones se fundieron en un mismo sentimiento de ternura.

—¡No, no, Legoff, no tenemos nada que perdonarte! No eres tú quien nos ha perdido: tú has hecho todo lo posible por salvarnos. ¡Abrazanos, Legoff, abrazanos!

Y después que Legoff los hubo abrazado á todos, ellos se abrazaron unos á otros llorando y gimiendo.

—¡Ah, Marcos! tú eras feliz, decía; ¿por qué viniste con nosotros? Tú no querías y nosotros te trajimos.

—Yo tengo la culpa de todo, yo desamarré la lancha.

Y vueltas las caras hacia Pouliguen, como si sus familias pudieran oírlos:

—¡Adiós, padre mío! ¡Adiós mamá! ¡Ya no veréis más á vuestros hijos!

Luego, acometidos por el horror de una muerte próxima:

—¡Salvanos, Legoff! exclamaron.

Y se apretaban en derredor de él como polluelos en torno de la gallina.

—¡No hay que dirigirse á mí dijo Legoff.

Y con voz grave:

—De rodillas todo el mundo, gritó.

Cayeron de rodillas y Legoff, con la cabeza descubierta, de pie en medio de ellos, recitó la plegaria que les habían enseñado en la cama y que repetían todas las mañanas al despertar:

“Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre; vénganos el tu reino, hagase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día dánosle hoy; perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores; no nos dejes caer en tentación, mas líbranos de mal. ¡Amén!”

—¡Amén!

—¡Bendito sea Dios!

Las olas llegaron á la altura de la plataforma y ya la salada espuma les salpicaba el rostro.

XIV

El espanto y la desolación no eran menores en Pouliguen que en la plataforma de la Roca de las Gaviotas; pero tomemos las cosas desde más atrás, desde el momento en que la embarcación dirigida por maese Legoff había abandonado la bahía.

El Pouliguen permaneció durante algún tiempo todavía silencioso y desierto. La señora de Henry, al despertar, no se asustó ni se sorprendió de no ver á su hijo á su lado.

Salió del bosque, buscó á Marcos con los ojos, y no viéndolo, supuso que estaría jugando con los otros niños en la playa. La suposición era muy natural: Marcos lo hacía diariamente.

Pasó la tarde acariciando las más dulces ilusiones: por efecto de una de esas bromas crueles que el destino parece complacerse en tener, sonreía á sus esperanzas en el porvenir precisamente cuando el Océano se llevaba la vida de su vida.

A la caída de la tarde todos los asistentes de la aldea regresaron á sus casas, menos los pescadores.

El Pouliguen había recobrado poco á poco

su fisonomía y su movimiento habituales; no faltaba más que el ruido de los niños. Nadie todavía pensaba en preocuparse por su ausencia; ni siquiera las madres tenían cuidado, porque estaban hechas á las costumbres de aquéllos pequeños bohemios. Ya acudirían á la hora de cenar como bandadas de gorriones hambrientos; porque, según confesión de todos ellos, la falta de exactitud que tenían para ir á la escuela la compensaban con una puntualidad escrupulosa á todos los ejercicios de la cuchara y el tenedor.

Llegó la hora; la cena estaba lista: los niños no parecían. El caso era extraño, porque jamás hasta entonces se presentara; pero las mujeres que ven todos los días salir al mar á sus maridos y á sus chiquillos desde que apenas saben andar arrastras por la playa, no se asustan por tan poca cosa. Más dispuesta á alarmarse, la señora Henry había ya recorrido todos los arrecifes llamando á gritos á su hijo. Para tranquilizarla trataron de hacerla reflexiones. Hombres y mujeres, todos hicieron lo posible por conseguirlo; los chiquillos no eran tontos; la costa y las rompientes no tenían secretos para estos.

Sin duda se habrían ido á la feria de Guérande, donde había unos perros sabios que atraían á lo más selecto de la sociedad circunvecina; tal vez estarían en el pueblecito de Batz, donde, á creer los rumores públicos, se entregaban frecuentemente á verdaderas orgías de arropía y de almendradas. Todo se reducía á que se dieran algunos pecosozones, era lo peor que podía sucederles,

Sin embargo, había cerrado la noche y los niños no parecían. Los ánimos comenzaban á alarmarse. La señora de Henry no podía estarse quieta en ninguna parte. En todas direcciones habían salido hombres á buscar á los niños. Unos debían ir hasta Guérande, los otros hasta el pueblecillo de Batz. Otros llevaban el encargo de explorar las granjas de los alrededores.

Esperando el regreso de los exploradores, toda la población estaba reunida en el muelle.

Todos se agitaban, peroraban; se perdían en conjeturas, ninguna de las cuales se aproximaba á la verdad. Imprecaciones contra los ausentes salían del grupo de las madres. Cada una de ellas echaba la culpa al hijo de

su vecina; ¡figúrese el lector si Legoff lo pasaría bien!

Los comentarios, las recriminaciones menudeaban, cuando un grito estridente, agrio, inarticulado, se oyó de pronto en la playa: las mujeres se miraron unas á otras con espanto; algunas se santiguaron devotamente.

—¡Virgen Santísima! exclamó la madre de Guillemín: Bibia se ríe: alguna desgracia sucede.

XV

Digamos sin tardanza quién era Bibia, en ya risa tenía el privilegio de llenar los ánimos de terror.

No se sabía nada sobre su origen.

¿Cuándo apareció por primera vez en la comarca? ¿Era el resto de un naufragio arrastrado allí por las olas? ¿Dónde había nacido? ¿Cómo se había aclimatado en aquellos parajes? ¿A qué particularidad debía el nombre de «Bibia» que había popularizado?

He ahí unas cuantas preguntas que quedarán sin respuesta.

Un hecho positivo, bien averiguado, es que jamás habían reclamado á Bibia, y bastaba verlo para explicársela indiferencia de su familia, si es que alguna vez la tuvo.

Sordo y mudo, contrahecho, casi idiota, Bibia reunía en su persona un muestrario completo de las desgracias de la naturaleza. Tal era en la fecha á que este relato se refiere, y tal lo habían conocido siempre: la imbecilidad y la deformidad no tienen edad. Los harapos que malamente lo cubrían, la alforja que llevaba á la bandolera, sus labios gruesos, su aspecto imbécil, sus piernas torcidas, sus desmesurados brazos, terminados por enormes manos peludas, que caían hasta los dedos de los pies, su barba y sus cabellos ralos, todo contribuía en aquel pobre ser á hacer de él un objeto de asco y de lástima.

Aunque de aficiones nómadas, no llevaba sus excursiones más allá de los límites de aquel distrito. Había establecido su cuartel general en Pouliguen, donde se le toleraba, no tanto por caridad como por costumbre; y como jamás había habido una queja contra él, habiase escapado siempre á la ley contra los vagabundos. Gracias á las inmunidades

de que disfrutaba, Bibia había simplificado y resuelto victoriosamente los más complicados problemas de economía doméstica. Los peñascos de la costa guardaban su sueño durante las noches de verano; en invierno dormía en los corrales y en las cuadras. Vivía en todo tiempo de las cortezas de pan que recogía de puerta en puerta, de los cangrejos, tortugas y bigornillos que recogía á la hora de la marea baja. Industrioso cuando era necesario, cogía con la mano langostas y pulpos, que vendía á bajo precio. Ocupábase en los trabajos del puerto, en el atraque, desatraque y remolque de las embarcaciones; algunas veces hasta acompañaba á la maniobra de las velas y las redes. Daba vueltas á las manivelas de los “tio vivos” en las ferias, donde le agradaba trabajar sin salario. Cuando había conseguido reunir un capital de dos ó tres libras, Bibia, cediendo á sus instintos de caballero errante, desaparecía por algunas semanas, y parecía entonces que faltaba algo en Pouliguen; de tal manera se había acostumbrado la gente á verlo arrastrando por allí su joroba y sus andrajos. Hay que confesar ¡ay! que aquel pobre diablo era á la vez el horror, el espanto, la diversión y la risa de la aldea.

Los perros ladraban cuando se acercaba. Los niños pequeños, cuando le veían á lo lejos, se acurrucaban en el regazo de sus madres. Cuando eran llorones se les amenazaba con Bibia, y se aplacaban en seguida. Los mayorcitos lo persiguían, gritándole y tirándole piedras. Aquellos diablos le jugaban todos los días algunas partidas serranas.

En cuanto á los testimonios de simpatía que recogía al paso, bien pronto podía echarse la cuenta. Jóvenes y viejos, grandes y pequeños no le escaseaban ni la mofa ni los sofiones; á menudo el pedazo de pan duro que caía en su morral iba sazonado con un insulto. Después de esto: ¿es cosa de asombrarse de que Bibia se hubiese vuelto malo? Bibia era malo sin haber dejado de ser inofensivo. El odio que se había amasado silenciosamente en su corazón no se traslucía por ningún acto agresivo contra las personas ó contra las propiedades; estallaba en siniestra alegría á cada desgracia, á cada desastre que presenciaba. No era capaz de robar ni una manzana de una huerta, ni de hacer un arañazo á ninguno de los chiquillos que

le maltrataban; pero que zozobrase una lancha, que se incendiara una casa, que una granizada destruyese la cosecha en la comarca, y entonces, cuando toda la gente estaba de luto ó en la desesperación, Bibia reventaba de risa, y aquella risa, semejante á un chirrido de la sierra al morder la piedra, se oía de un extremo á otro del pueblo. De aquel modo se vengaba de la naturaleza y de la crueldad de los hombres; estos se reían de sus desdichas, y él se reía de los infortunios de ellos.

La residencia de la señora Henry en Pouliguen debía introducir algunas modificaciones en la suerte de aquel desgraciado.

La señora de Henry no había podido ver sin conmoverse una miseria tan profunda.

Al fin hubo una mirada de compasión que se fijase en él.

Cuando encontraba á Bibia caminando por la playa, en vez de contemplarlo con curiosidad ó de volver la cabeza con asco, fijaba en él una mirada compasiva, y las monedas de cobre que echaba en su morral iban siempre acompañadas de la divina sonrisa de la caridad.

A menudo encargaba á su hijo Marcos que hiciese la ofrenda; opinaba que la limosna, cuando pasa por la mano de los niños, es más agradable á Dios y más dulce para los pobres. Marcos había triunfado poco á poco de sus repugnancias, y cumplía con presteza el encargo que le confiaba su madre: así se acostumbraba desde temprano á la práctica del más santo de los deberes, aprendía á respetar al hombre aun en sus deformidades, á reconocer al Creador, á amarlo y á servirlo hasta en sus más miserables y repugnantes criaturas.

Un día que Bibia estaba descargando mercancías en el muelle, se cogió un dedo de la mano en una polea. Aunque era muy duro, echó á correr bramando de dolor, cuando la casualidad quiso que se encontrara á la señora Henry. Detúvose maquinalmente y le enseñó el dedo destrozado.

La señora de Henry, sin vacilar, lo invitó por señas á que la siguiese, y lo llevó á su casa. Había formado en una de las tabletas de su *stapère* un pequeño botiquín de campaña; como la mayor parte de las madres, entendía algo en curar llagas, arañazos y heridas. Lavó el dedo del enfermo, colocó la *uña en su sitio*, juntó las carnes que tenía

desgarradas, las envolvió con hilas y una venda y lo revisó todo con un dedil hecho de un guante, sujeto con dos cintas atadas al rededor de la muñeca.

Todo esto lo hizo con la sencillez, con la gracia natural, con la afabilidad que tenía para todos.

Esta escena, que había ocurrido en presencia de Marcos, había sido para él la más dulce, la más segura y la más fecunda de las enseñanzas.

A fuerza de ver al pobre idiota, gritado por unos, perseguido por otros, acorralado como un animal salvaje por todos los pilluelos de la aldea, Marcos había llegado á experimentar por él un sentimiento de conmiseración, que casi rayaba en cariño en sus manifestaciones infantiles. Ya no se acercaba á él más que haciéndole las caricias propias de su edad, como si comprendiera que no es suficiente dar la limosna, sino que es menester, además, darla como si fuese un regalo.

Tenía una manera de pasarle la manita por la cara, diciéndole: «¡Infeliz Bibia! ¡Infeliz Bibia!» que cuando lo hacía, el idiota permanecía inmóvil y parecía caer en una meditación profunda.

Más de una vez, con el ejemplo ó con sus ruegos, había logrado que no lo persiguieran y lo acosasen los chiquillos. Además se complacía en verlo pescar en la playa sin más herramientas que sus desmesurados y horribles dedos; y no puede imaginarse contraste más conmovedor que el que hacía aquel precioso niño al lado de aquel ser inhumano, zumbando alrededor suyo como una abeja, palmoteando, dando gritos de alegría cada vez que el otro conseguía sacar algo del mar.

Cuanto al idiota, estos testimonios de bondad que recibía de la madre y del hijo parecían no despertar en él más que una especie de asombro estúpido, que no se oponía á su idiotismo. Si lo sentía, ó si solamente se daba de ello cuenta, es cosa que nadie se atrevía á afirmar.

Sin embargo, á la larga se hubiese observado que no pasaba jamás por la puerta de la casa donde vivía la señora de Henry sin llevarse á los labios un dedo de la mano, y cuando ella con su hijo fueron á Roca Bernard, se le veía durante su ausencia andan-

do de un sitio á otro, como si esperara ó vigilase.

He ahí quién era Bibia.

Sólo el oído lanzaba algún que otro destello de luz al calabozo donde vacía su inteligencia; sólo la vista de las desgracias del prójimo lo sacaba de su torpeza y avivaba su alma adormecida.

Odiaba al género humano, del cual era el escarnio. Aborrecía, ante todo, á los niños, de quienes era juguete y mártir. Bueno es reconocer que esa edad no tiene lástima á nadie ni á nada.

Los pilluelos de la aldea no le martirizaron nunca tanto como en la mañana del día funesto en que la ausencia de sus familias los dejara dueños absolutos de la aldea.

Marcos no estaba con ellos, y, por lo tanto, pudieron despacharse á su gusto: aquello fué una carrera de liebres para el desventurado Bibia.

A fin de escapar á su persecución, el idiota fué de mala gana á refugiarse en un agujero de una peña, y desde allí contempló á su gusto el más dulce espectáculo que pudiera ofrecerse á sus ojos: la lancha saliendo del puerto, y poco después á todos aquellos verdugos suyos, arrastrados por el mar.

Comprendese ahora cual debió ser el espanto de Pouliguen cuando, en medio de la emoción, que crecía por momentos, la risa de Bibia, aquella risa que era siempre la revelación de alguna catástrofe, resonó, como graznido de ave de rapiña, en el silencio de la noche?

El cielo y el mar estaban tranquilos; no se veía siniestro alguno en perspectiva, ni apariencia de desastre.

¡Y á pesar de esto, Bibia reía!

¡Un mismo pensamiento cruzó por la mente de todos: los niños estaban perdidos, ó se veían en gran peligro!

A todo esto, los mensajeros y exploradores regresaron. A los chicos no se les vió por ninguna parte, ni en Batz, ni en el camino, ni en las granjas, ni en el campo. Esperaron mucho tiempo.

Al fin volvieron satisfechísimos, muy contentos de la expedición, porque aprovecharon la oportunidad para visitar todas las casetas de la feria y para asistir á la función de perros domesticados. Vieron cosas del otro mundo: una vaca con dos cabezas, una mujer gigante, una foca que tenía el don de

la palabra y se expresaba en todos los idiomas, un carnero con seis patas, una cabra que danzaba en la cuerda floja, monos que disparaban tiros, perros que saltaban á través de aros de papel; pero de los niños ni siquiera oyeron hablar.

Quedaban por explorar los rompientes y los arenales. Allí acudieron todos en tropel, y ¡cosa singular! no se le ocurrió á nadie la realidad de lo que hicieron aquellos diablillos, cuando á luz de las antorchas que llevaban, vióse al idiota de pié encima de una roca, con el brazo extendido hacia el mar, indicando así el camino que tomaran, y, por lo tanto, que por allí tenían que buscarlos.

Todos lanzaron un grito; todos se precipitaron hacia el muelle.

Contaron las pequeñas lanchas que quedaron en el puerto, y hecha esa cuenta, resultó la falta de una.

¡Los niños estaban en el mar!

XVI.

Lo que ocurrió en el espantoso desorden de los primeros momentos, no hay frases que puedan expresarlo jamás. Fué aquello un tumulto indescriptible, una mezcla inenarrable de furores y de desesperaciones, una explosión de blasfemias, un huracán de maldiciones.

Todas las madres, como lobas á las cuales acabaran de quitar sus cachorros, se dirigieron hacia los arrecifes dando gritos. Corrían sin dirección fija, despeñadas, locas.

Quien no haya asistido á los apasionamientos del amor maternal en las mujeres del pueblo; quien no conozca á fondo esas naturalezas excesivas, donde todos los movimientos del alma tienen la violencia de los instintos, no podrá imaginarse el horror de semejante escena. Ya rebeldes, y enfurecidas, con espuma en la boca y horrosas invectivas en los labios, con los ojos desencajados y mostrando el puño, repudiaban á sus hijos, les abandonaban sin piedad á los furores del Océano; ya, llorosas y suplicantes, se lamentaban llamando cariñosamente á sus hijitos, y acentos de apasionada ternura salían entonces de sus corazones, donde un minuto antes hervían el insulto y el ultraje.

A la hora de subir la marea la furia creció. Acorraladas hacia la playa, retrocedían paso a paso, mezclando sus vociferaciones a las del agua que mugía, apostrofando a las olas, que se habían llevado el fruto de sus entrañas, injuriando al que, no contento con dejar viudas a tantas, les quitaba ahora sus hijos. Llegadas al paroxismo del furor, provocaban a toda la naturaleza: a la tierra, porque no supo conservarlas; al mar, que las había cogido, y al cielo que lo consintió.

La alarma acudió por toda la costa. Hogueras encendidas de distancia en distancia iluminaban la costa y teñían el mar con reflejos de color de sangre.

Las campanas de Batz tocaron a rebato. Los campos, arrancados a su primer sueño, se poblaron de sordos rumores. El Croisic puso en franquía todas sus lanchas; unas se dirigían a alta mar, otras costeaban cuidadosamente.

En Pouliguen el horror llegó a sus últimos límites.

La resaca llevó a la playa un resto del naufragio que pasaba de mano en mano; era uno de los remos de la lancha que faltaba en el puerto; daba de ello fé la marca que tenía, y ya no era posible dudar.

Las gentes acudían presurosas de todos los lugares circunvecinos. Pronto la aldea fué pequeña para contener las personas que por todas partes acudían a ella. Jamás ciudad sitiada por el enemigo ha presentado un aspecto de confusión tan grande. El tañido de las campanas, el estrépito de la marea juntándose a los gemidos de la multitud, y la risa de Bibia, que sobresalía como nota aguda, en aquel espantoso concierto.

¿Y la señora Henry? ¡Ah, desgraciada mujer! También ella, en su aflicción, se dirigía a la naturaleza entera; pero hasta al mismo Océano le hablaba con dulzura, como si temiese irritarlo.

—¡Olas, devolvédmelo! ¡Séle clemente, noche terrible! ¡Ángeles de la guarda, velad por él! ¡Dios mío, no lo abandonéis!

A las mujeres que acudieron de las aldeas circunvecinas, les decía:

—Es mi último, mi único hijo. Tenía otros dos, y han muerto; no me queda más que éste. Se ha ido porque me quedé dormida. No sé cómo ha sido esto. Es muy pequeño y tendrá frío, porque no lleva más que un trajecillo de verano.

A la gente de la aldea les decía:

—Os lo había dado. Vivía en medio de vosotros. Entre vosotros había recobrado la vida y la salud. Todos le queríais. Era vuestro pequeño Marcos.

Todo el mundo lloraba; sentían compasión las demás madres.

Medio loca de dolor, caminaba al azar como sombra errante, cuando de pronto se encontró cara a cara con Bibia, que andaba por allí, gozando con la general desolación.

La madre de Marcos no sabía ya ni lo que hacía ni lo que decía; en su locura comenzó a hablarle como si pudiera oírlo y comprenderlo.

—¿No estás enterado, Bibia, no estás enterado?... El desgraciado Marcos, aquel niño tan mono que veías con frecuencia en la playa... que tiene tan hermosos ojos... ojos azules... que corría tan cariñosamente a tu encuentro... tu compañero de pesca... ¡Está en el mar! ¡Se ha ido con los otros! ¡Está con ellos en la lancha! ¡Ya no tengo hijo! ¡Ya no tengo hijo! ¡Corre en su busca, Bibia! ¡Búscalo, encuéntralo, tráemelo! Sé que tiene frío. ¿No ves qué fría está la noche? Anda, mi querida Bibia, anda. ¡Te querré mucho, te cuidaré mucho!

Y le tendía sus manos, suplicante.

Bibia miró al mar, y se echó a reír.

—¿Pero no me comprendes? exclamó ella furiosa y sacudiéndole por sus harapos. ¡Te digo que va en la lancha! ¡Que se fué con los otros! ¡Que con ellos está en el mar! ¡El, Marcos; él, mi hijo! ¡El que no te ha hecho nunca daño! El, que era el único bueno para tí! ¡Te asistía en tu pobreza! Te quería a pesar de tu abyección, a pesar de tu fealdad. ¿Por qué te ries, miserable? ¿Me reía yo cuando viniste a mí pará que te curase el dedo? ¿Se reía él cuando los demás te perseguían dando gritos y tirándote piedras? ¡Pobrecito! ¡Su mayor alegría era echarte en el morral la mitad de su merienda! ¡Vete, vete, monstruo; tu alma es más horrorosa que tu cara!

Y quebrantada por esas violencias, la desgraciada madre rompió a llorar, y su cólera se ahogó en un mar de lágrimas.

Bibia ya no reía.

Estaba inmóvil, y sus miradas erraban de la señora de Henry al mar, del mar a la señora de Henry, mientras que se rodeaba ma-

quinalemente al brazo el mantón que la madre de Marcos dejó entre sus manos.

XVII

Las horas transcurrieron en medio de estos espantos. Todas las puertas estaban entornadas, todos los hogares desiertos. La muedumbre se repartió por la costa y por el muelle. Los faroles de las lanchas y botes iban y venían, cruzándose en todas direcciones. Las madres, rendidas de gritar, se lamentaban con voz entrecortada, mientras que los hombres, reunidos en grupos alrededor de cada hoguera, discurrían acerca del suceso y lo discutían.

En Pouliguen no hay iglesia.

El cura de Batz acudió, a pesar de su avanzada edad; su presencia impuso un poco de orden y de calma en el tumulto y en la confusión que reinaban en el momento de su llegada.

A ruegos suyos, la señora de Henry se había dejado conducir a su casa; pero a la vista de la cama de su hijo, a la vista de aquel lecho silencioso, frío y vacío, acometida de horror, corrió violentamente las cortinas, echó a correr y se volvió a la playa. Lo más conmovedor era la compasión de que le daba muestras toda la gente; cualquiera hubiese dicho que era la única víctima de la catástrofe.

—¡Ah, pobre, pobre señora! decían las mujeres rodeándola. Todas somos muy desgraciadas, pero vos sois la más desventurada de todas. Que a nosotras nos sucedan esas cosas, es natural; esa es nuestra condición. El mar es quien nos dá de comer, y él es también nuestro enemigo. Más tarde ó más temprano, el mar nos ha de arrebatarse a nuestros hijos. Para él los criamos, y el mejor día se los lleva. Desde muy jóvenes nos hemos acostumbrado a que el mar nos quite a todos los que nos son queridos. No hay ni un solo instante en nuestra misera existencia en que no nos amenace. Nacemos, vivimos y morimos atormentados; pero vos, vos, ¡pobrecita! No estabais preparada para la desgracia que os ha sucedido, y podíais creeros libre de estas cosas; no habíais pasado años enteros temblando, rezando por ella, esperándola de un momento a otro. Vuestro

niño no estaba destinado a las aguas y a las tormentas. El mar no representaba en vuestra vida más que una diversión, el entretenimiento de una temporada. ¡Ay! ¡Por qué no os quedaríais en vuestra casa! ¿Qué veníais a buscar aquí? ¿Qué malos vientos os han traído a nuestra aldea?

Los hombres no se contentaban con compadecerla; sea convencimiento, sea pura bondad del alma, querían demostrarle que la situación, por horrorosa que fuese, no era, sin embargo, desesperada.

El tiempo no estaba malo ni amenazador. No había que dar al remo encontrado en la playa una importancia que seguramente no tenía.

Después de todo, no podía significar sino que se les había caído al mar.

La lancha, entregada a sí misma, corría menos peligros que dirigida por manos inexpertas. Era difícil admitir que hubiera pasado sin ser vista por entre las innumerables lanchas pescadoras de Pouliguen que estaban en el mar. Los niños habrían sido recogidos por sus padres; la marea, que estaba ascendiendo, les traería a todos juntos.

Esta última esperanza, la única que aún se podía tener, no tardó en desvanecerse.

XVIII

Las lanchas pescadoras volvieron una a una, y casi seguidas. ¡Qué regreso! ¡Pobres gentes! Cada llegada provocaba una nueva escena de furor y de desolación. Los padres se enfurecían y maldecían. El piadoso cura se esforzaba por consolarlos, y las mujeres, lleno el rostro de lágrimas, intercedían en favor de los hijos delincuentes, a los cuales maldecían pocas horas antes.

El padre de Legoff fué el último que volvió. Era el hombre más valiente de la aldea, digno hijo de Tomás I, un lobo de mar, un domador de las olas, acostumbrado desde hacía mucho tiempo a las traiciones y a las astucias del Océano.

Dispuestos a hacerse nuevamente a la mar, todos los patronos de las lanchas esperaban que regresase para recibir sus órdenes. No había saltado en tierra, cuando ya la multitud se apiñaba para recibirlo. No tenían esperanza más que en él; si alguna esperanza

de salvación tenían aún, sólo él la descubriría.

—¡Ven, Legoff, ven! Han sucedido aquí grandes cosas durante nuestra ausencia. ¡Ya no tenemos hijos! ¡Todos han desaparecido! ¡Ven; sólo tú puedes devolvérselos!

Apenas estuvo al corriente de lo acaecido, estalló como una bomba.

—¡Ah, pícaros! exclamó. ¿Os habéis creído vosotros que voy yo á salir al mar para pescar á esa caterva de granujas? ¿De dónde queréis que los saque? Que se ahoguen todos, me tiene sin cuidado. Mejor para nosotros. Vamos, mujer, á casa. Estoy hecho una sopa y tengo hambre. Voy á cenar y á meterme en la cama.

—Vamos, marido, dijo la mujer llorando. En la mesa encontrarás la cena, á la cual nadie ha tocado. Puesto que tanta hambre tienes, te puedes comer mi parte y la del pequeño. Yo no tengo gana, y el pequeño tal vez haya muerto ya.

—Eso es lo mejor que puede sucederle, replicó rudamente el pescador; porque si lo cojo vivo... ¡Ah, granujas! ¡Qué el mar se los trague á todos! ¡Que los parta un rayo!

—Legoff, dijo el cura de Batz: yo te bauticé, yo te di la primera comunión y yo te casé. Oyeme, pues, que títulos tengo para ello, desgraciado. ¿No temes que tus palabrotas y tus blasfemias atraigan la cólera del cielo sobre la cabeza de los infelices niños?

—¡Salvalos! ¡salvalos! gritaron todas las mujeres cogiéndose á su chaqueta.

—¡Salvalos! Eso se dice muy pronto... ¿Otra vez? ¿Adónde queréis que vaya á buscarlos?

—Búscalos, marido mío, y los encontrarás. ¡Tú que llevas los domingos ocho medallas de plata colgadas al pecho, ganadas con peligro de tu vida salvando á gentes que ni siquiera conocías, habías de dejar morir á nuestro hijo y á todos los chicos de la aldea...!

—¡Señor Legoff, tened piedad de nosotros! ¡tened piedad de mí! dijo la señora de Henry cogiéndole las manos.

—¡Vamos! ¡vamos! exclamó Legoff, después de enjugarse los ojos con la manga de su chaqueta; no hablemos todos á la vez. ¿A qué hora del día salieron del puerto esos granujas? ¡Por la tarde... bueno! La marea bajaba. La resaca se los ha llevado. Una

vez fuera de la bahía, los cogería la corriente y serían arrastrados por ella hacia las rompientes de la Roca de las Gaviotas. ¡Ese es el principio! ¿Ha estado pescando alguno de vosotros por aquel lado? Jambonneau, Mascaret, Pornichet, Macabiau, todos estáis aquí presentes: ¿habéis visto vosotros alguna cosa?

—¡Caramba! respondió el tío Pornichet; una hora, ó cosa así, después de la puesta del sol, he visto así como una hoguera en aquella dirección.

—¿Y no has puesto la proa hacia la Roca? ¿Criste que se trataba de algunos recién casados que estuvieran haciendo allí su comida de boda?

—¡Vi así como fuego, y creí que tal vez fuese fuego, contestó Pornichet con cierta modestia.

—¡Y con eso es suficiente, buen hombre! ¿Te has contentado con eso, sin meterte á averiguar más? Pues bien, animalucho: eran ellos, que estaban quemando la lancha. ¿Lo comprendéis vosotros? La lancha se ha hecho pedazos, estrellándose contra los arrecifes. Ya no podía servirles, y la han quemado para pedir auxilio. Eso es lo que ha sucedido. Vamos á ver: ¿en qué lancha se han marchado? preguntó dirigiendo á su mujer una mirada inquisitorial: ¡no faltaba más sino que fuese la mía!

La mujer de Legoff bajó tímidamente la vista.

—¡Eso es! ¡Ah, canallas! ¡Una lancha completamente nueva! ¡Quinientos francos quemados como si fuesen una caja de fósforos! ¡Buen día hemos tenido!

—Caramba, patrón, dijo uno de los de su tripulación: con un muchacho como vuestro hijo debe uno esperar cualquier cosa siempre.

—A ver, vuelve á decir eso, dijo Legoff con voz insidiosa, apoyándola con un ademán que no podía dejar lugar á dudas acerca de las intenciones del pescador.

Luego, cambiando bruscamente aquel tono:

—¡Sí, le voy á matar al muy bribón! ¡Yo le aseguro que, como escape con pellejo, se va á llevar la paliza más tremenda que jamás hayan dado estas dos manos que Dios me dió! Pero tú, tunante, ten entendido que un muchacho como el mío es capaz de cometer cientos y miles de hombres como el

hijo de tu padre. ¡Está bueno que tú, ganapán, tumbón, hables así del chico más avisado, del más valiente que hay en la comarca! Ya ves cómo al quemar la lancha tenía su idea, y que esa idea era magnífica, porque á estas horas estarían á salvo si ese animal de Pornichet no hubiese faltado esta noche á sus deberes de buen marino. ¡Vete á la cama, animalucho, y deprisita!

—Bueno, Legoff; y después, ¿qué habrá sido de ellos?

—Demonio, eso no es difícil de suponer. La marea ha vuelto á subir y se los ha llevado. ¡Ese es el fin!... A menos que, aun cuando es casi imposible, el pillete de mi hijo, que es capaz de cualquier cosa, haya encontrado el medio de escalar la Roca de las Gaviotas, y llevado consigo á los demás.

—¡Pues de seguro la ha escalado, marido, de seguro la ha escalado! exclamó su mujer con la intrepidez de la fel.

—Si ha podido huir de la marea subiendo á un pico enorme.

—¡Pues ha subido, de seguro ha subido! Se ha reído de mí. Respondo de él; es hijo tuyo.

—Si ese maldito, ayudándose con los pies y las manos, ha podido subir hasta la última meseta.

—De seguro está en ella; me parece verlo, marido; exclamó aquella excelente mujer, iluminada por el amor maternal.

—Pero... ¿y los demás? preguntó la señora de Henry con acento desesperado.

—Estad tranquila, amiga mía. No lo conocéis. Si está en la meseta, con él están los demás. Los veo á todos... Extienden hasta nosotros sus bracitos... Piden auxilio. Ya vamos, hijos míos, ya vamos!

—¡Vamos! gritó Legoff en medio de las aclamaciones de la muchedumbre. Macabiau, Jambonneau, Mascaret, los padres de todos seréis los que me acompañaréis; os llevo conmigo. Hay mucha faena, y yendo reunidos tendremos mucho que hacer para llegar al fin. Si están aún en la meseta, si la marea se ha detenido allí, si no los ha arrastrado, nos los encontraremos en un estado lastimoso. ¡A ver, mujeres, vengan provisiones! ¡agua! ¡guardiente! ¡vino! ¡mantas! ¡De prisa, no dormiros! No hay momento que perder. Vos, señor cura, rogad á Dios por ellos y por nosotros.

El barco, cargado de provisiones, se dirigió

á hacerse á la mar. Legoff subía á bordo, cuando sintió que lo detenían cogiéndole por la chaqueta.

—Señor Legoff, dijo la señora de Henry entregando al marinero sales, cordiales y una manta que fué á buscar apresuradamente á su casa: os lo recomiendo mucho. ¡Cuidadle grandemente á él, mi querido señor Legoff! Es el más pequeño y no está acostumbrado. Estará peor que los demás. Es muy delicado, y además es el único á quien no recibirá su padre. Si quisierais llevarme á bordo...

—¡Llevaros, señora! No lo penséis siquiera; pero tened confianza en mí y en los que me acompañan. Cuidaremos de vuestro hijo como de los nuestros: en vez de un padre tendrá doce, y con la ayuda de Dios os devolveré á ese querubín.

Legoff, una vez dentro del barco, mandó hacer la maniobra. El viento, que empezó á soplar en tierra, hinchó la vela. El barco se deslizó por el agua y se alejó.

XIX

Aun cuando tenían que transcurrir largas horas antes del regreso, toda la gente pasó el resto de la noche en la playa. Las conjeturas no se perdían ya en la inmensidad: la esperanza, el temor habíanse concentrado en la Roca de las Gaviotas. Los que la vieron de cerca describían minuciosamente su configuración, desde la base hasta la cumbre, y como sucede siempre en semejante caso, cada descripción era tan exacta, que todas diferían entre sí y se contradecían.

Según unos, la ascensión del pico no era tan difícil, y los chicos pudieron sin grandes esfuerzos llegar hasta la cúspide; según otros la cosa era completamente impracticable, ó por lo menos, peligrosísima, particularmente de noche y para niños de aquella edad. Unos pretendían que la marea no pasó jamás de la última meseta, y que allí dormirían tan tranquilos como si estuvieran en sus camas; otros aseguraban que no se fiasen, porque en la época de los equinoccios no era extraño que el mar pasara del nivel de la plataforma. Y según lo que cada cual decía, los corazones abríanse ó se cerraban á la esperanza. La mujer de Legoff era la úni-

ca que tenía fe ciega; hubiera oído sin asombrarse que su hijo detuvo la marea diciéndola: "No subas más."

La señora de Henry corría de grupo en grupo, prestando oído con avidez a todas versiones, sintiéndose morir a cada instante. La única esperanza en que podía refugiarse era por sí misma un nuevo suplicio: era la rama llena de espinas que desgarraba las manos cuando se la quiere coger. Vela a su pobre Marcos trepando a oscuras por la maldecida roca.

Aun suponiendo que hubiese tenido fuerzas para izarse hasta la última meseta; aun admitiendo que la marea no hubiese invadido aquel último refugio, le veía transido de frío, extenuado de fatiga y de hambre, inanimado, chorreando sangre y herido.

Cuando vino el alba la infeliz madre fué a sentarse en una de las rocas de la costa: allí permaneció largo rato, desesperada, con la vista fija en el horizonte, como si tratase de traspasar con ella el espacio. Cuando se levantó, había ya amanecido. Al marchar hacia el arsenal encontró a Bibia, que había comenzado ya a vagar por allí. Al ver a la señora de Henry, el idiota pasó con la cabeza baja, como perro que recuerda que le han pegado. Confusa ella también al recuerdo de sus apasionamientos, la infeliz se detuvo y lo acompañó con una mirada de compasión. Pensó en lo que Marcos quería a aquel desgraciado, en las caricias que le hacía, en su manita, que le solía pasar por la cara después de darle limosna. ¡Pobre Bibia, pobrecito Bibial dijo dando a su voz las inflexiones de la voz infantil. Y siguió su camino llorando.

Al amanecer, el cura, seguido de una parte de los vecinos del pueblo, fué a Baiz a decir una misa en el altar de Nuestra Señora del Buen Socorro; después volvió a su sitio en la playa: sostenía el valor de las madres después de haber rezado por la conservación de los hijos.

Las primeras horas de la mañana transcurrieron en una febril ansiedad. Una niebla espesa, que se levantó de la parte de tierra, ocultó el alba, obscureció el cielo y se extendió por el mar. La naturaleza, tan profundamente indiferente a nuestros males y a nuestras miserias, parecía asociarse a los dolores de aquella pobre aldea. Todos los objetos y todos los accidentes del paisaje en-

volvíanse en una atmósfera cargada, uniforme, iluminada por un resplandor opaco. Un silencio absoluto reinaba en la playa, aun cuando la población en masa estaba allí reunida.

El barco no podía tardar: de un momento a otro saldría de entre la bruma. Se acercaba el instante supremo: esperábase la sentencia de Dios. De pronto, por la parte Sur, una ráfaga de viento separó la mar del cielo, lució el sol, las olas brillaron, y se vió allá a lo lejos una vela.

La muchedumbre permaneció silenciosa. Nadie se movía. Podían oírse los latidos de los corazones. La vela, que no era al principio más que un punto blanco en el espacio, se agrandó cada vez más. La embarcación bogaba despacio hacia la playa: ¡era el barco de Legoff! ¿Qué traería? ¿La alegría ó el duelo? ¿La vida ó la muerte? Aquella vela, tanto tiempo esperada, tan ardientemente deseada, ahora querían detenerla porque temblaban de verla llegar al puerto.

Hubo un momento de angustia indecible. Todas las almas pendían de aquel pedazo de trapo impulsado por el viento. ¡Ni una frase, ni un grito, ni un movimiento, ni un gesto! Pero cuando al fin el barco estuvo bastante cerca de tierra para que se pudiera distinguir su casco y su aparejo, cuando se vió a proa un montón confuso de hombrecillos que agitaban sus gorras y sus pañuelos, todos los pechos estallaron a la vez y un clamor inmenso ascendió hasta el cielo.

—¿Sois vosotros?

—¡Nosotros somos, nosotros! respondió un coro de voces argentinas.

Algunos instantes después el barco varó en la playa y todos los muchachos saltaron en tierra, confundidos unos con otros, y empujándose.

Pero ¡en qué estado, justo cielo! las ropas desgarradas, las caras heridas, las manos ensangrentadas.

Cada madre reconocía a su hijo, lo cogía al saltar de la lancha, y estrechándolo contra su pecho, lo regaba de lágrimas, de pescozones y de besos.

—¡Marcos, Marcos! exclamó la señora de Henry, que buscaba a su hijo con la vista y que ya no era dueña de sí misma.

Nadie respondió.

No faltaba bajar nadie más que Marcos, y Marcos no lo hacía.

—¡Mi hijo, mi hijo! ¡Se fué con vosotros! ¿Dónde está? ¿Qué habéis hecho de Marcos? ¿Qué habéis hecho de mi hijo?

Todos volvieron la cabeza y callaron.

De un salto se precipitó a bordo, registró con una mirada la cubierta de proa a popa, y encarándose con Legoff:

—¿Y mi hijo? gritó. ¿Dónde está mi hijo? ¿Me habéis prometido devolvérmelo!

Dos lágrimas silenciosas corrieron por las mejillas del pescador.

Ella dió un grito, y cayó inanimada encima de un montón de velas.

Se concluyó la alegría del regreso. La desgracia de la señora de Henry llenó nuevamente de consternación toda la aldea. Todas las madres sentían malestar; ninguna se atrevía a abrazar a su hijo. La multitud, antes de dispersarse, permaneció algún tiempo en la playa. La pérdida del pequeño Marcos era el asunto de todas las conversaciones.

Acosado a preguntas, el hijo de Legoff contó lo que había ocurrido hasta el instante en que el último esfuerzo de la marea los echó a rodar por la meseta. Vió a Marcos arrastrado por una ola, y se abalanzó hacia él para sujetarlo. Desde aquel momento no se acordaba de nada más.

El padre completó el relato de su hijo. Los encontró al rayar el día tendidos en la roca, inmóviles y fríos, y sin dar señales de vida. A primera vista los creyó muertos: contándolos uno a uno, creía contar los cadáveres. Estaban todos menos Marcos. Los envolvieron en las mantas, y a fuerza de friegas y de cordiales lograron reanimarlos. Una hora después estaban de pie y comían como ocos, llorando por su compañero. Mientras acababan de reponerse, Legoff, auxiliado por los individuos de la tripulación, exploró la Roca de las Gaviotas hasta en sus últimos rincones; pero todos sus esfuerzos fueron inútiles.

Según decían los niños, Marcos, que era más débil que ellos, no pudo sobrevivir a la noche que ellos pasaron: si las olas no se lo hubieran llevado, de todas maneras indefectiblemente lo hubiesen recogido caído en la plataforma.

—¡Pobre señor! añadió el pescador emocionado; Dios me es testigo de que hubiese dado de buena gana dos dedos de la mano por poderle traer a su hijo.

—¡Ah! decía el pequeño Mascaret, ¡si los

demás me hubieran querido creer, nada de esto sucedería!

Todas las familias volvieron a sus casas, y el bueno del cura, cuya tarea no había terminado, se instaló cerca de la señora de Henry, a quien condujeron exánime a su cuarto.

XX

Al encontrarse nuevamente en su casa después de un largo desvanecimiento, la señora de Henry pudo preguntarse por un momento si eran un sueño las escenas tan tristes que acababan de ocurrir.

Todo en derredor suyo respiraba el orden y la paz acostumbrados. Las cosas que le eran familiares permanecían en su sitio; su costura, los libros de su agrado, la lámpara que estuvo ardiendo durante la noche, los juguetes de Marcos, el libro de cuentos abierto por la página que no concluyó de leer. Un alegre sol de otoño entraba en aquel retiro donde nada había cambiado. Ella permaneció algún tiempo inmóvil, paseando por todas partes una mirada inquieta y alocada. Al ver la cama, cuyas colgaduras continuaban corridas, se levantó de un salto, y anonadada por el recuerdo de la realidad, perdió nuevamente el conocimiento y cayó entre los brazos de su doncella y de la dueña de la casa, que no se separó de ella. Cuando recobró el sentido, el cura se encontró solo a su lado. Le tenía cogidas las manos y rezaba; rezaba en silencio a la Madre de los Dolores, al Dios de los afligidos.

La señora de Henry estaba tranquila, con los ojos secos, la voz ardiente, sin compasión para sí misma, sin rebelarse contra su suerte.

Parecía que el rayo, al caer sobre ella, había secado sus ojos y deshecho su corazón. Al principio quiso averiguar en sus menores detalles lo ocurrido, de qué manera su hijo trepó por la roca, cómo llegó hasta la última meseta, cómo se lo llevó el agua, y por fin, cómo encontraron y salvaron a los demás.

—Decid, decid, señor cura. Quiero enterarme minuciosamente de todo, puedo oírlo todo.

El cura, con voz vacilante, relató lo que

le contaron. Ella lo escuchó con avidez, con una especie de voluptuosidad salvaje y sin interrumpirlo más que con estas palabras: «¡Pobrecillo! ¡Pobre hijo!» que se escapaban á cada instante de sus labios.

—De modo, dijo, que ya se acabó: ha muerto. ¡Todos los demás han venido, y sólo él no ha de volver jamás! Pues bien, señor cura, voy á confesaros una cosa: me sucede lo que me merezco. Dios me ha castigado, y ha hecho bien. Era una mala madre. No os digo más que la verdad. Yo había perdido otros dos hijos. Murieron entre mis brazos; recogí su último suspiro; los amortajé con mis propias manos. Debía pasar mi vida llorándolos, y al cabo de algunos años casi los olvidé. Marcos los reemplazó en mi corazón. Me enorgullecía de su hermosura, me embriagaba con su cariño. Ya no pensaba en los otros dos. Dentro de algunos días mi marido debía venir á reunirse con nosotros. Nos separamos tristes y debíamos reunirnos muy alegres. No: eso es ser demasiado dichosa, y yo no tengo derecho á serlo tanto. Dios me ha castigado; no me quejo.

Habló largo rato con febril volubilidad. Llegó hasta á formular acusaciones contra sí misma por no haber cumplido bien sus deberes de vigilar á Marcos.

—Yo soy quien lo ha perdido, decía; por culpa mía ha muerto. El cielo no había dejado de advertírmelo. El mar, que tanto le gustaba, me causaba miedo, espanto. Algo me decía continuamente que el mar lo atraía sólo para devorarlo. Debí haber estado velando de continuo, y me dormí cobardemente.

Ni un gemido, ni una lágrima; sólo algunos ahogos, frecuentes angustias, y también, de cuando en cuando, pasajeros accesos de locura.

—No hagamos ruido; hablemos más bajo. Están durmiendo ahí los tres juntos. He corrido las colgaduras para que la luz no les moleste. Legoff los ha encontrado en la meleta de la Roca de las Gaviotas. Están muy fatigados. Cuando despierten os los enseñaré. El mayor se llama Armando; el segundo Alfredo; el otro, el pequeño, es Marcos. ¡Ya veréis qué hermosos son los tres!

El cura de Batz no era ciertamente ni un Bossuet ni un Massillon; pero las lágrimas que corrían por sus mejillas eran más eloquentes que un sermón.

—Señora, le dijo por fin; soy muy viejo. Durante mi larga vida, he visto de cerca muchos infortunios; pero ninguno que fuese comparable al vuestro. Seguramente sois la criatura más digna de compasión que he encontrado en este valle de lágrimas. La gente no puede hacer nada por vos; apoyaos en la mano que os pone á prueba, porque es la única que puede socorreros. Dios no os castiga, ya lo he dicho, sino que os pone á prueba. Os marca con el sello de sus elegidas. Y no es eso todo, hija mía. No perdáis de vista que también tenéis deberes que cumplir aquí abajo: sois una esposa cristiana. Vuestro marido es tan digno de compasión como vos; hoy más que nunca necesita vuestro cariño.

—Sí, es verdad, tenéis razón. Ese niño era su vida. ¡Es preciso que no venga! ¡Es preciso evitar que venga! Voy á escribirle; le prepararé... pero ¿qué decir, Dios mío? ¡Ayúdame, porque estoy loca!

No sabía qué escribir. Al recoger sus papeles esparcidos, puso la mano sobre un pliego que había llevado el correo, y que estaba allí desde el día anterior.

Rompió el sobre, y leyó la carta siguiente:

«París, 14 de Septiembre.

¡Ya no puedo resistir más! Tú lo has dicho; los intereses no son el gran interés de la vida. ¡Oh, queridos míos, única alegría de mi corazón! voy á reunirme con vosotros! ¡Mi mujer, mi hijo del alma, voy al fin á estrecharos entre mis brazos! ¡No tengo más que á vosotros en el mundo, Señor mío! Nada más que á vosotros, porque nada vale lo demás. Salgo mañana, en el expreso de la tarde. Esta carta la recibiréis un día antes de mi llegada. Soy sencillamente el más feliz de los hombres; no hay dicha que pueda igualar á la mía.

H.»

—Señor cura, dijo, llevadme de aquí. Ha salido, viene, estará aquí dentro de una hora. ¿Qué queréis que le diga? ¡Que ya no tiene hijo, que su hijo ha muerto! ¡Eso es imposible! Dios no exige que yo diga eso. Llevadme de aquí, ó más bien quedaos vos. Sí, quedaos; por favor, por lástima. Yo volveré cuando él me llame. Vos sois bueno, señor cura, y sabéis hablar al corazón á los que son desgraciados. Decidle que vivo y que tendré la fuerza de vivir. Viviremos el uno

para el otro con la esperanza de encontrar, en otra vida, los seres queridos que hemos perdido.

Al decir estas palabras, había notado que su corazón dejaba de latir.

Pasó rápidamente su pañuelo por sus ojos, y abrochándose con precipitación iba á precipitarse fuera de la habitación, cuando de pronto se oyó el rodar de un carruaje por el empedrado del muelle.

Era el coche de Guérande.

Quiso huir; tenía los pies como clavados al suelo.

El carruaje se había detenido.

Un ruido de pasos se oía por la escalera.

La infeliz se dejó caer en una silla, y se cubrió la cara con sus manos.

El cura se había puesto de pie y miraba á la puerta.

La puerta se abrió bruscamente, y apareció el Sr. Henry.

No sabía nada, y llegaba radiante.

—¡Vete, vete! exclamó su mujer, sin atreverse á levantar la cabeza.

Y no pudo decir más; su voz se ahogó en un sollozo.

—¡Valor, caballero! dijo el cura: Dios os somete á una nueva prueba... Valor... por vos... y por ella!

El Sr. Henry se detuvo en el umbral, con la mirada asombrada y las facciones descompuestas.

—¡Marcos! exclamó al fin con voz desgarrada.

—¡Marcos! repitió precipitándose á la cama de su hijo.

—¡Marcos! gritó por tercera vez, descoyuntando las colgaduras con un gesto desesperado.

Encima de la colcha había una cosa envuelta en un mantón.

Al tercer grito, más fuerte aún que los dos primeros, el mantón empezó á moverse, y lo que había envuelto en él dió un salto al cuello del Sr. Henry, diciendo:

—Buenos días, papáito.

XXI

Cuando hubo jamás día más pródigo en emociones de todas clases! La noticia había circulado por la aldea. Marcos no recordaba

nada desde el momento aquel en que se sintió arrastrado por las olas. Hablábale de mílagro: un ángel había recogido al niño y lo había llevado á su cama.

Todos los habitantes, reunidos en el muelle, asediaban la casa de la señora de Henry, y pedían que les dejasen ver á Marcos, demasiado débil aún para poder bajar; la señora de Henry tuvo que asomarse á la ventana y presentarlo á las gentes maravilladas. Sentado á la puerta de la calle, y completamente extraño á todo lo que ocurría, Bibia almorzaba tranquilamente una corteza de pan duro y una cebolla cruda.

Sin embargo, después de los primeros momentos de alegre locura, la madre había reconocido el mantón en que estaba envuelto su hijo; era el que había dejado en manos de Bibia.

¿Quién había de creer que Bibia hubiese jugado un importante papel en la aventura? Sólo la señora de Henry, sin poder explicarla, entreveía la verdad. Antes de que la luz se hiciese en su inteligencia, se hacía en su corazón: la inteligencia busca; el corazón adivina.

Un bote que desapareció del puerto durante la noche acababa de ser encontrado en el fondo de la ensenada, cerca de Batz, y sin ningún tripulante á bordo.

He aquí lo que se averiguó por la tarde.

Había en la costa, por encima de la pequeña bahía donde estaba varado el bote, una choza habitada por un matrimonio pobre. El marido estaba enfermo, la mujer pasó la noche á la cabecera de su cama. Una hora antes de amanecer abrióse la puerta como impulsada por una ráfaga de viento, y entró Bibia con un niño en brazos.

El niño estaba envuelto en su mantón, sin conocimiento y medio muerto de frío; Bibia parecía transfigurado; sus ojos brillaban como dos ascuas. Apenas entró, echó dos leños en la chimenea, colocó al niño cerca de la lumbre, y mientras lo mecía en sus rodillas, iba vertiéndole gota á gota en la boca el contenido de un frasco de cuerno que sacó de su morral; todo esto con la inteligencia y el cariño de una madre. Veinte minutos después se fué como había ido, llevándose al niño dormido en sus brazos.

El ángel era Bibia. ¡Cómo se dirá: ¡aquel monstruo, aquel malvado, aquel idiota! Pues bien, sí; había bastado la bondad de una

mujer, las caricias y la gracia de un niño para echar en aquel lodo un germen de afecto, de gratitud y de abnegación. Aquel germen indolente, casi inerte, brotó de pronto ante la desesperación y el furor de la madre. El idiota comprendió al fin que Marcos se había ido con los otros, y que su vida se encontraba en peligro.

Instintivamente, tal vez sin conciencia del acto prodigioso que iba a realizar, como un proyectil al impulso recibido, el idiota corrió al puerto, desatraco un bote, bogó hacia la Roca y llegó a punto de coger al niño, a quien arrastraban las olas. Dios le había guiado. La luz hecha en él no duró más que algunas horas: una vez realizada su misión, terminada su obra, el pobre idiota cayó de nuevo en su habitual estupidez, y ni siquiera se acordó. Por más que la señora de Henry lo volvió y lo revolvió en todos sentidos, no hubo estremecimiento interior alguno en él que conmoviera su caparazón informe.

—¡Abrazáto! dijo ella a Marcos, echándolo al cuello del idiota.

Bibia miró primero a la madre y luego al hijo. Llevó a sus labios un dedo de la mano, el que le curó la señora de Henry, y se alejó.

Cuando llegué yo a Pouliguen, la aldea estaba apenas repuesta de estas emociones. Al día siguiente asistí a una ceremonia conmemorativa. Desde por la mañana, todos los niños, vestidos con la ropa de los días de fiesta, estaban formados en fila en el muelle. Al primer toque de las campanas echadas a vuelo, el cortejo se puso en movimiento, y se dirigió por la costa hacia el pueblecillo de Batz. Con los pies descalzos y cada cual con un cirio en la mano, salieron en peregrinación a la capilla de la Virgen: era una promesa que hicieron en el momento supremo, en la Roca de las Gaviotas, a Nuestra Señora del Buen Socorro.

Las familias salieron en pos de ellos; el señor y la señora de Henry cerraban la marcha. A la misma hora, el cura de Batz y su vicario, precedidos de la cruz y el estandarte, y seguidos por los habitantes del pueblo, avanzaban procesionalmente al encuentro de los pequeños peregrinos. Hombres y mujeres llevaban puestos sus pintorescos trajes que parecen tomados de una región oriental, y los cuales no ha modificado el tiempo, ni siquiera en una época en la cual la originalidad del traje ha desaparecido por com-

pleto con la originalidad de las costumbres y del carácter. A la mitad del camino, las dos comitivas se fundieron en una sola. El cura entonó un salmo religioso, que todos repetían a coro. Un sol magnífico iluminaba el cuadro; el ruido del mar, grave y solemne como el de un inmenso órgano, acompañó los cantos religiosos.

Después de la misa, el anciano sacerdote bajó las gradas del altar, y pronunció esta corta alocución:

"Mis queridos hijos:

"Habéis desobedecido a vuestros padres, y Dios os ha castigado. En presencia del peligro común os habéis ayudado mutuamente y Dios os ha socorrido. A la vista de la muerte habéis rogado a Dios, y Dios os ha salvado. ¡Que todo esto os sirva de enseñanza! Sed sumisos y respetuosos con vuestras familias; no disgustéis a vuestras madres; amaos los unos a los otros; y suceda lo que suceda, ponéd vuestra confianza en el cielo. Ya sabéis qué manos han salvado al pobre Marcos. Al principio creímos que lo había recogido un ángel. El milagro subsiste lo mismo, puesto que Dios, en su bondad, se digna algunas veces servirse de instrumentos humildísimos para realizar designios; aprended con eso a ser buenos y a no despreciar a nadie."

Una agradable sorpresa esperaba a nuestros amiguitos a su regreso a Pouliguen. Por orden del Sr. Henry se había levantado en la playa una gran tienda de campaña; dentro de ella había una cueva improvisada, copiosamente guarnecida de fiambres y de dulces, acompañados de frutas del tiempo y de botellas de buen vino. La presidencia de la cueva fué ofrecida a Marcos, quien declinó este honor, designando a Legoff como el más digno de ocuparle. El pequeño héroe no se hizo rogar, y así como en la Roca de las Gaviotas había dado ejemplo de bravura, de presencia de ánimo y de actividad, así en la mesa se sobrepuso por su feroz apetito a todos los demás convidados y demostró que también merecía ser su jefe en aquel nuevo campo de batalla.

Los señores de Henry pasaron algunos días más en Pouliguen. Esos cuantos días fueron muy bien empleados. Repararon la pérdida experimentada por Legoff, regalándole una lancha nueva y completamente aparejada, que compraron en el puerto de Nan-

tes. El pescador, agradecido, quiso que llevase el nombre de Marcos, el cual fué inscrito con letras doradas en la popa de la embarcación. El nieto de Tomás I recibió un reloj de plata, con estas palabras grabadas en la parte interior de la tapa: "A Pedro Legoff, de edad de doce años, recuerdo del 15 de Septiembre." Ya se supondrá que no fué olvidado Bibia; pero ¿qué hacer por aquel desgraciado? Primero pensaron en regalarle una cabaña a orillas de mar, ó asegurarle un asilo en un establecimiento benéfico. Por una parte, la propiedad, por pequeña que sea, exige cuidados y administración, que Bibia no hubiera podido tener; por otra parte, la vida sedentaria en una casa de caridad era demasiado opuesta a sus hábitos de vagabundo. Contentáronse, pues, con recomendarlo al cura de Batz, dejando en su poder una cantidad bastante para subvenir a las

modestas necesidades de aquel pobre diablo.

Por fin llegó el momento de la partida. La familia Henry, escoltada por todos los habitantes de Pouliguen, fué a pie hasta Guérande. Allí se verificó la separación. Marcos tenía el corazón en un puño. En el momento de subir al carruaje abrazó a todos sus amiguitos. La señora de Henry fué abrazada por todas las madres. Algunas horas después estaban embarcados en el vapor que hace el servicio de viajeros por el río Loira. Bibia los había seguido corriendo por la orilla hasta Saint Nazaire. Allí permaneció mucho tiempo en el muelle, inmóvil, plegado por la mitad del cuerpo, con la mirada fija en el vapor que se alejaba, y cuando lo perdió de vista, asomaron gruesas lágrimas a sus ojos, los cuales jamás hasta entonces habían llorado.

EPILOGO

XXII

Ahí tienes, mi querido Pablo, el regalo que te había prometido. Pudiera dejarlo ahí; pero supongo que te interesas por Marcos y que tienes curiosidad por saber lo que fué de él cuando creció. Para satisfacerte lo seguiremos hasta el día en que, muy joven aún, tomó puesto entre los hombres útiles a su país.

No pidas a estas últimas páginas las peripicias de la Roca de las Gaviotas; hemos concluido con las emociones violentas, con la acción, con el movimiento. Vamos a entrar en un orden de ideas más tranquilas; vamos a encontrar de nuevo en el interior de su hogar a seres que tú ya conoces: un padre que es el honor y la lealtad personificados, una madre cariñosa, una esposa llena de abnegación, sin más alegrías que las del hogar doméstico; al penetrar en su intimidad podrás hacerte la ilusión de que no te has separado de tu familia.

El viaje fué una serie de distracciones y

de delicias. El otoño aquel año era de una magnificencia excepcional, y lo aprovecharon para alargar el camino y multiplicar las excursiones.

Clisson los detuvo algunos días a orillas del Sévre nantés; luego remontaron el Loira y visitaron de etapa en etapa Chenonceaux, Chambord, Amboise, todos los sitios de recreo, todos los castillos, todas las ruinas que solicitaban su curiosidad. Por fin volvieron a París, y aun cuando siempre es agradable volver a tomar posesión de sus hábitos y de su hogar, el regreso, sin embargo, no estuvo totalmente exento de turbación y de tristeza. Ya se recordarán los temores que la señora de Henry dejaba ver a propósito de Marcos en una de las últimas cartas que escribía a su marido. ¿Qué harían metidos en su entresuelo de París con aquella gclondrina de los mares?

En efecto; apenas regresó Marcos, se sentía ya como un pájaro metido en una jaula. La señora de Henry, a su pesar, se había acostumbrado también al aire libre y a los

mujer, las caricias y la gracia de un niño para echar en aquel lodo un germen de afecto, de gratitud y de abnegación. Aquel germen indolente, casi inerte, brotó de pronto ante la desesperación y el furor de la madre. El idiota comprendió al fin que Marcos se había ido con los otros, y que su vida se encontraba en peligro.

Instintivamente, tal vez sin conciencia del acto prodigioso que iba a realizar, como un proyectil al impulso recibido, el idiota corrió al puerto, desatraco un bote, bogó hacia la Roca y llegó a punto de coger al niño, a quien arrastraban las olas. Dios le había guiado. La luz hecha en él no duró más que algunas horas: una vez realizada su misión, terminada su obra, el pobre idiota cayó de nuevo en su habitual estupidez, y ni siquiera se acordó. Por más que la señora de Henry lo volvió y lo revolvió en todos sentidos, no hubo estremecimiento interior alguno en él que conmoviera su caparazón informe.

—¡Abrazatol dijo ella a Marcos, echándolo al cuello del idiota.

Bibía miró primero a la madre y luego al hijo. Llevó a sus labios un dedo de la mano, el que le curó la señora de Henry, y se alejó.

Cuando llegué yo a Pouliguen, la aldea estaba apenas repuesta de estas emociones. Al día siguiente asistí a una ceremonia conmemorativa. Desde por la mañana, todos los niños, vestidos con la ropa de los días de fiesta, estaban formados en fila en el muelle. Al primer toque de las campanas echadas a vuelo, el cortejo se puso en movimiento, y se dirigió por la costa hacia el pueblecillo de Batz. Con los pies descalzos y cada cual con un cirio en la mano, salieron en peregrinación a la capilla de la Virgen: era una promesa que hicieron en el momento supremo, en la Roca de las Gaviotas, a Nuestra Señora del Buen Socorro.

Las familias salieron en pos de ellos; el señor y la señora de Henry cerraban la marcha. A la misma hora, el cura de Batz y su vicario, precedidos de la cruz y el estandarte, y seguidos por los habitantes del pueblo, avanzaban procesionalmente al encuentro de los pequeños peregrinos. Hombres y mujeres llevaban puestos sus pintorescos trajes que parecen tomados de una región oriental, y los cuales no ha modificado el tiempo, ni siquiera en una época en la cual la originalidad del traje ha desaparecido por com-

pleto con la originalidad de las costumbres y del carácter. A la mitad del camino, las dos comitivas se fundieron en una sola. El cura entonó un salmo religioso, que todos repetían a coro. Un sol magnífico iluminaba el cuadro; el ruido del mar, grave y solemne como el de un inmenso órgano, acompañó los cantos religiosos.

Después de la misa, el anciano sacerdote bajó las gradas del altar, y pronunció esta corta alocución:

"Mis queridos hijos:

"Habéis desobedecido a vuestros padres, y Dios os ha castigado. En presencia del peligro común os habéis ayudado mutuamente y Dios os ha socorrido. A la vista de la muerte habéis rogado a Dios, y Dios os ha salvado. ¡Que todo esto os sirva de enseñanza! Sed sumisos y respetuosos con vuestras familias; no disgustéis a vuestras madres; amaos los unos a los otros; y suceda lo que suceda, ponéd vuestra confianza en el cielo. Ya sabéis qué manos han salvado al pobre Marcos. Al principio creímos que lo había recogido un ángel. El milagro subsiste lo mismo, puesto que Dios, en su bondad, se digna algunas veces servirse de instrumentos humildísimos para realizar designios; aprended con eso a ser buenos y a no despreciar a nadie."

Una agradable sorpresa esperaba a nuestros amiguitos a su regreso a Pouliguen. Por orden del Sr. Henry se había levantado en la playa una gran tienda de campaña; dentro de ella había una cueva improvisada, copiosamente guarnecida de fiambres y de dulces, acompañados de frutas del tiempo y de botellas de buen vino. La presidencia de la cueva fué ofrecida a Marcos, quien declinó este honor, designando a Legoff como el más digno de ocuparle. El pequeño héroe no se hizo rogar, y así como en la Roca de las Gaviotas había dado ejemplo de bravura, de presencia de ánimo y de actividad, así en la mesa se sobrepuso por su feroz apetito a todos los demás convidados y demostró que también merecía ser su jefe en aquel nuevo campo de batalla.

Los señores de Henry pasaron algunos días más en Pouliguen. Esos cuantos días fueron muy bien empleados. Repararon la pérdida experimentada por Legoff, regalándole una lancha nueva y completamente aparejada, que compraron en el puerto de Nan-

tes. El pescador, agradecido, quiso que llevase el nombre de Marcos, el cual fué inscrito con letras doradas en la popa de la embarcación. El nieto de Tomás I recibió un reloj de plata, con estas palabras grabadas en la parte interior de la tapa: "A Pedro Legoff, de edad de doce años, recuerdo del 15 de Septiembre." Ya se supondrá que no fué olvidado Bibía; pero ¿qué hacer por aquel desgraciado? Primero pensaron en regalarle una cabaña a orillas de mar, ó asegurarle un asilo en un establecimiento benéfico. Por una parte, la propiedad, por pequeña que sea, exige cuidados y administración, que Bibía no hubiera podido tener; por otra parte, la vida sedentaria en una casa de caridad era demasiado opuesta a sus hábitos de vagabundo. Contentáronse, pues, con recomendarlo al cura de Batz, dejando en su poder una cantidad bastante para subvenir a las

modestas necesidades de aquel pobre diablo.

Por fin llegó el momento de la partida. La familia Henry, escoltada por todos los habitantes de Pouliguen, fué a pie hasta Guérande. Allí se verificó la separación. Marcos tenía el corazón en un puño. En el momento de subir al carruaje abrazó a todos sus amiguitos. La señora de Henry fué abrazada por todas las madres. Algunas horas después estaban embarcados en el vapor que hace el servicio de viajeros por el río Loira. Bibía los había seguido corriendo por la orilla hasta Saint Nazaire. Allí permaneció mucho tiempo en el muelle, inmóvil, plegado por la mitad del cuerpo, con la mirada fija en el vapor que se alejaba, y cuando lo perdió de vista, asomaron gruesas lágrimas a sus ojos, los cuales jamás hasta entonces habían llorado.

EPILOGO

XXII

Ahí tienes, mi querido Pablo, el regalo que te había prometido. Pudiera dejarlo ahí; pero supongo que te interesas por Marcos y que tienes curiosidad por saber lo que fué de él cuando creció. Para satisfacerte lo seguiremos hasta el día en que, muy joven aún, tomó puesto entre los hombres útiles a su país.

No pidas a estas últimas páginas las peripicias de la Roca de las Gaviotas; hemos concluido con las emociones violentas, con la acción, con el movimiento. Vamos a entrar en un orden de ideas más tranquilas; vamos a encontrar de nuevo en el interior de su hogar a seres que tú ya conoces: un padre que es el honor y la lealtad personificados, una madre cariñosa, una esposa llena de abnegación, sin más alegrías que las del hogar doméstico; al penetrar en su intimidad podrás hacerte la ilusión de que no te has separado de tu familia.

El viaje fué una serie de distracciones y

de delicias. El otoño aquel año era de una magnificencia excepcional, y lo aprovecharon para alargar el camino y multiplicar las excursiones.

Clisson los detuvo algunos días a orillas del Sévre nantés; luego remontaron el Loira y visitaron de etapa en etapa Chenonceaux, Chambord, Amboise, todos los sitios de recreo, todos los castillos, todas las ruinas que solicitaban su curiosidad. Por fin volvieron a París, y aun cuando siempre es agradable volver a tomar posesión de sus hábitos y de su hogar, el regreso, sin embargo, no estuvo totalmente exento de turbación y de tristeza. Ya se recordarán los temores que la señora de Henry dejaba ver a propósito de Marcos en una de las últimas cartas que escribía a su marido. ¿Qué harían metidos en su entresuelo de París con aquella gclondrina de los mares?

En efecto; apenas regresó Marcos, se sentía ya como un pájaro metido en una jaula. La señora de Henry, a su pesar, se había acostumbrado también al aire libre y a los

grandes horizontes; pero era un alma de esas que no viven más que para los demás, y no pensaba más que en su hijo. Al día siguiente de su llegada, confiaba sus temores al corazón de su marido, que no parecía preocuparse tanto.

—Te alarmas demasiado, le decía. Marcos está bueno y robusto; se ha salvado. En el Luxemburgo y las Tullerías no encontrará, naturalmente, los arenales de Bretaña; pero, después de todo, no ha de ser París menos que una sucursal de las montañas de Pontux. El niño se aclimatará poco á poco en el suelo en que vivimos; es cuestión de unas cuantas semanas. Entretanto, iremos el domingo que viene, como buenos burgueses que somos, á pasearnos por el bosque de Meudon, y renovaremos esa fiesta cada ocho días, mientras el tiempo lo permita.

La señora de Henry no podía menos de pensar que hablaba su marido muy fácilmente; pero que Marcos se entristecía cada vez más. Que las calles, los boulevares donde le llevaban para tratar de distraerlo, le parecían estrechos y limitados. ¡Qué riachuelo tan tísico el Sena! ¡Qué pobres rocas los peñascos del bosque de Boloña! ¡Qué frío y qué indiferente se quedaba ante las diversiones que podían proporcionarle! ¡Con qué gusto hubiera cambiado todos aquellos niños bonitos y elegantes que correteaban en los jardines públicos por dos ó tres de aquellos chiquillos descalzos que había dejado en Poulignen! Pornichet, Jambonneau, Macabiau, Mascaret, todos estos nombres bullían en su memoria como un enjambre en una colmena. Para él no había más que un héroe en el mundo, y era el joven Legoff. Echaba de menos hasta al pobre idiota. Habría podido creer que la aventura de la Roca de las Gaviotas lo había curado para siempre de su pasión por el mar; lejos de eso el recuerdo de aquella noche terrible permanecía vivo en su imaginación como algo maravilloso y encantador. Siempre hablaba de ella, y siempre con una exaltación y un entusiasmo que sorprendía á la señora de Henry.

—Vamos, le dijo una tarde que estaba contando por vigésima vez, y con entusiasmo creciente, la velada al pie de la Roca, la ascensión al pico y las proezas de su amigo Legoff; vamos, que si hubieses tú visto la desesperación en que me puso tu escapato-

ria, te complacerías menos en el relato de todos esos horrores y no hablarías de ellos como lo haces.

Al oír esa queja, que comprendía que era muy justa y merecida, Marcos se echó en brazos de su madre, y desde entonces no volvió á hablar de la Roca de las Gaviotas.

Llegó el domingo que debía pasar en el bosque de Meudon. Salieron los tres alegremente una mañana de Octubre; Marcos sentíase satisfecho de volver á encontrar, aunque sólo fuese por algunas horas, su vida errante, tan bruscamente interrumpida, y por su parte la señora de Henry gozaba con un paseo que le recordaba los mejores tiempos de su juventud.

Bajaron hasta Bellevue, almorzaron en la fonda de la estación, y luego alegremente se dirigieron al bosque, donde lucía el otoño sus esplendores. Hacía uno de esos días que son la despedida del sol. Los pájaros cantaban como en primavera. Los árboles estaban todavía verdes. Una brisa suave agitaba el follaje dorado de los abedules.

Mientras Marcos corría por la hierba y por entre las malezas, los señores de Henry paseaban lentamente por las frondosas avenidas.

La vista de aquellos paisajes que con tanta frecuencia habían recorrido juntos, despertaba una multitud de recuerdos; en sabrosa conversación repetíanse uno á otro las alegrías y los disgustos de su laboriosa y honrada existencia. Sin dejar de hablar, habían llegado más allá de los sotos de Sévres.

No resistieron la tentación de echar una mirada á la vivienda que visitarían en otra ocasión y que habían poseído durante toda una tarde.

Empujaron la verja entreabierta, y vieron sorprendidos en flagrante delito de curiosidad por un jardinero que les invitó cortésmente á que entraran: los amos estaban de viaje.

La señora de Henry vacilaba, sin embargo.

—Entrad, señora, dijo el jardinero, y no temáis ser indiscreta: aun cuando la finca no se alquile ni se venda, mis amos, al marcharse, me dieron orden de que dejase visitarla á todas las personas que lo desearan.

—¡Pues entonces, entremos! exclamó ale-

gremente el Sr. Henry; démonos hoy también el tono de tener una casa de campo.

Los años no habían llevado ningún cambio en aquel poético retiro. La casa estaba tal como la señora de Henry la había descrito en una de sus cartas. Por fuera, con su techo plano, su terraza y sus balcones, sus empalizadas con enredaderas y sus adornos de parra, parecía una casita italiana.

Por dentro estaba recién decorada; los muebles y los cuadros respiraban á la vez elegancia y sencillez. Las habitaciones no eran muy grandes, pero la señora de Henry decía que la felicidad ocupaba muy poco sitio, y todo lo que veía se hallaba tan en armonía con sus gustos, que parecía que había sido ella quien dirigiera hasta en sus menores detalles el arreglo de la casa.

Desde cada balcón se descubría un punto de vista tal vez único en los alrededores de París, y el cual podían envidiar las comarcas más favorecidas por el cielo; entre dos promontorios de verdor, el pueblecillo de Saint Cloud, en anfiteatro; más allá, el monte Valerien; el Sena, replegado al fondo del valle, y allá á lo lejos, como últimos límites, las pobladas colinas de Sannois y de Montmorency; un verdadero cuadro de Poussin. Cuando llegó la noche, esperaron en el salón á que fuese la hora del tren que había de llevarles á París. Marcos encontraba la casa de su agrado y no quería marcharse.

La señora de Henry estaba también triste: "¡Qué hermoso sería vivir aquí!" dijo suspirando. Ya se estaba poniendo el abrigo, cuando de pronto abrióse de par en par la puerta del salón, y el jardinero, transformado en mayordomo, pronunció estas sencillas palabras: "La señora está servida." Muda de asombro, la señora de Henry miraba á su marido, el cual sonreía.

—Sí, mujercita mía, dijo cogiéndole las manos; aquí estás en tu casa. Nuestros negocios han prosperado más de lo que yo esperaba. Tú soñabas con vivir cerca del bosque y no lejos del Sena. Esta finca te había gustado; conservabas su imagen en tu corazón, y mi ambición era la de poder regalártela algún día. Tus deseos están cumplidos, y mi ambición satisfecha. Todo esto te pertenece; aquí eres tú el alma y la reina. Vamos á comer, queridos míos: hoy estrenamos el comedor, y siento un apetito de lobo.

Y diciendo estas palabras pasó al comedor

con su mujer y con su hijo, colgados una y otro de su cuello,; dejó que cada cual se figuré su alegría.

XXIII

Allí, en aquel pequeño paraíso, acabaron de pasar el otoño. Los que poseen la tierra y la casa donde han nacido, donde han crecido, no pueden imaginar todo lo que puede tener de embriagador el sentimiento de la propiedad. No le es dado saberlo más que á los que por su trabajo perseverante, por su valor y por su inteligencia han logrado, como los señores de Henry, adquirir el techo que les abriga, aunque ese techo sea lo más modesto del mundo. Agrada imaginarse la felicidad de un matrimonio tan bien avenido. Largos años de prueba no habían hecho más que apretar el lazo que los unía; la dicha que disfrutaban era tanto más profunda, cuanto que les recordaba sus lágrimas.

Octubre se mostró pródigo en los días hermosos.

El aire fresco y puro que se respira en las alturas llegaba á los pulmones de Marcos como un soplo atenuado del Océano; el bosque, los parques inundados de luz, vestidos de púrpura y oro, lo consolaban de la ausencia del mar. La señora de Henry, apenas instalada, reinaba y gobernaba allí ya.

Plantaba rosales, cortaba las hierbas, dibujaba las calles de arbustos, corregía aquí y allá los movimientos demasiado bruscos del terreno y no dejaba de recorrer sus bonitos dominios. Bastaban algunos minutos para recorrerlos, sin necesidad de apresurar el paso; pero como ella encontraba cada vez un nuevo placer, dependía solo de ella el creerse dueña de dominios que no acababan nunca. Como se hace generalmente entre los hombres de negocios desde que las comunicaciones con los alrededores se han hecho tan fáciles y tan rápidas, el señor Henry salía de París por la noche para reunirse con los suyos; se reunían á la hora de comer tan contentos de volver á verse como si no se hubiesen visto por la mañana. Noviembre puso término á aquella vida feliz. Llegaron los vientos del Norte, y la familia Henry volvió á sus cuarteles de invierno, y fuerza les fué confesar que el entresuelo de la calle

de Bao, alegrado por la lumbre de la chimenea, tenía también sus lados buenos.

La señora de Henry hablaba ya, como animosa mujer, en tomar su parte en los negocios que desde hacía ya tiempo estaban solamente á cargo de su marido: pero éste no la dejó concluir.

—No, hija mía, dijo; otros cuidados te reclaman. Todo lo que pudieras hacer por la prosperidad y por el honor de nuestra casa, lo has hecho ya, y muy bien por cierto: á tí te debe su reputación. No dejaré nunca de inspirarme en tus consejos; pero desde este instante quedas retirada de los negocios. Te queda una tarea más seria que realizar: en lo sucesivo perteneces por completo á tu hijo. Marcos crece. Dentro de pocos años tendremos que separarnos de él, porque ha de comenzar su vida de colegial, pero hay una educación preciosa que sólo las madres pueden dar á sus hijos. Sólo ellas tienen el secreto de amoldar esos jóvenes corazones y de grabar en ellos impresiones que no se borran nunca. ¿Quién mejor que tú sabrá cumplir esos deberes? Tu dulzura, tu paciencia, tu ternura, darán sus naturales frutos. Nuestro hijo tiene buenos instintos, y tú no tendrás más que desarrollarlos. Le enseñarás sin trabajo el amor al bien y á la honradez, y saldrá de tus manos preparado para hacerse hombre.

El invierno fué crudo, pero corto. Desde los primeros días de sol en el mes de Abril, la madre y el hijo remontaron el vuelo y fueron á posarse los dos en el sitio donde el gran maestro de las ceremonias campestres, es decir, la primavera, se los había adelantado un poco para festejar su regreso.

Jamás en ningún tiempo dama alguna de elevada alcurnia, acompañada por su señor hijo, fué recibida en sus dominios con más pompa y esplendor. Su entrada fué saludada por un coro de aves. Dos castaños formaban por encima de sus cabezas un dosel natural, que no carecía de penachos. Un mirlo les arengó. Los pinzones y las alondras de los alrededores les daban la bienvenida, mientras las lillas columpiaban al soplo de la brisa, como si fueran incensarios, sus ramas embalsamadas.

El verjel, por todas partes, no presentaba á los maravillados ojos más que trajes blancos y rosa.

Las abejas zumbaban en los pipirigallos,

las violetas y las siemprevivas crecían al borde de los senderos; por todas partes la embriaguez de la vida. Esos sotos de Sévres y de Bellevue, desiertos durante el invierno y purificados por algunos meses de soledad, tienen una flor de renovación que es preciso apresurarse á recoger antes de que la invasión de las gentes de la ciudad hayan profanado su gracia virginal.

Los días afortunados no tienen historia. Los meses se suceden á los meses, las estaciones á las estaciones. Marcos crecía bajo el amparo de su madre. Creo que no ha habido jamás una educación primaria que haya costado menos trabajo que la suya.

Marcos había nacido con el sentimiento de las armonías y de las bellezas de la naturaleza: sin trabajo aprendió á deletrear el nombre de Dios en el libro de la creación. Los ejemplos que tenía á la vista valían un curso de moral.

La estrecha unión de sus padres, el afecto, el respeto que mostraban constantemente el uno para el otro, eran más elocuentes que un tratado sobre la felicidad y los deberes de la familia.

¡Dichosos los niños que se educan en una atmósfera de ternura! Toda su vida queda impregnada de ella. Marcos, á los diez años, no sabía gran cosa; pero la buena semilla fructificaba ya en su corazón, y todo en él prometía un espíritu recto y un alma sin dolencias.

La especie de nostalgia que llevó de Pouliguen se disipó poco á poco.

Sin embargo, los confusos rumores que llenaban el bosque á la caída del día: las sábanas de verdor sacudidas por un viento huracanado; la bruma de la mañana y de la noche amontonada en el horizonte; la vela de un barco animando el fondo del paisaje, lo sumían en una extraña meditación, como si de pronto en todos esos ecos, en todos esos aspectos, hubiera encontrado un eco, un reflejo, una imagen del Océano. Si ya no hablaba de la Roca de las Gaviotas, en cambio lo hacía de Pouliguen y de sus habitantes. Tenía la esperanza de volver, y era ese su más vivo deseo; pero, á pesar del encanto que siempre nos atrae hacia los lugares donde hemos sufrido, se comprende que la señora de Henry no tuviese mucho afán por ver aquella playa, cuyo recuerdo sólo era su espanto.

No todas las relaciones se habían cortado con aquel puertecillo bretón. El cura de Batz escribía de vez en cuando. Por el buen sacerdote supieron la muerte de Bibia. Una mañana recogieron el cadáver del pobre idiota en la puerta misma de la casa en otro tiempo habitada por Marcos y su madre. Las personas caritativas que se encargaron de amortajarlo, encontraron colgado á su cuello, con una cuerdecilla, un dedil de guante. ¡Pobre Bibia, pobrecito Bibia!

Marcos, á los diez años, dejó el hogar paterno para ingresar en el colegio de Santa Bárbara de los Campos. Ese establecimiento de Fontenay-aux-Roses, muy anterior al de Vauves, es algo así como el guión que une el hogar doméstico con el régimen del colegio.

El niño entró dos meses después en Santa Bárbara de París. Ese nombre de Santa Bárbara, tan grato á muchas familias, no puedo yo, por mi parte, escribirlo sin emoción. Me parece estar viendo, cuando lo escribo, los queridos seres que me lo han hecho amar, el venerable y venerado Labrouste, Alejandro Bixio, tan activa, tan apasionadamente dedicado á la gloria de la institución, y la familia Guérard, tan feliz entonces, tan digna de serlo, y tan castigada después.

La muerte ha arrebatado á los unos y ha herido á los otros en sus más íntimos afectos.

Nosotros conservamos con grande aprecio el recuerdo de los que ya no son. Las bondades de los que aún viven no se borrarán jamás de nuestros corazones: reciban aquí el testimonio de nuestra larga é inalterable amistad.

Parece que el joven Marcos Henry no ha brillado gran cosa en el colegio de Santa Bárbara. He hojeado el libro de oro de la institución, y no he encontrado su nombre. No se recuerda que haya pecado jamás por exceso de trabajo, ni que haya sido para sus maestros ni para sus condiscípulos un objeto de edificación; pero puede asegurarse, sin temor á ser desmentido, que maestros y condiscípulos, todos le querían. Generoso con todos, no teniendo nada suyo, siempre dispuesto á pegarse con cualquiera cuando se trataba de defender á los débiles y á los oprimidos, era despierto, tenía el carácter abierto y el corazón altivo y valeroso.

Nada digo de sus aptitudes. Rebelde para

las lenguas muertas, se inclinó á las ciencias exactas. La geografía tenía para él gran atractivo: sus lecturas predilectas eran relatos de viajes. Naturalmente á las horas de recreo distraía á sus camaradas contando cosas de la Roca de las Gaviotas: en Santa Bárbara se habla todavía de los osos de Spitzberg y de la isla de Tambulina.

XXIV

Como sucede á todos los padres, los señores de Henry se preocupaban ya de la carrera que Marcos seguiría. No consultando más que á su razón y su ambición personal, los dos hubieran querido que, llegado el día, se encargase de la dirección de sus negocios; y ciertamente que queriéndolo daban pruebas de un buen sentido muy raro.

Lejos de considerar el comercio como una profesión inferior, teníanlo en gran estima; veían en él una fuente mucho más fecunda que, por ejemplo, en los destinos públicos, y no creían que el mostrador de un almacén tras del cual se sientan el honor y la probidad, fuese menos digno de consideración que la poltrona de un ministro.

Aun cuando tenían sobre esto los dos sus ideas muy claras y muy definidas, hicieron un deber el dejar á su hijo en completa libertad de escoger profesión; pero como Marcos parecía considerar iguales todas las carreras y no tenía marcada preferencia por ninguna, podía creerse que cuando llegara el momento complacería sin resistencia á sus padres. Tal era la ilusión que el señor Henry y su mujer acariciaban en secreto.

Acercábase el momento en que uno y otro iban á despertar cara á cara con la realidad. ¡Y qué despertar!

Marcos acababa de cumplir dieciséis años. Las vacaciones estaban concluyendo: las había pasado en el campo bastante triste. Aquel joven no era el mismo: habíase verificado un gran cambio en él: aunque quería á sus padres apasionadamente, huía de sus caricias y buscaba la soledad. Casi siempre, cuando estaba en su presencia, mostrábase silencioso y pensativo. ¿Serían aquellas las primeras brumas que se presentaban en la mañana de la vida? Su madre lo había interrogado muchas veces, pero siempre en vano.

—¿Qué tienes, hijo mío? decía: porque algo tienes. A tu edad no se es así. ¿Qué ha sucedido? ¿Qué pasa? Abreme tu pecho; quiero saberlo todo.

Veinte veces el joven había estado á punto de hablar, y veinte veces había encerrado en su pecho el secreto que quería escapársele.

Los dos esposos se prometieron tener, antes de que concluyeran las vacaciones, una conversación con su hijo acerca de su porvenir. Una noche, después de comer, estaban los tres en el salón.

Marcos, abstraído, ensimismado, abismado en sus reflexiones, guardaba silencio: su madre lo observaba con inquietud.

—Vamos á ver, Marcos, dijo de repente el señor Henry, puesto que te parece bien ser serio antes de tiempo, seamos graves en buena hora, y hablemos de cosas serias. Tienes dieciséis años, hijo mío; es la edad en que se revelan los gustos y las inclinaciones, en que el espíritu se agita y busca su rumbo, en que comienza á dibujarse el presentimiento de la carrera que hemos de abrazar más tarde. La elección de una profesión que ha de influir sobre toda nuestra existencia, no es cosa de adoptarla á última hora, y conviene prepararse con tiempo. ¿Entreves tú en el porvenir una posición que te atraiga más que las otras? ¿Qué deseas hacer cuando hayas terminado tus estudios?

De ahí arrancó para pasar revista á las diferentes profesiones que se presentan á la entrada de la vida social, la administración pública, la carrera de ingeniero, la magistratura, el foro, todas las profesiones liberales, y á cada propuesta que dirigía á Marcos, éste contestaba invariablemente:

—No, papá: no es eso lo que me gusta.

—¿De modo que todas las carreras te son igualmente indiferentes? ¿No sientes vocación por ninguna? De todas las vías abiertas á la inteligencia y á la actividad humana, no es el comercio el que menos estimo. ¿Te desagradaría dedicarte á él? ¿Te causaría repugnancia encargarte de la dirección de nuestros negocios, del gobierno de nuestra casa?

—No, por cierto, respondió Marcos; y me creería muy honrado siguiendo el camino trazado por mi padre. Ese sería el que escogiera... si no me viera fatalmente impul-

sado por otros rumbos, añadió con voz desfallecida.

A esta revelación inesperada, la señora de Henry se estremeció, como si hubiera sentido herido el corazón por el presentimiento de la verdad; todas las angustias, todos los temores del pasado, así como todos los espectros amenazadores, surgieron de pronto ante ella.

Por su parte, el Sr. Henry no dejó de maravillarse.

—No te comprendo, dijo. Si tienes una vocación, ¿por qué nos la ocultabas? ¿De qué proviene que vaciles en confiarnos tu secreto? Bien conoces nuestro cariño; no data de ayer, sino que tiene dieciséis años, precisamente tu edad.

Marcos miró primero á su padre, luego á su madre, y después cogióse la cabeza con las dos manos, y se puso á llorar.

La señora de Henry se había puesto pálida como una muerta.

—¡Ah, desgraciado, quieres ser marinol

—¡Marinol repitió el padre con estupor.

—Sí, quiere abandonarnos. ¡Esa es su ambición!

—¿Quieres dejarnos, Marcos? ¿Quieres dejarnos, hijo mío? Entre tantas carreras que podrían asegurar tu felicidad y la nuestra, escoges precisamente la que te aparta de nosotros. ¿Te aburre estar con tu familia? ¿No hemos sabido hacernos amar por tí? Dinos qué debíamos haber hecho. Tú eras todo para nosotros, no teníamos á nadie más que á tí en el mundo y vas á dejarnos envejecer en la tristeza y en el abandono.

Durante algunos momentos no se oyó más que ruido de lágrimas y de sollozos.

Al fin Marcos se levantó.

Atrajo hacia sí á su padre y á su madre, y estrechándolos á los dos sobre su pecho, les dijo:

—No llores, mamá; no llores, padre mío: no me separaré de vosotros. Mi verdadera vocación, ahora lo veo, es vivir siempre á vuestro lado y queriéndoo mucho.

Este incidente, que parecía terminado, debía dejar huellas profundas.

Marcos volvió á sus estudios, pero el matrimonio distaba mucho de haber recobrado la calma y la serenidad. En medio de la turbación de su conciencia, los señores de Henry se preguntaban con ansiedad:—Si la vocación de Marcos era verdadera, ¿tenían

ellos derecho de que se la sacrificara? Al aceptar el sacrificio, ¿no habrían cedido á un movimiento de cariño egoísta y culpable? ¿Estaban seguros de no haber consultado su felicidad más bien que la de su hijo? ¿Estaban bien seguros de no haber abusado de su sorpresa y de su abnegación para desviar, para absorber en provecho propio el porvenir de su hijo? Preguntábanse si era deber absoluto en los hijos inmolarse á la familia, ó si, por el contrario, no eran los padres los que deben inmolarse por los hijos. La señora de Henry, sobre todo, que vió nacer la vocación de su hijo, y que ahora que ella se daba cuenta, sabía cuántas raíces tenía aquella vocación en su corazón, la señora de Henry vivía presa de las más crueles perplejidades.

Marcos, los días de salida del colegio, llevaba á su casa un semblante alegre y animado; pero la madre no se dejaba engañar, y bajo las apariencias de una fácil resignación, adivinaba el esfuerzo que hacía para disimular. No dejaba de observarlo con inquieta solicitud, y cada nueva salida lo encontraba con los ojos más hundidos, la frente más pálida, las mejillas más chupadas.

Así estaban las cosas, cuando una noche de Noviembre recibieron la visita del inspector de estudios de Santa Bárbara. Había entre ellos relaciones de intimidad, así es que aquella visita no los extrañó; pero después de un cordial apretón de manos, dijo Guérard:

—Amigos míos, cumplo un deber viniendo á veros. Se trata de vuestro hijo. No debo ocultaros más tiempo que nos inspira á todos graves inquietudes. Cada vez está más triste; su salud se altera, y se atrasa en sus estudios. Tan bien como yo conocéis la causa de este cambio. Creo que ya es hora de adoptar una resolución. Ya hace muchos años que vivo entre muchachos, y nada de lo que á ellos se refiere me es desconocido. He visto desenvolverse en derredor mío muchas vocaciones, he dirigido algunas y no he encontrado ninguna tan imperiosa como la del mar.

Hay en ella un encanto, una fascinación, un atractivo fatal, contra el cual se estrellan todas las resistencias: Sé que Marcos, en un raptó de entusiasmo, que no me sorprende, ha sacrificado generosamente sus gustos y sus instintos; pero aunque leal y sincero, el

sacrificio no ha sido menos terrible, y ha producido una herida en el corazón que pudiera no curarse jamás. Pensad en ello, porque la cosa vale la pena. Es asumir una pesada responsabilidad oponerse á la vocación de un muchacho, cuando esa vocación honrada se manifiesta por síntomas tan violentos como los que vemos en él. ¿No es de temer que, abrazando una carrera contra su gusto, no tenga éxito? Y en ese caso, ¿no tendríais que reprocharos sus faltas y sus torpezas? No desconozco lo que puede haber de doloroso para padres tan buenos y cariñosos como vosotros en ver que su hijo único escoge una profesión que lo condena á vivir constantemente lejos de su familia; pero convengamos en que los padres que creen que han de estar siempre rodeados por sus hijos se hacen muchas ilusiones. Indudablemente, cediendo á los deseos de Marcos, os prepararíais para el porvenir muchos disgustos, pero también muchas alegrías. Habrá despedidas, pero habrá también regresos. Vuestros disgustos serán desgarradores, pero vuestras alegrías serán embriagadoras.

No hay nada en este mundo que no tenga sus compensaciones: la ausencia, que es el peor de los males, tiene también las suyas. Esta vida de emociones, sin cesar renovadas, escapa á los razonamientos cotidianos, á los disgustillos inevitables; ensancha los horizontes del alma humana, y no descubre más que los grandes aspectos; permite á los afectos conservar esa vivacidad, ese sabor, esa borrarilla primaveral, que rara vez resisten á la larga costumbre de vivir en el hogar doméstico. He observado que no hay hijos más cariñosos y más amables que los marinos. En cuanto á la carrera en sí, no veo ninguna que tenga más grandeza; sentirse atraído hacia ella es ya indicio seguro de un carácter poco común. Eso es, amigos míos, lo que tenía que deciros. Reflexionad y consultáos. Me ha parecido que el porvenir de vuestro hijo estaba en peligro, y he cumplido mi deber advirtiéndoo.

Aquella misma noche, y en presencia de Sr. Guérard, fué consumado el sacrificio en un transporte de amor y de dolor. Al día siguiente Marcos, sin salir de Santa Bárbara, ingresó en la escuela preparatoria para marina.

No se rindió sino después de larga discu-

sión, y al ver la resistencia que al principio opuso, cualquiera hubiera dicho que era una víctima á quien sus padres se empeñaban en sacrificar á su interés personal. Marcos tocaba casi al límite de la edad, y ni siquiera tenía un año completo para prepararse para los exámenes que debían abrirle ó cerrarle el colegio naval: iba á realizar en pocos meses prodigios de inteligencia, de trabajo y de voluntad.

¡Con qué terrible rapidez llegan á herirnos como un rayo los acontecimientos que tememos! Se tiene delante de sí meses y años, y parece que las fechas fatales no han de llegar jamás, y se precipitan y se suceden como rayos. Contaban con una desviación del destino: á la hora fijada llega el tren á la estación. Marcos se examinó, fué admitido en el "Borda," salió de allí dos años después, sin que el menor incidente hubiese detenido la marcha de los sucesos: parecía que todo aquello se había hecho en un año y como por encanto.

Y ahora que ya se ha marchado, ahora que navega por lejanos mares, los otros dos cuentan las semanas, esperan los correos y se preparan á velar junto al hogar solitario. Se acabaron las alegrías de aquella casa. Ya no está allí; ya se ha ido aquel que con su sola presencia alegraba la mesa y poblaba la casa. Se resignan con su suerte y la soportan sin quejarse. Hay, sobre todo, un pensamiento que les sostiene: les gusta decir, dicen con orgullo, que su hijo ha preferido á los goces de una vida fácil, la gloria y los trabajos de una carrera aventurera; que ya sirve á su país, que está llamado á servirlo algún día con gran honor, y, en fin, que cualesquiera que sean los encuentros que le depare la suerte, no será jamás el último en el deber y en la abnegación.

Y en sus plegarias, piden al Dios Todopoderoso, que ya le salvó de las olas, que tenga siempre su mano extendida sobre él y que lo tenga siempre bajo su santa salvaguardia.

FIN

PONSON DU TERRAIL

LA RESURRECCION DE ROCAMBOLE

EL PRESIDIO DE TOLON

VERSION ESPAÑOLA.

MEXICO

Oficinas de la Comp. Editora de "El Mundo."
Sociedad Anónima.

Calle de Tiburcio número 20

1899

sión, y al ver la resistencia que al principio opuso, cualquiera hubiera dicho que era una víctima á quien sus padres se empeñaban en sacrificar á su interés personal. Marcos tocaba casi al límite de la edad, y ni siquiera tenía un año completo para prepararse para los exámenes que debían abrirle ó cerrarle el colegio naval: iba á realizar en pocos meses prodigios de inteligencia, de trabajo y de voluntad.

¡Con qué terrible rapidez llegan á herirnos como un rayo los acontecimientos que tememos! Se tiene delante de sí meses y años, y parece que las fechas fatales no han de llegar jamás, y se precipitan y se suceden como rayos. Contaban con una desviación del destino: á la hora fijada llega el tren á la estación. Marcos se examinó, fué admitido en el "Borda," salió de allí dos años después, sin que el menor incidente hubiese detenido la marcha de los sucesos: parecía que todo aquello se había hecho en un año y como por encanto.

Y ahora que ya se ha marchado, ahora que navega por lejanos mares, los otros dos cuentan las semanas, esperan los correos y se preparan á velar junto al hogar solitario. Se acabaron las alegrías de aquella casa. Ya no está allí; ya se ha ido aquel que con su sola presencia alegraba la mesa y poblaba la casa. Se resignan con su suerte y la soportan sin quejarse. Hay, sobre todo, un pensamiento que les sostiene: les gusta decir, dicen con orgullo, que su hijo ha preferido á los goces de una vida fácil, la gloria y los trabajos de una carrera aventurera; que ya sirve á su país, que está llamado á servirlo algún día con gran honor, y, en fin, que cualesquiera que sean los encuentros que le depare la suerte, no será jamás el último en el deber y en la abnegación.

Y en sus plegarias, piden al Dios Todopoderoso, que ya le salvó de las olas, que tenga siempre su mano extendida sobre él y que lo tenga siempre bajo su santa salvaguardia.

FIN

PONSON DU TERRAIL

LA RESURRECCION DE ROCAMBOLE

EL PRESIDIO DE TOLON

VERSION ESPAÑOLA.

MEXICO

Oficinas de la Comp. Editora de "El Mundo."
Sociedad Anónima.

Calle de Tiburcio número 20

1899

EL PRESIDIO DE TOLON.

(RESURRECCION DE ROCAMBOLE.)

PROLOGO.

I.

La campana del Arsenal había tocado ordenando descanso del medio día, y la *chusma* del gran presidio buscaba la sombra, porque el sol de Junio caía á plomo sobre Tolón. Refugiábanse unos bajo la arena de un antiguo navío, mientras que otros buscaban la sombra tras las pilas de grandes vigas; y otros, arrojando los ardores de la canícula, tendíanse boca abajo sobre el suelo abrasador del arsenal, y no faltaban algunos que se paseaban en silencio, y de dos en dos, atados á la misma cadena de infamia.

—Oye, Cientodieciséte—dijo un gigante le rostro poco inteligente y de hombros hercúleos—te juego los eslabones de mi parte de cadena á cinco puntos de ecarté.

—Sea—respondió un hombre, joven aún, de cuerpo bien proporcionado, manos aristocráticas y rostro desdefioso y altivo.

—Tú quieres dormir,—siguió diciendo el coloso.—y yo irme á tender bajo la quilla del navío para escuchar las historias del Señorito, como le llaman los compañeros. Si ganas, te dejaré dormir; si pierdes, vendrás conmigo á oír contar esas historias.

El Cientodieciséte, que era hombre que hablaba muy poco, hizo un signo de aprobación con la cabeza, y ambos se sentaron frente á frente sobre una viga, y tan separados, como lo permitió el largo de su cadena.

El gigantón se quitó el gorrillo redondo y

de él sacó una grasienta baraja que colocó entre los dos.

—Vamos á ver á quien toca dar.

Y sacó una sota.

El Cientodieciséte sacó una carta más alta y le tocó dar, y el gigantón marcó el rey é hizo el robo sin que su compañero dijese ni una palabra y su rostro dejase de expresar una perfecta indiferencia.

En el juego siguiente el gigantón cantó el punto, y dijo con mucha alegría:

—¡Cuatro por nada!

No pestañeó el Cientodieciséte, pero echó el rey á su vez, hizo el robo, y en dos bazas ganó el juego, y observando que el gigantón ponía una cara muy lastimera, le dijo con acento sencillo.

—¿Quieres la revancha?

La mirada apagada del presidiario se animó, y una sonrisa iluminó su rostro estúpido, y contestó al Cientodieciséte:

—¡Eres un buen compañero, gracias!

Comenzó de nuevo el juego, y el gigantón volvió á perder.

—Está visto que no podré oír las historias del Señorito,—dijo con acento resignado.

El presidiario, al que en Tolón nadie conocía más que por el Cientodieciséte, no dijo nada; se tendió sobre la viga y cerró los ojos.

El coloso, al que entre la *chusma* de forzados se le conocía por Milón, quedóse sentado dirigiendo miradas de envidia á la media docena de parejas que á la sombra del casco del navío, y lo mismo que si se hallasen bajo una tienda de campaña, estaban charlando.

Para pasar el tiempo se entretuvo en hacer solitarios.

Mientras tanto los presidiarios que estaban á la sombra del casco del navío, sostenían la siguiente conversación:

—¿En dónde está el señorito?—preguntaba uno.

—Ya os dije que hoy no vendría—observó un presidiario que llevaba el gorriño verde, lo que indicaba que era un condenado á cadena perpétua.—Esos hijos de familia,—añadió á burla,—esos señoritos del boulevard, como tienen dinero, se burlan del presidio. Por cualquier cosa los mandan al hospital; allí se acuestan entre sábanas y toman caldo.

—Y al cabo de seis meses rompen el remache y los desemparejan dejándolos sueltos y á media cadena,—dijo uno.

—¡Qué diantre!—exclamó un presidiario viejo que salía del calabozo de cumplir un mes de doble cadena por rebelde.—Mientras que el mundo sea mundo, no habrá jamás igualdad ni aún en el presidio.

—El Señorito es rico,—dijo el presidiario que manifestara antes que el que esperaban se hallaba en el hospital.—Su padre es banquero y le envía cien francos al mes. El comisario le colocó á su lado como escribiente y entra y sale y va á la ciudad cuando le da la gana.

—Y yo he oído decir,—manifestó otro presidiario—que había por allí una hermosa parisien, una gran cocotte, como dicen allá abajo, que vino al hotel de Francia nada más que para verle.

—Según parece, el bueno del Señorito gastaba gran tren y andaba siempre entre bastidores y proscenios, con muñecas pintadas como estampas de Epinal; por las noches, al Café Inglés y los domingos á las carreras.

—Pero, ¿qué fué lo que hizo ese chicuelo para que le hayan enviado á buscar habas en nuestra sopa?

—Pues falsificar la firma de su principal que era un notario.

El del gorriño verde, que estaba de muy mal humor, se encogió de hombros.

—Todo eso me importa muy poco, y los cuentos del Señorito, que escucháis como verdaderos badulaques, no me interesan tanto como una historia que adivino y que me gustaría mucho conocer con todos sus detalles.

—¿Qué historia es esa?—preguntaron con mucha curiosidad.

—¿La del Cientodieciséte?

—Nadie la sabe en el presidio, y si tú la adivinas serás más listo que todos nosotros.

—¿Cuánto tiempo hace que está aquí?—preguntó uno que hacía poco había ingresado.

—Diez años.

—No se sabe. Ya sabéis que no habla nunca.

—Aunque fuese un príncipe venido á menos—dijo un presidiario cándido,—no me chocaría.

—Se da aires de gran señor, que dejan despampanados á los capataces.

—Sí, pasa sí, pero lo cierto es que no le pierden de vista.

—Y que lo primero que hace el comisario todas las mañanas, es preguntar si el de Cientodieciséte está en su camastro.

—Y sin embargo, nunca intentó evadirse.

—Es cierto,—respondió el del gorriño verde.—En los primeros tiempos le emparejaron con un zorro (espía). El zorro le enseñó una lija, diciéndole: «Si quieres nos escaparemos esta noche.» El Cientodieciséte se encogió de hombros; al día siguiente pidió que le acoplasen con Milón.

—¡Y qué bruto es!—exclamó un presidiario aludiendo al coloso.—El Cientodieciséte debe aburrirse de una manera extraordinaria con semejante pareja.

—Pues pasa todo lo contrario porque son muy buenos amigos,—observó el del gorriño verde.

—Dicen que Milón es inocente,—insistió un joven.

—Lo dice él, lo mismo que aquí dentro lo decimos todos nosotros.

Estas palabras produjeron grandes carcajadas y exclamaciones entre la chusma.

De pronto dijo uno de los presidiarios:

—Bien sabía yo que el Señorito no estaba enfermo y que no abandonaría á sus compañeros.

Todas las cabezas se levantaron y las miradas se fijaban fuera de la carena oyéndose un grito de alegría al ver que se acercaba un joven alto, contoneándose y fumando un gran cigarro, á pesar de lo que disponía el reglamento, y con las manos en los bolsillos como verdadero pasante.

—¡Viva el Señorito!—gritaron los presidiarios.

—Buenos días, amigos míos, buenos días,—respondió con tono protector el que era objeto de esta ovación.

El joven llevaba el traje del presidio, pero con ligeras modificaciones. Su gorriño redondo y rojo estaba forrado de percal; bajo su blusa llevaba camisa de tela fina y su pantalón, muy largo y ancho, disimulaba perfectamente la media cadena que llevaba levantada y sujeta á la cintura con una correa de charol.

—Buenos días, Señorito,—dijo el de la gorra verde,—nos habian dicho que estabas enfermo.

—Y lo estoy realmente, amigos míos, porque esta mañana entré en la enfermería.

—Pero el médico habrá dicho que estás útil para el trabajo.

—Nada de eso. El médico, que es amigo mío, me recomendó el descanso, una alimentación nutritiva y un paseito al medio día.

—¡Embustero!

—¿Por qué? Qué queréis amigos míos; hay que tomar las cosas con paciencia,—dijo el Señorito,—tengo que estar cuatro años aquí, conviene, pues, que los pase lo mejor y para que los sienta lo menos que sea posible.

—¿Qué muchachos estos! ¿Y no te da vergüenza decir eso delante de uno que como yo tiene que morir aquí?—contestó el del gorriño verde.

—¿Por qué no te largas?

—¡Bah! Soy un caballo de retorno (reincidente) y las cinco veces que me escapé me cogieron. Además, como no soy hijo de banquero, no tengo recursos. Cuando se sale de aquí hay que buscarse la vida. La última vez que me cogieron, acababa de robar un pan en casa de un tñonero y el pan no era siquiera del día.

—¿Qué eras antes de entrar aquí?—preguntó con curiosidad el Señorito.

—Cochero.

—Pues bien, espera á que yo salga; te evades y te tomo á mi servicio.

—Tenemos tiempo de sobra para pensarlo: ¿tienes tabaco? ¿Puedes darme un poco?—dijo el del gorriño verde.

—¿Queréis cigarros?—contestó el Señorito, y arrojó al grupo de presidiarios un puñado de cigarros puros de primera.

—¡Qué lujo!—murmuraron todos.

—Sí, amigos míos, salí de la enfermería nada más que para venir á veros,—siguió diciendo el Señorito.

—¿Qué es lo que nos vas á contar hoy, Señorito?

—Lo que queráis.

—A mí me gustaría mucho oír uno de esos dramas que hacen llorar,—dijo el del gorriño verde.

—Un drama del Ambigu,—añadió un parisien.

—O la de Gaîté,—dijo otro.

El Señorito se quedó pensativo como quien consulta un recuerdo.

—Si queréis,—dijo, pasado un rato,—os voy á contar uno que es famoso y á cuya primera representación asistí con Michette.

—¿Quién es Michette?

—La loca que era mi querida y que fué la causa de que yo viniese á parar aquí.

—¡Sabido! ¿Es esa hermosa señora que se hospeda en el hotel de Francia?

—La misma. Me quiere mecho, la pobre, y soy capaz de casarme con ella diga lo que quiera papá; porque habéis de saber que papá es muy orgulloso.

—¿Qué ganas de broma tienes siempre, Señorito!—exclamó el parisien.

—Venga el drama,—dijo el ex-cochero.

—¿Y cómo se llama ese famoso drama?—preguntó otro presidiario.

—Rocambote.

—¡Vaya un nombre raro!

—Es el de un famoso ladrón.

Mientras tanto que el Señorito hablaba así, habíase arrastrado Milón todo lo que le permitía lo largo de su cadena para acercarse á la carena, y el Cientodieciséte abrió los ojos y le miró.

—¿Tienes muchos deseos de oír al Señorito?—le preguntó.

—¡Oh! Si me permites que me acerque á la carena te daría mi parte de viveres de esta tarde.

—No vendo favores, los hago; vamos,—dijo el Cientodieciséte.

Y se puso en pié. Los dos forzados cogieron la cadena y sujetándola á la cintura, fueron á aumentar el número de los oyentes del Señorito que en aquellos momentos decía:

—Sí, señores, es un buen drama y tiene un cuarto acto que pone carne de gallina.

—Oigámoslo,—dijo el Cientodiecisiete con aire desdenoso.

II.

El Señorito empezó su narración:

—Rocamboles, drama en cinco actos y un prólogo. Este se desarrolla tres años antes de empezar el drama y en casa de un anciano llamado el marqués de Chamery.

El actor Manchonette fué el que desempeñó este papel.

Hé aquí el argumento. El marqués de Chamery es un hombre muy rico y tiene un hijo cuyo paradero se ignora, y del que durante mucho tiempo se creyó que no era su hijo. Respecto á esto hay toda una historia y el resultado es que ha vendido todos sus bienes y quiere desheredarle; pero en el momento en que iba á hacer testamento, porque se sentía morir, recibe una carta de su antiguo amigo el duque de Salandrera.

Según parece, el marqués Chamery sospechaba que el duque de Salandrera había amado en otros tiempos á la marquesa. En su carta, el señor de Salandrera ofrece al de Chamery la mano de doña Carmen para su hijo y entonces, convencido de que ésteralmente lo es, manda el marqués en busca de un notario.

—¿Para hacer testamento?—preguntó el del gorro verde.

—No; para confiarle su fortuna y sus papeles, por medio de los cuales espera encontrar á su hijo y ponerle en posesión de una fortuna de cerca de seis millones.

—Pero,—añadió el Señorito,— conviene que os diga que por aquel tiempo había en París una asociación compuesta de lo más escogido de la canalla, de hombres que no temían á nadie ni á nada, y que se llamaba el Club de los Explotadores.

—¡Bonito nombre!—dijo el de la gorra verde haciendo castañetear la lengua.

—Los del Club de Explotadores, robaban, saqueaban y asesinaban y hacían que la policía anduviese tras ellos con un palmo de lengua, y en todas partes donde habían dado un golpe, se encontraba una carta de la baraja, una sota, que era la contraseña de la asociación.

—Lo que hacía que la policía pudiese juzgar un lansquenete cuando llegaba al sitio

del crimen,—observó uno de los bromistas de la banda.

—Y era lo único que podía hacer, porqué,—añadió el Señorito,—tanto los del Club de los Explotadores, como su jefe César Andrea, eran incontrables.

—¿César Andrea?—repitió un presidiario que hasta entonces no había dicho nada.—Me parece que le conocí.

—¡Si se trata de un drama, imbécil!—dijo Milón el coloso.

—Lo cual que no es inconveniente, porque se puede tratar de un drama histórico,—observó el parisién.

—¿Qué estamos esperando! ¡Continúa!—dijeron muchas voces.—¡Habla Señorito!

Este continuó:

—Cuando llegó el notario, manda que se marche la criada, que era una vieja, y se queda solo con el criado. Este se llamaba Valentín, para el marqués, y Ventura, para el notario.

—¿Cómo? ¿Tenía dos nombres?

—Sí, lo mismo que el notario, en atención á que este notario no era ni más ni menos que César Andrea, el jefe del Club de los Explotadores.

—¡Bravo! ¡Bravo!—gritaron todos los presidiarios.

—Valentín es uno de los del club, y disfrazado sirve al marqués.

El bueno del viejo cuenta su historia al falso notario, abre la caja de caudales y le enseña su dinero, y como se siente malo de pronto, le acompaña á su cuarto quitándole Valentín la llave que llevaba colgada al cuello y después vuelve. César Andrea y Valentín no pierden entonces el tiempo y abren el arca de caudales, y en el momento en que van á cargar con todo lo que contiene, sale el viejo, que ha oído ruido, y acude arrastrándose y llamándoles ladrones.

—¡Pobre hombre!—exclamó el del gorro verde.

—Entonces, siguió diciendo el Señorito,—Valentín y César Andrea se arrojan sobre él, le obligan á volver á su cuarto y después de haber apagado las luces se disponen á dar cuenta de él. La escena queda vacía; se hace de noche y de pronto se oye el ruido de un cristal cortado, se ve aparecer un brazo y saltar á la sala un joven con blusa y gorri-
lla de seda. Fué Taillade, el que desempeñó este papel.

—¡Un gran actor!—dijo el parisién que en tiempos había sido uno de los más asiduos concurrentes del boulevard del Temple.

—Aquel joven,—añadió el Señorito,—trabaja por su cuenta. Saca una cerilla del bolsillo, pasa revista al sitio en que se halla, ve la caja abierta y se acerca apresuradamente. En esto sale de la alcoba César Andrea, que ha extrangulado al viejo, y se arroja sobre el muchacho al que tira al suelo, y levantando en lo alto un cuchillo, va á matarle, cuando sale á su vez Valentín llevando un candelabro en la mano.

—¡Detenéos, capitán, que es Rocamboles! Cuadro y cae el telón.

—¿Qué os parece todo esto, Cientodiecisiete?—preguntó Milón que no había perdido ni una sola palabra del relato del Señorito.

—Que no está mal presentado,—contestó: y volvió á encerrarse en su silencio desdenoso y apático.

El Señorito, que deseaba señalar los entreactos, permaneció silencioso durante algunos minutos.

—Despacha y acaba pronto, porque si no, pronto vamos á oír los silbatos de los vigilantes,—observó el del gorro verde.

—Ya estamos en el primer acto,—dijo el Señorito.—Estamos en Belleville, en una especie de barrio en el que hay muchos vecinos y en una de sus casas de vecindad. En esta viven un abogado sin pleitos que tiene cuestiones con la propietaria, la señorita Tulipa, una buena hembra, á la que hace la corte de esa manera.

Hay además allí un pintor, el señor Armando, que da lecciones de dibujo á una señorita de la aristocracia, á doña Carmen de Salandrera, hija de ese señor español que figuró en el prólogo. El señor Armando, al marcharse á dar la lección, cuenta sus secretos al abogado que es amigo suyo. Ama á su hermosa discípula y no á la señora Bacará, una mujer muy hermosa, á la que se ve en las carreras de caballos y en los proscenios de los teatros.

En aquella casa viven además mamá Fipart y su sobrina Cereza. Mamá Fipart, es una buena mujer que pasa muchas penas porque su hijo, que se llama José, se ha hecho ladrón y tomado el apodo de Rocamboles.

—¿Cómo se va encadenando todo!—observó el parisién.

El Señorito continuó:

—Si mamá Fipart está muy triste en cambio su sobrina Cereza se presenta muy alegre porque va á casarse con un muchacho llamado Juan, al que ella aporta una dote de seiscientos francos ahorrados uno á uno.

Mientras que el señor Armando hace confidencias á su amigo el abogado, se presenta un inglés, sir Guillermo, un gentleman. Este va á encargarse un cuadro al señor Armando; pero esto no es más que un pretexto para hacerle hablar. El señor Armando ignora su verdadero nombre y quienes son sus padres, y cuando se marcha á dar la lección quedase sólo el inglés, que respira á sus anchas y exclama: ¡No sabe nada!

—¡Buena!—observó el parisién.—Adivino las cosas, amigo; he visto muchos melodramas para saber como se hilvana eso. Armando es el hijo perdido del señor de Chamery.

—Eso mismo,—dijo el Señorito.

—El gentleman sir Guillermo podría muy bien ser César Andrea, el jefe del Club de los Explotadores.

—Si tú lo adivinas todo,—dijo el Señorito mal humorado—no vale la pena de que yo siga contando.

—Sí sí, cuenta y no hagas caso,—dijo uno de los condenados á cadena perpétua,—cállate, parisién, y tú, Señorito, continúa.

—Decíamos, pues,—continuó este último—que cuando Armando se marchó á dar su lección con el abogado en busca de pleitos, el gentleman quiso marcharse también; pero se oyó un ruido de cascabeles. Eran los de los caballos de Bacará que iba á las carreras de Vincennes y que daba un rodeo para ir á ver á su querido Armando que la tenía un poco abandonada.

—¡Mis Bacará!—exclama el inglés sir Guillermo. Contesta la joven que le conocía. Se ponen á hablar. Llega Cereza y después Tulipa, la propietaria, y ambas reconocieron en Bacará á una antigua compañera de taller.

Desesperada Bacará, se marcha á las carreras dejando una carta para Armando. El futuro de Cereza se presenta para pedir la mano de ésta, y aceptada la petición se marcha á comprar dulces y guantes.

En esto vuelve el abogado y anuncia á la señora Fipart, que su hijo ha robado y que si no se entregan seiscientos francos para acallar al querellante, meterán á Rocamboles en la cárcel y cuando vuelve Juan con los

guantes y los dulces, Cereza llora y le dice:
—No nos podemos casar, porque di mis ahorros para salvar á mi primo y no tengo dote.

Juan se echa á llorar,

—Y á mí también se me saltan las lágrimas,—dijo uno de los de la gorra verde.

—Pero Juan saca del bolsillo dos cartas que le ha entregado el portero,—siguió diciendo el Señorito—una de ellas es para el señor Armando y la otra para mamá Fipart. Esta es de Rocambole, que escribe á su madre diciéndola que se va á las Indias para rehabilitarse y tratar de hacer fortuna.

En la dirigida á Armando, le dicen á éste que si quiere ir á Marsella, encontrará á un amigo de su familia, al doctor Gordón, que le revelará su nombre y le pondrá en posesión de su fortuna.

Y mientras que el señor Armando da un grito de alegría, mamá Fipart exhala un quejido de dolor, y cae el telón.

—¿Y bien, qué os parece todo esto, Cientodieciséisiete?—dijo Milón.

—Que hay que ver la continuación—respondió con acento breve el taciturno presidiario.

En el mismo momento se oyeron los silbidos de los vigilantes. Habíase terminado la hora de la comida y del descanso, y sonaba para los forzados la de empezar el trabajo.

La chusma se puso en pié como un solo hombre y se oyó el siniestro ruido de los hierros de las cadenas al chocar sus eslabones.

—Como estoy enfermo,—dijo el Señorito—me vuelvo al hospital y mañana, si queréis, os contaré el segundo acto.

Y se marchó, mientras que el cansaneto (trabajo forzado) echaba su garra sobre la presa humana.

III.

Era de noche y la chusma dormía. Encadenados de dos en dos y tendidos unos en el camastro de madera y envueltos unos con sus mantas de crin vegetal, y echados otros, los aristócratas del presidio, en un gergón de dos pulgadas de grueso, habían recibido la orden de dormir y unos obedecían la consigna y otros hablaban en voz baja.

De un extremo á otro de la cadena no se oían más que murmullos, consignas y pro-

yectos de evasión; mas en el momento en que en la puerta de la cuadra se presentaba un vigilante, cesaban como por encanto todos los murmullos y reinaba un silencio de muerte. Al terminar el vigilante su ronda, empezaban los murmullos y las cadenas se entrecrocaban con lúgubre ruido.

Milón el gigante y su compañero de cadena no dormían, y daban muchas vueltas sobre el camastro (1).

El Cientodieciséisiete era un presidiario misterioso y taciturno que imponía á todos cierto respeto, y al que el hércules Milón, á pesar de su fuerza, obedecía, comprendiendo que tenía que habérselas con un hombre superior. No se había atrevido nunca á tutearle, y le daba pruebas de cierto respeto y deferencia.

Por lo general el Cientodieciséisiete dormía, y en el descanso del mediodía se tendía y cerraba los ojos, y por la noche se echaba en el camastro y no se le veía moverse hasta el día siguiente. Aquel hombre, del que todos temían que se evadiese, cosa que quizás no había pensado nunca, se refugiaba en el sueño como buscando en él un supremo consuelo. Aquella noche, sin embargo, estaba inquieto no haciendo más que volverse de uno á otro lado, y Milón, asombrado, no pudo por menos de decirle al cabo:

—¿Estáis malo, compañero?

—No,—respondió el Cientodieciséisiete—medito qué sucedió.

—¿De qué?

—De lo que ha contado el Señorito.

—Yo también,—dijo ingenuamente Milón,—y me acuerdo mucho porque creo que Rocambole ha existido.

—Lo crees así?—preguntó el Cientodieciséisiete.

—¡Me hallaba en París en la época en que se hablaba tanto de ese famoso Club de los Explotadores!

—¡Ahl! ¿De veras?

Y con voz tímida y acercándose hasta los labios al oído de su compañero de cadena, añadió Milón:

—Si me lo queréis permitir, hablaremos. Soy un bruto,—continuó el gigante,—no tengo inteligencia y sería capaz de atontar á un buey de un puñetazo; pero soy tan simple, que un niño se burlaría de mí. A esto se debe el que aquellos me hayan enviado á presidio.

—¿Quiénes son los aquellos?—preguntó el Cientodieciséisiete.

—Digo siempre que soy inocente, y por más que no me quieran creer, es la verdad,—respondió Milón—y creo que habría sido preferible que hubiese sido más granuja y menos honrado, porque de ese modo no robarían á las niñas. ¿No os aburro contándoos estas cosas, Cientodieciséisiete?

—No,—dijo éste,—continúa, porque tu historia me interesa. ¿Dices que eres inocente?

—Sí.

—¿Qué eras en el mundo?

—Criado, pero disfrutaba de toda la confianza de mi señora.

—¿Y de qué te acusaron?

—De un robo de alhajas.

—Pero ¿por qué?

—Porque me negué constantemente á decir en donde estaba el dinero de las niñas.

—¿De qué niñas hablas?

—De las de la señora á cuyo servicio estaba.

—¿De modo que fueron esas las que hicieron que te condenasen á presidio?

—¡Pobrecillas! ¡Cuánto las quiero! No, no fueron ellas. Habéis de saber que son dos gemelas, dos encantadoras criaturas que, si viven tendrán hoy unos dieciocho años y estarán, sin duda, reducidas á la miseria.

Callóse Milón y el Cientodieciséisiete pudo ver, al resplandor que proyectaba el rojo farol que alumbraba la cuadra número tres del presidio, que aquel se enjugaba una lágrima con el revés de la mano.

—Sigue,—dijo el Cientodieciséisiete.

—La señora,—continuó Milón,—se había casado, según decían, sin el consentimiento de su familia allá en su país, porque no era francesa. Tenía dos hermanos, dos miserables que habían tratado en varias ocasiones de hacer desaparecer á sus sobrinas. En cuanto al padre de éstas, hacía mucho tiempo que había muerto, y la pobre señora había quedado sin protector y no contando con más auxilio que el mío, que yo soy un bruto y me dejo engañar por todo el mundo. Era muy joven aún y hermosa; las niñas crecían á ojos vistos y con mucha frecuencia decía mi señora: «¡Ahl! En cuanto tengan quince años las casaré para que tengan un protector.»

Mi señora poseía una gran fortuna y vivíamos en un antiguo hotel del faubourg Saint-Germain. Todas las noches se cerraban

las puertas con mucho cuidado porque se tenía miedo de alguna catástrofe. La señora decíame continuamente: «¡Tengo miedo á mis hermanos!»

Una tarde las niñas estaban jugando en el jardín, que estaba rodeado de elevadas cañas, entre las que había una especie de fondecho cuya fachada daba á la calle de Beaumaine. De pronto, se oyó un disparo y silbó una bala. Las niñas quedaron como sobrecogidas, mas, por fortuna, la bala, que sin duda estaba destinada á ellas, pasó por cima de sus cabezas. Se dió aviso á la policía, que se puso en campaña, pero que no descubrió nada.

Otro día, una de ellas, Berta, tuvo fuertes vómitos y un cólico terrible después de almorzar, y el médico, al que se avisó apresuradamente, manifestó que se trataba de una tentativa de envenenamiento.

Comprendió entonces mi señora que lo que deseaban era quitar de enmedio á las niñas y las hizo desaparecer. Una noche y con el mayor secreto, las llevamos á un colegio en el que ingresaron con nombre supuesto y mi ama llevó la prudencia hasta el extremo de ocultar el suyo. Al regresar me dijo:

—Eres un hombre honrado, Milón, y sé que puedo contar contigo; sé también que mis hermanos, que intentaron asesinar á mis hijas, lo harán conmigo cualquier día, y por tanto es preciso asegurar el porvenir de esas pobres criaturas.

La escuché llorando y me entregó un cofrecito bastante voluminoso.

—He realizado la mitad de mi fortuna y aquí tengo un millón quinientos mil francos en oro y billetes de banco. Oculta ese dinero fuera de aquí, por supuesto, porque es la dote de mis hijas, y quiero quede asegurada si me sucede alguna desgracia.

—¿Y ocultaste ese dinero?—preguntó el Cientodieciséisiete.

—Sí, y nadie que no sea yo, podrá encontrarle.

—¡Ahl!—exclamó el Cientodieciséisiete quedándose pensativo.

Milón continuó:

—Por desgracia los presentimientos de mi señora eran muy fundados; algunos días después murió envenenada. Sus hermanos tuvieron el valor de presentarse á reclamar su fortuna. Las niñas habían nacido en el extranjero, y yo no tenía en mi poder ningún

documento que pudiese servirme para probar su legitimidad, ni me atrevía á revelar en dónde estaban por temor á que las sucediese alguna desgracia. Los hermanos de mi señora tomaron pacíficamente posesión de la herencia; pero como se figuraban que iban á encontrar mucho dinero y no hallaron ninguno, uno de ellos me dijo:

—Debes ser el depositario de alguna cantidad de mucha importancia. Dáosla y separárenos una parte para tí. Rehusé terminantemente, mas como soy tan bestia,—añadió cándidamente Milón,—confesé lo del depósito. Ocho días después, una mañana en que estaba durmiendo aún, llamaron á la puerta del cuarto de una casa de huéspedes á la que me había ido á vivir. Se presentaron dos agentes de policía que me iban á aprehender porque me acusaban de haber robado las alhajas de mi señora, y aquellos miserables lo habían combinado tan bien todo que, abierta una de mis maletas, encontraron en ella dos brazaletes y muchas sortijas de gran valor. Fué en vano que protestase de mi inocencia, pues me condenaron á diez años de cadena temporal con trabajos forzados por robo, con la agravante de abuso de confianza por estar á sueldo de la persona robada.

—¿Y no has vuelto á saber nada de las dos niñas?—preguntó el Cientodieciséte.

—No, pero confío en que esos miserables no habrán encontrado mis huellas.

—¿Y el dinero?

—Sé en dónde está.

—¿Quién sabe! Tal vez lo descubrieron los hermanos de tu señora.

—¡Ah! ¡No!—dijo Milón.—Es imposible.

—¿Y no trataste nunca de evadirte?

—Dos veces; mas me cogieron, porque como soy tan bestia...

—¡Pobre diablo!—murmuró el Cientodieciséte, sonriendo con indulgencia, y después acercando los labios al oído del coloso, le dijo:—Cuando quieras escaparte, pero de veras y con seguridad, yo te facilitaré los medios.

—¡Vos!—exclamó Milón.—Pero entonces...

—¿Te admira que no me aproveche yo para mí?—dijo el Cientodieciséte con melancólica sonrisa.

—Sí.

—¿Y para qué? Abí afuera, en el mundo, me aburriría soberanamente,—dijo el Cien-

todieciséte, y volviéndose de espaldas á Milón se durmió tranquilamente.

IV.

Al día siguiente, y á la hora del descanso del medio día, reuniéronse en la carena los oyentes aficionados á los relatos del Señorito, y éste fué el único que no acudió. Aquel hijo de familia gozaba de una porción de pequeñas prerrogativas é inmunidades dentro del presidio, y en ese día se quedó en la enfermería.

A pesar de esos privilegios, todos le querían mucho en el presidio, y no obstante, entre la chusma suelen existir terribles envidias y emulaciones, sobre todo entre los individuos condenados á cadena perpétua ó los que extinguen penas muy largas; pero el Señorito, cuyo verdadero nombre ignoraban todos y él ocultaba con infinitas precauciones, y que antes de que le pusiesen ese apodo respondía al número ochenta y siete, sabía captarse las simpatías de todos. Con mucha frecuencia daba unos cuantos sueldos á sus compañeros para que fuesen al puesto del *furgonero*, así llaman al cantinero en Tolón, á comprar aguardiente.

Además de esto, desde que él estaba en presidio, los *memorialistas*, esos escribientes públicos reclutados entre los reclusos, no tenían nada que hacer, porque el Señorito se encargaba gratis de la correspondencia de todos, redactaba instancias al comisario, cartas para el capellán y hacía circular con mucha habilidad y galantería un billete amoroso que el misterioso correo del presidio se encargaba de llevar á su destino, es decir, á la cárcel de mujeres de San Lázaro, de París.

El Señorito recibía todos los meses una pensión importante de su familia, y la gastaba de una manera régia, y tenía además, como se ha visto, el talento de saber narrar.

Los galeotes estaban reunidos en la carena á la sombra del casco del navío desguzado, casco que aquel día se convirtió en cobertizo porque caía un fuerte chaparrón. El Cientodieciséte no opuso ninguna dificultad y siguió á Milón, su compañero de cadena, y pudo oír decir al del gorro verde que gruñía malhumorado:

—Ya veréis como ese papagayo de Señorito no viene hoy.

—¡Ah!—exclamó otro presidiario cuya cabeza encanecida cubría también la gorra verde, ese *lasciati ogni speranza* del moderno infierno llamado presidio.—Me parecéis no sé qué todos los que estáis aquí, ¡os quejáis y vinisteis en coche á presidio!

—¿Y tú cómo viniste?—preguntó con curiosidad un joven.

—Pues con la cadena, y creo que soy el último de los que conocieron eso.

—Te equivocas,—respondió otro presidiario;—también yo vine con la cadena, y es más, en tiempos de Thierry.

—¿Quién es ese Thierry?—preguntó un novicio.

—Era el capitán de la cadena; un hombre honrado y tan bueno para todos nosotros, que esperábamos llegar al presidio para escaparnos, por temor á darle un disgusto.

—Sí,—dijo el más viejo de los presidiarios que habían alcanzado la cadena;—pero á tí no te marcaron.

—Es cierto.

Ese recuerdo de la *marca* hizo correr como un escalofrío por la piel de todos los que estaban allí y un joven marmuró:

—Debía ser un momento horroroso.

El veterano del presidio exhaló un profundo suspiro é inclinó tristemente la cabeza sobre el pecho.

—El día en que me abrasaron la piel con el hierro candente, fui el día en que morí.

—¡Vaya una bromal!—dijo un condenado escéptico.

Fijó el anciano en él una mirada centelleante y replicó:

—Sí, desde aquel día estoy muerto.

Y paseó su mirada triste y apagada por el grupo de réprobos que le rodeaba, y con un acento cuya ironía desesperada llegaba al alma:

—¡A! Suspiráis todos porque ese tipo, al que llamáis el Señorito, tarda en venir para contaros trozos de dramas del teatro, como decís; pues bien, si yo os contara mi historia, si os contase de qué manera me marcaron, ¡os estremeceríais!

—¿Quéntalol!—dijo uno, y el anciano replicó:

—Tengo sesenta y nueve años, y hace treinta y cuatro que estoy muerto y en presidio... es decir, que mi cuerpo está sin al-

ma y mi corazón sin esperanza... ¿Sabéis lo que era yo? Pues banquero, millonario, pertenecía además á una familia distinguida, y estaba casado con una mujer á la que idolatraba; la vida parecía ser para mí un sueño de perpetua felicidad.

No obstante, una pasión fatal, funesta, destruyó con todo eso en pocos años. Era jugador, y el juego ¡es el camino real que lleva á presidio! Ese camino empieza en los salones, sigue á través de las casas de juego y continúa en las chirlatas de los fulleros. A los dos lados de ese camino, siguen sin pararse, los demacrados espectros de la miseria y de la deshonra. De la opulencia á la deshonra, el camino es corto para un jugador que empieza por perder todo lo que le pertenece, luego cuanto le confiaron, y en seguida roba á su esposa, y luego á sus parientes y amigos. Parientes, amigos y esposa se callan; unos tienen lástima, y la otra oculta sus lágrimas.

Yo jugué y lo perdí todo; el pan de mi hijo, porque mi esposa estaba en cinta; las ropas de ésta y hasta el anillo que la diera al pié del altar. Una mañana en que no tenía ya nada que jugar, me tentó el demonio y llevé á cabo una falsificación: tenía amigos influyentes á los que inspiré compasión, y me salvaron obligándome á alejarme.

París me atraía, y volví ¿sabéis por qué? Después de haber sido falsificador fui monedero falso é hice billetes de banco falsos, y sin embargo, mi esposa no estaba enterada más que de una cosa, de mi ruina. Se había ido á vivir á casa de una parienta anciana que tenía una casita en los alrededores de París, y me creía en América trabajando para rehacer mi fortuna, y rogaba á Dios por mí.

El crimen no queda sin castigo, y el juego debía hacerme traición hasta el fin. En la mesa de la célebre casa de juego del número ciento trece del Palais Royal, me cogieron con las manos llenas de billetes de banco falsos. Me prendieron en el acto, y lo confesé todo. En aquella época, el falsificador estaba condenado á muerte, pero la clemencia régia conmutó mi pena, y me condenaron á cadena perpétua, á la *marca*, y á la argolla. Mi mujer, que lo ignoraba todo, iba á ser madre, es decir, á echar al mundo un pobre sér que debía entrar en la vida por la puerta de la miseria que le abría la deshonra!

Callóse un momento el anciano como si hubiese quedado anonadado bajo la pesadumbre de sus recuerdos, y su emoción habíase contagiado poco á poco á aquel auditorio de ladrones y asesinos. En aquel instante unos hombres heridos por la ley, arrojados para siempre del seno de la sociedad, suspendíase, por así decirlo, de los labios del narrador y parecían experimentar todas las torturas y todas las angustias por él sufridas.

—¡Oh! ¡No habéis visto morir! Levantaban el patíbulo y en éste un poste ó picota, al cual os ataban mientras que una argolla ó collar de hierro os obligaba á tener erguida la cabeza y mirar á la muchedumbre inmensa que iba á gozar con vuestra desdicha é ignominia. Al cabo de una hora se presentaba el verdugo y os colocaba delante un hornillo, en el que podíais ver como se iba poniendo poco á poco candente el hierro, bajo el que iba á humear vuestra carne.

Y mientras que yo, con alelada mirada contemplaba todos esos horrendos preparativos, la multitud aullaba y vociferaba llamándome banquero, y me preocupaban menos aquellas vociferaciones y el suplicio que iba á sufrir que el recuerdo de mi desgraciada esposa que, sin duda, á aquellas horas me creía libre y se consolaba con la esperanza de volverme á ver.

El verdugo se inclinó al fin, y en el momento en que cogía el hierro infamante caldando al rojo blanco para imprimirlo en mi espalda, callóse la muchedumbre, lo mismo que lo hace en el instante en que el condenado á muerte se tiende sobre la báscula fatal...

Y en aquel mismo momento, y del seno de aquella silenciosa multitud, salió un grito terrible, un grito al que respondí con el aullido de bestia fiera herida de muerte...

—¡Ah! ¡No fué, no, el dolor físico el que me arracó aquel grito; creo que ni siquiera sentí el hierro candente que abrasaba mis carnes... No, fué un grito de espanto y terror supremos, porque había visto que á diez pasos del patíbulo, se llevaban desmayada á una mujer y aquella mujer era mi esposa!

Y los presidiarios agrupados al rededor del anciano, vieron que éste inclinaba la cabeza, ocultándola entre las manos, y que, á través de sus dedos nerviosamente crispados, se escapaban dos lágrimas abrasadoras.

A las palabras del viejo, siguió un silencio temeroso y algunos le tendieron la mano.

—¡Ah!—exclamó con una carcajada de esas que hacen llorar.—¡No lo sabéis todol! Y con la mano secó las lágrimas que se desprendían una á una de sus ojos, y tan ardientes como las lágrimas del réprobo, y luego continuó:

V.

—No conocísteis la marca ni tampoco la pena de argolla, y entre todos vosotros, no hay más que uno que se acuerde de la cadena y de la siniestra operación que precedía al acto de ponerse en marcha, y á la que llamaban la *parada*. Os remachaban una argolla de hierro al cuello, y la remachaban de un mazo hacia la nuca con exposición de romperos la cabeza, y luego pasaban una cadena por la argolla y unía ésta á otras, formándose así á manera de una horrible trenza de hierro y carne humana, que no debía deshacerse hasta llegar al presidio. Cuando el tremendo cordón estaba preparado, giraban sobre sus goznes con siniestro y lúgubre chirrido las puertas de Bicetre, y de pronto, el populacho, que aguardaba ansiosamente, lanzaba un aullido, un clamor inmenso.

Los veteranos del crimen, los caballos de retorno (reincidentes) como les llamamos nosotros, entonaban entonces el canto de la marcha, una marsellesa de las tinieblas cuyo estribillo era: *¡La canalla no morirá!* mientras que los otros, los que por primera vez hacen el viaje, intentaban bajar la cabeza como si quisiesen ocultarse á todas las miradas.

¡Ah! Y habláis del verdugo que mata, del capataz que apalea, de los griletes que se clavan en nuestras carnes, y de nuestros sufrimientos y penalidades que se renuevan todos los días; pero los que no han salido de Bicetre con aquel rebaño humano, atraillados con la cadena y guiados por demonios, no han sufrido!

¡Si hubiésteis visto aquellas cien mil cabezas aulladoras, insultantes; aquellas cien mil cabezas de mujeres, hombres y niños que iban á insultar á los condenados, acompañándoles durante dos ó tres leguas con sus vociferaciones y sus amenazas! Allí, en aquella multitud, había de todo. Mujeres de mala

vida y hombres que vivían á su costa; gentes que llevaban restos de fracs ó de levitas y no tenían calzado; chiquillos medio desnudos y viejos de cabello blanco manchados por la orgía, y algunos honrados trabajadores, que ignoraban que la vista del crimen trae desgracia. Y cuando entre los condenados vulgares había un gran culpable arrancado á las altas clases de la sociedad, un médico, un notario, un abogado, un banquero, entonces redoblaban las vociferaciones. «¿En dónde está? ¿En dónde está?» Yo había sido banquero, y cuando se abrieron las puertas de Bicetre, delante de mí un regimiento formaba la carrera y era impotente para contener á la multitud ávida y furiosa. El convoy de que yo formaba parte no iba á Brest, sino á Tolón, y pasaba por el camino de Fontainebleau, y cruzaba por la aldea de Choisy-le-Roi; y ¿sabéis lo que era esa aldea para mí? Era en la que había yo ocultado á mi mujer.

Sucedía esto en verano, en el mes de Agosto, y la cadena se había puesto en marcha á las cuatro de la madrugada, siendo las seis cuando entramos en Choisy-le-Roi. «¡Alto! gritó el capitán de pronto, y ordenó silencio, cesando en el acto las canciones obscenas, al mismo tiempo que muchos de nosotros nos descubrimos. La cadena se había cruzado con un entierro, en el que iban, llevados á hombros, dos ataúdes á los que seguía un grupo compacto y triste, mientras que la campana de la iglesia de la aldea tañía lúgubramente.

De los dos ataúdes, uno estaba cubierto con un paño negro, y el otro con uno blanco. Eran los de un cuerpo grande y de un niño. Detrás del primero iba sollozando una mujer á la que reconocí en seguida; era la anciana parienta á cuyos cuidados confiara mi esposa, y entonces lo comprendí todo. Mientras que yo iba á presidio llevaban al cementerio á mi mujer y á mi hijo, al que ni siquiera había conocido.

Y al decir esto, el anciano presidiario echóse á llorar otra vez, y ni uno solo de los que le rodeaban se atrevió á interrumpir el desahogo de su dolor. Se acercó un vigilante al grupo y, cosa extraordinaria, era un hombre de corazón compasivo, y cogió al anciano del brazo, diciéndole:

—¡Vamos! Calmaos, viejo; no lloréis tanto que ya estáis al final y pronto os reunireis

con ellos,—y se lo llevó lejos de los otros presidiarios porque hacía mucho tiempo que el anciano estaba sin pareja.

—Se me oprimió el corazón oyendo contar la historia de ese viejo,—dijo el Parisiense.—Lo que si ahora viniera el Señorito, haría fiasco, como se dice en el lenguaje del teatro.

—¡Ah! ¿Lo creéis así?—preguntó el Cientodiecisiete que no había abierto la boca.

—Sí, pardiéz,—respondió el Parisiense.—Las invenciones de los que escriben dramas, no llegarán jamás ni al tobillo de los dramas de la vida real, y lo que nos contaba ayer el Señorito, no es ni más ni menos que una obra de imaginación... *Rocambole*, drama en cinco actos, ahí tenéis la prueba.

—Tienes razón,—respondió el Cientodiecisiete,—pero dime, ¿acaso no han hecho un drama con las hazañas de Cartouche?

—Sí.

—¿Y con las de Mandrin? (1)

—También es cierto.

—Y ambos han existido.

—Pero ¿Rocambole?

—Vivió como los otros; le he conocido.

—¿Y sabes su historia?

—Sí,—respondió el Cientodiecisiete que, sonriendo, añadió:—No esa historia arreglada para el teatro, sino la verdadera.

—Cuéntala entonces,—dijo uno de la gorra verde.

—Es muy posible que lo haga un día que esté de buen humor.

—Pero, en fin, ¿quién era Rocambole?

—Pues un pilluelo de París que, conforme os dijo el Señorito, logró encarnarse dentro de la piel de un marqués que regresaba de la India.

—¿Y era rico el marqués?

—Poseía muchos millones.

—¿Y consiguió Rocambole pasar por él?

—Durante tres años.

—Entonces quiere decirse que el marqués estaría muerto.

—No, vivo y muy vivo.

—¿No tenía amigos, parientes?

—Tenía una hermana y una madre.

—¿Y esa madre?

—Se equivocó y quiso á Rocambole.

—¿Y la hermana?

Bandidos célebres.

El Cientodieciséte, se estremeció al oír esta pregunta.

—La hermana,—dijo,—quiso á Rocambole lo mismo que habría querido á su propio hermano, y Rocambole, correspondió á ese cariño.

—¿Con amor?

—No, queriéndola como una verdadera hermana.

Una nube empañó la frente del presidiario.

—Pero ¿en qué puede interesaros todo eso?—preguntó.

—Queremos saber,—dijo Milón.

El Cientodieciséte se encogió de hombros.

—No tengo ganas de contarle ahora,—dijo.

—Pero, sepamos,—dijo el de la gorra verde:—¿Está muerto ó vivo Rocambole?

—No lo sé,—respondió el Cientodieciséte y miró á Milón con un aire que quería decir:—Estas gentes me aburren con sus preguntas, vámonos de aquí.

Milón se puso en pie diciendo:—¿Queréis que nos paseemos, compañero?

—Vamos,—contestó el Cientodieciséte, y ambos se alejaron de la carena.

—A mí me diréis eso ¿no es verdad?—preguntó Milón.

—¿El qué es eso?

—La historia de Rocambole.

—Sí,—respondió el presidiario, y volvió á encerrarse en su huracán mutismo.

Paseáronse durante un cuarto de hora, y luego fatalmente, como arrastrados por irresistible impulso, volvieron á la carena. El de la gorra verde, el que además del otro presidiario viejo, era el único que había alcanzado los tiempos de la cadena de la conducción, era el que hablaba.

—En cuanto á mí,—decía en aquel momento,—ya creo haberlo dicho; sólo he tenido cariño en este mundo á dos seres, á un caballo y á un perro. El caballo se murió y derramé lágrimas por él; el perro también. ¡Ah! No fueron lágrimas lo que derramé por este último, sino sangre,—dijo, y dirigió á su alrededor una mirada hurafía.—Si supiérais esa historia, quizás os causaría tanto efecto como la del capitán...—y como observase que le miraban con curiosidad, añadió:—Mirad, va para veinte años que estoy aquí y hace diez que me anima una esperanza,

la de que el verdugo de mi perro, morirá á mis manos.

—¿Quién lo mató?

—Un vigilante.

—Entonces si no te repugnaba convertirte en canónigo de la Abadía del Monte de la Pena, (guillotina); ¿por qué no le distes su merecido?—preguntó el parisién.

—Porque no está aquí. Le enviaron á Brest cuando supieron que yo quería matarle.

—Sí, pero el caso es que suprimieron el presidio de Brest.

—Ya lo sé.

—Y esas gentes le toman tanto cariño al oficio que es muy capaz de volver aquí.

—Con eso precisamente es con lo que cuento,—dijo friamente el condenado á cadena perpétua.

—¿Queréis contar la historia del perro?—dijo con cierta ironía el Parisién.

—Ya puedes burlarte si quieres,—contestó el de la gorra verde;—pero yo te aseguro que dentro de un momento llorarás.

—¿Que cuente esa historial ¿que la cuente?—gritaron los presidiarios.

—Allá voy,—dijo el de la gorra verde.

VI.

Yo era en tiempos cochero,—empezó diciendo,—pero de los alquilones, y lo que es más, cochero libre, no matriculado: ¿Sabéis lo que es un cochero libre no matriculado? Pues un hombre mal vestido y peor calzado, que tiene mal aspecto y guía un coche desvencijado, roto y sucio, tirado por un penco flaco y huesoso. No tienen mal fondo, pero son muy camorristas, borrachos y no hacen más que beber vino blanco y aguardiente de patata, lo que les hace muchas veces insultar á la parroquia y contribuye á que tengan muy mala fama.

De la parroquia que tienen, puede decirse que es aún peor que el cochero, pues paga mal, devuelve con creces los insultos que se la prodigan, y cuando se la piden cinco sueldos de propina, después de una carrera de muchas horas á través del barro y bajo la lluvia, os amenaza.

En cuanto á mí, confieso que tenía mala cabeza, pero la de mi mujer era aún peor. Cuando yo estaba bebido, nos pegábamos, y si no hubiese tenido mi perro para consolar-

me, creo que en algunos momentos me matara; ¡pero si supiérais qué alhaja era aquel perro! Era un ratonero pequenito, todo él blanco y muy inteligente. Ni un momento abandonaba la cuadra, y pobre del que se acercase á ella. Con mucha frecuencia regañaba con mi mujer porque le pegaba; pero si el perro recibía un puntapié, mi mujer podía contar con tres.

Lo mismo que á mí, la gustaba tomar una gotita de lo fino por la mañana, á mediodía y por la noche, sin hablar de las demás horas, de manera que cuando yo volvía, era aquello un diluvio de golpes é improperios. Ella me arañaba, yo le echaba las manos al cuello; una madrugada apreté más que de costumbre, y cayó. Me figuré que estaba borracha; pero para decir la verdadera verdad, no debía volverse á emborrachar más.... ¡Estaba muerta!

Al día siguiente, me prendieron y me metieron en la cárcel, y luego comparecí ante la Sala, y allí hubo quien hizo discursos en contra mía y á mi favor. Había un curioso que hablaba mucho, (el fiscal), que quería á todo trance que me segasen la cabeza, (guillotinasen), pero no consiguió convencer á los demás, y me echaron á presidio; todo, sin embargo, me importaba muy poco, y no me acordaba más que del pobre Toby, al que no había vuelto á ver desde que me encerraron en la cárcel. Se trataba de mi perro, por el que estaba muy inquieto; no obstante, me consolaba una cosa y era que Montmartre, en donde yo había tenido la cochera, la gente conocía y quería á Toby, y me figuraba que alguien lo habría recogido y dádole de comer.

Pero hé aquí que en el momento en que me hacían salir de la sala del tribunal para llevarme otra vez á la prisión, y cuando seguía mi camino entre los dos gendarmes y eunapillado, lancé un grito y reconocí á mi perro que se arrojó sobre mí acariciándome, lamiéndome las manos y haciéndome tantas fiestas, que me eché á llorar. Los gendarmes quisieron echarlo, pero me siguió á pesar de todo, y así llegamos á la puerta de la cárcel. El portero de ésta, era un buen hombre que tenía buenas entrañas, y dejó entrar el perro y lo guardó en su casa. Me hablaba en Biceire, y esperaba con los demás el día en que nos habían de poner las cadenas para emprender la marcha á Tolón, y todos los

días, durante una hora, veía á mi perro en el patio, bastándome esto para considerarme feliz. No tenía miedo más que á una cosa, á que al ir á presidio tuviese que separarme de él.

Llegó, al fin, ese día, y el capitán de la cadena que me vió llorar sin consuelo al tiempo que me remachaban los hierros, me preguntó:

—¿Tanto miedo te da el presidio?

—No lloro por mí, sino por otra cosa, señor,—le respondí.

—¿Por qué lloras entonces?

—Por mi perro—dije sollozando.

Ya os he dicho muchas veces que el capitán Thierry era un buen hombre, y que hacía por nosotros todo aquello que le permitía su deber.

—Pues bien, no te apures; vendrá con nosotros hasta Tolón, si quiere seguir la cadena, y cuando llegemos ya se verá lo que se hace.

Lo que dijo se hizo; el perro siguió á la cadena, y cuando estaba muy cansado, el buen Thierry lo subía á su ecchecillo, y mientras duró el viaje le dió además de comer. Habría yo querido ser el buen Dios para recompensar al excelente capitán.

De este modo llegamos á Tolón; en el presidio no querían perros, mas accediendo á los ruegos de Thierry, se encargó del mío un cantinero de las cercanías del Arsenal, y todas las mañanas cuando la chusma salía para ir al trabajo, bien fuese al Mourillon, ora al fuerte de Lamalgue, me encontraba al perro á la puerta, y el animalito acudía corriendo á lamerme las manos. Algunas veces, cuando estaba de guardia uno de esos ayudantes que tienen buen corazón, permitía que me acompañase al trabajo. Toby conocía ya la consigna y me acompañaba hasta la puerta del Arsenal, y después de lamerme las manos, se volvía tristemente á casa del cantinero, para presentarse al día siguiente en el mismo puesto. Esto duró dos años; y cuando tenía á mi lado al perro no bebía aguardiente; era un buen hombre y me consideraban como un buen presidiario. Trabajaba como un caballo, no desobedecía jamás, y todo marchaba á pedir de boca, no habiéndome nunca castigado por nada. Había entonces aquí un vigilante que me tomó cariño y contó la historia del perro al señor Rignault, el comisario, un buen hombre y

justo como pocos. El comisario se encariñó con el perro, se lo llevó a su casa, y así podía yo ver al pobre Toby, que por las noches dormía en la cuadra sobre paja fresca, y acordándome de él, no me parecía tan dura la madera de mi camastro.

Pero, y esto no falla, la buena suerte no dura siempre. Al cabo de seis meses cambié de pareja, y me encadenaron con uno que tenía muy mala cabeza, y al que con frecuencia había que darle algunos palos. Un día que estábamos trabajando, respondió de mala manera al vigilante, y éste levantó en alto el garrote en ocasión en que mi perro se hallaba a dos pasos de nosotros. Creyó que me iban a pegar y se arrojó sobre el vigilante, mordeándole.

Desde aquel momento empezó el infierno para mí, porque el vigilante nos tomó tirria al perro y a mí. Toby recibía a cada momento palos y puntapiés, y a mí me castigaban a cada momento sin haber cometido más delito que decir al ayudante que me iba a quejar al comisario.

—¡Qué canalla era aquel ayudante!—murmuró el presidiario.—Habríame dejado guillotinar a gusto y riendo si hubiese podido quitarle de enmedio. . . . porque, para que lo sepáis, me mató al perro, y sabéis cómo? Entre nosotros no hay ningún santo, pero estoy seguro de que a ninguno se le ocurriera lo que a aquel infame. . . . Una mañana noté que el perro estaba triste, que no quería comer y que no hacía más que beber; tanto bebió durante el día, que se habría dicho que tenía carbones encendidos en la tripa. Al día siguiente, amaneció completamente hinchado y no quiso comer nada, y al otro día se murió. ¡Le habían dado entre la comida pedacitos de esponja frita! La esponja se hinchó y le ahogó.

Al ver que yo lloraba al lado de mi perro, el vigilante, que se llamaba Massolet, se echó a reír, y por la noche contó la cosa a sus compañeros.

Al día siguiente, y cuando íbamos al trabajo, cogí mi cadena con las dos manos y quise matarle con ella, pero acudieron a tiempo para salvarle, y hubiera yo pasado un mal rato, a no estar muy enterado el comisario de la verdad. Salí del paso con una condena de tres años de doble cadena, y no me debo quejar, porque con arreglo al reglamento del presidio, podían haberme cor-

tado la cabeza. El comisario despidió a Massolet, pero le volvieron a colocar y averigué que estaba en Brest. Entonces hice cuanto pude para que me enviaran a aquel presidio; pero tuvieron miedo y me dejaron aquí, y si llega a venir algún día. . . .

La llegada de un nuevo personaje interrumpió al presidiario, cuyo relato habían escuchado todos con religioso silencio.

El recién llegado era el narrador retrasado, es decir, el Señorito.

—¡Ya estás aquí!—dijo Milón.—No eres puntual, y ahora maldita la falta que nos haces, porque podemos pasarnos sin ti.

—Vamos, voy a principiar,—contestó el Señorito.—*Rocambole*, acto primero, escena primera.

—Véte a paseo,—dijo Milón,—pues no te necesitamos para saber la historia de *Rocambole*.

—¿Os la contaron?

—No, nos dijeron dos palabras acerca de ella, y más adelante nos la contarán con todos sus detalles.

—¿Quién?—preguntó el Señorito con un tono lleno de ironía y desdén.

—Yo,—respondió el Cientodieciséis y miró fijamente al joven, que se estremeció al sentir aquella mirada clara y penetrante, y experimentó de pronto una fascinación extraña y misteriosa.

Púsose en pie el Cientodieciséis, y acercándose al Señorito le dijo:

—No te he pedido nunca nada que no es verdad?

—Sí, es cierto.

—¿Quieres prestarme un servicio?

—¿Y cómo no hacerlo?—dijo sintiéndose muy alagado en su orgullo el Señorito.

—Ven conmigo y hablaremos,—dijo el Cientodieciséis y se llevó al otro fuera de la carena, siguiéndoles Milón levantando el extremo de la cadena.—Creo, amiguito,—añadió el Cientodieciséis,—que vas todas las noches al hotel de Francia a visitar a esa dama de que tanto hablan.

—Sí.

—¿Es mujer inteligente?

—Ya lo creo, compañero,—dijo el Señorito con orgullo.

—Quisiera darle un encargo para París.

—En ese caso dádmelo.

—No, porque prefiero llevarse lo yo mismo.

El Señorito abrió desmesuradamente los ojos:—Pero ¿en dónde la veréis?—preguntó.

—Pues en su cuarto, en el hotel de Francia.

—No es posible que podáis salir de aquí.

—Eso es lo que no te importa,—replicó el Cientodieciséis con acento frío.—¿La verás hoy?

—Sí.

—Está bien: entonces anúnciale mi visita,—dijo con mucha tranquilidad el Cientodieciséis, y el Señorito le miró creyendo que se había vuelto loco.

VII.

Después de haber pasado por la cuadra ó dormitorio la primera ronda de la vigilancia de la noche, y cuando Milón y el Cientodieciséis estaban tendidos sobre su lecho de miseria,—dijo el primero al segundo:

—¿Sabéis que disteis un bromazo al Señorito, compañero?

—¿Qué quieres decir?

—Que os burlásteis de él.

—¿Se puede saber en qué ó cómo?

—¿No le dijisteis que a las once iríais a cenar con la señora que vive en el hotel de Francia?

—Sí, ¿y qué?

—Pues ¿qué diantre! que la cosa no me parece tan fácil,—dijo Milón.

—¿A callar! Deja que vuelvan a pasar los vigilantes y ya verás.

En aquellos momentos un vigilante y un obrero estaban haciendo la requisa de las cadenas. El herrero llevaba en la mano un martillo con el que golpeaba las cadenas en distintos sitios para asegurarse de que no habían limado ningún eslabón. Cuando el herrero llegó al lado del Cientodieciséis, este miró al ayudante y le dijo:

—Bien sabéis que no pienso escaparme, de manera que ya podéis dejarme dormir y quitar de ahí vuestro farol que me hace daño a los ojos.

Al mismo tiempo cambió una rápida mirada con el herrero, que era lo que llamaban un trabajador libre del puerto. Después de esto se echó y cerró los ojos.

—Se necesita más de un día para limar una cadena—dijo Milón cuando se alejó la requisa—y para hacerlo, hay que disponer

de una buena lima de esas que se fabrican con un resorte de reloj.

—¿Qué hora es?—preguntó el Cientodieciséis.

—Acaban de dar las nueve en el Arsenal.

—Entonces, déjame dormir una hora.

—¿Y después?

—Me despertarás, pues necesito una hora para hacer mi trabajo.

—A fé de Milón que me cuelgues, si comprendo una palabra de cuanto me decís, compañero.

—Oyeme, eres el único compañero con el que me avengo,—dijo el Cientodieciséis,—y puesto que tienes ganas de evadite, nos largaremos juntos.

—¿De veras?—preguntó muy alegre Milón.

—Sí, volveremos juntos a la sociedad, pero ha de ser con dos condiciones.

—¡Ah! Decid. . . .

—Ante todo la de que no nos separemos.

—¿Me ayudaréis a encontrar a mis pobres niñas?

—Sí.

—¿Y a hacer que las devuelvan su fortuna?

—Sí.

—Está bien; no nos separaremos nunca más. ¿Cuál es la otra condición?

—No te incomodes,—dijo bondadosamente el Cientodieciséis,—pero no eres muy inteligente; conven en ello.

—Soy un bruto—respondió con mucha humildad el coloso.

—Entonces, ya que lo confiesas, te contentarás con ser el brazo que ejecuta y yo seré la cabeza que ordena.

—Sí, os lo prometo.

—Escúchame; no miento jamás.

—O, creo.

—Te dije que esta noche iría al hotel de Francia y que saldría del presidio con tanta libertad, como si fuese el comisario en persona. Pues bien, lo haré.

—Pero ¿de veras?—preguntó Milón asombrado.

—¡Silencio! Se acerca un vigilante.

El vigilante y el herrero habían terminado la requisa y volvían a pasar por delante del camastro en que estaban echados y encadenados el Cientodieciséis y Milón.

—Dispensadme la molestia, señor vigilante,—dijo el Cientodieciséiete—pero ¿queréis decirme qué hora es?

—Las nueve,—respondió el vigilante.

—¡Calla!—exclamó el Cientodieciséiete mirando segunda vez al herrero, con el cual cambiara antes un signo de inteligencia.—¡Y yo que creía que eran las diez!

Y el vigilante siguió su camino sin hacer el menor caso de la observación del presidiario; pero para Milón no pasó desapercibida la mirada cambiada entre el herrero y su compañero de cadena, y cuando quedaron envueltos en la semi-claridad producida por los lejanos reflejos del farol que iluminaba la cuadra de una manera imperfecta y con una luz rojiza é indecisa, dijo el coloso al Cientodieciséiete:

—Creo, compañero, que sabiais perfectamente la hora que era.

—Sí, pero tenía necesidad de prevenir á mi hombre.

—¿A quién?

—Al herrero, al que miré.

—¡Ah!—exclamó Milón.—No comprendo nada.

—¿Sabéis cuánto tiempo hace que estoy aquí?

—No.

—Pues hace diez años, y el mismo día que ingresé se presentó en el Arsenal un obrero diciendo que era herrero, y pidiendo trabajo. Era muy hábil, y en poco tiempo se hizo una verdadera reputación, pues no hay nadie como él para saber con un solo martillazo, si una cadena está ó no intacta; así que ha prestado grandes servicios y evitado muchas evasiones. ¿Y sabes por qué lo ha hecho?

—No.

—Pues, por mí, que soy su verdadero amo.

—¿Es posible?

—Y espera pacientemente á que tenga necesidad de sus servicios.

—De modo, ¿qué ese hombre os es muy adicto?

—Sí, hasta la muerte. Las palabras *las diez* no eran ni más ni menos que una contraseña.

—Pero, ¿qué clase de hombre sois?—preguntó el coloso con inocente admiración.

—Más adelante te lo diré,—contestó el

Cientodieciséiete que, contra su costumbre, se movía algo en el camastro.

—¿Qué estáis haciendo?—preguntó Milón.

—Estoy soltando los grilletes.

—¡Que soltáis los grilletes!—exclamó admirado Milón.

—Sí,—respondió el Cientodieciséiete.—Los tuyos están remachados y habrá que limarlos; pero los míos....

—¿Qué tienen?

—Que están sujetos por un remache aparente. Mira:—y Milón oyó el ruido que hacía la pierna de su compañero moviéndose con entera libertad y desprendida de la cadena que los sujetaba á los dos.—Ahora,—añadió,—en cuanto tenga todo lo que necesito, me marcharé.

—Pero, ¿volveréis?—preguntó Milón muy inquieto.

—Sí, porque el día de nuestra evasión, está aún muy lejano.

—¡Ah!—exclamó Milón.

—Y antes de que salgamos del presidio, es necesario que sepamos á dónde vamos,—siguió diciendo el Cientodieciséiete.

—¡A París! ¡Pardiez!—dijo Milón.

—Sin duda; mas ten presente que si rompo mi cadena, no es para que dentro de poco vuelvan á remachármela. Quiero prevenir á mis amigos de París; pero que esto, amigo mío, no te asuste, porque dentro de ocho días ya no estaremos aquí.

Milón se raseó la oreja, diciendo:—Escuchad, hay una cosa que hace que me devano los sesos.

—¿Cuál es?

—Que á veces, en medio de la noche, se le antoja al comisario dar una vuelta por aquí.

—¿Y qué?

—Que nada más sencillo que el enterarse de vuestra fuga.

—Te equivocas, amigo mío.

—Sin embargo, como yo estaré solo en el camastro.

—No, no estarás solo.

—A fe mía, confieso que yo, que no creí nunca en el diablo, empleo á creer en él.

El Cientodieciséiete echóse á reír y respondió:—No has visto nada aún. Ahora, te repito que me dejes dormir una hora. Tengo que vestirme luego y necesito bastante tiempo

para ir desde el Arsenal al hotel de Francia.

Y volvió á encerrarse en su mutismo.

En el momento en que daban las diez, oyó Milón, que no había podido conciliar el sueño, un ligero ruido, y sin embargo, la chusma dormía. Los murmullos, las quejas y las blasfemias, habían ido acabando una á una y la legión de réprobos habíase quedado silenciosa.

Milón vió á un hombre, una sombra mejor dicho, que se acercaba silenciosamente al camastro: era el herrero libre, que parecía estar en connivencia con el Cientodieciséiete. El coloso tocó ligeramente en el hombro á su compañero de cadena.

—Ya lo sé,—respondió el Cientodieciséiete, que se sentó.

El herrero estaba á su lado:—Aquí estoy, amo,—dijo.

—Está bien,—contestó el Cientodieciséiete,—desnúdate, ¿tienes estuche?

—Sí, amo.

El estuche es un tubito de hojalata que poseen algunos reclusos, ó al menos aquellos que no se resignan con su suerte, y no quieren esperar á extinguir la condena.

¿En dónde lo ocultan? ¿Cómo consiguen sustraerlo á las miradas vigilantes de los encargados del presidio? Hé ahí lo que es y será siempre un misterio.

Ese estuche suele contener una barba postiza ó un bigote, y sobre todo, una peluca destinada á ocultar la afeitada cabeza del presidiario.

El herrero se desnudó en un abrir y cerrar de ojos.

—Amo,—dijo en voz baja,—el oficio de herrero me gusta muy poco, y va para diez años que lo desempeño porque me lo mandasteis, esperando una nueva orden que no me dáis, ¿es que ahora vais realmente á largaros de aquí?

—No, aún no, pero no tardaré mucho en hacerlo.

Sin dejar de hablar, púsose el Cientodieciséiete el traje del herrero; una blusa oscura y un ancho pantalón de lienzo, y pegó sobre sus mejillas un par de patillas negras, en un todo iguales á las del herrero, y cuando cubrió la cabeza con el gorro de lana, la ilusión fué completa.

Al mismo tiempo el herrero se puso el pantalón amarillento y la blusa roja, y luego se

coló la gorrilla redonda hasta los ojos, y por medio del remache hueco, sujetó el grillete al tobillo. Cuando estuvo hecho todo esto, se tendió sobre el camastro de cara al jergón, y Milón, para el que no pasó desapercibido ningún detalle de la doble operación, habría podido jurar que era el Cientodieciséiete el que dormía á su lado.

El Cientodieciséiete se inclinó sobre el sustituto de presidiario, y le preguntó:—¿Qué hay que decir en la puerta?

—Que no encontrásteis el martillo.

El Cientodieciséiete dió un apretón de mano á Milón, y se alejó con paso seguro hacia la puerta de la cuadra número tres. En la puerta estaba de guardia un vigilante.

VIII.

El ayudante por delante del cual tenía que pasar el fingido herrero, era uno de los más tembles del presidio, por su penetración. Desde que formaba parte de la administración, las evasiones se consideraban casi imposibles.

Se llamaba Turpín.

Turpín conocía á los presidiarios bajo todos los disfraces, se hubiese dicho que, como los perros de casa, los conocía por el olfato.

Al verle á diez pasos de distancia, murmuró el Cientodieciséiete:

—¡Y ese imbécil de Cocorico que no me avisó que estaba de guardia Turpín.

Cocorico se llamaba el herrero que había ocupado en el camastro el lugar de el Cientodieciséiete, pero se había encarrado tan maravillosamente en su papel, que Turpín, que acababa de ver pasar á Cocorico, no concibió la menor sospecha.

El herrero á quien el Cientodieciséiete dió el nombre de Cocorico, nombre de guerra sin duda, se llamaba para la dirección del que le empleaba en remachar los grilletes, Noel Durand.

—Y bien, Noel,—le dijo Turpín,—¿encontraste el martillo?

—No,—contestó el Cientodieciséiete, y en vez de salir rápidamente, se detuvo luego á poca distancia del ayudante.—Juraría que le he dejado en la cuadra. ¿Se habrá apoderado de él algún presidiario?

—Tranquilízate,—contestó Turpín;—si al

gano se apoderó de él, yo te respondo que no le utilizaré esta noche; tengo buen ojo.

—Y buen pie—contestó Cientodieciséiete sonriéndose.—Dadme un poivo, vigilante.

Tarpin le presentó su caja, en la que el presidiario separtó sus dedos, se los llevó lentamente á la nariz, y dando gracias, echó á andar.

—¡Oh! Noel,—exclamó Tarpin.

Cientodieciséiete se volvió.

—¿A qué hora vendrás mañana?

—A las siete estaré en la fragua.

—¿Quieres traerme un poco de tabaco de cuerda?

—Sí, señor. ¿Cuánto queréis?

—Medio kilo.

—Está bien. Buenas noches.

—Buenas noches—contestó Tarpin.

Cientodieciséiete salió del presidio sin tropiezo con un nuevo obstáculo. Atravesó el Arsenal y llegó á la garita del portero que tenía la consigna.

El verdadero Noel había previsto una porción de cosas, y en los bolsillos de su blusa, encontró Cientodieciséiete una pipa y tabaco.

Cargó la pipa, y al llegar á la garita, pidió fuego al portero.

El portero estaba de mal humor.

—Sigue tu camino, cabeza de yunque—le dijo.

—Como queráis, camarada—replicó Cientodieciséiete.

Y salió del Arsenal con la misma frescura y paso tranquilo con que lo hubiera hecho el verdadero Noel.

Un cuarto de hora después llegó á la ciudad y se internó en el dedalo de sus angostas y tortuosas callejuelas.

Al llegar delante de una tienda que estaba cerrada, pero á través de cuyas ventanas se dejaba ver un rayo de luz, se detuvo y llamó quedamente.

—¿Quién anda ahí?—preguntó una voz desde el interior.

—Noel—contestó Cientodieciséiete.

Se oyeron pasos detrás de la puerta, pero éstos se detuvieron, y la misma voz dijo:

—¿No tenéis otro nombre?

—Cocorido—contestó el presidiario.

En seguida se abrió la puerta y Cientodieciséiete se halló en el dintel de una tienda de ropavejero, y al verle la vieja que abrió la puerta, retrocedió asombrada.

—¿No sois Noel?—exclamó.

—No, pero soy el que esperáis.

Un hombre apareció en el fondo de la tienda.

—¡Es el amo!—dijo.

Luego que hubo cerrado Cientodieciséiete la vieja cerró la puerta con precaución.

—¿Cuánto tiempo hace que os esperábamos!—dijo.

—¿De veras? Pues no vengo aún para quedarme.

—¿No vais á escaparos.

—No.

El hombre y la vieja se miraron con pena y el Cientodieciséiete, con una sonrisa tristemente irónica, añadió:—¿Qué queréis! Me divierte en presidio.

—De gustos no hay nada escrito—murmuró la vieja.

—Pero me escaparé pronto. Vengo preparado para todo.

—Gracias á Dios!—exclamó la vieja con mucha alegría:—¡No ya es hablar!

El hombre, que parecía ser su hijo y tenía el aspecto vulgar de un ropavejero, contemplaba con sencilla admiración al Cientodieciséiete.

—Amigos míos—replicó el presidiario,—necesito para estos días un ayuda de cámara de buen aspecto.

—Yo no tendría inconveniente en serlo—contestó el ropavejero.

—Veremos.

—¿No queréis tomar nada?—dijo la vieja con cariñosa solicitud.—Una pechuga de ave, un vaso de vino añejo.

—Gracias, voy á cenar.

—¿En dónde?

—En el hotel de Francia y con una mujer bonita—dijo el presidiario.

—No me maravilla,—contestó la vieja,—porque también sois un buen mozo.

El Cientodieciséiete miró la hora que era en el reloj de plata de Noel.

—Las diez y media—dijo.—El hotel de Francia está cerca, pero tengo que vestirme y por principio el no hacer esperar á las mujeres.

—Noel trajo un baúl lleno de cosas para vuestro uso,—dijo el ropavejero.

—¿Dónde está?

—Arriba, en vuestra habitación.

—Conducidme á ella.

El prendero encendió una vela y luego

abrió una puerta que ocultaba una escalera.

—Por aquí—dijo.

El Cientodieciséiete se dejó conducir al primer piso de la casa, y el prendero le introdujo en una habitación reducida, pero amueblada con decencia y que se parecía á la de una fonda de segundo orden.

—Ahora, dejadme solo diez minutos—dijo el Cientodieciséiete, y mientras que el joven se retiraba, abrió una maleta semejante á la de un viajante ó comisionista.

El prendero obedeció y volvió al lado de su madre.

El ropavejero se reunió con su madre que le dijo:

—Ya hacía bien yo al asegurar que el amo se cansaría al cabo de las habas y del pan moreno del comisario.

—Y cuando pienso que hace diez años que está ahí,—murmuró el ropavejero.

—Y la verdad es que podría haberse marchado, porque un hombre como él, se burla de los vigilantes cuando quiere,—dijo la vieja.

—Es verdad.

—Francamente, á mí me ha costado trabajo reconocerle.

—¿Qué diantre! Como que eso precisamente es su fuerza. El día que se le antoje, se parecerá al almirante prefecto marítimo. ¡Qué hombre!—murmuró el trapero con un acento ingenuo y lleno de admiración.—Según varía de traje, varía de fisonomía. Yo tengo para mí que el día menos pensado se transforma en millonario y en marqués, ó en lo que quiera.

—Lo que yo no puedo comprender,—replicó la vieja,—es por qué ha permanecido diez años en el presidio.

—A mí se me figura algo.

—Habla.

—El amo debe tener un gran pesar.

—¿De amor?

—No, pero sí de corazón; de todos modos quiso mucho á una mujer que pasaba por su hermana, y á quien llegó á considerar como tal.

—¡Ah! Sí, ya sé.

—Pues bien; el temor de encontrarla en París, tal vez le habrá hecho pasar diez años aquí.

—¡Pobre hombre!

—Cuando piensa en escaparse, es sin duda porque ella ha muerto.

—Es posible.

La aparición del Cientodieciséiete interrumpió el diálogo de madre ó hijo, que no pudieron reprimir un gesto de sorpresa al verle tan desconocido, pues se hallaban delante de un apuesto oficial de marina con el pelo cortado al rape, y una soberbia barba negra peinada y perfumada con mucho esmero.

El prendero, admirado, le hizo el saludo militar.

—Pronto,—dijo el Cientodieciséiete,—acompañadme al hotel de Francia. Tengo el tiempo limitado ¡Ah!... decidme: ¿no os ha dado Noel para mí cierta cantidad de dinero?

—Tenemos diez mil francos,—contestó la vieja.—¿Los queréis?

—Hoy no, madreita. Dadme cincuenta luises, y... en marcha.

El mismo abrió la puerta de la tienda.

—Seguidme,—dijo el ropavejero.

IX.

Precedamos al Cientodieciséiete, y penetremos en la habitación de la señorita Nichette, que, como habrán comprendido nuestros lectores, era un nombre cariñoso puesto por el Señorito.

La unión de estos dos seres, Nichette y el Señorito, había tenido días de primavera radiantes de luz y de perfumes, y horas tan lúgubres como las del día de difuntos, y en verdad que el que hubiese juzgado á Nichette, sin conocerla, por el aspecto del Señorito y por la conversación de éste, mezcla de idiotismo y fatuidad, habría experimentado un gran desengaño al verla.

Hacia Nichette un mes que estaba en Tolón, y se la conocía en el hotel de Francia con el nombre de la señora Prevost.

Era una mujer de treinta años, de cabellos de un rubio rojizo y ojos negros, de talle esbelto y delicado en la apariencia, hasta el extremo de parecerse á esos insectos de transparentes alas y cuerpo tan delgado que parece va á romperse, pero fuerte y musculosa en realidad. Por su frente espaciosa y casi cuadrada, sus labios delgados, en los que siempre vagaba una sonrisa irónica, recordaba con otro color de pelo, á la heroína de Balzac que, en *La piel de zapa*, se van-

gloriaba de haber sido la amante de un guillotinado, y haberle seguido siendo fiel más allá de la tumba.

¿De dónde procedía aquella mujer? De París, sin duda, donde había tenido caballos, encajes y diademas de diamantes. ¿Por qué se condenaba ostensiblemente á favorecer con su amor y toda clase de atenciones á un hombre mancillado por la ley, y que no tenía en sí nada de ese fatal heroísmo, de ese genio del mal que atrae á ciertas criaturas pervertidas?

—¡Misterio!

Hacia ya un año que el Señorito, á quien ella llamaba Gastón, estaba en presidio.

La señora Prevost había hecho ya tres viajes á Tolón.

Por uno de esos favores extraños, inexplicables, ante los cuales desaparecían en otros tiempos todas las consignas, el Señorito podía salir un día sí y otro no durante una hora, vigilado por un dependiente del presidio, é ir al hotel de Francia.

El Señorito, más calavera que criminal, más desprovisto de sentido moral que dotado de malos instintos, había falsificado una firma un día que necesitó cinco mil francos para saldar una deuda de Bolsa, diciéndose ingenuamente:

—Mi padre pagará.

El padre llegó tarde, y la causa siguió su curso.

Aquel día dijo el Señorito á Nichette:

—Regresas á París dentro de tres días; ¿quieres encargarte de una comisión del Cientodiecisieste?

Y le hizo el retrato de aquel presidiario misterioso, que no hablaba casi nunca y cuya vida pasada estaba envuelta en profundo misterio y nadie conocía.

Nichette escuchó con sombría curiosidad.

—Hé ahí un hombre á quien desearía conocer,—dijo por fin.

—Si no ha hablado por hablar—contestó el Señorito,—le conocerás hoy mismo, porque me ha dicho que vendría á cenar contigo.

—¿A qué hora?

—A las once.

—¿Puede salir?

—No, está en pareja; pero como es tan extraordinario, creo que vendrá.

Después de haber hecho el retrato moral

del Cientodiecisieste, dió el Señorito á Nichette una ligera idea de su físico.

La ardiente curiosidad que se apoderó de Nichette, no la dejó momento de reposo en todo el día y mucho tiempo después de marcharse el Señorito, no tenía más que un pensamiento fijo: el de ver al recluso, el Cientodiecisieste.

De aquí que no hubiese olvidado que el misterioso personaje debía de cenar con ella.

A las once en punto, un criado del hotel anunció á la señora Prevost, que un joven oficial de marina deseaba que le recibiera.

—Le espero para cenar,—contestó.

Adivinó que era el que estaba esperando. En un saloncito, que formaba parte de sus habitaciones, habían dispuesto una mesita con dos cubiertos y servido la cena, que era, una verdadera cena de mujer galante, en la que no faltaba nada, desde los cangrejos al pastel de anguila y el champagne en un cubo con hielo. En este saloncito fué en el que entró el Cientodiecisieste.

—Sois vos, ¿no es verdad?—le preguntó Nichette.

—Sí,—contestó sencillamente el recién llegado.

Aquellos dos seres que se veían por primera vez, se miraron con curiosidad y asombro.

El Cientodiecisieste dijo:

—No sois la mujer que yo creía encontrar.

—¡Ah!—exclamó Nichette sonriéndose con una expresión dolorosa.

—Habéis sufrido mucho, ¿no es verdad?

Nichette se estremeció.

—¿Quéos importa?—contestó; pero el Cientodiecisieste la miró de manera que la obligó á bajar la vista.

—Quiero saberlo,—dijo.

—Pues bien,—contestó Nichette,—sí, he sufrido y sufro todavía.

—Supongo que no es por él, dijo el Cientodiecisieste,—aludía al Señorito,—y los labios de Nichette se contrañeron con desdenosa expresión.

—De todas maneras,—añadió,—si no sois la mujer que creía, sois la mujer que necesito,—y la fascinó con la mirada.

—¡Ah!—exclamó Nichette.—Solo un hombre en el mundo ejerció sobre mí el poder que vos, haciéndome palpar bajo su mirada de fuego,

—¿Ese... hombre... era él?—exclamó el Cientodiecisieste, dando á esta palabra diferente entonación á la que había empleado para designar al Señorito.

—Sí,—balbuceó Nichette.

—¿Qué ha sido de él?

—¡Ha muerto!—contestó Nichette con voz sorda.

—Está bien, le lloraremos juntos—dijo el Cientodiecisieste con acento que revelaba cierta emoción.

La cogió la mano, y la joven lanzó un grito como si hubiera tocado un hierro candente.

—Quiero saber—dijo el presidiario.

—¡Ah! ¡Qué hombre!—murmuró Nichette. Me parece que es ya mi amo,—y de la crispada garganta de Nichette salió una carcajada que parecía desgarrarla.

—Quiero saber—repitió el Cientodiecisieste. Nichette inclinó la cabeza, y dijo:

—Obedeceré.

El Cientodiecisieste se sentó á la mesa con la familiaridad de un abonado al café Inglés. Después de haber apurado un vaso de Madera, dijo:

—Para el Señorito os llamais Nichette, y para el dueño del hotel la señora Prevost, ¿no es verdad? ¿Cuál es en realidad vuestro verdadero nombre?

—No tengo ninguno,—contestó Nichette.

—¿Ni le habéis tenido nunca?

—Sí.

—Quiero saberlo.

Nichette quiso resistir aquella mirada que revelaba una voluntad de hierro, y que la doblegaba.

—He sido una gran señora—dijo por fin rompiendo el silencio.—En el gran mundo me llamaban la baronesa de Sherkoff.

—¿Y él como os llamaba?

—Vanda.

—¿Sois rusa?

—Lo he sido. Hoy no tengo ya ni nombre ni patria.

—¿Vive vuestro marido?

—Sí; pero me cree muerta.

—Señora,—dijo el Cientodiecisieste con acento respetuoso,—antes de referirme vuestra historia, permitidme una pregunta.

—Hablad.

—No es verdad que el hombre á quien amais con tanta pasión, se paraca al imbécil por quien venis á Tolón como un rayo de sol á un pálido rayo de luna?

—Sí—contestó Nichette con la sonrisa de desesperación que daba á su semblante la expresión de un ángel caído.

—Será posible que améis á ese idiota?

—No, no le amo.

—¿Le compadecéis?

—¡Cualquier cosa!—y la sonrisa con que Nichette acompañó estas palabras fué sublime de desprecio.

—Entonces, ¿por qué estáis aquí?

—Vengo á cumplir un voto.

—¡Ah!

Hubo un momento de silencio entre ambos.

—Me parece que empiezo á comprender—dijo el Cientodiecisieste.

—Es posible; tenéis una mirada que penetra hasta el fondo del corazón mas impenetrable.

—El hombre á quien amais, murió de una manera horrorosa.

—¡Callaos!

—De una manera infame...

—¡En el nombre del cielo, callad!—exclamó Nichette palpitante y cruzó las manos como pidiendo gracia.

—Necesito saberlo todo—dijo el Cientodiecisieste.

Nichette inclinó de nuevo la cabeza.

—¡Murió GUILLOTINADO!—añadió Cientodiecisieste.

Al pronunciar el presidiario tan lúgubre palabra, Nichette se irguió con mirada centelleante y los labios cubiertos de espuma.

—¡Ah!—exclamó.—No lo sabéis todo...

—Hablad, os lo mando...

—Sí,—añadió Nichette—murió guillotinado: pero ¿sabéis dónde y cómo?

—No.

—Fué guillotinado en presidio, adonde yo conseguí que le mandaran después de haberle arrancado por primera vez del cadalso, ¿Comprendéis?

—Continuad,—constó friamente el Cientodiecisieste.

X.

La que se llamaba baronesa de Sherkoff en sociedad, Vanda para él, Nichette y la señora Prevot para el señorito, prosiguió en estos términos.

—Fui gran señora, y seguí ciegamente á un criminal; luego me convertí en una mujer á la moda; pero antes de todo esto, fui hija del pueblo, y no tenía más nombre que el de Vanda.

Vivía con mi padre en una pequeña ciudad de las fronteras de la Polonia rusa, y la casa que habitábamos estaba pared por medio de la cárcel de la ciudad: desde nuestras ventanas podíamos ver el patio.

Tenia yo entonces dieciséis años y estaba dotada de gran belleza que no era aún esta hermosura fatal que hoy constituye mi lote, sino una belleza ingenua que refleja la pureza del alma y la inocencia del corazón. Mi padre era anciano y estaba además impedido, no contando con más recursos que los que producía mi trabajo de aguja.

Desde que amanecía hasta después que se ponía el sol, veíamos los presos sentada al lado de la ventana, trabajando sin levantar cabeza, cautiva del deber y del trabajo.

En esta época estalló una de esas insurrecciones parciales de Polonia, en lucha eterna y siempre vencida.

Había entre los presos uno de edad avanzada, al que ni aún para salir al patio le permitían quitarse la cadena. Pregunté como se llamaba. Me dijeron que era un gran señor polaco que estaba condenado á muerte, y á contar de ese día, me interesé vivamente por el desgraciado, que advertí que me miraba con frecuencia; y entonces le contestaba yo con una sonrisa de compasión.

Una mañana llamaron á la puerta de mi casa. Era un empleado de la cárcel.

—Hija mía—me dijo,—hoy se ejecuta al conde polaco. Ha pedido un extraño favor y de vos depende que se le conceda.

—¿Qué hay que hacer?—contesté.

—Quiere veros ántes de morir, pero á solas.

—Os sigo,—contesté al empleado de la cárcel.

Me acompañó á la cárcel y me introdujo en el calabozo del sentenciado, que me dijo:

—¡Sois un ángel!—y cuando me dejaron á solas con él, añadió:

—Hija mía, tenía tres hijos y los tres han muerto á manos del verdugo: tenía una esposa y sufrió la misma suerte. Solo en el mundo, voy dentro de una hora á poner mi cabeza en el tajo fatal. Esta idea, si no debilita mi valor, trastorna mi cabeza. No, no es

posible que el hombre tenga derecho á quitar la vida á un semejante suyo. Hace un mes que estoy aquí, todos los días os veo á la ventana, y me inspirasteis una ternura casi paternal. ¿Queréis herédarme? Han confiscado todos mis bienes; pero oculté mi dinero, poseo un tesoro y os indicaré el sitio en que lo hallaréis. Os hago rica, pero con una condición.

Yo le miré con asombro, y continuó:

—Con la condición de que emplearéis la mitad de mi fortuna, apelando á todos los medios para salvar la vida todos los años á un condenado á muerte.

Entonces sentí en mí una cosa extraña, como una revelación de lo porvenir. Contemplé aquella hermosa y venerable cabeza que iba á caer bajo el hacha, y me sentí poseída de un respeto santo y un amor filial hacía aquel hombre. Y arrojándome delante de él, dije:

—Os obedeceré, padre mio.

La joven se detuvo un momento y el Ciento diecisiete vió desprenderse una lágrima de sus ojos. Le alargó el vaso, diciéndole:—Dadme de beber, porque el vino calienta y tengo frío.

Después de beber un vaso de champagne, añadió:

—Tres años después era rica, casi dos veces millonaria, huérfana, porque mi padre murió á los tres meses de ejecutado el conde polaco, y esposa de un gran señor ruso que no se cuidó de averiguar la extraña procedencia de mi dinero. Pero era mujer de palabra y nunca olvidé la condición que me había impuesto al aceptar el tesoro del decapitado.

El primer viaje que hace un ruso en compañía de su mujer es á París. El primer invierno que pasamos allí fué delicioso.

En aquella época cometióse un crimen misterioso que excitó la curiosidad pública. Una mujer joven y rica que vivía en una casa suntuosa de la calle de Provence, fué encontrada en su lecho cocida á puñaladas.

¿Por quién? La voz pública no tardó en designar al asesino. Era un joven de alta estatura, elegante y de aspecto militar. Amaba á aquella mujer y estaba celoso.

El crimen se explicaba de este modo, tanto más cuanto al asesinato no había seguido el robo. Alhajas, diamantes, plata, algunos

billetes de mil francos, todo estaba intacto.

La policía se puso en campaña; la opinión se agitó; cada cual dió una versión distinta, aunque conviniendo todas en un punto: en prestar al asesino un carácter novelesco que me sedujo.

—Hé ahí,—me dije,—el hombre al que arrancaré de manos del verdugo.

Desde aquel día leí con avidez los periódicos é indagué si el asesino estaba preso; mas supe que había huído, y con sentimiento, porque hubiera deseado salvarle.

El barón de Sherkoef era, como muchos rusos, violento, brutal y jugador. Se había casado conmigo por interés, llevando su audacia hasta el punto de decirme un día que estaba borracho. De ahí que mi amor se convirtió en odio: á medida que ese odio se desarrollaba, un sentimiento indefinible se hizo lugar en mi corazón; hubiera dado parte de mi fortuna por conocer á aquel tigre celoso y vengativo que había dado diecisiete puñaladas á una mujer.

Vivíamos el barón y yo en la avenida de Montaigne, en una casa aislada en medio de un jardín. El barón me dejaba sola frecuentemente por las noches, que pasaba jugando en su círculo. Le revelé el secreto de mi fortuna y la misión que me había impuesto al aceptarla, y se echó á reír, y no contento con esto, refirió mi historia á sus compañeros, y de salón en salón recorrió todo París.

Una noche estaba sola, poseída de una vaga inquietud, pensando en el infeliz que huía de la justicia, que al fin conseguiría apoderarse de él.

Los criados se habían recogido, yo tenía un gran fuego en la chimenea y las ventanas que daban al jardín abiertas. La habitación en que me hallaba era del cuarto bajo y, de pronto, sentí un ruido en el jardín; me dirigí á una de las ventanas y me detuve poseída de un espanto inerecible. Un hombre había saltado las tapias del jardín, y llegó al pie de la ventana, la escaló y saltó á la habitación, exclamando:

—¡Salvadme!

Era joven, gallardo, y en su mirada tenía algo que me llegó al fondo del alma. Era él.

—¡Salvadme!—repitió.—Me persiguen. Estoy perdido.—La sangre se me agolpó al corazón y luego añadió:—Yo soy el asesino de la mujer de la calle de Provence.

No sé; no he sabido, no sabré nunca lo que entonces pasó entre nosotros.

Aquel hombre tenía, como vos, el singular don de la fascinación.

¿Habéis leído la «Mujer de treinta años» de Balzac? Recordáis aquella joven que se siente de pronto enamorada terrible y totalmente de un asesino? Ese hombre habla y ella escucha; él la dice: «¡Síguime!» y ella le sigue. Y se va tras él, á pesar de las lágrimas de su madre, á pesar de las súplicas de su padre, á pesar de los abrazos de sus hermanos y de sus hermanas, á pesar de todo.

Pues bien, experimenté yo algo parecido á esto. Creí que conocía desde mucho tiempo á aquel hombre manchado de sangre, al que veía por primera vez; me pareció que era carne de mi carne, que mi vida corría el mismo peligro que amenazaba á la suya.

Desperté á mi doncella, que me era muy adicta, reuní algunos vestidos, dinero y alhajas, mandé á buscar un coche y dije al asesino:

—¡Partamos!

Había un tren de noche para el Havre; cogí el pasaporte de mi marido y se lo di á mi compañero, y una hora después estábamos en camino.

En cuanto á mi marido, al volver á casa al día siguiente, medio borracho y hondamente afectado por una gran pérdida, halló encima de una mesa esta carta:

«No os amo; os desprecio. Adiós; no volveréis á verme nunca.»

Aquí hizo una nueva pausa Nichette, y presentando su vaso al Ciento diecisiete.—Dadme de beber,—dijo,—me ahogo; me parece que tengo un hierro candente en la garganta.

XI.

El Ciento diecisiete miraba á aquella mujer con la sombría atención del médico que examina á un enfermo al que cree incurable.

—Continuad,—la dijo,—continuad, señora.

Nichette prosiguió:

—A la mañana siguiente llegamos al Havre, y pocas horas después nos embarcamos en un buque que se hacía á la vela para América. Por espacio de tres años recorrimos el mundo tan estrechamente unidos, como lo estáis en presidio. Cuanto yo poseía

alhajas y dinero, fué desapareciendo: pero él parecía rico. Escribió á Europa y le enviaron una letra de veinte mil francos. Me amaba, y yo estaba locamente enamorada, era feliz, y nuestra vida un sueño continuo.

Nos establecimos definitivamente en New-York, y llevábamos la vida fácil y lujosa de las personas ricas, y los veinte mil francos se desvanecieron como mi fortuna.

Un día que manifesté alguna inquietud, me dijo sonriendo:

—No temas. Nunca careceremos de nada.

No me atreví á preguntar más, pero su calma me dió miedo.

Desde hacía algún tiempo frecuentaba el trato de algunos extranjeros establecidos, ó que estaban de paso en New-York. Algunas noches iban á acompañarnos á tomar el té algunos hombres de singular aspecto, con los que salía y volvía muy tarde.

Pero le amaba, y lo que él quería, lo quería yo, y todo lo que me decía, lo creía ciegamente. Para obedecerle, me hubiera clavado un puñal en el corazón ó apurado un vaso de veneno.

Una noche le esperaba con mucha ansiedad, porque habían dado ya las dos, y le vi entrar pálido, conmovido, y lancé un grito.

—¿Qué tienes?—le dije.

—Nada, me contestó.—He sostenido un fuerte altercado en el círculo del Grand-Hôtel de Boston.

Se acercó á un lavabo y se lavó las manos.

—¡Dios mío! exclamé al ver que el agua se coloreaba fuertemente; mas él me contestó con la mayor frialdad:

—Es sangre. Me batí en la calle 24 y maté á mi adversario. Como la policía americana es muy severa, mañana partiremos en el vapor de las Anillas. Iremos á la Martinica.

—¿Es tierra francesa?

—¿Y qué?

—Que pueden prenderte... condenarte... —Ya me habrán olvidado.... Por otra parte, estoy desconocido.

Al día siguiente, en efecto, nos embarcamos y sentí como un desvanecimiento al verle sacar del bolsillo para pagar nuestro pasaje al capitán, un fajo de billetes de banco, porque la cartera en que los llevaba estaba manchada de sangre.

Entonces lo comprendí todo. Había cometido un nuevo asesinato, y aquel tuvo por

móvil el robo; de modo que el hombre á quien amaba no era solamente un asesino, sino un ladrón.

¿Habéis leído una novela de Jorge Sand, titulada *Leone Leoni*? ¿Si, no es verdad?

Mi vida desde este día fué la de la desventurada heroína de este libro. Regresamos á Europa. La amaba como antes, y así trascurrieron tres años.

París le atraía irresistiblemente, y volvimos á París. El tenía razón: nos habían olvidado á los dos. ¡París se olvida pronto!

Apenas se acordaba nadie del barón de Sherkoff que regresó á su patria después de haber perdido al juego cien mil rubios. En cuanto á su mujer cuya belleza impresionara en otro tiempo, nadie pensaba en ella.

Tenía todas las audacias. ¿Cuál era su verdadero nombre? Nunca lo he sabido. Yo le llamaba Armando; él se hacía llamar el conde de Vieilleville. Vivíamos en una casa suntuosa; asistíamos á todos los espectáculos; teníamos coche á la orden y encontraba cuanto dinero necesitaba.

Pero ¿de dónde procedía este dinero? Me estremecía cada vez que pensaba en ello, porque le visitaban hombres sospechosos como los que había visto en New-York, tratándole con gran respeto cuando les daba sus órdenes.

Era el jefe de una famosa partida de malhechores que saqueó á París por espacio de algunos meses, y con la cual no pudieron dar los mejores sabuesos de la policía.

Por fin, una noche regresó en un estado lamentable y con las ropas destrozadas, y se dejó caer en mis brazos diciéndome:

Acuéstame.... Creo que tengo más de lo que necesito.... Me muero.

Me inundó de sangre: tenía dos balazos en el pecho.

Al día siguiente se supo en París que se había cometido un crimen espantoso.... Un banquero muy rico, que vivía solo con su ayuda de cámara en un hotelito de la calle de Hauteville, había sido asesinado, después de oponer una resistencia desesperada. Su cadáver fué hallado en el jardín, al que había conseguido bajar después de haber hecho faego con sus pistolas á los asesinos que se llevaban su dinero.

Los criminales habían debido ser tres; según las averiguaciones del juez de ins-

trucción, figurando entre ellos el ayuda de cámara de la víctima.

Ocho días después, fué preso el erlado cómplice y delató á los otros dos. A las dos horas invadió nuestra casa una legión de agentes de policía, y él estaba en cama, en una situación alarmante. Cada vez me sentía más encadenada á él que, al separarse de mi lado, me dijo sonriendo:

—¡No moriré en el cadalso! Moriré antes.

—¡El cadalso!

Esta palabra me recordó la lúgubre misión que me impulsara al aceptar la herencia del conde polaco. La herencia había desaparecido; pero ¿per qué no había de cumplir la misión?

Las provisiones de aquel hombre, á quien había amado como los angeles caídos deben amar á Lucifer su jefe, no se realizaron, pues conducido al hospital, le asistieron con tanta cuidado que curó: pero ante él abrieronse las puertas del tribunal.

—¡Ah!—murmuró la joven con amargura; —nadie sabrá nunca lo que hice para detener en su camino la sangrienta cuchilla de la guillotina!

No cayó su cabeza, cumpliéndose el voto del conde polaco. Arranqué la primera víctima al cadalso. Aquel hombre, que había cometido seis asesinatos y robado con fractura y escalamiento por espacio de diez años, que merecía cien veces la muerte.... fué condenado á presidio. Pude verle al salir de la Requette.

—Escúchame, me dije, vé á Tolón. Dentro de un mes me escaparé, é iremos á vivir á Italia dichosos y tranquilos.

—¿Yo le amaba todavía!

Aquí el Cientodieciséis interrumpió á Nichette.

—Sé lo demás,—la dijo.

—¡Ah!—le contestó Nichette estremeciéndose.—¿Le conocisteis?

—No, pero llegué á Tolón al día siguiente de la catástrofe.

—¿Luego sabéis todo?

—Sí.... Había preparado su evasión con un cuidado y una habilidad increíbles. Vos le esperabais á bordo de un brik mercante, cuyo capitán debía recibirle á su bordo. Era buen nadador; debía, por la noche, deshacerse de la cadena y echarse á nado....

—¿Y que más?—exclamó Nichette como si

oyera por primera vez aquel lúgubre relato que sabía mejor que nadie.

—Pero lo hizo traición su compañero de cadena. Cuando estaba limando sus hierros detrás de la quilla de un buque viejo, le sorprendieron los vigilantes y se arrojaron sobre él, pero no tan pronto que no le dieran tiempo para leer la traición en los ojos de su compañero, al que dió de puñaladas. Las leyes de presidio condenan á muerte al que mata á otro presidiario,—añadió el Cientodieciséis,—y veinticuatro horas después....

—Después...—exclamó Nichette estremecida,—después... Yo os diré lo que sucedió después. Conseguí introducirme en el presidio vestida de hombre... Le habían cargado de cadenas y se estaba levantando el cadalso... Sin embargo, confiaba aún... ¡Había trabajado tanto en veinticuatro horas!

Nichette hizo una nueva pausa para beber.

—¡Ah!—murmuró.—Tengo un infierno en la garganta.

—Bebed y continuad,—dijo el Cientodieciséis.

—Ya veo que no lo sabéis todo,—contestó Nichette.

XII

Vanda, la sombría heroína, prosiguió.

—En todas las ciudades en que hay tribunal imperial, existe también, en una calle solitaria, una casa de singular aspecto, por delante de la que pasan los transeúntes sin atreverse á levantar los ojos del suelo. Algunas veces, por la mañana, sale de ella al crepúsculo, un hombre triste y pensativo. Su mirada es oblicua, su paso vacilante; las personas que le encuentran en su camino evitan su contacto con mudo terror y si se atreve á atravesar un grupo, éste se abre á su paso. Ese hombre es el ejecutor de la justicia y así al menos sucedía en otro tiempo.

En el presidio hay un recluso cuyo trato esquivan sus compañeros y á quien miran con desdén los vigilantes; y ese recluso hace por una pequeña cantidad lo que aquel por una gran suma; por doble ración de vino, aplica la pena de palos, y por cinco francos corta una cabeza.

¡Es el verdugo del presidio!

Pues bien; yo conseguí comprar al hombre. Se acercaba la hora de la ejecución, pero yo estaba tranquila, porque el verdugo había

tomado un brebaje que debía impedirle durante algunas horas cumplir con su deber. La ejecución se aplazaría para el día siguiente: todo estaba dispuesto para que aquella misma noche se llevase a cabo la evasión.

—Sí,—dijo el Cientodieciséis,—pero no habíamos contado con la codicia humana. A última hora se presentó un verdugo que reemplazó al verdugo enfermo.

Nichette se levantó como loca, exclamando:

—Sí y vi caer su cabeza....

Luego añadió sonriéndose de una manera irrisoria:

—¡Y todavía le amo!... ¡Y ofrecí a su sombra salvar a un presidiario de la guillotina, así como ofrecí al conde polaco arrancar con su oro, del cadalso, todas las víctimas que pudiera!

—¿Y por eso estáis en Tolón?

—Sí.

Cientodieciséis le cogió la mano.—Miradme bien,—la dijo.

Nichette se estremeció ante aquellos ojos cuyo misterioso fulgor descendía hasta el fondo de su alma.

—¿Qué queréis de mí?—le preguntó.

—¿Queréis que hagamos un pacto?

—Sí.

—Yo salvaré a ese condenado, sea quien fuere, ó al menos os ayudaré a salvarle: todo lo que quiero, lo puedo.

—¿Qué exigis de mí en cambio?

—Voy a emprender un negocio y necesito una mujer,—dijo el Cientodieciséis.—Esa mujer seréis vos y me perteneceréis en cuerpo y alma.

—Está hecho,—contestó Nichette;—es lo juro por aquella cabeza que la guillotina separó de su cuerpo.

El presidiario se levantó.

—Son las tres,—dijo.—Adios.

—¿Dónde vais?

—Vuelvo al presidio.

—¿Nos volveremos á ver.

—Acaso. Mañana tendréis noticias mías,—respondió el Cientodieciséis, y dió un paso hacia la puerta, pero retrocediendo añadió:—Se me olvidaba una cosa.

—¿El qué?

—No quiero que permanezcáis aquí.

—Iré donde queráis.

—No quiero tampoco que volváis á ver al Señorito.

—Obedeceré,—dijo Nichette con sumisión.

—Mañana os enviaré á Noel.

—¿Quién es Noel?—preguntó asombrada.

—Un hombre que me obedece,—dijo Cientodieciséis y salió.

Mientras que el presidiario oía la historia de Vanda la rusa, Milón, tendido en su duro lecho, hacía desesperados esfuerzos para trabar conversación con Coerico; pero éste, que era taciturno, no le contestó sino con monosílabos. Milón, desalentado, acabó por dormirse. Cuando se despertó habían tirado ya el cañonazo, y se oía la campana del presidio, porque era la hora en que la elusma debía abandonar su lecho de miseria y volver al trabajo.

—Muy pesado tienes hoy el sueño, camarada,—dijo una vez muy conocida á su oído. Milón se restregó los ojos y vió á su lado al Cientodieciséis, tranquilo y alegre.

Había desaparecido el elegante oficial de marina sustituyéndole el presidiario de rápida cabeza y de fisonomía desdeñosa y melancólica que imponía á sus compañeros un respecto supersticioso.

—¿Cómo había recuperado su puesto, un momento antes ocupado por Coerico?

—¿A qué hora había vuelto?

—¿Cómo se había puesto la cadena sin que Milón lo sintiera?

Pareció todo este al coloso un enigma tan indescifrable, que se creyó juguete de un sueño.

—Compañero,—dijo al Cientodieciséis en voz baja,—¿sabéis que tuve un sueño muy extraño?

—¿Qué?

—Que no estabais ahí, á mi lado.

—¿Ah!

—Y que tenia otro compañero de cadena.

—¿Cualquier cosa!

—¿No es verdad que todo esto es un sueño?

—Es posible,—contestó el Cientodieciséis sonriéndose.

Los ayudantes separaron á los presidiarios, pareja por pareja, ó rama de la cadena común. Llamábase así la cadena en que se enlazaban por la noche todas las cadenas.

Dieron el vino y la ración de la mañana á los que debían ir al trabajo.

—¿No bebes, Cientodieciséis?—preguntó el vigilante Turpín.

—No, cedo mi ración al compañero—contestó el Cientodieciséis señalando á Milón.

—El ha soñado una cosa muy rara, y yo otra.

—Veamos lo que ha soñado Milón,—dijo el ayudante.

—Que me había escapado.

—¿Qué! ¿Había dejado yo de prestar servicio aquí?

—¡Habrá que saponerlo—respondió el Cientodieciséis con burlona sonrisa.

—¿Y tú, qué has soñado?

—Que había cenado con una mujer muy hermosa.

—¿Tunol!

—Que había bebido champagne helado.

—Por eso no tienes sed hoy ¿eh?—dijo riendo el ayudante.

—Por lo mismo.

La pareja salió de la cuadra para ir al trabajo.

—¡Eh! ¿Sabéis lo que ocurre?—preguntó Turpín cuando el Cientodieciséis se alejaba con Milón.

—¿Qué ocurre?—preguntó el Cientodieciséis.

—Que Massolet ha vuelto.

—¿Quién es Massolet?

—El que mató al perro.

—¡Ah!

—Y al que destinaron al presidio de Brest. Pero como este presidio se ha suprimido, vuelve á Tolón.

—¿Cuidado con el cocherol—observó Milón.

—Por precaución le he hecho poner doble cadena, y no irá al trabajo.

—Eso es diferente—dijo Cientodieciséis, y continuó su camino.

Al pasar por delante del camastro del presidiario de la gorra verde, le hizo una seña con la mano.

—¿Qué he hecho yo para que me pongan doble cadena?—murmuró éste.

—Voy á decírtelo—contestó rápidamente el Cientodieciséis.

—Habla.

—Massolet ha vuelto.

Los ojos del presidiario se inyectaron de sangre.

—¿Es verdad lo que me dices?

—Sí.

—¿Pues es hombre muerto.

—¡Imbécil!—dijo el Cientodieciséis;—

cuando se quiere dar un mal golpe, no se dice.

—No podré contenerme.

—Mal hecho. ¿Sabes lo que yo haría en tu lugar?

—¿Qué harías?

—Portarme muy bien por espacio de algunos días, y ser muy sumiso.

—Procuraré hacerlo así—contestó el de la gorra verde; y acordándose de su perro se echó á llorar.

El Cientodieciséis y Milón salieron de la cuadra y tomaron, con la escuadra de que formaban parte, el camino del Mourillon, donde trabajaban y donde encontraron á Noel muy ocupado arreglando unos remos.

—Creo,—dijole el Cientodieciséis al pasar por su lado,—que puedes ir á ver á esa señora que vive en el hotel de Francia.

—¿Y qué la digo?

—Dí á la señora que dentro de poco habrá una ejecución en presidio.

Y continuó andando hacia los famosos cercados que han sido cómplices de tantas evasiones.

XIII.

Cuarenta y ocho horas después, se devino una silla de postas, al medio día, ante la puerta del arsenal, y de ella se apearon un hombre y una mujer. El hombre era joven, de buena figura, vestido con elegancia, y todo revelaba en él al gentleman.

La mujer era una de esas mistress que produce el cruzamiento de la raza india con la raza inglesa, y sus cabellos, negros como el ébano, estaban ligeramente enrespados y cubrían á medias su frente que así parecía más estrecha de lo que era en realidad. Era alta, esbelta y tenía en sus modales, como en su figura, una exquisita elegancia, siendo su edad la de veintiocho á treinta años.

El era rubio, y hablaba el francés correctamente, aunque con un ligero acento británico. Presentó un permiso en regla para visitar el arsenal y el presidio, y llevaba por ejemplares á un sargento de infantería colonial que le habían dado en la prefectura marítima.

Su pasaporte estaba concebido en estos términos:

«Sir Arturo Pembroke, capitán al servicio

de la Compañía de las Indias; le acompañaba mistress Pembrock, su esposa legítima.

Este pasaporte había sido visado aquella misma mañana por el consul inglés en Tolón.

Los nobles viajeros entraron en el arsenal, que visitaron detenidamente desde el presidio hasta los talleres de la marina.

La visita al presidio fué concienzuda, y la joven anglo-india se enteró del alimento que se daba, del género de vida y de los trabajos de los presidiarios.

Recorrió lentamente la doble hilera de barracas en que los presidiarios comerciantes, sueltos y á media cadena, vendían objetos de arte hechos con marfil y coco.

Compró algunos, pagando sin regatear, en monedas de oro. Entre otras cosas compró un estuchito de coco maravillosamente trabajado, y cuyo destino era guardar monedas de oro.

Puso en él, ostensiblemente, cincuenta guineas dobles y se lo guardó con mucha calma en el bolsillo.

Un subcomisario joven, y de figura distinguida, se puso á sus órdenes atraído por los hermosos ojos de la anglo-india, que por cierto era muy curiosa.

—¿Quién ha hecho esto? ¿Qué crimen puede haber cometido aquel hombre que tiene todo el aire de una joven tímida? ¿Quién es aquel viejo de cabellos blancos que lleva una gorra verde?

El joven subcomisario contestaba á todas las preguntas de la noble extranjera, que charlaba y reía, manifestando un ligero terror cuando la enseñaban un recluso condenado por asesino, y de este modo llegaron á la cuadra donde estaban los presidiarios condenados á doble cadena, y entre los que se hallaba el cochero que había querido matar á un vigilante.

Con permiso del subcomisario, la joven inglesa le dirigió la palabra, y el presidiario tomó un aire de inocencia.

Señora,—la contestó el presidiario con los ojos llenos de lágrimas,—no he cometido ningún delito, y hace mucho tiempo que me porto como un hombre honrado, y sin embargo me han encadenado como á una bestia feo porque temen que mate á un vigilante.

Y el cochero refirió llorando la historia de su perro, añadiendo que habían transcurrido diez años, que se había consolado, que no

quería mal á Massolet, y que si se le volvían á mandar á los trabajos ordinarios del arsenal, prometía portarse bien.

Se expresó con tal convicción, que los ojos de la inglesa se llenaron de lágrimas y el corazón del subcomisario se ablandó.

—Bien—le dijo éste,—hablaré al comisario y veremos.

El antiguo cochero lloró á más y mejor, y juró que la inglesa se parecía á la Virgen y el subcomisario á un santo.

De los edificios del presidio se dirigieron los dos ingleses y el subcomisario al Mourillón, que es una parte separada del arsenal en la que estaban hacinadas en pirámides enormes las maderas de construcción para la marina. Un pelotón de presidiarios estaba descargando lingotes de hierro que habían servido para lastrar una goleta á la que iban á llevar á la carena. Entre los presidiarios que trabajaban en el Mourillón se hallaban el Cientodieciséis y Milón.

El primero dió con el codo al segundo, y le dijo mirando á la joven inglesa, que parecía contemplar con gran curiosidad la operación.

—¿Qué te parece?—le preguntó.

—¿Quién?

—La inglesa.

—Una mujer precisa.

—Es ella.

—¡Eh!—murmuró Milón que experimentó como una sensación eléctrica.

—Sí,—replicó el Cientodieciséis con un signo.

—Me dijiste que era rubia.

—Hoy es morena, mañana volverá á ser rubia. El que está á mi servicio debe saber desfigurarse.

—Parece una mulata,—añadió Milón.

Mientras los dos reclusos cambiaban en voz baja estas palabras, la joven inglesa decía al subcomisario:

—¿Quién es aquel hombre de agradable figura que lleva en el gorro el número Cientodieciséis?

—Señora,—contestó el galante funcionario,—un héroe de novela.

—¿De veras!

—Yo no sé su historia; el comisario si la sabe, y os la dirá sin duda. Lo único que puedo decir es que está muy vigilado.

—¿Teméis que se escape?

—Sí, aunque nunca hizo la menor tentativa.

La joven inglesa siguió andando, apoyada negligentemente en el brazo de su marido: como el subcomisario iba delante de ella, al sacar el pañuelo del bolsillo dejó caer el estuche de coco que contenía las cincuenta guineas dobles.

El Cientodieciséis, que volvió la cabeza en este momento, vió caer el estuche entre dos maderas.

Los ingleses abandonaron el Mourillón, volviendo al arsenal grande.

—¡Ah!—exclamó la joven inglesa dirigiéndose al subcomisario;—no podéis imaginaros lo mucho que me interesa ese pobre viejo del gorro verde.

—¿El hombre del perro?

—Sí.

—Es un hombre peligroso, señora.

—Yo os aseguro que no tendréis de qué arrepentiros si interesáis por él.

—Os prometo hacer cuanto esté de mi parte en su favor.

Después de haber recorrido el arsenal y el presidio propiamente dicho, la joven inglesa quiso ver el hospital.

El subcomisario accedió gustoso á esta nueva exigencia.

A la puerta de la primera sala del hospital, un joven sentado en una cama, hojeaba un libro. Aquel joven era el Señorito.

Miró á la inglesa con asombro.

—¡Cosa más singular!—murmuró.—Si Nichette fuera morena, apostaría á que era ella.

La inglesa se dirigió al subcomisario:

—¿Qué crimen ha cometido ese joven tan simpático?

—Una falsificación.

—¡Ah!—replicó la inglesa presiguiendo su camino.

—No es la voz de Nichette,—pensó el Señorito;—pero dejando á un lado el color, la semejanza es admirable.

Y continuó leyendo.

El capitán de los cipayos indios sacó la cartera y de ésta una tarjeta.

—Caballero,—dijo al subcomisario,—mistrés Pembrock y yo tendremos sumo gusto en que nos acompañéis esta noche á tomar una taza de té en el hotel de Inglaterra.

El subcomisario, que apenas tendría treinta años, se puso colorado.

—Y yo os recibiré con mucho gusto, porque estoy segura de que intercederéis en favor de ese pobre viejo,—dijo la inglesa.

—Os lo prometo, señora.

El capitán inglés saludó, y abandonando su reserva británica, ofreció la mano al subcomisario, que los acompañó hasta la puerta del arsenal.

La inglesa le dijo "hasta la noche," sonriéndose de una manera encantadora.

Luego los dos extranjeros subieron á la sala de postas y volvieron á Tolón.

Al día siguiente el comisario que dirigía el presidio mandó llevar á su presencia al recluso del gorro verde, al *Hombre del perro*, como le llamaban sus compañeros de infortunio.

—¿Te portarás bien?—le dijo.

—No lo dudéis, señor comisario.

—¿No insultarás al vigilante Massolet?

—Le he perdonado hace mucho tiempo,—respondió tristemente el galeote.

—Vuelve á la escuadra de que tomabas parte.

—¿No me volvereis á encadenar?

—No.

El de la gorra verde se retiró dando muchas muestras de gratitud.

—Ahora ¡ay de Massolet!—murmuró al dirigirse al trabajo.

XIV

—Amo,—dijo Milón al día siguiente, un poco antes de que la campana del presidio respondiera al cañonazo del arsenal,—¿se acerca el día?

—Se acerca,—la contestó el Cientodieciséis.

Como Noel, el herrero libre, Milón daba á Cientodieciséis el respetuoso título de amo.

—¿Pero cuándo llegará?—preguntó Milón.

—Eso depende....

En coloso suspiró.

—Es porque aquellas pobres niñas me necesitan....

—Ten calma,—replicó el presidiario;—el día de la libertad se aproxima.

Sonó la campana: entraron los ayudantes para separar á los presidiarios por parejas de la cadena común; distribuyeron las raciones de pan y vino y se dió la orden de partir para el trabajo.

La escuadra á que pertenecían los dos presidiarios trabajaba en unión de algunos obreros libres, en una goleta que había en el puerto.

Formaba parte de la escuadra el *Hombre del perro* que, libre desde el día anterior, había cumplido su palabra.

El ayudante Massolet pasó á su lado muchas veces, limitándose el viejo presidiario á bajar la cabeza.

En el descanso del medio día los reclusos se echaron ó se sentaron en el puente de la goleta que estaban desguazando. Unos fumaban, otros seguían curiosamente el curso de las nubes, otras reconcentraban sus miradas en las evoluciones de un clipper americano de poco tonelaje que corría bordadas, y otros, por fin, habían sacado de sus gorrietas, grasilentas barajas y jugaban partidas cuyos eslabones eran la piqueta.

—¡Ah!—dijo tristemente el parisién.—El Señorito no vendrá á buscarnos aquí, y hoy no tendremos historia.

—Aunque pudiera no vendría,—dijo otro.

—¿Por qué?

—Tiene una pena,

—¿Es que le abandonó la señora?

—Precisamente.

—Si fuerais prudentes,—dijo el Cientodieciséis,—os contaría la verdadera historia de Rocambolo.

—¡Bravo! ¡Bravo! Oigamos la historia,—gritaron muchas voces á un tiempo.

—Esperad un momento.

El Cientodieciséis, llevándose la mano á la frente á modo de pantalla para que no le esterbaran los rayos del sol, siguió por algunos segundos con mucha atención las maniobras del clipper americano que entraba en la rada.

—¿Os interesa algo ese buque?—dijo Milón.

—Sí.

—¿Por qué?

—No lo sé. Pero me gusta y me alegraría navegar en él.

—¡Qué locura!—exclamó el parisién.—¿Querís ir a navegar en ella como comandante ó como viajero?

—Preferiría ser el comandante.

Todos los presidiarios lanzaron una carcajada, y un ayudante que dormía á poca distancia apoyado en la borda, se despertó malhumorado.

—¡A ver si callamos, hacemos de hereje!—dijo.

Este ayudante era Massolet.

El hombre del perro no pestañó.

Massolet había vuelta de Brest más duro y más feroz, si cabe, que antes, y se levantó blandiendo el látigo, y dijo:

—Os prevengo que si no estais quietos, os daré unas friegas en las espaldas con mi látigo, y dijo.

Un poco de espumarajo aseó á los labios del Hombre del perro; pero el Cientodieciséis le miró y se contuvo.

La mar estaba tranquila como un espejo; el clipper continuaba corriendo bordadas.

—Hijos míos,—dijo el Cientodieciséis,—por lo visto no se pueden gastar bromas con el nuevo ayudante. No quiero hacer ejecución con su látigo, así es que otro día os contaré la historia de Boesambels,—y el recluso se encerró en su mutismo, excluyéndose tristemente el descanso del medio día.

A las cinco de la tarde los presidiarios abandonaron la goleta para trasladarse al Arsenal.

Un brik de guerra ruso entró en aquel momento en el puerto militar, y destacó una chalupa que mentaban un oficial, doce marineros y un grumete. Este miraba con curiosidad á los presidiarios.

El Cientodieciséis dijo á Milón:

—Mira al grumete.

—Ya le mire.

—Es ella.

—Milón abrió desmesuradamente los ojos y no pudo reprimir un gesto de sorpresa.

—Amo,—dijo,—creo que soy brujo.

Una parte de la tripulación saltó á tierra perteneciendo á este número el grumete.

Al pasar los marineros por delante de los presidiarios, el Cientodieciséis lanzó un grito gutural y murmuró distintamente "Stoy" es decir, detente.

El grumete se volvió aparentando una gran sorpresa.

—¿Sabéis el ruso?—le preguntó Milón.

—Hablo todas las lenguas.

El grumete cada vez más admirado, se acercó, y Milón pudo examinarle á su satisfacción.

Al primer golpe de vista parecía un joven como de quince años, de cabellos rubios echados hacia atrás que se escapaban de su sombrero de hule.

—¡Ni el mismo diablo podría explicars esto!—murmuró Milón, que no acertaba á comprender cómo el joven y la hermosa inglesa de la antevíspera eran una misma persona.

Los vigilantes, que participaban un tanto de la curiosidad que excitaban los marineros rusos, se separaron algo de los presidiarios para examinarlos más de cerca.

El grumete se acercó al Cientodieciséis y á los demás.

—Puesto que sabes el ruso,—dijo el parisién, que era algo burlón,—pregúntale qué hay de nuevo en Sebastopol.

El Cientodieciséis dijo en ruso al grumete:

—¿Has traído las herramientas?

—Sí, contestó el grumete en el mismo idioma.—Lo habéis mandado, y aquí estoy.

—¿Qué dice?—preguntó el parisién.

—Dice—contestó el Cientodieciséis,—que si no hubiese habido más que haraganes como tú para tomar á Sebastopol, estarían aún mirándolo de lejos.

Y el Cientodieciséis volvió la espalda al parisién y preguntó al grumete:

—¿Está dispuesta la goleta?

—Sí, amo,—dijo el grumete, y su voz parecía un tanto trémula.

—¿Tienes miedo?—le preguntó el forzado.

—Sí, por ese desgraciado á quien vamos á impulsar á cometer un crimen.

—Te engañas,—dijo el Cientodieciséis.

—¿Por qué?

—Dentro de ocho días el hombre del perro, por muchas precauciones que se tomen, habrá matado al ayudante. Le condenarán á muerte, y como dentro de ocho días no estaremos aquí, no podríamos salvarle.

—Pero ¿estáis seguro de poder salvarle?

—Sí,—contestó fríamente el Cientodieciséis.

—¡Ah!

—Es preciso que sepas que yo puedo todo lo que quiero,—añadió el presidiario.

Un vigilante tocó el silbato.

—¡Guarda las espaldas, Cientodieciséis!—dijo el parisién.

El vigilante, que era Massolet, se acercó. El rostro del Hombre del perro se contrajo.

El grumete dijo al vigilante en mal francés:

—Perdonadme, pero como me habló en ruso, me recordó mi país natal.

Y esto diciendo se arrojó al cuello del presidiario y le abrazó con la gracia de un niño.

El vigilante, por única respuesta, descargó un palo sobre las espaldas del Cientodieciséis, y el grumete se alejó reuniéndose con los marineros rusos; pero al abrazarle había dejado deslizar un objeto en la blusa entreabierto del presidiario.

—¡Ah! conque sabes el ruso,—dijo Massolet, que aborreía instintivamente á Cientodieciséis.

Y le dió un fuerte latigazo.

—Tenéis mala sangre,—dijo Cientodieciséis con dulzura.

Y se puso á trabajar.

¿Qué pasó después? Nadie puede saberlo, pero á una señal de Cientodieciséis, las parejas se fueron acercando y el de la gorra verde se halló al lado del Cientodieciséis, que le dijo:

—¿Estás decidido?

—Sí.

—No olvides que te guillotinarán.

—Me importa poco.

El Cientodieciséis deslizó en su mano el objeto que había depositado en el bolsillo de su blusa el grumete.

Este objeto era un largo cuchillo catalán de hoja puntiaguda.

—Voy á buscarle una vaina,—murmuró el hombre de la gorra verde, cuyos ojos brillaban de una manera siniestra, mientras que una espuma sanguinolenta orlaba sus labios contraídos.

XV.

Los presidiarios dormían. Los lamentos y las murmuraciones habían cesado, no turbando el silencio sino los pasos cadenciosos de las rondas nocturnas.

Tendidos en un mismo camastro hablaban el Cientodieciséis y Milón, pero en voz tan baja que los que estaban á su lado no podían oírlos.

—Amo—dijo Milón,—no comprendo lo que os proponéis.

—Acostúmbrate á no comprender y á obedecer—contestó el Cientodieciséis.—Por esta vez únicamente, voy á explicarte lo que no comprendes, Mancha.

—Veamos,—replió Milón.
 —Necesitaba una mujer para llevar á cabo mi plan, y la encontré.
 —Y por cierto que es una mujer muy hábil.—observó Milón;—apuesto á que no hay dos como ella para cambiar de cara y de aspecto, y me pregunto de qué medios se valió para penetrar en el arsenal.
 —Pues nada más sencillo.
 —¿Sí?
 —Es una rusa de nacimiento; antes de ayer, vestida de hombre, tomó el camino de hierro de Marsella, en cuya rada estaba anclado el brick que acaba de entrar en Tolón. Noel, que es un muchacho de recursos, la había proporcionado los papeles de un marino ruso que hacia dos meses había muerto en el hospital de Tolón. Con estos papeles ella se presentó á bordo y en su idioma suplicó que la restituyeran á su patria. La admitieron como grumete. Esto la permite entrar y salir en el puerto militar y decir dos palabras de mi parte á los amigos que tengo en el puerto de comercio.
 —¿Amigos?—dijo Milón, que iba caminando de sorpresa en sorpresa.
 —Sí, que están á bordo de un bergantín, del que soy armador.
 —Cientodieciséte,—dijo el coloso,—si no os hubiese visto salir el otro día del presidio, diría que estabais loco. ¿Habéis armado un clipper?
 —Sí.
 —¿Pero cuándo?
 —¿Tú crees,—contestó el Cientodieciséte,—que para escaparse de presidio basta llamar los grilletes, sorprender al portero del rastrillo y entrar tranquilamente en Tolón?
 —Eso es lo que hacen todos los compañeros.
 —Ellos sí, yo no. En cuanto se advierte su falta tiran un cañonazo, la ciudad y las aldeas inmediatas se ponen en conmoción, y de doce veces, diez, el prófugo que se fué por la mañana, vuelve al presidio por la noche.
 —También es verdad.
 —Yo no quiero representar esa farsa,—dijo el Cientodieciséte.—Por eso hace cinco días que preparo mi evasión. Está tranquilo: cuando huyamos no nos cogerán nunca.
 —A vos, no; pero á mí....
 —A tí tampoco. Te di parte en mi juego,

y no nos separaremos nunca. No tengo más que una palabra.
 —¡Mis pobres niñas!—murmuró Milón.
 —En vez de enternecerte,—dijo el Cientodieciséte impaciente,—escúchame. Te he dicho que necesitaba una mujer, y la encontré, ahora necesito que sea mi esclava, y lo será.
 Entonces el Cientodieciséte contó á Milón la singular historia de Vanda, que lloraba la muerte de un guillotinado.
 —Bueno,—dijo el coloso;—pero qué pueda importarla que ahorquen ó no al Hombre del perro?
 —Tiene hecho un voto delante de una tumba. Arrancar á un presidiario del cadalso, y mientras no le cumpla, no me pertenecerá por completo.
 —Empiezo á comprender,—dijo Milón.
 —Lo celebro,—contestó el Cientodieciséte en son de broma.
 —¿Pero estáis seguro de salvar á ese hombre?
 —Sí.
 —Sin embargo,—continuó Milón,—el tribunal marcial no bromea, aplica severamente el código de la chusma.
 —Lo sé.
 —Esas leyes, dicen que el presidiario que mate á un vigilante se le impondrá la pena de muerte, y que la ejecución se verificará en el recinto del presidio y á las veinticuatro horas de pronunciarse la sentencia.
 —Todo lo tengo calculado,—dijo friamente el Cientodieciséte.—Hoy es lunes, ¿no es verdad?
 —Lunes por la tarde.
 —El asunto se terminará esta misma noche.
 —Después....
 —El hombre del perro será juzgado el miércoles, y el cadalso se levantará el jueves por la mañana.
 Milón se estremeció á su pesar.
 —Pero, supón que el jueves oarrra un acontecimiento cualquiera que impide la ejecución,—dijo el Cientodieciséte.
 —Se aplazará para el día siguiente.
 —No se hacen ejecuciones en viernes; el día que murió Dios no es el día de los criminales.
 —Es verdad,—dijo Milón.—Entonces lo dejarán para el sábado.
 —Sí,—contestó el Cientodieciséte;—pero el sábado no estaremos aquí.

—¿Dónde estaremos?
 —En alta mar, á bordo de mi buque. Había olvidado decirte que he sido marino en mi juventud. El mar me conoce, y soy capaz de dar la vuelta al mundo sin tocar en la costa.
 —¿Y yo iré con vos?
 —Sí.
 —¿Y.... ella?
 —También.
 —Pero.... el Hombre del perro....
 —Probablemente también.
 —Vuélvete á no comprender.
 —No importa,—contestó el Cientodieciséte, y se incorporó.
 —¿Qué hacéis?—preguntó Milón.
 —Escucho el ruido de la lima del Hombre del perro.
 —¿Le habeis dado una lima?
 —Había una en el mango del cachillo.
 —¿Está limando los hierros?
 —Sí, para no dar el golpe en vago.
 —En aquel momento dieron las diez.
 —Tengo tiempo de echar un suspiro. Buenas noches, Milón,—dijo el Cientodieciséte.—Cuando entre la ronda del comisario despertame,—y no añadió nada más.

 La ronda de media noche no era cotidiana, ni aún ordinaria. Sólo se hacía cuando se tenía alguna evasión, ó después de alguna insurrección.
 El Cientodieciséte, que desde hacia algunos días ejercía sobre sus compañeros de infamia una influencia irresistible, había hecho circular mañosamente entre ellos ciertos rumores que llamaron la atención del comisario, que en su consecuencia, dió orden de que se hiziese la ronda aquella noche acompañada de una minuciosa requisa, porque temía una evasión.
 A media noche apareció el comisario acompañado de dos vigilantes y del obrero libre Noel, que desde hacia tres días no se marchaba del presidio hasta las diez, y en cuya práctica tenían gran confianza.
 El Hombre del perro dormía en uno de los camastrones del fondo de la sala número tres.
 Al entrar el comisario, uno por uno fueron despertados todos los presidiarios, y sobre todas las gadenas cayó pesadamente el martillo de Noel, que debía revelar si estaban ó no mordidas por la lima.

—El diablo cargue con vosotros—murmuró el Cientodieciséte, cuando le llegó su vez.
 Después, fingiendo reconocer al comisario, hizo lo que pudo para excusarse, y cuando aquél pasó, tocó en el hombro á Milón y el dijo.
 —¡Atención! Fíjate.....
 El comisario, los dos vigilantes y el herrero llegaron al camastro en que dormía profundamente, al parecer el hombre del perro. Los dos vigilantes que acompañaban al comisario, eran Turpin, el hombre perspicaz por excelencia, y Massolet el verdugo del perro.
 Este último llevaba en la mano la linterna que servía para alumbrar durante la operación de la requisa.
 El herrero levantó la manta de crin vegetal, es decir, de algas secas y tejidas, que cubría al recluso de la gorra verde, que parecía dormir y estaba tendido boca abajo.
 Dió Noel un martillazo sobre la cadena y lanzó un grito, y al mismo tiempo el recluso, á pesar de sus años dió un salto propio de un joven.
 Noel, que había tomado sus medidas, y obedeciendo sin duda á las órdenes del amo, dió bruscamente un paso atrás.
 Al hacer este movimiento, perfectamente calculado, hizo caer la linterna que tenía el ayudante Massolet, en la mano.
 La linterna se apagó y todo quedó á oscuras.
 Y al mismo tiempo se oyeron dos gritos salvajes.
 Y el recluso, libre del grillete y de la cadena, se arrojó sobre su enemigo.
 A esto siguió el ruido de una lucha que puso en conmoción á toda la sala, y luego un grito de agonía y otro de triunfo....
 El grito de agonía, fué de Massolet, que recibió en diez segundos diez puñaladas.
 El grito de triunfo fué el del asesino, que en las tinieblas, pateó á su enemigo herido mortalmente, diciéndole:
 —¡De parte de mi perro!

 Milón dijo al Cientodieciséte.
 —El Hombre del perro no se hubiera atrevido á tanto á no contar contigo.
 —Te engañas—le contestó el Cientodieciséte;—creo que le van á guillotinar.

XVI

El tribunal marcial es expeditivo. La noche del lunes al martes, el hombre de la gorra verde, ó por otro nombre, el Hombre del perro, asesinó al vigilante Massolet.

El miércoles, á las once de la mañana, compareció el matador ante sus jueces.

Tres hombres sabían en el presidio que se harían esfuerzos inauditos para salvar al de la gorra verde.

Estos tres hombres eran Milón, Noel, el obrero libre apodado Cocorico y el presidiario el Cientodiecisieta.

El hombre de la gorra verde lo ignoraba. Esperaba morir, y con esta convicción, compareció ante el tribunal marcial.

Confesó de plano, sin rodeos y con la sencillez del hombre que, durante diez años, ha vivido animado por la esperanza de morir vengado.

En la ley marcial no hay circunstancias atenuantes cuando se trata de un presidiario; es muda respecto al derecho del soberano, y á las veinticuatro horas de pronunciada la sentencia, se cumple. A las doce se pronunció la del Hombre del perro, y se ordenó su ejecución para el día siguiente á la misma hora.

El telégrafo eléctrico no va más de prisa que una noticia en el presidio.

A los cinco minutos todos los presidiarios sabían la suerte que le había cabido al de la gorra verde.

Massolet sobrevivió algunas horas, y el descanso del medio día fué muy triste.

Hay en todos los presidios cien condenados que por una casualidad providencial no han subido al cadalso.

Hay otros que para sus proyectos de evasión han contado con el asesinato de un vigilante, ó del portero de rastrillo.

Pero no hay ninguno que no se estremezca cuando se entera de que va á levantarse un cadalso.

Los mismos reclusos levantan la guillotina del presidio.

El verdugo y sus ayudantes son tambien presidiarios.

Pero los obreros á quienes se encomienda tan lúgubre tarea, nunca la llevan á cabo de buena voluntad y el garrote de los vigilantes ha de animarlos.

El presidiario que acepta por algunos centilitros de vino y una prima, las terribles funciones de verdugo, se condena por este acto á vivir fuera de la ley de sus semejantes enagenándose el aprecio de sus compañeros de infamia.

Algunas veces el verdugo es un antiguo ejecutor ó uno de sus ayudantes á los que sus vicios han condenado á presidio.

En este caso cesa la proscripción, el ostracismo pierde su rigor; el forzado es lógico; comprende que un hombre pueda ejercer su oficio en todas partes.

Pero excepto en este caso, el verdugo es un paria.

A la sazón el verdugo era un antiguo matarife.

Tan alto y tan fornido como Milón, y de inteligencia tan obtusa como la de aquel, y dotado de un apetito tan feroz que el régimen alimenticio del presidio nunca podía satisfacerle, solicitó el terrible empleo de ejecutor, algo para dar libre curso á sus instintos sanguinarios, como para acallar su hambre.

El código de la clausura concede al verdugo la ración de víveres del paciente.

Pero el aislamiento que fué haciéndose á su alrededor se convirtió muy pronto para aquel hombre en un terrible castigo.

Siempre estaba solo.

Y desde aquel día, el hambriento dejó de tener apetito; el matarife que pasara su juventud en un matadero y al que embriagaba el olor de la sangre, tuvo horror á ésta.

Un día fué á arrojarle á los pies del comisario suplicándole que aceptase su dimisión; pero los reglamentos no le permitían resignar tan tristes funciones.

De aquí que aquel hombre arrastrara una espantosa existencia en el presidio y que hubiera dado toda la sangre de sus venas por estrechar la mano de uno de sus compañeros; pero ni uno de estos se la tendía.

Quando tenía que desempeñar su terrible misión aunque no fuese más que para aplicar la pena de azotes, se ponía enfermo el día antes.

En cuanto supo que al Hombre del perro le habían sentenciado, palideció y sus dientes castañearon ruidosamente.

Sombrio y taciturno, se fué á sacar al pie de las pilas enormes de maderos que había en el Mourillon.

Era la hora del descanso, la hora en que los confinados pueden hablarse, y nadie se le acercó. Unos al verle, retrocedían; otros volvían la cabeza y con un gesto demostraban el horror que les inspiraba. Y el desdichado con los codos sobre las rodillas, la cabeza apoyada en las manos, acurrucado más bien que sentado, dirigía á su alrededor y á través de sus crispados dedos, una mirada triste y desolada.

De repente un hombre se le acercó. Al oír el ruido de sus pasos se estremeció el verdugo, y se levantó bruscamente.

El otro seguía acercándose, y era un presidiario acoplado, porque su compañero de cadena le seguía á la distancia que esta permitía. Y el recién llegado no se detuvo hasta que llegó al lado del verdugo.

—¿Qué haces ahí, compañero?—le dijo una voz.—¿Por qué estás tan solo?

—Estoy solo hoy, como ayer, como mañana, como siempre,—contestó el verdugo con voz triste y cavernosa.—¿No me conocéis?

—¿No te llamas Juan el matarife?

—No, Juan el verdugo,—respondió el desdichado.

—¿Y tu suerte es vivir siempre solo?—continuó el presidiario.

—Siempre.

—¿Estás aquí para toda la vida?

—Sí.

—¿Qué edad tienes?

—Cuarenta años.

—¿Qué crimen te ha traído entre nosotros?

—Maté á mi mujer, una noche que volvía borracho á mi casa.

—¿De manera que te condenaron á cadena perpetua?

—¡Ah!—gimió el verdugo.—¿Qué es el presidio para vosotros? Habiais, os estimais, os prestais toda clase de servicios....

—Es verdad.

—Pero de mí huyen todos como de un maldito.

—¿Por qué no te escapas?

—¡Escaparme! ¿Es eso posible? Debéis saber, compañero, que ninguno puede escaparse sin el auxilio de sus camaradas, y yo no tengo ninguno.

—Es verdad.

—Moriré en presidio.... y moriré siendo verdugo.

—¿Quién sabe!—dijo el presidiario.

Estas palabras fueron para el desgraciado la estrella que brilla de repente en el cielo cubierto de nubes en noche sombría, á los ojos del marino náufrago.

Se estremeció; su rostro se coloreó y el corazón le latió con violencia.

—¿Qué queréis decir?—murmuró con voz temblona como si le apretasen la garganta.

—¿Sufres mucho al ver que todos tus compañeros se apartan de tí?

—Hasta el punto que envidio la suerte del desgraciado que voy á ejecutar mañana,—respondió Juan el matarife.

—¿Qué darías por un apretón de mano?

—La mitad de mi sangre.

Entonces el presidiario tendió la mano al verdugo que retrocedió vivamente.

—¡Ah!—dijo.—¡Os burláis de mí?

—No,—dijo el presidiario y cogió la mano del verdugo y se la estrechó. Y el cielo pareció abrirse para el réprobo.

—¿Quién sois?—exclamó mientras que una lágrima ardiente se desprendía de sus ojos.

—Me llamo aquí el Cientodiecisieta,—contestó el presidiario.

Después, contemplándole fijamente con aquella mirada que había hecho inclinar á Vanda, la rusa, añadió:

—Vengo á darte esperanza.

El verdugo meneó la cabeza.

—¡Esperanza!—balbuceó.—¡No puedo tenerla!

—Esperanza y libertad,—añadió el Cientodiecisieta. El verdugo ahogó un grito.

—¡Libertad!—exclamó.

—Sí,—dijo el Cientodiecisieta.

—¿Haréis que recobre la libertad?

—Sí.

—¿Y borraréis el sello de infamia que llevo en la frente?

—Sí quiero, sí.

El verdugo, aquel gigante de anchos hombros, aquel hombre que doblegaba sobre la báscula del instrumento de muerte á otro hombre, como el huracán dobla un tallo de hierba, tembló como un niño ante la mirada de fuego del Cientodiecisieta.

Y como Milón y Noel, le llamó «amo» y le preguntó:

—¿Qué tengo que hacer para conseguirlo?

—Es preciso convertirte en mi esclavo,—contestó el Cientodiecisieta.

Y como se acercase un vigilante, el Cientodiecisieta se alejó, arrastrando tras de sí á Milón, el coloso con corazón de niño.

XVII.

Eran las tres de la mañana, y aun faltaban bastantes horas para amanecer, cuando el silbato de los vigilantes se dejó oír en la cuadra número dos del presidio.

En ella estaban la escuadra de presidiarios que debía levantar la lúgubre máquina. Y lo mismo que una legión de demonios despertados de repente por el fuego del cielo, los presidiarios se levantaron silenciosos y taci turnos.

Ni uno solo murmuró; ni uno solo se quejó manifestando con un signo su repulsión al siniestro trabajo que iba á comenzarse.

En los días de expiación suprema, el terror es general en el presidio.

Aquellos hombres que han pasado por todas las degradaciones y que han sufrido todos los castigos, sólo tiemblan ante uno: el cadalso.

Los taabajadores nocturnos salieron de la cuadra, en silencio y con la cabeza inclinada, y media hora después comenzó á levantarse lentamente en el patio del presidio, al resplandor de las antorchas, la guillotina.

Solo se oía por intervalos la voz de los vigilantes que activaban el celo de los obreros, pero como estos no lo demostraban muy grande, á las órdenes seguían los bastonazos.

A cierta distancia un hombre seguía con atenta mirada los siniestros preparativos.

Este hombre era el maldito, al que el Cientodieciséis había hablado de perdón y prometido la libertad.

Era el verdugo.

Cuando todo estuvo terminado, el terrible funcionario fué á buscar la cuchilla.

El y sus ayudantes habían pasado la noche afilándola y quisieron probarla con un haz de paja, y oprimiendo un resorte, la dejó caer y partió el haz de paja en dos.

—Bien,—dijo haciendo un movimiento de cabeza.

El cielo comenzó á clarear, las antorchas se apagaron y los presidiarios regresaron á sus departamentos.

El verdugo permaneció en su puesto acabando de ajustar la guillotina y dando á todas sus partes la última mano.

La ejecución, sin embargo, no debía verificarse hasta el medio día: el cadalso se levantaba con anticipación para que sirviera de ejemplo.

Sonó el cañonazo que anuncia el día: los presidiarios salieron de sus respectivas cuerdas, y con los jefes del presidio á la cabeza, desfilaron por delante del instrumento de muerte.

Al mismo tiempo cruzó el patio el capellán del presidio, que iba á llevar al condenado los supremos consuelos de la religión.

Al pasar por delante del cadalso, Milón volvió la cabeza.

—¿Tienes miedo?—le dijo el Cientodieciséis.

—Sí,—contestó Milón;—no es al medio día?

—Sí.

—¿Esperás todavía salvarle?

El Cientodieciséis se encogió de hombros y contestó con altanería:

—Cumplió lo que prometo.

El Hombre del perro oyó con fervor las exhortaciones del sacerdote.

Tenía cerca de sesenta años, y la cabeza blanca como la nieve.

El odio que había experimentado el corazón de aquel hombre grosero por espacio de tanto tiempo, se desvaneció con la vida de su víctima.

Estaba arrepentido de su crimen, y más de una vez se llenaron sus ojos de lágrimas.

Pero el sentimiento de orgullo humano, que no abandona jamás al criminal en el momento supremo, se apoderó de él en sus últimos momentos.

—No creáis que tengo miedo á la muerte,—dijo.

—Hijo mío,—le contestó el sacerdote,—pensad en Dios, que tendrá en cuenta vuestro arrepentimiento.

Y le abrazó con efusión.

El verdugo y sus dos ayudantes penetraron en el calabozo; iban á proceder á lo que se llama el toseado.

Pero para un presidiario esta operación es una mera formalidad.

El presidiario tiene el pelo cortado á punta de tijera; por lo tanto no es necesario cortárselo.

El verdugo se limitó, pues, á cortar el cuello de la blusa y el de la camisa.

El día antes habían puesto al Hombre del perro la camisa de fuerza.

En aquel momento supremo se la quitaron, devolviéndole la libertad de todos sus miembros algunos segundos.

El verdugo le ató las manos á la espalda, y con la misma cuerda le sujetó los pies.

Terminados tan lúgubres preparativos, el verdugo miró al sacerdote, que estaba silencioso. Sacó el sacerdote el reloj: eran las doce menos siete minutos.

—Vamos,—dijo el verdugo con un movimiento de cabeza.

—Hijo mío,—dijo el sacerdote al condenado,—ha llegado la hora de conquistar el cielo con una aspiración suprema. Yo os perdono en nombre del Todopoderoso.

Y le cogió del brazo mientras el ejecutor permanecía respetuosamente á cierta distancia.

Era la tercera cabeza que Juan el matarife iba á cortar desde que estaba en presidio; sin embargo, aquella vez no temblaba como le sucedía siempre, aunque sólo se trataba de la pena de azotes.

El condenado salió del calabozo: desde la puerta hasta las gradas del cadalso estaban formados los vigilantes del presidio.

El hombre del perro, sostenido por el capellán del presidio, cruzó con paso firme el corredor; al llegar á los tres escalones que daban acceso al patio, se detuvo y miró al rededor al sentir en su rostro la impresión del aire libre.

Reinaba por todas partes un silencio de muerte; sin embargo, había en el patio tres mil hombres arrodillados, sujetando con una mano sus cadenas y teniendo la gorra en la otra.

En cada uno de los ángulos del patio había un cañón cargado, y detrás de los presidiarios una hilera de vigilantes con el fusil al hombro, prontos á hacer fuego á la menor señal de rebeldía.

Entre los presidiarios y la guillotina había un ataúd; alrededor de este ataúd estaba la cofradía de penitentes que iba á reclamar el cuerpo del ajusticiado.

El condenado abarcó con una mirada todo aquel cuadro, y se echó á temblar.

—Valor, hijo mío, valor,—dijo el sacerdote.

El condenado continuó avanzando hacia el cadalso, en cuya plataforma estaban ya

los dos ayudantes; dos presidiarios arrodillados muy cerca de la guillotina cambiaban algunas palabras en voz baja con uno de los penitentes grices, aprovechando un momento en que la atención de los vigilantes estaba concentrada en el paciente y en el cadalso.

El condenado reconoció el Cientodieciséis y á Milón.

Milón estaba lívido; el Cientodieciséis un poco pálido; pero su semblante revelaba una calma perfecta.

—Adios, camaradas,—dijo el hombre del perro.

Y puso el pié en la primera grada del cadalso.

—Amo,—murmuró Milón,—ya véis que es tarde.

—Silencio,—contestó el Cientodieciséis. El verdugo colocó la cabeza del paciente en el tajo.

—Amo,—murmuró el penitente, con voz de mujer quebrantada por la emoción,—la muerte se acerca.

El Cientodieciséis no contestó, pero en el momento en que la báscula cayó, y mientras que el capellán del presidio se retiraba del patíbulo, se dilataron sus narices, y su cuerpo experimentó un ligero temblor. Frunció el entrecejo y su mirada se fijó en la cuchilla en que se reflejaba un rayo de sol.

El verdugo apretó el resorte que debía hacer caer la cuchilla.

XVIII

La cuchilla cayó con rapidez.

Todos los presidiarios bajaron en aquel momento instintivamente la cabeza y muchos cerraron los ojos.

Solo los del Cientodieciséis permanecieron fijos en el cadalso.

Fué un drama que se desarrolló en un décimo de segundo; un drama como no se presentó nunca ninguno en un escenario; un drama que, hasta en el gesto se emplearía más tiempo contándolo, que él que empleó en realizarse.

La cuchilla cayó, pero la cabeza continuó adherida á los hombros del paciente.

El instrumento de muerte se detuvo medio pie antes de llegar al cuello del condenado, ¿cómo?

Solo el Cientodieciséiete lo sabía (1).

El estupor fué general tanto entre los presidiarios, como entre los vigilantes.

Una multitud no compuesta de presidiarios hubiera prorrumpido en un clamor inmenso.

El paciente ahulló y forcejeó para apartar la cabeza del tajo.

Pero la cuchilla no cayó.

El verdugo, apoderándose de la cuerda, volvió ó levantarla y luego la dejó caer de nuevo.

Al caer se detuvo en el mismo sitio.

La multitud dejó oír un prolongado murmullo que ahogó los gritos del paciente.

El comisario dió algunos pasos hacia el cadalso, y dijo.

—Conducid á ese hombre á su calabozo.

Dió esta orden el prudente administrador del presidio, obedeciendo no sólo á un sentimiento de humanidad, sino al temor de que estallara una rebelión.

—He vivido cien años en un minuto,—dijo el Cientodieciséiete enjugándose el sudor que corría por su frente.

—Pero ¿quién sois, amo?—preguntó Milón estremeciéndose.

—Un hombre á quien Dios perdonará acaso algún día—dijo el presidiario inclinando la cabeza sobre el pecho.

El penitente gris se había desmayado y sus compañeros se lo llevaron.

Antes de inquirir la causa de aquel terrible accidente, era preciso despejar el patio y llevar al condenado á su calabozo.

Los presidiarios fueron conducidos á sus salas respectivas y el condenado á su calabozo.

Entonces se averiguó la causa del entorpecimiento, y se vió que los dos montantes de la guillotina, se habían desviado en su parte inferior y no dejaban espacio para la cuchilla. Era preciso desmontar todo el instrumento, tanto más, cuanto que una mano criminal había puesto una docena de clavos en las ranuras de los dos montantes.

Mandaron llamar á varios obreros libres; pero se negaron á trabajar.

Hubo que recurrir á los presidiarios y una

(1) Para que no se nos tache de inverosimilitud, contaremos que en Cien se produjo este mismo fenómeno hace unos cuantos años. La máquina sufrió durante la noche una desviación por efecto de la humedad. La paciente, por que era una mujer, fué retirada de la guillotina y conducida, con la carga puesta, en una silla, mientras los carpinteros arreglaban el instrumento. (N. del A.)

casualidad, casualidad hábilmente prevista' hizo que Cientodieciséiete fuera uno de los designados al efecto. Un carpintero que figuraba en el número de los presidiarios, manifestó que se necesitaban más de doce horas para arreglar el instrumento. Esto era, sin duda, lo que quería el Cientodieciséiete.

—El Hombre del perro no será ejecutado hoy,—dijo á Milón

—Pero... mañana....

—Mañana es viernes.

—Pero el sábado....

—El sábado murmuró el Cientodieciséiete.

—El sábado no se cuenta porque no estaremos en presidio.

Como hemos dicho, el Hombre del perro fué encerrado de nuevo en el calabozo.

En Tolón, los calabozos de los condenados á muerte están treinta piés debajo de tierra. Para llegar á ellos hay que bajar tres pisos y se llega á una especie de pozo, que parece desafiar toda evasión. En uno de aquellos *in pace*, fué encerrado el Hombre del perro para esperar á que la guillotina estuviese corriente.

Desde la Dubarry, que pidió al verdugo un minuto de tregua, hasta el condenado más vulgar, es tal el sentimiento de la vida, que los minutos que la casualidad concede al paciente le parecen un siglo de delicias.

El desventurado, una vez en el calabozo, rompió á llorar y á reír á un tiempo porque había oído decir á un vigilante:

—Hay trabajo para una hora.

¡Una hora! ¡Una hora más de vida!...

El pobre hombre se hallaba en el estado moral que participaba de la prostración y del delirio, y balbuceaba palabras sin ilación y se golpeaba en las paredes del calabozo para asegurarse de que vivía y no soñaba.

Trascurrió una hora, y luego otra, y luego otra. El miedo volvió á apoderarse del condenado que se estremecía al menor ruido; á cada momento creía oír en la escalera á través de la puerta de hierro, los pasos del verdugo y de sus ayudantes.

Las horas sucedían á las horas, y por fin desapareció el rayo de luz que penetraba en el calabozo por entre los hierros de un estrecho tragaluz.

El condenado comprendió que había anochecido: es decir, que tenía aún doce horas de vida.

Le llevaron el rancho. Pero no tenía hambre ni sed. Pasó la noche y apareció el nuevo día y entonces el desdichado tembló otra vez y sus dientes castañetearon. Una hora después, el condenado oyó pasos en la escalera.

Como una fiera cogida en el lazo, se refugió en el rincón más obscuro del calabozo.

Indudablemente iban á buscarle.

La puerta se abrió y entró un hombre. Era el carcelero, que le llevaba el rancho (é la mañana y que había recibido orden de no hablarle.

El Hombre del perro lanzó un grito de alegría.

—¿No es para ahora?—exclamó.

El carcelero meneó misteriosamente la cabeza.

Los instintos materiales recobraron su imperio y el condenado comió.

Le habían despojado de la camisa de fuerza y el comisario permitió que le sirvieran ración de vino.

Comió y bebió con avidez, como una bestia ó un lobo hambriento; apenas le pusieron de nuevo la camisa de fuerza, se dejó caer en un montón de paja y se durmió presa de febril soñolencia.

—Si dura esto mucho tiempo,—dijo el carcelero,—perderá el juicio antes de morir.

Y salió del calabozo.

Así pasó el día, justificando el reo de muerte la opinión del carcelero; deliraba y pronunciaba palabras sin ilación.

De repente, á media noche, oyóse un ruido sordo en el calabozo, no encima, sino debajo, y el ruido era como el de un martillo que golpease sin cesar un yunque.

El condenado salió de su letargo moral y físico, y prestó oído. El ruido no dejó de oírse un solo momento; es más, parecía acercarse.

Trascurrió una hora y luego otra: el ruido se percibía cada vez, con más claridad, y esto duró dos horas.

El condenado empezó á comprender que debajo de sus piés se estaba abriendo un túnel, y de pronto tembló el suelo y al notarlo púsose en pie.

El suelo estaba enlosado con piedras gruesas de unos dos piés en cuadro, y de repente una de estas se movió, se separó de las inmediatas y se levantó empujada por un fuerimpulso.

Un momento después apareció á flor de tierra la cabeza de un hombre.

XIX.

La cabeza que acababa de aparecer en el agujero estaba cubierta con un sombrero de hule de marinero. Después de la cabeza aparecieron los hombros, después los brazos, y por último un hombre que dejó al lado del agujero una linterna sorda.

El hombre del perro retrocedió estupefacto y lanzó un grito.

—¡El Cientodieciséiete!—exclamó.

—Si quieres que continúe tu cabeza sobre tus hombros, calla y sígueme,—dijo el presidiario.

—¡Seguiros!—exclamó el Hombre del perro.

—Sin perder tiempo,—contestó el Cientodieciséiete,—porque dentro de tres ó cuatro horas vendrán á buscarte, y esta vez la cuchilla no se detendrá, porque no intervengo en su colocación. ¿Comprendes ahora?

El condenado comprendía tan poco, que el delirio se apoderó de él otra vez.

—Creo que he muerto,—dijo,—y que todo lo que me sucede ocurre en el otro mundo.

El Cientodieciséiete era de mediana estatura y delgado; parecía un elegante del boulevard de los Italianos, que estaba en presidio á consecuencia de algún drama tenebroso. El hombre del perro era, por el contrario, alto y enadrado de hombros como Milón.

Sin embargo, el Cientodieciséiete le cogió en brazos como si fuera un niño.

—Si te vuelves loco, tanto peor para ti,—dijo,—pero es preciso que te salve, y te salvaré.

Y le echó en el abismo misterioso que acababa de abrirse. El condenado lanzó un grito al caer, pero el golpe que recibió en su caída le hizo recobrar de improviso el sentimiento de su estado. El Cientodieciséiete se reunió á él provisto de su linterna sorda, y el condenado vió el lugar en que se hallaba. Era un subterráneo.

—Vanos,—le dijo el Cientodieciséiete,—¿Comprendes ahora?

—Sí,—contestó el ex-cochero,—venis á salvarme.

—Está hecho si me siguez.

—¿A dónde vamos?

—Sígueme.

El Cientodieciséiete, extendiendo la mano, añadió, enseñándole el misterioso pasadizo:

—Mira, se han necesitado cinco días para abrir este camino, y te aseguro que no perdieron el tiempo.

—¿Y este lo han hecho por mí?—preguntó el condenado, no pudiendo explicarse el interés que inspiraba á el Cientodieciséiete.

—No,—contestó el presidiario,—por otro á quien tú has conocido acaso y que no pudo salvarse.

Al mismo tiempo dejó la linterna en el suelo, sacó un cuchillo y cortó los lazos de la camisa de fuerza. El condenado quedó libre.

—Ahora, adelante,—dijo el Cientodieciséiete.

Y echó á andar delante, encorvando al principio la cabeza y después acurrucándose y acabando después por arrastrarse, porque el túnel subterráneo íbase estrechando. El reo de muerte había recobrado toda su presencia de ánimo y la esperanza de vivir y el instinto de la libertad, hacían palpar su corazón.

El condenado siguió al Cientodieciséiete haciendo lo mismo que éste. El trayecto fué largo.

Algunas veces el Cientodieciséiete se detenía para cobrar aliento.

—¿Sabes dónde estamos?—preguntó éste.

—No.

—Debajo de los muros del arsenal.

—¡Ah!

Al cabo de veinte minutos pareció que se ensanchaba el túnel, y una ráfaga de aire hirió el semblante del condenado.

El Cientodieciséiete apagó la linterna, y á medida que el condenado continuaba su camino, se iba haciendo más vivo el aire.

—¡Adelante, siempre adelante!—exclamó. —¡Magnífica noche para una evasión!—añadió.—Llueve á cántaros allá arriba.

En fin, al cabo de algunos minutos, el Cientodieciséiete se detuvo de pronto.

El Hombre del perro miró entonces por encima de los hombros de Cientodieciséiete, y vió algo menos negro que las tinieblas del subterráneo, y reconoció que se hallaban al final de éste, y que desembocaba en la orilla del mar en un sitio desierto, y al otro lado del puerto de comercio.

La noche era oscura, y el mar, azotado por un viento de tempestad, lanzaba sus olas

enormes hasta la misma entrada del subterráneo, obstruyendo su entrada y cubriendo de espuma varias veces á los dos presidiarios. Al mismo tiempo caía una lluvia torrencial.

—Cuida de que una ola no te arrastre,—murmuró el Cientodieciséiete.—El mar estaba á sus pies, ni á derecha ni á izquierda nó se veía la menor lengua de tierra ó arena.—¿Sabes nadar?

—He sabido; ¡pero hace ya tanto tiempo que no nadé!

—Más vale morir ahogado que guillotinado. Vamos, desátate. Si las fuerzas te faltan te ayudaré. En otro tiempo nadaba como un Terranova.

En un abrir y cerrar de ojos el condenado quedó desnudo, y el Cientodieciséiete desenrolló una cuerda que llevaba atada á la cintura, y dió uno de sus extremos al condenado.

—Ahora,—dijo,—esperemos.

La lluvia era tan intensa, que parecía una niebla que unía al cielo con la tierra.

El mar rodaba montañas de espuma, y se estremaba en las rocas con un bramido ensordecedor.

Habríase dicho que el Oceano quería arrancarlas de cuajo.

Cientodieciséiete, sonriendo burlonamente, dijo al condenado:

—Cuando adviertan nuestra evasión, apuesto que á nadie se le ocurre que nos hemos fugado por el mar.

—Pero ¿á dónde pensáis conducirme?—preguntó el condenado, que tiritaba con el viento y la lluvia.

—A donde quieras,—le contestó el Cientodieciséiete.

—No comprendo,—contestó el Hombre del perro.

—Lo comprenderás en seguida.

En aquel momento un ruido agudo dominó al ronc del trueno, al mugido del viento y á las cóleras del mar; iluminó un relámpago el cielo, y á su amarillenta luz el condenado vió, como á cien brazas de distancia, una chalupa que se balanceaba en la cresta de las olas.

El ruido que acababa de oírse era un silbido. El Cientodieciséiete cogió un silbato de contramaestre que llevaba á la cintura, y respondió á la señal.

—¡Al agual!—ordenó á su compañero, y se

arrojó él á su vez sin desnudarse ni quitarse el sombrero que llevaba sujeto con un hilo de goma.

El Hombre del perro no vaelló. Pero la noche era tan oscura y el mar estaba tan revuelto, que sin la cuerda que le había dado el Cientodieciséiete, no hubiera podido seguirle. Sin embargo, el viejo sabía nadar, y el instinto de conservación devolvió á sus miembros toda la ligereza y todo el vigor de la juventud.

La chalupa no se atrevía á acercarse más á la costa, por temor de destrozarse en algún arrecife, y era tan profunda la obscuridad, que en cuanto cesaron los relámpagos, los nadadores arrollados por las olas, no la distinguían. Pero los silbidos, que se sucedían de minuto en minuto, guiaban á el Cientodieciséiete.

Por fin, un relámpago le mostró la lancha á corta distancia de él, y haciendo un esfuerzo supremo se agarró con ambas manos á un remo que le tendieron.

¡Ya era tiempo!... Al ex-cochero empezaban á faltarle fuerzas, y se sentía ir á fondo.

Hubo necesidad de tizarle á bordo habiéndole precedido el Cientodieciséiete.

Había dos hombres á bordo, dos compañeros, como se decía en presidio.

Un nuevo relámpago permitió al condenado reconocerlos... y lanzó un grito de espanto.

Aquellos dos hombres, que se habían despojado de la librea del presidio para vestir la blusa de marineros, eran Milón el coloso y Juan el matarife, es decir, el verdugo.

—No temáis nada,—le dijo éste,—ya no soy el hombre que mata. Gracias al amo, soy el hombre que salva.

—¡Al clipper!—exclamó el Cientodieciséiete, sobre cuyos hombros, echó Milón un capote de marino.

La chalupa continuó ballando sobre las olas como una blanca gaviota que juega con la tempestad y á medida que avanzaba, la obscuridad se hacía más impenetrable y la mar más gruesa.

Un nuevo silbido se dejó oír dominando la tempestad, y un relámpago que desgarró la bóveda del cielo, dejó ver á los cuatro tripulantes de la chalupa, á cierta distancia, al clipper con las velas á medio cargar, y balanceándose sobre las encrespadas olas.

El bote pasó tantos trabajos para abordar al buque, como los nadadores para subir á su bordo. Las echaron cuerdas y gracias á ellas, el Cientodieciséiete fué el primero en izarse por el estriber.

Sobre cubierta se oyó un grito de alegría y á la luz del farol de popa vió el Cientodieciséiete á un grumete que se arrojó en sus brazos exclamando:

—¡Al fin os salvásteis!

—Sí,—contestó el Cientodieciséiete, besando con calma en la frente á Vanda la rusa.

Porque era ella, que había vuelto á vestir, se de marinero, y mientras los demás presidiarios subían á bordo, le dijo Vanda:

—He aquí vuestro buque amo. El capitán os espera para entregaros el mando.

Un hombre se acercó y saludó al Cientodieciséiete.

—Es maltés,—le dijo Vanda,—no sabe ni una palabra de francés.

—Vale más así—contestó el Cientodieciséiete,—porque podremos hablar con más libertad.

—Y dirigió la palabra en italiano al maltés.

—La mar es muy gruesa, ¿no es verdad?—le dijo.

—Sí, amo—le contestó el capitán.

—¿Podremos estar en alta mar antes de que amanezca?

—No lo creo—replicó el maltés.—Sali ayer de Tolón á la caída de la tarde; tengo todos los papeles en regla y navegamos bajo pabellón británico.

—Perfectamente—dijo el Cientodieciséiete. Y bajó al camarote que le habían preparado. Vanda le siguió.

—¿He cumplido mi palabra?—preguntó el Cientodieciséiete.

—Sí,—exclamó Vanda arrodillándose delante de él como una esclava.—Os obedeceré y os seguiré á todas partes.

—¿Sabes á dónde vamos?

—Poco me importa.

—A Italia primero y luego,.....

—¡A París!—añadió Vanda con una expresión de terror.

—Es preciso—contestó el Cientodieciséiete

con acento melancólico.—A París me arrastra mi destino.

Vanda bajó la cabeza ante aquel hombre que la dominaba completamente.

—Amo,—le dijo,—os conté mi historia. ¿Me narrareis la vuestra?

—¿Para qué?—dijo el Cientodieciséte.

Levantó los ojos, y miró á través de la posta del camarote por la que se veía el sombrío, cielo por el cual corrían las nubes como fantástico y derrotado ejército, y por espacio de algunos segundos, pareció que evocaba los fantasmas de aquel formidable y misterioso pasado que pesaba sobre él.

Luego, estrechando entre las suyas las manos de Vanda, dijo:

—Escucha. Soy acaso más criminal que el hombre al que lloras hace tanto tiempo. Fui ladrón, asesino, hijo desnaturalizado y amigo perverso; merecí cien veces la muerte; pero un día en mi corazón mancillado por todos los vicios, corrompido por todas las vergüenzas, Dios dejó germinar un sentimiento honrado como en medio de la tempestad brilla á veces una estrella.

¿No has oído contar la historia del presidiario Cognard, del conde Pontis de Santa Elena, á quien uno de sus compañeros de cadena reconoció un día á la cabeza de su legión con el pecho cubierto de condecoraciones y bordados?

Ese nombre había usurpado un estado civil, y con aquel nombre conquisté la estimación general. Yo, como él, robé un nombre.

Por espacio de tres años, con ese nombre usurpado, deslumbré á París con mi lujo, mi talento y mi valor. Empuñé la espada como caballero, y estuvo en poco no llegase á ser grande de España.

Dos santas mujeres me amaron, me idolatraron: la madre y la hermana del hombre á quien usurpé el nombre.

Yo, por mi parte, concluí por quererlas como si una fuera mi madre y la otra mi hermana.

La primera ha muerto; pero... la segunda...

La segunda vive todavía; creo que daría toda mi sangre por ella.

—Pero—dijo Vanda,—¿sabe que fuisteis condenado?

—No,—contestó Cientodieciséte.—Encontré á su verdadero hermano, pero no le volví á ver: mis perseguidores, los que me de-

senmascararon, tuvieron compasión de ella, y mientras yo iba á presidio, su verdadero hermano marchaba á la China y allí está todavía casado con la mujer que debió ser mi esposa.

—¿Y no la volvisteis á ver?—preguntó Vanda emocionada.

—Sí, una vez, en un presidio de España, del que me sacó la justicia francesa. Estaba tan desfigurado que no me conocí al pasar por mi lado. Acababa de romperme una pierna y padecía horriblemente.

—«Pobre hombre!»—exclamó al pasar.

—«Oh!»—murmuró Cientodieciséte.—De esto hace diez años. ¡Cuántas lágrimas de sangre derramé durante ese tiempo!... ¡Pobre hermana mía!

—¿Deseáis volver á verla?

—¿Que sí lo deseo! Quisiera verla y que no me reconociese; y mi sueño sería el vivir y morir á su lado con un nombre supuesto. Para desear esto he necesitado saber la verdad.

—¿Que supistéis?

—Que su hermano, feliz en la India, no piensa volver á Francia.

—¿La escribo?

—Sí. Ella cree que quien la escribó soy yo.

—¿Desde cuando sabéis eso?

—Desde hace ocho días nada más. Por espacio de diez años creí que me despreciaba, que su corazón, abierto para su hermano verdadero, estaba lleno de odio y desprecio para mí. Por espacio de diez años permanecí en el presidio no pensando ni un solo día en escaparme. Desde hace ocho días sé que el hombre á quien usurpé el nombre está en las Indias y que ella no le conoce. ¿Comprendes?

—Sí,—murmuró Vanda quedándose pensativa.

Milón, que entró en el camarote, interrumpió al Cientodieciséte.

—¡Amo! ¡amo!—exclamó.—La tempestad va en aumento. Los marineros tienen miedo de que el viento nos arroje á la costa.

—Vamos, pues—contestó el Cientodieciséte.

Y subió apresuradamente á la cubierta, arrancó la bocina de manos del patrón y mandó la maniobra, y durante el resto de la noche, aquel hombre, que había estado car-

gado de cadenas el día antes, dominó la tempestad luchando con ella á brazo partido.

A la mañana siguiente amainó el viento. Al cesar la lluvia y en lontananza, hacia el Norte, aparecían las blancas rocas que dominan á Tolón, envueltas en la bruma. Y poco después resonaron cuatro cañonazos, y el estampido de las detonaciones llegó á oídos del Cientodieciséte y de sus compañeros.

—Uno por mí,—dijo el Cientodieciséte sin abandonar el banco de cuarto—otro por Milón, otro por el verdugo y otro por el reco. Han descubierto nuestra fuga, pero un poco tarde.

Amo,—dijo Milón—¿quién sois que deteneis la cuchilla pronta á cortar una cabeza y que domináis las cóleras del mar?

—¿Quién eres, demonio—dijo Vanda—que

tu mirada penetra en el fondo de mi alma y la trastorna?

—Amo,—murmuró el condenado—¿quién sois que me arrancásteis del cadalso?

—¿Y mi, amo,—añadió el verdugo,—á quien tendisteis la mano, no me será permitido preguntaros vuestro nombre?

—Esperad,—contestó el Cientodieciséte.

La tempestad se había calmado, el clipper, á la voz de su capitán, desplegó todas sus velas y se alejó velozmente viento en popa y luego, cuando entre las brumas se perdieron de vista las costas de Francia, el Cientodieciséte, sonriéndose, dijo:

—¿Queréis saber mi nombre? Me llamo ROCAMBOLE.

Y el clipper signió hacia alta mar.

—FIN DEL PROLOGO.—

ANIL

MA DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS



EL PRESIDIO DE TOLON

PRIMERA PARTE

ANTONIETA

I.

Hay una hora en invierno casi única, las seis de la mañana, en que el faubourg de Saint-Honoré está silencioso y desierto como una necrópolis.

Los carruajes que han circulado toda la noche regresaron á sus cocheras, los bailes han concluido, los aristocráticos habitantes del noble barrio apagan las bujías, y la clase media y la baja, como suele decirse, no se ha levantado todavía.

Gracias si en un rincón de la calle se vé á un carnicero ó á un frutero, al volver del mercado, abrir sus tiendas.

En ninguna calle reina soledad más completa que en la de Anjou-Saint-Honoré.

Hay en ella más hotelitos que casas particulares; los que habitan en aquellos no piensan ni en la frialdad de la mañana ni en la menuda lluvia que se desprende, sobre todo á aquella hora, de las nubes que envuelven en Noviembre el cielo de París como un sudario.

Sin embargo, en el número diecinueve, antes de las seis de la mañana, cuando aún enmudecía el barrio el ruido de los carruajes

que regresaban á distintos hoteles, se abría una ventana en el segundo piso; detrás de los cristales distinguíase la luz de una lámpara desde entonces inmóvil y acerca de cuya luz el transeunte más torpe no podía equivocarse; era la de una lámpara de trabajo.

Algunas veces, en la época en que da principio nuestra narración, una persona que hubiese estado oculta en el portal de una casa vecina, habría podido ver, al levantar la cabeza, una de mujer y el rostro casto y cándido de una joven expuesto durante unos cuantos minutos al aire frío de la mañana, medio enérgico de desaparecer y alejar el sueño.

Cerrábase después la ventana, sentándose la joven detrás de los cristales, al lado de una mesa que sostenía la lámpara con pantalla, y comenzaba á trabajar; pero no á coser ni á bordar, como pudiera creerse, sino entregándose á un trabajo que pertenecía á un orden más elevado.

Encima de la mesa, al lado de la lámpara, había un libro que la joven consultaba sin dejar de escribir.

Una mañana de los últimos días de Noviembre de 18... entre las cuatro y cinco, dos jóvenes que desembocaron por la calle

de Suresnes, tomaron la acera de la derecha la opuesta, por consiguiente, á la de la casa señalada con el número diecinueve. Con el cuello de sus abrigos levantado, el cigarro en la boca y las manos en los bolsillos, hablaban en voz baja.

—Vas á ver,—dijo uno,—como en casa de mi prima la marquesa de Bois-Handry, de donde venimos, y á la que es fama concurren las mujeres más bonitas de París, no hubo una más hermosa.

—Has perdido el juicio,—contestó el otro,—querido Agenor.

—¿Por qué?

—Estás enamorado ó loco, que es lo mismo. ¿Qué edad tienes?

—Veintiseis años; ya lo sabes.

—La edad justifica mi máxima: los hombres que, como nosotros, tienen cincuenta mil libras de renta, no deben entretenerse con semejantes intrigas. Tenemos en el mundo una multitud de mujeres de treinta á cuarenta años, que á más de ser encantadoras son compasivas.

—Bien, ¿y luego?

—Además tenemos un número considerable de damas de teatro, ó de otra parte, que honran á un miembro del club de los Espárragos.

—Es verdad.

—Y confiesa que buscar otra cosa es necesidad.

—Sígueme y la verás,—dijo el que su amiga había llamado Agenor.

Se detuvieron delante del número diecinueve en el momento en que la ventana acababa de abrirse y de aparecer el hermoso rostro anunciado, y en el que proyectaba la lámpara toda su claridad.

—Dime francamente lo que te parece,—dijo Agenor.

El otro caló el monóculo y miró con singular fijeza á la joven.

—Palabra de honor y tan cierto como me llamó de Oscar de Marigny, digo que es una mujer encantadora.

—¿Lo ves?

—¿Y qué piensas hacer?

—Soy lo que los ingleses llaman excéntrico: lo cual quiere decir que tengo ideas propias,—contestó Agenor,—con esto quiero decir que haré lo contrario que haría otro cualquiera.

—Al menos intentas parecerlo,—dijo Oscar con cierto dejo irónico.

—Sea, pero escucha; cuando me ame, y á un hombre como yo se le ama siempre, la presentaré un día en la carreras de Chantilly y será una sorpresa para todos.

—Perfectamente. ¿Pero te amará?

—Así lo espero.

—Mira que puede ser muy honrada.

—Lo es, pero tengo mis informes.

—¿Qué es lo que hace?

—Escribe.

—¿Es una marisabidilla?

—No, traduce del inglés, á diez francos el pliego; para un librero que los vende á sesenta á un periódico.

—¡Pobre muchacha! ¿Es tan instruida?

Ha estado al frente de un colegio: dibuja, toca el piano, y habla el inglés como nosotros que somos sportmen.

—¿Es huérfana, sin duda?

—Sí y no.

—Eso se explica con más dificultad que la traducción del inglés.

—Escucha, querido; mi ayuda de cámara es un muchacho inteligente, y le mandé á la descubierta. Por dos luisas, el portero de la casa charló todo lo que quiso, contestando á todas sus preguntas. He aquí el resultado de todas sus investigaciones. Esa joven ha estado al frente de un colegio, cuya directora la educó con tanta solicitud y cariño como si fuera su hija. Pero el colegio, de fracaso en fracaso, tuvo que cerrarse.

—¿Entonces la joven salió de él?

—No; se hizo cargo de la directora, que estaba enferma, medio ciega y arruinada, y para hacer frente á todo, trabajó con afán. Por la noche traduce y por el día da lecciones de dibujo y de música. Viste con gran modestia y se desayuna con un panecito de cinco céntimos y á pesar de todos esos esfuerzos de trabajo y esos milagros de economía no conseguía salir adelante, cuando la situación de su antigua protectora empeoró de pronto y la necesidad de consultar á médicos célebres, de comprar medicamentos costosos, se unió el tener que suspender las traducciones durante muchas noches para atender á la enferma.

—¿Y se presentó la miseria?

—Sí, la miseria, querido. El alquiler está sin pagar y el dios de los enamorados quiso que el propietario de la finca justificase con su carácter el nombre grotesco y odioso que lleva. Se llama Durpillard. Ya puedes figu-

arte que cuando me presenté como *deus ex machina* seré bien recibido.

Oscar se encogió de hombros.

—Perdóname, querido; te creía hace poco un inocente y me resultas un miserable. Cree que, por muy corrompido que yo esté, no seguiría ese camino.

—¡Bah!

—Las mujeres independientes pueden amarnos ó no; pero especular con la miseria para seducir á una joven cándida, ¿no es una acción vergonzosa? ¿no es un ultraje hecho á la sociedad?—observó Oscar de Marigny.

—Yo también me he dicho todo eso,—dijo Agenor,—solo que....

—¿Qué?

—Me contesté que lo que yo no hiciera podría hacerlo otro, con lo cual nada ganaría esa muchacha.

Oscar no contestó.

—Además, yo no soy hombre capaz de abandonar á una mujer. Por último la amo hasta el extremo de no dormir y no encontrar gusto al tabaco. Hé aquí mi excusa.

—¿Quieres que te dé un consejo?—dijo Oscar.

—Veamos.

—Hace mucho tiempo que eres mayor de edad, dueño de tu fortuna y árbitro de hacer lo que se te antoje.

—Sí.

—Ella ha recibido una educación esmerada, y si lo que me dijistes es verdad, tiene un corazón de oro.

—Adelante.

—Cásate con ella.

Agenor lanzó una ruidosa carcajada.

—¡Estás loco!... No tiene sentido común lo que dices.

—Sea; pero no quiero ser tu cómplice; adiós, me voy á acostar.

Y el amigo de Agenor se alejó, dejando á éste delante de la casa número diecinueve.

El día empezaba á apuntar y la laboriosa joven apagó la lámpara.

II.

El cuarto de la joven que preocupaba tanto á Agenor, estaba situado en el segundo piso y tenía vistas á la calle. El aspecto exterior

de la casa era bueno; el cuarto más caro tenía dos mil francos, y el más barato ochocientos. En uno de estos últimos vivía la señorita Antonieta.

No se la conocía otro nombre; ella misma ignoraba el apellido de sus padres.

La maestra de niñas impedida, de la que se hiciera cargo la señorita Antonieta, se llamaba la señora Raynaud, y había ocupado una buena posición. Casada con un profesor del Liceo de Carlomagno, se dedicó, como él, á la enseñanza, estableciendo un colegio de niñas; pero murió su marido, y desde este día comenzó á perder lentamente su fortuna hasta que desapareció.

Había educado, entre otras, á dos jóvenes que un día le confiaron con gran misterio, entregándole adelantado y espléndidamente por cierto, el importe del primer año de la pensión; más pasó el tiempo, y al año siguiente no se presentó la señora á quien las niñas llamaban mamá. La señora Raynaud la esperó en vano. La pensión no se pagaba y transcurrían los años. La directora del colegio adoptó á las dos huérfanas; el día en que se consumó su ruina, las dos jóvenes, que tenían dieciocho años á la sazón, la dijeron sencillamente:

—Habeis sido nuestra madre; trabajaremos y seremos vuestras hijas.

Una ellas, Magdalena, entró á desempeñar en un colegio el cargo de subdirectora. La otra, Antonieta, no quiso separarse de su madre adoptiva.

Un día, un año antes de la época en que comienza nuestra narración, Magdalena creyó asegurado su porvenir. Una familia rusa la recibió en su casa en calidad de dama de compañía.

Esta familia emprendió un viaje, y Magdalena la acompañó, y todos los meses enviaba una pequeña cantidad á su hermana; el trabajo incesante de las dos jóvenes bastaba para atender á las necesidades modestas de la pobre enferma y de la casa, hasta que de pronto se agravó la dolencia de la señora Raynaud hasta el punto de poner en peligro su existencia. La situación, de desahogada que era, se hizo insostenible. Debían madre é hija adoptiva, al abrir esta primera parte de nuestro libro, los trimestres venidos en Julio y en Octubre.

Pero una y otra eran demasiado orgullosas, como decía la señora Felipa, portera de

la casa, para pedir auxilio á nadie: antes hubieran dejado vender todo su mobiliario.

Antonietta, después de haber pasado quince noches consecutivas á la cabecera del lecho de la señora Raynaud, reanudó sus tareas cotidianas, no bien los médicos creyeron inútil que se la velase de noche.

Se levantaba á las cuatro, encendía su lámpara y se ponía á traducir novelas inglesas. A las siete entraba de puntillas en el cuarto de la enferma: si dormía todavía, se retiraba, y si no, se estaba media hora hablando con ella. A las ocho subía la portera á hacer los quehaceres de la casa.

A esta hora se vestía Antonietta; se peinaba sencillamente, se ponía un cuello liso sobre su modesto vestido, un sombrero muy sencillo, y echándose un mantón ordinario sobre los hombros salía á dar sus lecciones. A las once volvía á su casa, y de nuevo se ponía á traducir hasta las cuatro. Desde esta hora se consagraba enteramente á las faenas domésticas, y al verla así, decía muchas veces la señora Raynaud, llorando amargamente:

—¡Dios mío! ¿Por qué no me lleváis, si quiera para librar de mi peso á esta pobre niña?

Cuando llegaban estas palabras á los oídos de Antonietta, abrazaba tiernamente á la pobre impedida y la decía:

—¡Oh eso está muy mal. ¿Y qué sería de mí sin tí?

Después de las explicaciones que preceden, no faltará quien crea que la señorita Antonietta era una joven alta, pálida, de esbelto talle, de manos diáfnas, en una palabra, una verdadera madona de Rafael. Nada más lejos de la verdad, pues era de mediana estatura, más bien gruesa que delgada, se reía á menudo, no desesperaba nunca de lo porvenir, y acostumbraba á decir que Dios da fuerza física y alegría á los que trabajan con fé.

Como se ve, en este tipo no había nada de romanticismo; y, sin embargo, aquel día tenía los ojos encarnados como si hubiera llorado mucho.

Acababa de escribir á su hermana la carta siguiente:

"Mi querida Magdalena: No he querido entristecerte inútilmente mientras creí el mal sin remedio.

"Hoy, que con la ayuda de Dios recobré

ánimo; hoy que abrigo la esperanza de que se alejan los días de prueba, no vacilo en decirte lo mucho que he sufrido por espacio de seis meses.

"Mamá Raynaud estuvo al borde de la tumba, habiendo perdido la vista por completo y quebrantándose algo su razón. Yo no podía vacilar, y no vacilé; consulté á los mejores médicos de París.

"Al poco tiempo desaparecieron nuestros ahorros; por nada del mundo quería yo que la asistiesen gratuitamente y, por otra parte, vivimos en una casa decente, y los muebles que poseemos, aunque pocos y sencillos, son buenos: no podíamos pasar por pobres vergonzantes y lo pagué todo; pero llegó á agravarse tanto la enfermedad, que tuve que suspender mis trabajos por espacio de quince días ¡una ruina! Debe dos trimestres de casa, es decir cuatrocientos francos, y no sé de donde sacarlos.

"Hoy espero al editor de las novelas inglesas que estoy traduciendo. Me debe cien francos, pero no me atrevo á esperar que me haga ningún adelanto. Es muy avaro. Sin embargo, para mañana necesito cuatrocientos francos.

"El dueño de la casa está en el campo desde Mayo, y el portero es el que cobra. En las novelas y en el mundo se suele hablar muy mal de los porteros. Sin embargo, Felipe y su mujer, son exceles; y él me ha dicho, que mientras el dueño no regrese, no tengo por qué apurarme. Sé que regresa mañana, y tengo entendido que es hombre terrible tratándose de intereses, y cada vez que pienso en que puede embargarnos y ponernos en mitad de la calle, me dan sudores de muerte, porque á mamá le costaría la vida.

"¡Ay, hermana mía! ¡qué pesada es la vida para las mujeres honradas! Pero, ¡qué le hemos de hacer! Así hemos nacido y así moriremos.

"¿Te acuerdas de nuestra infancia, de nuestra verdadera madre, á quien no hemos vuelto á ver, del pobre Milón y del jardín en que jugábamos y que no he podido encontrar por más que he recorrido todo París de un extremo á otro? Sin duda ha desaparecido.

"¿Dónde está nuestra madre? ¿Dónde está Milón? ¿Cómo nos llamamos? ¡Misterio! Pier-

so esto en presencia de la cruel necesidad en que me veo.

"Tal vez el editor acceda á mis súplicas y por otra parte, acaso el dueño de la casa no sea tan fiera como le pintan... Si me concediera un plazo estaba vencida la situación. En cuatro días traduzco un pliego; gano, pues, cuatrocientos francos al mes. Trabajaré cuatro horas más todos los días por espacio de un mes. Todo es cuestión de horas.

"El editor ha de venir antes de las nueve. Son las ocho próximamente. ¡Si vieras como me palpita el corazón porque no sé que hacer! Pero no te aflijas, hermana mía; confío en nuestra buena estrella, que si se ha eclipsado algunas veces, ha sido para aparecer de nuevo.

"Mañana te escribiré, anunciándote acaso una gran victoria."

En este punto fué interrumpida Antonietta por dos golpes que dieron á la puerta.

—Entrad,—dijo creyendo que era la portera.

Pero no era ésta, sino su marido.

El señor Felipe entró de puntillas y como temeroso.

—¡Pobre señorita!—exclamó viendo la mesa cubierta de cuartillas;—acabaráis por caer mala.

—Es preciso trabajar,—respondió Antonietta sonriendo tristemente porque tenía el presentimiento de que el portero iba á participarle el regreso del amo de la casa. El portero tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Por quien soy, señorita,—dijo con voz conmovida,—que no sé cómo deciros....

—Hablad sin temor,—contestó Antonietta.

III.

El portero daba vueltas y más vueltas á la gorra que tenía en las manos. Después, bajando los ojos, dijo:

—El señor Durpillard regresó á París.

—Lo esperaba,—contestó Antonietta,—pero no desconfío de poderle pagar.

El señor Felipe respiró.

—Dentro de tres días termina el mes,—prosiguió Antonietta,—me deben cien francos, y el editor para quien trabajo....

—¡Ah, señorita!—exclamó el portero;—dentro de tres días será demasiado tarde. ¿No sabéis quien es el señor Durpillard? Es

un hombre que solo conoce á su dinero. Llegó anteayer por la mañana... no quise decir nada y prohíbe á mi mujer que os hablara del particular... En cuanto supo que no habíais pagado, montó en colera y....

—Proseguid,—dijo Antonietta poniéndose pálida.

—Es un hombre que tiene entrañas de fiero... Sabe que tenéis con que responder; pero....

—Pero, en fin, ¿qué hizo?

—Enviarme una orden judicial para que pagaseis en el término de veinticuatro horas.

El pobre hombre enseñó á la joven el mandato, y Antonia se estremeció.

El portero continuó:

—Nosotros, señorita, como sabéis, somos unos pobres que nunca hemos podido reunir cuatrocientos francos; pero mi mujer tiene un hermano que es cochero de una gran casa; para él cuatrocientos francos es una bicocha. Yo mismo fui á buscarle á casa de su amo el vizconde de H... ¡No estaba en París! Le he escrito; pero no tendré contestación en tres días, y hoy mismo vendrá el juzgado.

—¡Hoy mismo!—repitió Antonietta.

Teníamos por la tarde dos cubiertos de plata y un reloj. Mi mujer lo llevó al Monte y la dieron noventa francos, los mismos que traigo. Pero esto no es bastante....

Antonia se quedó como petrificada.

—Y creyendo que teníais que recibir algo de vuestras lecciones ó de ese caballero que viene todos los días á buscar las traducciones.

—No tengo veinte francos en casa,—respondió Antonia,—pero el señor Rousselet me debe cien francos.

—Y noventa que tenéis aquí,—añadió el portero dejando encima de la mesa tímidamente cuatro piezas de oro y dos escudos.—Tenemos cerca de la mitad.... Al principio, pensé ir á ver al procurador.... Pero es tan inflexible como su cliente.... No me haré caso.

Antonietta se llevó las manos á la frente.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—murmuró.

—Si no se tratase más que de vos ¡qué diablo! sois animosa, señorita. Por fea que sea la justicia, no os asustaría... Pero la pobre enferma... Temo que este golpe sea fatal para ella.

—¿Cómo encontrar doscientos francos antes de medio día!—murmuró la joven enbriándose con el pañuelo el semblante enrojecido por el rubor.

La portera abrió en este momento la puerta, diciendo:

—Señorita, el editor.

Y se retiró para dejar entrar al comerciante en traducciones.

El portero salió discretamente dejando los noventa francos sobre la mesa.

Las cuatro monedas de oro y los dos escudos fueron los primeros objetos que llamaron la atención al editor.

—¡Eh! ¡eh! ¡eh!... —dijo— decididamente es un buen oficio el de literata; se nada en oro.

Al oír estas palabras, de encendida que estaba, Antonieta se puso pálida y creyó morir.

Aquellas monedas prestadas por el Monte de Piedad, representaban la abnegación de los pobres porteros.

El librero-editor, señor Rousselet, era un magnífico tipo. Era grueso, calvo, y, al parecer, de carácter jovial.

Comercia en manuscritos; compraba novelas y traducciones por un pedazo de pan, y las vendía a los periódicos a quince ó veinte céntimos la línea, y pagaba sus compras en pagarés que no recogía nunca sine después de protestados; permitiendo protestasen su firma, hacía imposible el desquite á no ser en casa de un usurero, cuñado suyo á la vez que cómplice, que cobraba por comisión treinta ó cuarenta por ciento. Con el corazón en la mano, jovial y bromista, se dejaba condescender por los infelices á quienes condenaba á morir de hambre todo el año. Se sentó sin miramiento alguno delante de Antonieta.

—Y bien, señorita,—dijo,—¿dónde llegamos?

—Creo, señor Rousselet, que habré terminado el tomo antes de que acabe la semana. Solo me faltan tres capítulos.

El editor permaneció impasible, porque tenía más olfato que un sabueso, y la presencia del portero y la tristeza de Antonia habían sido para él una revelación, y adivinó que Antonieta se hallaba en un gran apuro.

—No estoy muy satisfecho,—dijo,—de vuestra última traducción, señorita.

Antonia se estremeció.

—Yo no soy inteligente, pero me la han devuelto en *El Propagandista* á pretexto de que había sido hecha precipitadamente.

—Yo os aseguro,—balbuceó la joven,—que siempre trabajo á conciencia.

—No digo yo que no... pero un descuido... de eso nadie está libre... El señor Scribe se ha equivocado cien veces... La verdad es que la traducción duerme en mi casa el sueño de los justos... por el momento al menos...

Antonieta, armándose de valor, dijo resueltamente:

—Os esperaba para pedir un favor.

—Si, os debe cien francos; á fin de mes, es decir, el lunes, saldaremos esta cuenta.

—Sin embargo,—balbuceó Antonieta,—una necesidad imperiosa...

—Si necesitáis absolutamente dinero... voy á ver lo que llevo encima.

Se metió la mano en el grasiento bolsillo y sacó tres napoleones.

—És aquí toda mi fortuna, hoy por hoy,—dijo.—Los negocios van muy mal; tomad eso á cuenta.

Y dejó el dinero sobre la mesa, cogiendo después las cuartillas.

Antonieta palideció otra vez.

—Necesito trescientos francos,—dijo,—con sesenta no hago nada.

Rousselet dió un salto en su silla.

—El lujo arruina á las mujeres. ¿Es que queréis comprar un pañolón de Cachemira? Y levantándose de repente, añadió:

—¡Trescientos francos, y así de un golpe! Decididamente no puedo prepercionároslos.

Esta mañana me han protestado un pagaré...

Adiós, señorita; volveré el lunes por lo que falta del tomo, y saldaremos esa pequeña cuenta. Trabajad, que con el trabajo se sale siempre de apuros.

Saludó y salió, llevándose las últimas cuartillas escritas por Antonieta, que se quedó estupefacta é inmóvil.

—Eran las nueve de la mañana.

La señora Felipe entreabrió la puerta y vió á Antonieta llorando.

—Señorita,—la dijo,—creo que si llevarais ese dinero al señor Durpillard, os esperría algunos días.

—¡Ah!—dijo Antonieta,—que no pude contener un grito de esperanza y alegría.

IV

La señora Felipe tenía mejor opinión que su marido, del terrible señor Durpillard, y en su concepto, era más el ruido que la realidad y la vista de las siete monedas de oro calmarían su enojo.

Antonieta escuchaba sin atreverse á creer y vistiéndose al mismo tiempo. En esto se oyó la voz de la señora Raynaud que la llamaba.

—Voy, mamá,—contestó Antonieta enjugándose los ojos.

Entró en la habitación de la enferma, que aquel día se despertó más tarde de lo que acostumbraba.

—¡Pobre hija mía!—dijo la antigua directora—¡qué cansada debes estar!

—No, mamá.

—Te has levantado á las cuatro.

—¡Son tan largas las noches! Además, me distrae más el traducir que el dar lecciones, y sin embargo esto último es más lucrativo.

—He soñado toda la noche contigo, querida niña,—dijo la señora Raynaud.

—¿Sí? ¿Y qué habéis soñado?

—Un hermoso sueño: que eras rica y dichosa, y que estabas casada con un hombre á quien amabas y que te correspondía,—continuó la enferma.

—Con razón se dice que los sueños son mentira, pobre mamá,—observó Antonieta que se puso pensativa.

—¿Por qué?

—Porque yo no seré nunca rica, y los hombres del día no se casan sino con mujeres que tengan una gran dote.

—¡Quién sabe! ¿Eres tan hermosa y tan buena!

—Mientras se presenta ese desconocido, voy á dar mis lecciones. ¿No es lo más juicioso?

Antonieta, después de echarse un chal sobre los hombros, salió de la habitación y la portera la dijo:

—Pero, ¿vais á salir sin desayunaros? Debéis tomar un vaso de leche, señorita.

—No tengo ganas,—contestó Antonieta.—Además, no puedo perder un momento. ¿Dónde vive el señor Durpillard?

—A dos pasos de aquí, en la calle de Angulema, número treinta y tres. Si tuvierais la fortuna de encontrar en casa á la señora... ¡Es más buena!

Antonieta guardó en el portamonedas los siete napoleones de oro y salió.

Al franquear el dintel de la puerta de la calle, vió en la acera opuesta á un joven que se paseaba con las manos metidas en los bolsillos y un cigarro en la boca. Pasó precipitadamente por delante de él, y él la siguió con afectación. Antonieta apretó el paso; el joven hizo lo mismo.

La joven tuvo miedo, porque la desgracia es cobarde: ¿qué podía querer de ella aquel hombre? Por fortuna la calle de Angulema está cerca de la de Anjou; algunos minutos bastaron á la joven para llegar á casa del señor Durpillard.

El señor Durpillard no vivía en una suya, porque esto equivale á tener á todas horas á sus inquilinos encima; unos piden obras ó composturas, otros exigen plazos para pagar. Vivía en un quinto piso que le costaba mil doscientos francos de alquiler.

El corazón de Antonieta palpitó con violencia al llamar. Una maritornes salió á abrir la puerta, preguntando con insolencia:

—¿Quién sois?

—Una inquilina del señor Durpillard—le contestó Antonia.

—Si venís á pedir algo, perdeis el tiempo, porque mi señor dice á todo que no.

—Le traigo dinero—contestó Antonieta.

La maritornes, al oír esto que fué como un reclamo, abrió la puerta de par en par, haciendo pasar á la joven á una habitación, en la que estaban almorzando la señora y el señor Durpillard con mucha frugalidad, como personas que saben lo que cuesta ganar el dinero.

—Señor—dijo la maritornes,—esta joven dice que trae dinero.

Antonieta saludó.

El señor Durpillard era hombre de mediana estatura, grueso, completamente calvo; su nariz se parecía al pico de un buitre; sus ojos tenían una mirada bestial y feroz.

—¡Ah, ah!—exclamó.—Sois la inquilina del segundo de la calle de Anjou, ¿no es verdad?

—Sí, señor—contestó Antonia.

—Tranquilizaos, señorita—dijo la señora Durpillard, mujer gruesa de rostro rubicundo.

—Si me hubiera estado mano sobre mano, no tendría el gusto de veros por mi casa; ha sido necesario que os enviase un pliego de

papel sellado, para ver el color de vuestro dinero.

—Caballero. murmuró Antonieta.

—¡Dos trimestres de atraso!—exclamó el señor Durpillard.—No volveré a consentir semejante abuso. Por primera providencia despediré al portero, que tan mal cuida mis intereses.

—Señor Durpillard.

—En cuanto a vos y a vuestra madre, tampoco podéis permanecer en mi casa. A mí me gusta la formalidad ante todo. Cuando era comerciante, pagaba las letras el día mismo de su vencimiento. El hujier no ha puesto nunca los pies en mi casa.

—Caballero,—dijo Antonieta con calma y dignidad,—hace tres años que vivo en vuestra casa; he pagado siempre con exactitud, y si mi madre no hubiera caído enferma. . . .

—Antes de llamar al médico se debe pagar al casero.

—¿Queríais que hubiese dejado morir a mi madre?—exclamó Antonieta indignada.

—No; pero debéis saber que hay hospitales y la caridad pública.

—¡Qué cruel sois! ¿No habéis necesitado nunca a nadie?

—Nunca. Lo que soy me lo debo a mí mismo. Tal como me véis, señorita, he sido mozo de almacén y trabajado mucho, barrido la acera y la tienda de mi principal, padre de la señorita Durpillard, que está aquí presente. Pero esto nada tiene que ver con lo que voy a deciros. He aquí el recibo de la cantidad que me traéis y en cambio me firmaréis un documento dándoos por despedida de la casa.

—¡Oh! caballero,—dijo Antonieta,—no tenéis compasión. Mi madre continúa enferma.

—Razón más para que vaya a morir a otra parte. Un entierro en mi casa, ¡gracias! Esto perjudica siempre.

—¡Caballero. por favor!

—Despachemos cuanto antes. Entregadme ese dinero.

—Sólo os traigo una cantidad a cuenta.

—¡A cuenta!

—Sí, señor.

—Pues habéis hecho mal en molestaros. Buenos días.

—Dentro de tres días,—repuso la joven,—termina el mes, y me pagarán las lecciones.

—Nada, nada, entendedos con el hujier. . .

La señora Durpillard intervino, porque como había dicho la señora Felipa, era mejor que su marido.

—Amigo mío,—dijo,—hazte cargo de que el plazo es corto. Esta señorita parece muy decente. Estoy segura de que cumplirá su palabra. ¿Por qué no tomáis a cuenta esa cantidad?

El señor Durpillard, dando un puñetazo en la mesa, exclamó:

—Os tengo dicho que no os mezcléis en mis asuntos. Si tiene seguridad de pagarme antes de fin de mes, no se venderán los muebles, pero se hará un embargo, al fin es una garantía.

Antonieta, indignada, se levantó, saludó a la señora Durpillard, y salió sin decir una palabra.

En la antesala la dijo la maritornes:

—Si hubiese sabido que sólo traías una cantidad a cuenta, no os dejo entrar, y así evitara muchas tonterías.

Antonieta bajó la escalera llorando amargamente.

En la calle se encontró cara a cara con el joven que la había seguido. Lanzó una exclamación y retrocedió, mientras que él se descubría respetuosamente, diciéndola:

—¿No sois la señorita Antonieta?

—¿Me conocéis?—baluceó la joven.

—Señorita,—contestó el joven,—me llamo Agenor de Morlux, y tengo que hablaros de vuestra madre adoptiva, la señora Raynaud.

Antonieta, al oír estas palabras, no pudo reprimir una exclamación de alegría, y creyó ver en el joven que la hablaba a un amigo.

V.

Agenor de Morlux era un gallardo joven, y su fisonomía revelaba un candor que sedujo a Antonieta.

—¿Es de veras que conocéis a mi madre?

—Sé vuestra historia, señorita, y tengo vivos deseos de cumplir un deber sagrado.

—¡Un deber!

Esta palabra, aguljoneando la curiosidad de la joven, triunfó un momento de sus angustias.

—Señorita,—continuó Agenor,—ya os he dicho que me apellido de Morlux: soy de

origen bretón. Me he educado en París al mismo tiempo que una de mis primas, la señorita de Beaurevert.

Este hombre fué para Antonieta como un nuevo jilón:

—La recuerdo. Tenía diez años más que yo, y estuvo en casa de la señora Raynaud.

—Sí, señorita.

—Salió de la pensión en 1850.

—Precisamente.

Este diálogo, entablado tan singularmente, tenía lugar en una acera de la calle de Angulema; calle casi desierta siempre.

—Espero que me perdonareis por hablaros en la calle, debiendo haberme presentado en vuestra casa. Pero cuando sepáis el motivo que me guía. . . .

—Hablad, caballero,—dijo Antonieta, que al fin pudo dominar su turbación.

—Tengo encargo de mi prima, hoy casada y rica; de buscar a la señora Raynaud. Debo confesaros que Paulina. . . .

—En efecto, se llamaba Paulina.

—Paulina,—prosiguió Agenor,—no tenía otro sostén que una tía pobre é impedida. Cobraba irregularmente su pensión. Cuando Paulina salió de la casa de la señora Raynaud, la debía un millar de francos.

El corazón de Antonieta latió con violencia.

—Hasta cuatro ó cinco años después no se casó mi prima. Hoy es feliz y rica, y me encargó que buscara, hace bastante tiempo, a la señora Raynaud y la pagase esa deuda.

Agenor hablaba con una ingenuidad que engañó a Antonieta.

—Soy un poco descuidado,—continuó,—y por otra parte, mis primeras pesquisas fueron infructuosas. La señora Raynaud, me dijeron, ha vendido su colegio. ¿Dónde encontrarla? Acaso habría muerto. Los atractivos de la vida de París me hicieron olvidar la misión que hacía aceptado. Hace ocho días me volví a escribir mi prima diciéndome: «La señora Raynaud está en París en la última miseria.» Dispensad que me sirva de esta palabra que por desgracia es exacta. Me puse en campaña, y por último, hasta esta mañana no supe dónde vivía.

Cuando os ví salir de casa hace algunos momentos, vacilé, pero ahora ya dejo vacilaciones a un lado porque veo que tenéis una pena muy grande.

La voz de Agenor revelaba una gran emo-

ción. Había de dar a su rostro una expresión conveniente al caso.

Antonieta creyó que Dios la enviaba un amigo, y con toda la espontaneidad y el abandono de la juventud honrada y franca, le refirió su historia, su vida laboriosa y el cariño que profesaba a la señora Raynaud y después lo referente a la enfermedad de ésta, causa de todos los apuros que estaban pasando, y por último, el brutal recibimiento que la había dispensado aquel hombre sin corazón, llamado Durpillard.

Agenor, después de escucharla, creyó que debía enjugarse una lágrima, y ésta contribuyó a que concluyese de captarse las simpatías de Antonieta.

—¡Ah!—prosiguió Antonieta.—Sois nuestro salvador. . . . Venid, venid, porque esos hombres van a llegar de un momento a otro y su vista matará a mi madre.

Mientras hablaban Antonieta y Agenor, se desprendía de la niebla una lluvia menuda.

—Señorita,—dijo Agenor,—no puedo dejaros ir a pie. Tomaremos un carruaje.

Y antes de que Antonieta pudiese negarse a aceptar, Agenor había mandado parar un carruaje de punto, abrió la portezuela, la hizo subir, se descubrió respetuosamente y deslizó en su mano un papel.

—Calle de Anjou, número diecinueve,—dijo al cochero.

Y saludando de nuevo, se alejó antes de que Antonieta, estupefacta, pudiera volver de su sorpresa y de su emoción; y menos decir una sola palabra.

La señora Felipe estaba en el dintel de la puerta de la calle, y cuál no sería su asombro al ver aparecer a Antonieta de un carruaje.

La honrada portera exclamó:

—¿Ha aceptado?

—Me puso en la puerta sin quererme escuchar,—dijo Antonieta.—Afortunadamente Dios ha venido en mi auxilio.

Y enseñó un billete de mil francos a la portera, que, loca de alegría y sin preguntar de dónde procedía el dinero, dejó caer la escoba que tenía en la mano y abrazó a la joven.

—¡Ah!—dijo la señora Felipe recogiendo el instrumento de su profesión y bendiciéndole con aire amenazador.—Ahora que venga el dueño y los hujieres. . . . hay con qué

pagar. ¡Que nos despida el dueño si quiere: no nos faltará donde ganar el pan trabajando.

VI.

La tarde de este mismo día, mientras la señora Raynaud, que se había levantado, dormitaba en un sillón, Antonieta terminaba la carta a su hermana Magdalena.

«Tenía razón, hermana mía, al decirte esta mañana que la posdata de mi carta sería la noticia de la victoria. He pagado todo lo que debía: los alquileres atrasados, los meses de asistencia de la pobre señora Felipe, algunas pequeñas deudas en el barrio, y aún me encuentro en posesión de más de quinientos francos. Así querida mía, no nos envíes nada este mes ni el que viene, pues tendrás ya necesidad de reponer tu guardarropa, que debe estar bastante deteriorado.

¿Cómo se ha operado este milagro? Voy a decirte.

(Aquí Antonieta refería ingenuamente su aventura de aquella mañana, dejando entrever gran entusiasmo respecto al joven tan distinguido, tan elegante y tan benditoso que se le había aparecido aquella mañana como un ángel al borde de un abismo.)

«Y figúrate que aun no lo he dicho a mamá: tengo deseos y temor de decirselo. . . . ¡Está tan débil!

«Atormento en vano mi imaginación y mi espíritu buscando un medio de preguntar algo a mamá acerca de Paulina Beurevert, pues tiene buena memoria y no la habrá olvidado.

«En fin, ¿qué quieres que te diga? Tengo necesidad de convencerme de la legitimidad de esta devolución. Desde esta mañana tengo dudas que llenan de temor mi alma, y hasta me acuerdo de estas crueles palabras que oí a dos jóvenes que pasaron a mi lado esta mañana:

—«Es una muchacha demasiado hermosa para ir a pie,—dijo uno de ellos.

«Sea lo que quiera, deseo salir dudas, y en cuanto mamá se despierte, porque ahora duerme en un gran sillón, la hablaré acerca del particular.

«Te abraza un millón de veces y besa tus sonrosadas mejillas y rubios cabellos, tuermana,

ANTONIETA.»

«P. D. 2^a. Después de leer esta carta, no he podido menos de admirarme de haber escrito un pliego de papel hablando de nuestro salvador. ¡Cómo se conoce que no tengo más que veinte años!»

Cuando Antonieta cerró la carta, se despertó la señora Raynaud.

—¿Todavía estás trabajando, hija mía?—dijo.

—No, mamá,—respondió Antonieta.—He estado hablando a Magdalena de ti, de mí, del antiguo colegio. No sé por qué me he acordado hoy de una de ellas,—añadió con mucha volubilidad,—a pesar de que tenía más años que yo.

—¿De quién?—preguntó la señora Raynaud, que hablaba siempre con gusto de las niñas que había educado y emprendieron el vuelo por el mundo.

—¿Te acuerdas de Paulina?

—¿Paulina Duval?

—No,—dijo Antonieta,—de Paulina Beurevert.

—¿Cómo no he de acordarme?—dijo la señora Raynaud muy conmovida de pronto.—¡Pobre muchacha!

—Era pobre, ¿no es verdad?

—Al contrario, su padre, el barón de Beurevert, tenía una gran fortuna.

—¡Ah!—exclamó Antonieta sintiendo que una angustia horrorosa la oprimía la garganta; mas concibió, sin embargo, una esperanza, esperanza verdaderamente insensata, la de que Paulina, al saber los apuros que pasaba su antigua institutriz, había apelado a pedir auxilio a su primo para una piadosa mentira.

—Pero ¿por qué al hablar de ella dijiste: «pobre muchacha?»

—Porque murió el día antes de casarse, a los diecinueve años,—respondió la señora Raynaud.

Antonieta lanzó un grito y cayó desmayada en su silla. Comprendía al fin y creyó oír vibrar todavía en sus oídos las obscenas palabras que los jóvenes habían proferido aquella mañana al decir que era digna de tener coche.

VII

—Señoras,—dijo el presidente del Club de los Espárragos en el momento en que la mayoría de sus miembros se reunían en el salón después de terminada la comida,—he recibido hoy una solicitud de admisión de un título extranjero, lo que, como veis, nada tiene de grave. Además el peticionario ocupa una buena posición.

¿De quién se trata?—preguntó uno de los miembros del círculo, el señor Oscar de Marnigny, a quien vimos la antevíspera a las seis de la mañana hablando con su amigo Agenor de Morliux en una de las aceras de la calle de Anjou.

—Apuesto a que se trata de lord Ewil,—dijo el baroncito Benjamín.

—No,—contestó el presidente,—lord Ewil está en la India. Además era miembro del club cuando vivía en París.

—¿Es el marqués de Santa Fé, ese raro napolitano que posee tan buenos caballos?

—Tampoco ese honrado.

—Será ese banquero holandés,—dijo Oscar,—que viaja solo con su cocinero y que mandó instalar los hornillos en el vagón.

—Voy a ayudaros a descifrar el enigma ya que este tenía esas proporciones,—contestó el presidente.—¿Quién de vosotros asistió a la primera representación de *El suplicio de una mujer*?

—Todos.

—¿No os acordáis de haber visto en un palco proscenio a una mujer muy morena, un poco pálida, de aspecto altanero y fatal?

—Sí,—contestó Oscar,—y confieso que no recuerdo haber visto hermosura más sinestra.

—¿Os acordáis de un hombre que entró en el palco, en el que ella estaba sola, al terminar el espectáculo y en el momento en que todos aplaudían?

—Sí, contestó Oscar.

—Ese hombre la echó un abrigo sobre los hombros, la ofreció el brazo y salió sin que nadie pudiera fijarse en él.

—Excepto yo,—dijo Oscar.—Es un hombre de mediana estatura que representa de treinta a treinta y seis años. Tiene los ojos

azules, la barba negra y espesa, manos pequeñas y el aspecto de gran señor. ¿Es él?

—Precisamente.

—Esta misma tarde he preguntado quiénes eran, y me han contestado que son rusos,—añadió Oscar.

—Rusos son.

—¿El marido y la mujer?

—Sí.

—¿Y es el marido el que quiere entrar en el club?

—Hé aquí su solicitud—contestó el presidente,—firmada por los señores B. y M. de R., nuestros dignos compañeros.

—¿Cómo se llama?—preguntó Agenor de Morliux, que entró en aquel momento.

—El mayor Avatar, tiene un nombre muy raro hasta para un ruso.

—Es un nombre indio.

—No es un nombre, es un verbo que significa encarnarse,—respondió el presidente.—Cuando os refiera su historia, que me ha referido un príncipe ruso a quien todos conocemos, el Coronel Karinoff, os explicaréis ese nombre.

Los circunstantes formaron círculo alrededor del presidente, que prosiguió en estos términos entre el humo de los cigarros:

—Ya sabéis que la Rusia moderna se parece bastante a la antigua Roma: asimila los pueblos vencidos y se los incorpora, trayendo a San Petersburgo para colmarlos de honores y sujetar con dorada cadena, lo mismo al circasiano vencido que al persa sometido. La Rusia de Europa es una provincia pequeña comparada con la Rusia Asiática. El pabellón que flota en las baterías de Cronstadt y en las neveras de Finlandia, se encuentra en el fondo de la India, y el czar cuenta hoy entre sus súbditos hombres de todas las religiones. El abuelo del mayor Avatar era indio, y su padre amigo íntimo del Schamy; después abandonó la causa del emir circasiano y se estableció con sus ganados, sus mujeres y sus esclavos en medio de los tziganos que acampan a orillas del mar de Azoff. A los quince años el mayor entró en San Petersburgo en el cuerpo de artillería. A los dieciocho le enviaron al Cáucaso, mandándole subteniente. Los circasianos le hicieron prisionero. Schamy, que estaba entonces en todo su apogeo, reconoció al hijo del amigo que le había hecho traición y qu-

so condenarle á muerte. Una hija de Schamy, con la cual repitió la novela del general Yussuf con la hija del bey de Argel, le salvó. El mayor ha viajado mucho. Ha visitado la India, cuna de su familia, y al servicio de la Compañía de Indias, conquistó el empleo de mayor. Todo esto después de haber estado seis años prisionero en el Cáucaso. Es rico, es valiente y tiene una mujer hermosa con la que se casó no sé dónde. Para terminar diré que no juega nunca; os propongo, pues, su admisión como miembro extranjero.

—¡Adoptado! ¡Adoptado!—dijeron todos y, como de costumbre, se procedió á la votación, y el mayor fué admitido.

—Señores—dijo el presidente sonriéndose, —estaba tan seguro de este resultado, que ayer invité al mayor Avatar á presentarse. Creo que el señor B. le servirá de introductor.

—¿Cuándo?

—Ya sabéis que B. no tiene nunca prisa. Va á su tertulia antes de venir aquí. Si se presenta á media noche, lo hará en obsequio del mayor.

El reloj dió las once y media y Oscar de Marigni dijo sonriendo:

—Señores, para matar el tiempo, supliquémos á Agenor que nos cuente la historia de sus amores.

—No—dijo Agenor,—la fruta no está aún madura.

—¿Pero al menos la habrás puesto al sol? Agenor miró á su amigo de reojo.

—¿Rabias de celos?

—Ya sabes como pienso en el asunto. Agenor se encogió de hombros.

—En vez de predicarme un sermón, júgame cinco lises á cinco puntos al ecarté. Quiero ahorrar para amueblar decentemente el cuarto de mi amada.

Se sentaron á una mesa de juego y continuaron la conversación.

—¿Has adelantado algo?

—La he hablado esta mañana.

—¿Te contestó?

—Siempre se contesta á un hombre que se presenta con un billete de mil francos en la mano, horas antes de hacerse un embargo.

—Amigo mío,—dijo Oscar en voz baja,—si no me das explicaciones más claras, te anuncio que no te creeré.

—Voy á explicarme. Cuando nos separamos encontré á mi ayuda de cámara que había adquirido nuevas noticias. Iban á embarcar todo lo que posee la pobre muchacha á instancias de su casero. La esperé. A las nueve salió. La seguí. No me engañé; iba á casa del casero, que vive en la calle de Angulema. Esperé de nuevo. Salió llorando; entonces me acerqué á ella y la hablé de la señora Raynaud y de una muchacha que se había educado en su colegio, suponiendo que era prima mía.

—¿Lo que no es verdad?

—En mi vida oí hablar de ella.

—¿Cómo averiguaste su nombre?

—Fué, Juan, que la víspera encontró en la tienda un papel en que se leían estas palabras: "Colegio de la señora Raynaud. Más abajo: "Premio de dibujo," y á renglón seguido: "Primer premio, á la señorita de Beaurevert. (Paulina) de Saint Malo." Con estos datos comencé la novela que ha tenido un éxito indecible.

—¿Y le diste el billete de mil francos?

—Todo lo delicadamente posible, pero está que lo recuperaré.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Esperaré algunos días.

—Bueno.

—Ella esperará en mí; á las muchachas les pasa eso.

—¿Luego?...

—La escribiré, entablando de este modo una casta correspondencia con buen fin, como dice el vulgo.

Oscar miró á su amigo.

—¿Y si caes en tus propias redes?

—¡Cualquier cosa!

—Amigo mío, todas esas mujeres perversas y coquetas de nuestro mundo que nos arruinan, son menos diplomáticas que una joven honrada que quiere un marido y no un amante.

—¡Bah!—dijo Agenor con fatuidad.

En aquel momento se oyó un rumor por los salones, y se presentó el mayor Avatar.

VIII.

El mayor Avatar era un hombre sereno y hasta un tanto frío al que presentó M. B., y dió las gracias por la honra que se le había dispensado, habló poco y no satisfizo sino

imperfectamente la curiosidad general, que esperaba la narración de sus aventuras.

Era, por otra parte, hombre de correcta distinción y hablaba un francés perfectamente puro como todos los rusos de la aristocracia. Se intentó varias veces hacer recaer la conversación sobre el Cáucaso.

El mayor respondió lacónicamente, dando algunos detalles muy breves, pero de una exactitud maravillosa, y haciendo comprender que el papel de narrador no era de su gusto. No jugaba nunca; pero era aficionado al billar, según dijo M. B....

No taré en presentarse uno que quisó jugar con él, y jugaba con tanta habilidad, que un momento después estaba materialmente rodeada de curiosos la mesa de billar del club.

—¿Dónde conociste al mayor, marqués? preguntó el presidente á M. B.... luego que se quedaron solos en el salón de fumar.

—En París, hace quince días.

—Creía que os habías conocido en el extranjero.

—No; voy á decirte como le conocí, que es de una manera menos superficial de lo que te figuras.

—Veamos.

—Ya sabes que he viajado mucho.

—Sí.

—He recorrido la Crimea, el Cáucaso, llegando hasta la Persia; de esto hace diez años. A mi regreso, me detuve en las orillas del mar de Azoff, y fui huésped del padre del mayor, que me habló mucho de su hijo, entonces prisionero de Schamy.

—¡Ah! Continúa.

—Hace quince días que el mayor se presentó en mi casa, invocando la hospitalidad que me dió su padre.

Yo como puedes figurarte,—añadió el M. Su de B.—me puse enseguida á su disposición. Mujeres encantadora, un tanto altanera, pero de un gran talento. En cuanto á su fortuna, no creo que pase de los límites regulares, á juzgar por el tren de su casa, que es de lo más sencillo. Habitan una pequeña casa en la villa Said, y sólo tienen un carruaje á la orden. Pero se dice que el mayor tiene magníficos caballos que trajo de Oriente, y que trotan de una manera admirable.

Mientras el M. de B... daba estos detalles al presidente, el mayor acababa su partida

de billar; se despidió de los socios del club y salió sin llamar la atención.

Eran las dos de la madrugada, y la noche clara y fría.

El mayor recorrió á pie los boulevares; á la altura de la Magdalena estaba parado un carruaje de un caballo.

Se acercó sin afectación, miró á su alrededor para ver si alguien le había seguido, abrió la portezuela, y una mano de mujer cogió la suya haciéndole subir.

—Ven,—dijo la del coche.—A pesar del calorífero que tengo á los pies estoy helándome. ¿Y bien?

—Es un hecho.—dijo el mayor.—Me presenté.

Y dijo al cochero:

—Villa Said.

El carruaje partió y el mayor prosiguió en estos términos:

—Gracia á tí me encarné perfectamente en la piel del mayor Avatar. Todos los documentos que me has proporcionado son exactos. ¿Le has conocido tú?

—Como á tí,—contestó la mujer.

—¿Estás segura de que ha muerto?

—Exhaló el último suspiro en mis brazos, en Marsella, hace tres años. Murió en un hotel en que nadie hablaba el ruso. Hice la declaración de su fallecimiento, pero bajo otro nombre, presintiendo que estos papeles podrían servirme algún día. Así que puedes estar tranquilo, amo,—añadió besándole la mano con respeto entusiasta.—Pero ¡qué necia soy! Olvidaba que tengo que darte una noticia.

—¡Ah!

—Ha llegado Milón.

—¡Por fin!—exclamó el mayor.

—Llegó una hora después que tu saliste, y te esperaba con impaciencia.

—Sin embargo, no podremos esta noche comenzar las pesquisas relativas al escondite.

—Ha ido á Roma, como le mandastes.

—¿También se ha encarnado en otro?—dijo el mayor echándose á reír.

—Sí; tiene todos los papeles relativos á la personalidad de José Bandoni, antiguo ayuda de cámara del príncipe Costa-Frederica; pero no es esto lo que le preocupa.

—Sí, lo sé. Quiere buscará las niñas, y yo el escondite; porque no tardará en llegar un momento en que se nos acabe el último car-

tucho del dinero que guardé como una para para la sed, al entrar en presidio y hemos de sostener nuestra posición.

El carruaje iba á buen paso.

Subió los campos Elísios, atravesó la glorieta de la Estrella y entró en la avenida de la Emperatriz.

A la entrada de la villa Saïd, un hombre de estatura colosal se paseaba por delante de la puerta, interrogando el horizonte y dando las señales de vivísima ansiedad.

—¡Ah! amo,—dijo en el momento en que se detuvo el carruaje,—hace dos horas que cuento los minutos.

Al apearse el mayor le besó respetuosamente la mano.

—¡Pobre viejo!—dijo el mayor.

Al pasar por delante del reverbero de la portera, le miró de pies á cabeza y le dijo:

—Veamos si supistes hacer una cabeza verdaderamente italiana; vamos, no está del todo mal.

Milón, porque era él, así como ya se habría adivinado el mayor Avatar era el Cientodiecisiete, estaba verdaderamente metamorfoseado. Habían transcurrido seis meses desde que los dos compañeros de cadena habían roto sus grilletes y recobrado su libertad.

El baque maltés que mandaba el Ciento diecisiete hizo rumbo á Italia.

Milón y el Cientodiecisiete se separaron momentáneamente.

Milón regresaba de Roma, donde un antiguo miembro del Club de los Explotadores, como lo era también Noel el herrero, proporciónó al nuevo discípulo del Cientodiecisiete un estado civil perfectamente arreglado.

El contraste de la barba negra y el pelo blanco, que daba á su fisonomía cierto carácter de dureza, le desfiguró por completo.

Durante los seis meses que acababan de transcurrir, había aprendido el italiano, con gran facilidad por cierto, porque era de origen provenzal y nunca se había podido corregir del acento lento y desagradable que es patrimonio de las razas meridionales.

Los tres entraron en el hotelito que el mayor Avatar había alquilado y amueblado, y a berlina se alejó.

La servidumbre del mayor Avatar se componía de un ayuda de cámara, bajo cuya librea habrían reconocido en el presidio de Tolón al herrero Noel, y de una cocinera

que Vanda tomara en Turín y que aponía sabía algunas palabras de francés.

—Ahora amigo mío—dijo el mayor cuando estuvieron solos en el tocador de Vanda;—hablemos.

Se quitó el abrigo forrado de pieles que usan generalmente los rusos de distinción que llegan á París, se puso una bata que le presentó Vanda, encendió un cigarro y colocó los pies en un taburete.

—Hablemos—repitió Milón como un eco.

—¿Tienes aún dinero?

—No, lo concluí, pero sé dónde está el tesoro.

—Al menos lo sabías.

Se estremeció Milón.

—¿Qué decís, amo?—dijo.—¿Lo encontrásteis ya?

—No, pero me temo que no lo encontraremos con tanta facilidad.

—¿Sé dónde está.

—¿Sabes que mientras hemos estado allá abajo, París ha sufrido un cambio radical?

—¿Y qué?

—Que han desaparecido muchas calles, construyéndose otras nuevas...

—Han podido destruir la casa, pero la cueva no.

—La cueva también. Ahora, dime en qué barrio hiciste ese extraño depósito.

—En el barrio de los Inválidos.

—¡Ah!

—Cerca de la Escuela Militar, entrando en la calle de Grenelle, en el Gros Caillou.

El mayor respiró.

—Afortunadamente ahí se hicieron pocos cambios. Mañana veremos. Ahora hablemos.

—Essecho—dijo Milón.

—¿No tienes datos acerca de los tíos de tus dos huérfanas?

—¿Por qué me lo preguntáis?

—¡Qué diantre!—respondió el Cientodiecisiete.—No es sólo ese dinero lo que necesitamos.

—¿Pues qué más, entonces?

—La fortuna robada por esos hombres á sus sobrinas.

—¿A tanto os comprometéis, amo!

—A sí lo haré,—respondió fríamente el barón.

Milón juntó las manos.

—Pobres hijas mías!—murmuró,—y una lágrima se desprendió de sus ojos.

IX

Al día siguiente, á eso de las doce, dos hombres atravesaban el puente de Alma con dirección á la esplanada de los Inválidos, y con sus blusas blancas, sus gorras de paño negro llenas de manchas de yeso y su paso pesado, parecían ser dos honrados hijos de Creuse ó de Limosin, de esos que acuden á París en busca de trabajo.

Uno de ellos, el más alto, se detuvo al llegar al extremo del puente, y dirigió á su alrededor una mirada investigadora.

La luna, desprendida de su acostumbrada aureola de niebla brillaba en el cielo.

—¡Cómo ha cambiado todo!—dijo.

—¿Te lo parece?

—¿Qué calle es esa que se extiende delante de nosotros?

—La prolongación de la avenida de Latour-Maubourg.

—Pero, ¿dónde está el Campo de Marte?

—A la derecha.

—En este caso tenemos que atravesarle; os he dicho que era á la entrada de la calle de Grenelle,—dijo Milón,—á quien volvemos á encontrar en compañía del Cientodiecisiete convertido en el mayor Avatar, y usando ambos un nuevo disfraz.—¡Oh! Es toda una historia, amo.

—Veamos.

—Un año antes que la señora se decidiese á sustraer á sus hijas al odio de sus hermanos, hizo un viaje á su país, á Alemania, y me dejó al cuidado del hotel.

Una parienta mía que habitaba en el Gros Caillou, tenía una tiendecita de vinos y licores, que frecuentaban los albañiles y obreros del barrio que iban á comer allí.

Durante la ausencia de mi señora, iba yo á verla algunas veces, y ya sabéis que me gusta beber un trago y jugar una partida de dados. Como por entonces no tenía nada qué hacer, acabé por ir todos los días, y me hice amigo de todos los albañiles y maestros de obras del barrio, hasta el punto de tutearme con todos.

La taberna era una especie de barraca de tablas, levantada en un solar de la calle, á la entrada á la derecha. El solar lo tenía alquilado por doce años el marido de mi pa-

riente. El pobre hombre murió, y en la época á que me refiero iba á terminar el arriendo.

Pero el propietario del terreno, que en un principio se habría propuesto levantar una gran casa, no lo hizo sin duda por falta de medios para ello; expirado el plazo, dejó á mi parienta tranquila, dividió el solar en dos partes iguales, y en una puso los cimientos de una casa.

La última vez que vi á mi parienta, la víspera del regreso de la señora, la encontré anegada en llanto. Se creía arruinada.

Transcurrido algún tiempo, volví á verla: estaba muy satisfecha y tenía la taberna llena de gente.

Daba de comer no sólo á los albañiles, si no además á los carpinteros y á los hojalateros empleados en la construcción de la nueva casa. El término de arriendo en vez de ser para ella una desgracia, fué su fortuna.

Al mismo tiempo que se levantaban las paredes que iban subiendo, se construían las cuevas. Por fin, la señora me confió la cajita que contenía un millón. Estuve durante cuarenta y ocho horas pensando dónde colocaría el dinero para que estuviese en seguridad. Ya sabéis que un hombre como yo no tiene imaginación.—añadió Milón,—y los pobres que tienen que ocultar un tesoro no tienen muchos sitios para elegir; lo esconden en su gergón ó hacen un agujero en las paredes de su cueva. Enseguida me acordé de ésta, pero como no tenía ninguna á mi disposición, pensé en aquellas cuevas que estaban haciendo en Gros-Caillou, al lado del tenducho de mi parienta.

No vacilé un momento más y fui tres días seguidos á la taberna y reanudé mi conocimiento con mis amigos los albañiles.

Al cuarto me presenté muy compungido. —¿Qué tienes Milón?—me dijo el destajista de la obra, un obrero limosino que me había tomado cariño porque decía que yo era el único que le podía hacer competencia bebiendo.

—Mi señora me ha despedido porque tuve una cuestión con ella,—le respondí.

—¿Y tenéis colocación?

—No, y no quiero volver á servir más.

—¿Podéis vivir de vuestra renta?

—No: lo primero porque no tengo rentas y después porque no viene bien eso de servir.

Quiero trabajar. No tengo aún cincuenta años y soy muy sólido como veis.

—Es verdad,—me dijo,—podrías ser un buen cantero ó un peón regular. Vamos, no hay inconveniente y os ajusto á razón de cien sueldos al día.

—No, no me acomoda; prefiero trabajar á destajo, á tanto por toesa de obra de fábrica.

—¡Chocaf! —me dijo.—Mañana á trabajar.

Bebimos una botella y me fuí.

Me presenté al día siguiente puntualmente en la obra y me preguntaron si quería trabajar arriba ó abajo.

Abajo,—dije,—el aire de las cuevas es más sano.

—¡Cómo se ve que os gusta echar un trago! —me dijo el destajista.

Milón se interrumpió al llegar á este punto. El Cientodieciséte y él estaban en el Campo de Marte.

—Debo decirlo, amo,—continuó el coloso,—que soy provenzal, he sido albañil en mis primeros años, habiendo trabajado en los alrededores de Marsella.

Pronto conoció el destajista que sabía el oficio en cuanto me vió cojer las herramientas.

—Vamos, muchacho,—me dijo,—creo que podremos entendernos.

Me encargó la construcción de una cueva, que era precisamente lo que yo quería.

Sueldos esto en el verano, y los que trabajaban á jornal entraban á las seis de la mañana y se iban á las seis de la tarde, pero los que tenían algún tajo, trabajaban una hora más, sobre todo siendo laboriosos, y en cuanto á mí, iba á la obra mucho antes de las seis y algunas veces á las cuatro y media.

Cuando tuve bien tomadas todas mis medidas y una mañana en que me hallaba sólo, á eso de las cinco menos cuarto, quité un sillar de su sitio y metí la arquilla en el hueco y después volví á colocar la piedra en su sitio cimentándola, ¡y ni visto ni oído!

Ya podéis suponer,—añadió ingenuamente Milón,—que una casa no se hace para ocho días, y pasarán quizá cien años antes que echen eso abajo.

—Perfectamente,—dijo el Cientodieciséte; con ligera ironía. ¿Pero no señalaste la piedra?

—No, es la sexta entrando á la izquierda.

—¿Y la cueva?

—Está al extremo de un corredor subterráneo que termina en la escalera de las cuevas.

—Muy bien; supongamos que la casa esté en pie todavía; ¿estaré habitada?

—Sin duda.

—¿Cómo piensas penetrar en la cueva?

—Tengo ya mi plan formado,—dijo Milón con aire ladino, y continuaron su camino.

—¿Y cómo abandonaste la obra?

—Muy sencillamente. Dos días después propuse una partida de á los cientos el patrón con dos litros como puesta; le negué un tanto, se enfadó, me enfadó yo más y la tiró las cartas á la cara. Como era yo más forzado que él, en vez de arrojarle sobre mí, me dió la cuenta, y me despidió con lo que yo volví á casa de mi señora.

—¿Y tu parienta?

—Me creyó culpable, como todo el mundo, pero no renegó de mí, porque de vez en cuando me enviaba allá abajo algún napoleón; hasta que llegó un día en que no supe nada más de ella, y me figuro que habrá muerto.

—Lo que parece indudable es que la taberna habrá pasado á otras manos.

—O habrán hecho casas en su lugar.

En aquel momento desembocaron en la calle de Grenelle.

—Ya hemos llegado—dijo Milón internándose en la calle.

El Cientodieciséte le siguió.

A las once de la noche estaba siempre desierto el barrio de Gros-Caillois, porque hacía mucho rato que los soldados estaban en el cuartel, y las tiendas cerradas lo mismo que las casas. No había ni un gato en la calle de Grenelle, y sólo se veía á lo lejos una farola verde que cambiaba de sitio.

—Dejemos que pase el ómnibus—dijo Milón señalándola y deteniéndose.

No bien pasó el ómnibus, los dos supuestos albañiles prosiguieron su camino.

Milón se detuvo de nuevo.

—Aquí es—dijo señalando á dos casas nuevas y como gemelas de las que una tenía un tinte más grisiento, y la otra estaba emplazada en el solar ocupado en otro tiempo por la taberna,

El coloso se fué á colocar delante de la primera y dijo en voz baja al Cientodieciséte:

—¡Aquí está el dinero!

X

La calle de Grenelle quedó tan desierta después de pasar el ómnibus, como el cementerio del Padre Lachaise ó el de Montmartre.

Milón se bajó y tocó con las manos los barrotes de hierro de un tragaluz.

—No es fácil entrar—dijo,—y aquí está.

—Explicame lo que piensas hacer—dijo el Cientodieciséte.

—Es muy sencillo—dijo Milón,—vengo provisto de los útiles necesarios.

—¿Qué útiles?

—Una lima.

—¿Y qué más?

—Una palanca para levantar la piedra.

—¿Eso es todo?—preguntó el Cientodieciséte sonriendo.

—Traigo, además, una cuerda atada á la cintura.

—¿Para qué?

—Para bajar á la cueva y poder subir luego.

—Perfectamente; pero antes de pasar adelante, vamos á sentarnos en aquella piedra.

Milón miró al amo con asombro.

—¡Sígueme! —le dijo éste con autoridad.

Milón le siguió.

El Cientodieciséte sacó del bolsillo una pipa, la cargó y la encendió tranquilamente.

—Tenemos en realidad,—dijo—el aspecto de unos albañiles que salen de estar unas copas de alguna taberna de los alrededores.

Milón esperó á que se explicase el Cientodieciséte.

Este encendió su pipa, y hasta que echó al aire la tercera bocanada de humo no se decidió á hablar.

—¿Cuánto tiempo hace que salistes de París?

—Hace once años—contestó el coloso.

—¿Sabes cuántos agentes de policía hay en París?

—Puede que haya doscientos ó trescientos....

—Hay dos mil, y en cada barrio una prevención.

—Bueno; pero yo trabajaré y mientras tanto estaréis al cuidado,—dijo Milón.

—Pero supongamos que nos sorprenden.

—¡Diablo!

—Volveremos á presidio por tentativa de robo con fractura.

—Pero como el dinero es nuestro no es un robo.

—Si puedes probar eso á la justicia cuando haya metido las narices en tus asuetos que efectivamente es tuyo, será señal de que eres muy listo.

—Si no es nuestro, es de las niñas....

—Sea.

—Y lo necesitamos.

—No digo que no. Solo que me parece inútil exponernos á hacer un nuevo viaje al mediodía de Francia, cuando venimos á pasar el invierno en París.

—No encuentro otro medio de penetrar en la cueva, y apoderarnos de la arquilla.

—¿Es que acaso hace seis meses, encontrabas medio de salir de presidio?

—Es verdad.

—Además, ¿no hemos convenido en que tu serías el brazo y yo la cabeza de nuestra asociación?

Milón bajó la cabeza con humildad, diciendo:

—Soy un imbécil. Perdonadme.

—A condición de que me obedezcas.

—¿No soy vuestro esclavo?

—Ahora ven,—dijo el Cientodieciséte, llevándole delante de la puerta de la casa, en uno de cuyos muros había muchos pedazos de papel á medio pegar.

—No habrá ciertamente portero más descuidado en París. El día menos pensado le robarán sus anuecos.

—Es verdad,—dijo inocentemente Milón. Debía retirarlos de noche.

—Le despediré,—dijo friamente el Cientodieciséte.

—¡Vos! —exclamó estupefacto Milón.

—Sin duda, como propietario de la casa que seré.

—¿Pensáis comprarla?

—Mañana mismo. Es el medio más seguro de penetrar en la cueva y revolver ésta de arriba á abajo, si se me autoja, sin que nadie pueda decir nada.

—¿Pero cómo la pagaremos? —preguntó Milón.

—¿No hay un millón en caja?

—Sí.
—Le colocaremos en la compra de la casa. Lo mismo da en eso que en otra cosa.
—No os comprendo amo. Para pagar la casa se necesita dinero.
—Te engañas. No se compra una casa como un chaleco, dinero en mano. Hay el plazo legal de espera que dura tres meses, y se puede pactar en la escritura el que se entre en el acto en el goce de la finca.
—Pero para eso es preciso inspirar confianza.
—¡Imbecil! ¿no soy el mayor Avatar gran señor ruso?—dijo el Cienodiecisieste.
—Sí.
—Con estas condiciones la mitad de París me vendería la otra otra mitad á crédito.
—Pero, ¿y si no se vende la casa?
—No has leído esos anuncios?
—Sí.
—Bien; principiaremos porque tú alquilas una habitación con granero y cueva. Si la cueva que corresponde á la habitación no es la que necesitamos, recurriremos á nuestro antiguo oficio, y todo será que corramos el riesgo de un par de meses de correccional.
—Para todo tenéis contestación,—dijo humildemente Milón.
—Procura imitarme,—dijo el Cienodiecisieste, que cogió del brazo á su antiguo compañero de cadena y le arrastró de nuevo hacia el Campo de Marte.—Has olvidado una cosa.
—¿Cuál?
—Dime el nombre de las niñas.
—Una, la morena, Antonieta; y otra, la rubia, Magdalena.
—Pero... el apellido...
—No deben saberlo, porque la señora las llevó al colegio sin querérselo decir.
—Pero ¿lo sabes tú?
—Sí; la señora se llamaba la baronesa de Miller, título alemán.
—¿Y sus hermanos?
—No lo sé; la señora no hablaba nunca de ellos.
—Pero cuando te condenaron, ¿no oíste pronunciar sus nombres?
—Sí, pero lo he olvidado. Todo lo que recuerdo es que uno de ellos se llamaba Carlos.
—Pobre amigo mío,—dijo el Cienodiecisieste;—dá gracias á que yo haya tomado car-

tas en el juego, porque solo, no habrías adelantado ni un paso.

—Soy muy bruto,—dijo Milón con sencillez.

—Debes recordar la calle en que vivía tu señora.

—Sí, calle de Verneuil.

—Vamos á la calle de Verneuil—dijo el Cienodiecisieste.

—¿Cómo! ¿Nos vamos?—dijo suspirando Milón.

—¿Quién lo duda?

—¿Y si de hoy á mañana robaran la arquilla?

El Cienodiecisieste se encogió de hombros.
—Hace diez años que está ahí.

Atravesaron el Campo de Marte, la esplanada de los Inválidos, y entraron en la calle de la Universidad.

Milón se dio una palmada en la frente.

—Ya sé porqué vataos á la calle de Verneuil,—dijo.

—Sí,—contestó el Cienodiecisieste sonriendo.

—Los hermanos de la señora la han heredado y deben vivir en el hotel.

—Pudieron también haberlo vendido.

Llegaron á la calle Verneuil.

Milón iba delante como un perro de caza que sigue la pista.

—No conozco el hotel,—dijo.

—Yo sí,—dijo el Cienodiecisieste.—Lo derribaron y construyeron una casa de seis pisos.

—En ese caso...

—Mañana proseguiremos nuestras pesquisas. Vámonos, Noel nos espera.

Sigieron la calle de la Universidad, entraron en la de Jacob, se internaron en la de la Escuela de Medicina y se detuvieron en mitad de la Serpiente.

El Cienodiecisieste se acercó á la apollillada puerta de una casa que había debido ser un hotel, y llamó. Oyóse ruido en el portal:

—¿Quién?—preguntó una voz en el interior.

—Los amigos del Lemosino,—contestó el Cienodiecisieste.

La puerta se abrió, y Cocorco, el antiguo herrero de presidio, salió á recibir al amo.

XI.

Hacia tres días que Antonieta se había desmayado al oír decir á la señora Raynaud que Paulina Baurevert había muerto hacía diez años.

La pobre impedida pidió socorro, acudieron los vecinos y se prodigaron á la joven toda clase de cuidados; pero la causa de su desmayo fué un misterio para todos.

En tres días Antonieta cambió tan completamente como si hubiera sufrido una grave enfermedad.

Pálida, con la mirada apagada, estremecíase al menor ruido y tenía siempre delante de los ojos á aquel hombre que había querido especular con su miseria.

¡Había hecho uso de aquel dinero! Y cuando aquel hombre volviese, no podría devolverlo, porque volvería seguramente cualquier día. Antonieta sabía ya lo que era la vida para no dudarle, para reclamar el precio de sus servicios. No podría devolverle la cantidad completa porque solo la habían quedado quinientos francos que guardaba en el fondo de un cajón, como si la hiciera daño tocar áquel dinero.

Prosiguió su trabajo con más ardor que nunca, prolongando los días y acortando las noches.

El señor Rousselet que le había ido tomando afición al negocio de las traducciones, volvió á visitarla llevándola una voluminosa novela inglesa en la que se contaba, en cuatrocientas páginas aburridas y pesadas como ellas solas, la vida de un perfecto gentleman y de una vaporosa lady, sazónandola á cada capítulo con tostadas de manteca, té y sandwiches. En las novelas inglesas se come mucho.

—Voy á hacer una locura, pero estoy en vena,—dijo á Antonieta;—si antes de que termine la semana me entregáis este tomo, os daré trescientos francos.

—¡Trescientos francos! Si tarda ese hombre en venir ocho días, me ha salvado,—se dijo Antonieta, y se puso á trabajar. Se acostaba á las doce y se levantaba á las cuatro de la madrugada.

Cobró cien francos de lecciones y además tenía la esperanza de que su carta se

cruzaría con la de su hermana que solía enviarle cien francos.

¡Oh! Entonces sería necesario que encontrase al hombre que había tenido la audacia de engañarla. Se acordaba de su nombre y recorría todo París para encontrarle y obligarle á recibir aquel dinero.

Comenzó el cuarto día sin tener noticia de Agenor.

—¡Oh! ¡Si tardará tres días en venir!—se dijo.—¡Tres días!

XII.

La portera subió á las siete de la mañana, como tenía de costumbre.

Desde que se ocupaba del arreglo de la modesta habitación de las dos mujeres, había-se acostumbrado á calcular casi con exactitud por el número de enartillas amontonadas sobre la mesa, la hora á que se había levantado Antonieta.

—Buenos días señorita,—dijo á Antonieta, —debéis haberos levantado antes de las cuatro.

—Es posible,—dijo Antonieta;—me urge mucho terminar este trabajo.

La honrada mujer respetaba mucho á Antonieta, pero la trataba con cierta familiaridad.

—Señorita,—dijo apoyando la mano en la mesa,—ya sabéis lo mucho que os apreciamos mi marido y yo.

—Lo sé,—dijo Antonieta,—y no olvidaré nunca lo que habeis hecho por mí.

—Pues bien,—continuó la señora Felipa, —mi marido y yo decíamos anoche al acostarnos que tenéis un nuevo disgusto. Volvisteis el otro día con bastante dinero...

—¡Callad en nombre del cielo!—exclamó Antonieta.

—Perdonadme si os disgusté algo,—dijo la portera,—pues no lo hice á mal. ¡Si mi marido y yo pudiéramos servir de algo! Mi hermano ha vuelto ya, y está á vuestras órdenes.

—Gracias; pero os equivocáis, no tengo ningún disgusto y no necesito nada,—contestó Antonieta y una lágrima cayó de sus ojos á la enartilla que estaba escribiendo.

—Hacéis mal, muy mal, señorita, en desconfiar de nosotros porque os queremos mucho.

Antonietta tendió la mano á la portera y la dijo:

—Voy á contaros lo que me pasa.

Y la refirió su singular encuentro con el señor Agenor de Morlux, la historia del billete de mil francos, la mentira de que se había valido para que los aceptara y las mortales angustias que le acosaban de día y de noche.

La señora Felipe, no tenía la excesiva delicadeza de Antonietta, y dijo:

—Apostaría la cabeza á que esa aventura termina muy bien.

—¿Qué queréis decir?—preguntó Antonietta temblando.

—¡El señor Agenor de Morlux!... Yo conozco ese nombre... Si, si, es un joven muy rico,—dijo la portera sin abandonar su idea.

—Debe serlo,—murmuró Antonietta,—cuando hace semejantes locuras.

—Creo que mi marido conoce á su ayuda de cámara.

La frente contraída de Antonietta se despejó un tanto.

—Entonces sabremos fácilmente donde vive ese señor,—dijo.

—Ya lo creo.

—¡Tres días más!—murmuró Antonietta.

La señora Felipe no comprendió esta exclamación y continuando su pensamiento, añadió:

—Cosas más extrañas se han visto,—dijo.

—No es comprendo.

—El señor Agenor es rico....

—¿Y qué?

—Bastante rico para dos

—No comprendo....—dijo la joven.

—Cuando no se abrigan buenas intenciones, no se arrojan los billetes de mil francos por la ventana....

—¿Qué queréis decir?—preguntó Antonietta que no se atrevía á comprender.

—¿Por qué no se había de haber enamorado de vos cuando sois tan bonita y honrada y además tan bien educada que se diría que sois una princesa?—dijo la portera con ingenuo entusiasmo.—¿Por qué no se ha de casar con vos puesto que sois hija de una buena casa?

Las mejillas de Antonietta se coloraron fuertemente, y su enojo hacía el desconocido se calmó un tanto.

Pero no tardó en palidecer de nuevo, y murmuró con amargura.

—¡Un hombre tan rico no se casa con una mujer tan pobre como yo!

—¿Por qué? Yo tenía con que vivir, y sin embargo me casé en segundas nupcias con él que hoy es mi marido, no teniendo, como no tenía, más que dos brazos para trabajar, treinta y dos dientes para comer y dos ojos para llorar, y sin embargo yo tenía un establecimiento y pagaba contribución!

Y la portera se irguió con un muy natural sentimiento de orgullo.

—¡Ah!—dijo Antonietta dando tregua á la amargura de sus pensamientos;—¿erais viuda cuando os casasteis con el señor Felipe?

—Si, señora, y estaba establecida. Tenía una tienda de vinos y licores en el Gros-Caillo, calle de Grenelle. Todos los trabajadores del barrio comían en mi casa. Pero los tiempos cambiaron; desaparecieron los ahorros. Un día nos despertamos arruinados.

—¡Pobres gentes!—exclamó Antonietta, olvidando su propia miseria.

—Afortunadamente encontramos esta portera. Pero esto no hace al caso.... Creo que el señor Agenor....

—¡Callad! ¡Callad!

—Si me pide informes, yo sé lo que he de decirle.

En toda la tierra no encontrará una mujer, una perla como la señorita Antonietta. El reloj dió las ocho é interrumpió á la portera.

Al mismo tiempo llamaron á la puerta dando discretos golpecitos.

Antonietta se volvió, y se puso otra vez pálida como un cadáver.

Era el señor Felipe, que la presentó dos cartas.

Una tenía sello y la otra estaba cerrada con lacre y estampado en éste, veíase un escudo. Al abrir la primera, exclamó Antonietta:

—¡Es de Magdalena!

No se atrevió á abrir la segunda.

—Apostaría,—dijo la señora Felipe,—á que es del señor Agenor de Morlux.

XIII

Después de entregar las dos cartas, se retiró el señor Felipe.

Su esposa oyó la voz de la señora Raynaud que la llamaba, y se marchó también. Antonietta se quedó sola.

Cogió las dos cartas y las miró sin abrigar, al mismo tiempo que experimentaba un violento temblor nervioso.

¿De quién era la que tenía un blasón estampado en el lacre?

¿De dónde procedía?

Le sucedía que, algunas veces recibía cartas que, á primera vista, no sabía de quién eran y que procedían de los padres de sus discípulas ó también de alguna antigua amiga de colegio; pero en ese caso abría la carta con un sentimiento de frívola curiosidad, mientras que con aquellas otras que llevaban los sellos de correo rusos, las de Magdalena, lo hacía con impaciente alegría.

Y, sin embargo, aquel día no fué la carta de Magdalena la que abrió la primera, sino la cerrada con lacre, la desconocida.

Era una carta correcta, de una letra ancha y clara que revelaba la mano de un hombre, y antes de leerla apresuróse á buscar la firma que era la de *el barón Agenor de Morlux*.

Una nube pasó por delante de sus ojos, y su corazón se oprimió fuertemente.

Leyó no obstante.

Leyó, porque la curiosidad es un sentimiento instintivo en la mujer, del que nada puede triunfar.

Leyó, porque una voz secreta le decía al mismo tiempo que el hombre que firmaba aquella carta estaba llamado á representar algún extraño papel en su vida.

La carta de Agenor era sumamente respetuosa.

«Señorita,—decía,—los designios de la Providencia son impenetrables.

»Perdí á mi madre cuando me hallaba aún en la cuna; emancipado á los diez y ocho años por mi padre, que tenía que pensar en sus placeres y encontraba demasiado pesada mi tutela, soy, desde esta edad en la que el hombre no es más que un niño grande, árbitro absoluto de mi destino.

»Tengo hoy veinticinco años, cincuenta mil libras de renta y un título tan luajudo como auténtico, y estoy solo en la vida como un pobre derviche en el desierto dando vueltas sobre mí mismo y preguntándome si la vida no tiene cosas más serias, más elevadas que la existencia pasada en el club, las

puestas mútuas, las carreras de caballos, las dolorosas alegrías que proporciona el juego del azar ó los placeres que dan esas criaturas que no tienen de mujer más que el nombre.

»Una antigua amiga de mi familia, que por placer, inclinación, y quien sabe si por algo de interés, se dedica á casamentera, tuvo la idea de presentarme en una sociedad muy elegante, distinguida y aristocrática, en la que las solteras eran tan numerosas como los granos de arena en las orillas del mar.

»Vi allí mujeres rubias y morenas, perfectamente hermosas, y algunas que recordaban á esa antigua diosa que se llamó Juno.

»Casi todas tocaban el piano con perfección, hablaban de trajes como una modista, sabían de memoria el nombre de todos los secretarios de embajada, y se informaban de sí el hombre que las presentaban ha sido tan poco diestro que se ha roto algo en algún *steeple chase*, y si podía dar á su esposa diamantes presentables y caballos de una media sangre auténtica. Entre los jóvenes que frecuentan la buena sociedad hay tantos á quienes pueden hacer felices, que comprendí que eran incapaces de hacerme dichoso á mí.

»Me retiré, cansado de todo, al desierto de mi corazón, misántropo antes de tiempo, y en ese desierto la visita de un hada haría nacer flores.

»Una mañana, á la hora en que el París que se divierte va á acostarse, apareció una estrella luminosa en el cielo de mi vida.

»¿No adivináis que estrella es esa?

»Fué la lámpara del angel laborioso que sostiene con su trabajo á una anciana enferma y desvalida.

»No os hablaré de su hermosura; sino solamente de su corazón.

»¡Oh! ¡Si esta mujer quisiera, sería la mejor de las esposas!

»¿Mereceré yo la ventura de alcanzarla?

»No me atrevo á creerlo, ni á esperarlo, y sin embargo, mi corazón se sobrepone á mi inteligencia, y os escribo poniéndome á vuestros piés y pidiéndoos perdón de una mentira inocente.

»¿Me lo negaréis, señorita?

»Vuestro admirador,

AGENOR DE MORLUX.

XIV

Esta carta trastornó la cabeza, más de lo que la tenía, á la pobre Antonieta.

Su corazón comenzó á latir.

No había visto á Agenor más que una vez, y á pesar suyo simpatizaba con él.

Por muy modesta que sea una mujer como Antonieta, sabe que es hermosa.

¿Por qué no podía haber inspirado una pasión?

¿Por qué esta pasión no había de tener por móvil un sentimiento digno.

—¡Oh!—exclamó Antonieta.—creo que voy á volverme loca.

De repente sacóla de su ensimismamiento la voz cascada de la señora Raynaud.

—¡Antonieta, Antonieta!—dijo la impedida.

Antonieta se puso en pié.

—Voy, mamá,—contestó.

Entró en la habitación de la señora Raynaud y la abrazó con filial cariño.

—¿Has dormido bien, mamá?

—Me ha sucedido lo que todas las noches.

—¿Soñaste?

—Que te habías casado.

—¡Mamá!

—Que eres rica.

—Sueños, deseos....

—Cuanto yo sueño se realiza.

—Pero para casarse se necesita hallar un marido....

—Le encontré y le ví.... en sueños....

—¡Lo has visto!—exclamó Antonieta estremeciéndose.

—¿Quieres que te le describa?

—Sí.

Y la señora Raynaud hizo en cuatro palabras el retrato de un hombre en todo parecido á Agenor de Morlux.

Dió Antonieta un grito.

—¿Qué tienes, hija, mía?—preguntó la enferma.

—Que olvidé que era hora de ir á mis lecciones.

Se encerró la joven en su habitación con los ojos llenos de lágrimas, y repitiendo á media voz:

—Sí, sí; creo que me volveré loca.

De pronto su mirada se fijó en la carta de

Magdalena, se apoderó de ella y la abrió acusándose de ingrata. Al abrirla se lo cayó un papel al suelo.

¡Era un billete de mil francos!

XV

El hallazgo de aquel billete de Banco dentro de la carta, produjo una sensación extraña en Antonieta.

Nunca la enviaba Magdalena una suma tan crecida, porque acaso ella misma nunca la había poseído.

—Presintió un nuevo enigma.

En vez de alegría la produjo aquel dinero una inquietud vaga.

Apresuróse, pues, á leer la carta de Magdalena, que debía haberse cruzado en el camino con la suya.

Su hermana la decía:

»Mi querida Antonieta: Si el correo no llegara antes que los viajeros, mi carta sería inútil, porque voy á seguiría. Si la lees delante de mamá Raynaud, contén los latidos de tu corazón y el grito de admiración que asome á tus labios. No digo de alegría, porque vuelvo con el alma dolorida.

»Sufri tanto en el espacio de algunas horas que no sé como vivo.

»Salgo mañana de Moscú, acompañándome hasta la frontera una señora francesa que me reemplaza. En Viena me entregará á un intendente del conde Pontenieff, que hasta ayer fué mi amo.

»El intendente me acompañará á Alemania, donde me entregará á alguna familia honrada que vaya á Francia.

»Dentro de tres semanas, lo más tarde, podré abrazarte.

»¡Ah! ¿Por qué sufrí tanto? ¿Por qué sufro todavía, cuando la idea de volverte á ver debiera ser un consuelo de mis dolores?

»Me marchó de esta casa despedida con lágrimas por la condesa de Pontenieff y colmada de atenciones por el conde.

»Me ha entregado el conde esta mañana un pliego que contenía veinte mil francos: es mi dote, es una fortuna para nosotras.

»¡Ah! ¡El precio de mi dicha!

Aparto de esta cantidad los mil francos que te envío, calculando que la enfermedad de mamá habrá agotado todos tus recursos.

»¡Oh, Dios mío! ¿Tendré fuerzas para llegar?....

»Mi corazón quedará aquí, encadenado á esta tierra cubierta de nieve.

»Vosotras dos, madre y hermana mía, tendréis mi cuerpo.... Mi corazón se queda en Moscú.

»Te contaré mi historia por escrito, porque no tendría valor para hacerlo de viva voz; pero prométeme no hablarme nunca de ella. Déjame vivir con mi postración moral, con mi desesperación sin límites, hasta que Dios me conceda la gracia de olvidar ó me llame á su lado.

»Los condes de Pontenieff, á quienes conoces, son de mediana edad. La condesa, que es todavía muy hermosa, tiene cuarenta años, el conde ha cumplido ya cincuenta.

»Aunque un poco orgullosa, su hija, la señorita Olga, es excelente. Sus padres van á darle por marido, á un capitán de la guardia imperial que está de guarnición en Moscú.

»En la época en que llegamos aquí no conocía yo á Yván.

»¿Quién es Yván me preguntarás?

»Es el hombre por quien me siento morir, es el hijo del conde de Pontenieff, el único heredero de su nombre.

»Cumplió ya veintiseis años; es oficial, y su regimiento está de guarnición en San Petersburgo.

»Durante más de un año ha estado separado de su familia.

»Le ví por fin.

»En su mirada hay algo que fascina; hay algo en su voz que arrebató.

»Hace cinco meses, cuando llegó, los condes no estaban en Moscú: habían ido á recorrer sus tierras.

»Yván fué á reunirse con ellos.

»El castillo del conde está construido en medio de una de esas estepas de la Rusia meridional, separadas de poblado por cientos de verstas.

»En el verano, el país es delicioso; los campos se cubren de mieses, y las golondrinas, que viajan á bandadas, mezcladas con millares de pintados pajarillos, pueblan el viento con sus alegres cánticos.

»Esta naturaleza extraña y seductora, conspiró contra la paz de mi corazón.

»Durante los paseos que él con el joven conde, ó yendo en trineo, á su lado, sentí apoderarse de mi alma una singular turbación.

»Yván me ama ó lo finge.

»A estas horas, á pesar de todo lo que he visto y oído, eso es un abominable problema para mi atribulado espíritu.

»Me prodigó Yván todas las ternezas y todos los delirios de la pasión: un día que me arrojé á sus piés suplicándole que se compadeciera de una pobre mujer sin nombre, sin fortuna y casi sin patria, me cogió la mano obligándome á levantarme diciéndome:

—»Mis padres hacen todo lo que yo quiero. Declararé que quiero casarme contigo y consentiré en ello.

»Creí á Yván, y como le amaba esperé.

»Regresamos á Moscú hace ocho días. La licencia de Yván se terminaba; pidió y obtuvo una prórroga.

»Según me dijo, quería confesar nuestro amor á su familia y obtener su consentimiento. Le creí también esta vez.

»¡Ah! durante ocho días cuántos sueños de ventura ha forjado mi imaginación para mí, para tí y para mamá Raynaud! Pero el cielo se ha desplomado sobre mí dejándome con vida.

»Escucha.

»La condesa de Pontenieff entró ayer en mi habitación, y, llorando sin consuelo, me dijo:

—Ten valor, hija mía para oír lo que voy á decirte.

Me puse pálida.

—»Amas á Yván que hace ver que te ama, y te prometió su mano y su nombre. ¡Pobre, hija mía! No conoces á Yván: mi hijo es un hombre sin corazón, corrompido y ambicioso.

»Dí un grito como para protestar de estas palabras.

»La condesa prosiguió:

—»Sabe Yván que no somos ricos; la emancipación de los siervos nos arruina. Para rehacer nuestra fortuna es preciso que Yván se case con alguna rica heredera, y parte mañana para San Petersburgo, á donde va á pedir en matrimonio á la señorita Vazillka de P....

—»Señora,—exclamé,—eso es imposible!

—»Ven conmigo y te convencerás.—me contestó, arrastrándome detrás de sí sin fuerza y sin voz.

»La puerta de mi habitación da á un corredor, al extremo del cual está la de Yván,

que se compone de dos piezas: una alcoba y una sala para fumar.

»Se entra por la sala para fumar.

«Cuando llegamos á la puerta oímos grandes voces y estrepitosas carcajadas.

Reconoció la voz de Yvan entre las de algunos oficiales, amigos suyos, que había invitado á tomar té.

—¡Escucha!—me dijo imperiosamente la condesa.

»Mas muerta que viva me puse á escuchar.

»Yvan dijo:

—Si, amigos míos, mis padres son muy crueles conmigo, pues interrumpieron la novela de amor que había comenzado.

—¡Ah! sí, ¿la hermosa francesa?—dijo una voz.

—¿Querías casarte con ella?—replicó otra.

—Pensé en ello un momento... pero después... Parto mañana á arrojarla en brazos de la rubia Vazilika.

»No pude oír más, porque caí desmayada en brazos de la condesa.

»Cuando recobré el sentido estaba en el lecho, devorada por una fiebre ardiente.

—«Hija mía,—dijo la condesa que no se había separado de mi lado,—es preciso que regreses á Francia.

«Y me entregó un pliego que me enviaba el conde y que contenía veinte mil francos.

«Yvan se marchó una hora después y... ¡no volveré á verle!

«Adiós, hermana mía, piensa en mí.

MAGDALENA.»

Antonieta leyó esta carta llorando amargamente.

La de Agenor se hallaba sobre la mesa.

La rechazó exclamando:

—¿Qué necia fui!

XVI

La carta de Magdalena, que había recorrido ochocientas leguas para llegar al mismo tiempo que otra que le hablaba de amor, de fortuna y de ventura, fué para Antonieta uno de esos avisos terribles que la Providencia suele dar el día antes de una catástrofe.

Planteó Antonieta la cuestión y la resolvió firmativamente.

El hombre que hablaba de matrimonio era un seductor como Yvan, que alucinara por un momento á la pobre Magdalena, consumando acaso su eterna desgracia.

—¡Dios mío—murmuró la joven.—¿Qué necia fui en esperar! ¿Acaso es posible que se case nadie con huérfanas tan desvalidas como nosotras!

Cogió la pluma, y con mano calenturienta escribió las siguientes líneas:

«Señor de Morlux: «Os habéis equivocado. No soy una mujer á quien puede seducirse, ni una mujer que tiene la pretensión de casarse.

«Me engañastéis generosamente, es verdad, pero me habeis engañado.

«Paulina de Beaurevert no era prima vuestra y hace diez años que ha muerto.

«Es muy posible que os haya agradado, y soy lo suficiente orgullosa para suponer que vuestras apreciaciones no sean rigurosamente exactas. No puedo creer, que hayáis tenido ni un solo momento el pensamiento de hacer de mí una amante, así como creo que os sería imposible llevar á cabo vuestros proyectos; es decir, hacerme vuestra esposa.

«Perteneceís á una familia noble y rica; yo no tengo otro nombre que el de Antonieta; no debo ni quiero ocultároslo.

«Voy á deciros mi historia en dos palabras.

«Tengo una hermana, he tenido una madre.

«Entradas siendo muy niñas en el colegio de la señora Reynaud, no volvimos á ver á nuestra madre, que sin duda hace mucho tiempo que murió.

«La condesa Reynaud nos educó sin poder revelarnos el nombre que debíamos llevar en el mundo, porque ella tampoco lo sabía.

«Educadas por caridad, nos hemos conformado con nuestra suerte.

«Tengo confianza en Dios; trabajo y rezo.

«Nunca he pensado en casarme, por la sencilla razón de que el hombre que pudiera querer unir su suerte á la mía sería un pobre diablo, obligado como yo al trabajo incesante.

«En las rocas no nacen flores.

«Una mujer pobre no puede creer que exista un hombre que la ofrezca lo que me proponéis.

«Vuestra familia os haría comprender lo ridículo de semejante unión.

«Nuestras relaciones no deben pasar de aquí.

«Olvidadme; esto es fácil en el mundo en que vivís.

«No olvidaré yo por mi parte nunca vuestra acción sencilla y generosa, ni la honra que queráis dispensarme uniendo vuestra suerte á la de vuestra servidora.

ANTONIETA.»

Dentro de la carta metió el billete de mil francos que le había enviado su hermana.

Después la cerró y llamó á la señora Felipe.

—Amiga mía,—la dijo enjugándose los ojos,—querrá hacerme vuestro esposo el favor de llevar esta carta á su destino?

—Sí, señora. ¿A dónde?

—A la calle de Suresnes—respondió Antonieta.

La portera hizo un ligero movimiento de sorpresa.

—A casa de ese joven...—murmuró la señora Felipe con cierta extrañeza.

—¿De quién habláis?—preguntó la joven frunciendo ligeramente el entrecejo.

—Del joven que es habló el otro día en la calle—dijo la señora Felipe.

Sabéis... Y la voz de Antonieta vaciló un poco.

—Voy á deciros la verdad, señorita. Mi marido y yo os apreciamos tanto que... en fin, tengo motivos para aseguraros que el señor Agenor de Morlux es un excelente joven y que os ama con delirio.

Quiso Antonieta interrumpir á la señora Felipe.

—No lo dudéis, señorita, os ama y se casará con vos. Yo lo sé también. Cuando vino ayer tarde...

—¿Qué vino ayer tarde?

—Sí; pero no pasó de la portería. El mismo trajo la carta que os subí esta mañana.

—¿Y no me dijisteis nada?

—No me atreví.

—Hicisteis mal—dijo Antonieta.—Pero oid lo que tengo que deciros: nunca me casaré con el señor baron Agenor de Morlux.

—¿Por qué?

—Por dos razones: primera porque no tengo dote.

—¿Qué importa, si él es rico?

—La segunda—prosiguió Antonieta,—porque además de no tener dote, no tengo apellido; no sé cómo se llamaba mi madre, que sin duda murió; puesto que no la hemos vuelto á ver nunca más.

Pronunció la pobre joven estas palabras de una manera que conmovió á la señora Felipe.

—Llamad á vuestro marido—dijo la joven con dulzura y autoridad al mismo tiempo.

Obedeció la señora Felipe.

Cerró Antonieta la carta y escribió en el sobre:

Señor barón de Morlux,

calle de Suresnes.

Entró con timidez el señor Felipe, y comprendiendo que la resolución de Antonieta era inquebrantable, cogió la carta sin hacer ninguna objeción, y se fué.

Las mujeres son más tenaces que los hombres.

Y en cuanto salió el portero entró su esposa.

—Mi buena señorita—balbuceó,—¿estáis segura de que murió vuestra madre?

—Cuando la vimos por la última vez, teníamos mi hermana y yo ocho años. Nos dió muchos besos y lloró mucho, como si presintiera que nos veía por última vez. ¿Por qué nos separó de su lado? ¿Por qué nos puso en un colegio, en la edad en que más necesitábamos de sus caricias y cuidados? He aquí lo que nunca hemos podido saber, y lo que jamás sabremos.

—Pero, ¿cómo olvidásteis su nombre?

—No lo hemos sabido nunca. Nosotras la llamábamos mamá y nuestros criados señora baronesa. Esto es todo lo que recuerdo.

—¿No os acordáis del sitio en que vivíais antes de entrar en la pensión?

—En una casa muy espaciosa que tenía jardín.

—¿En que barrio?

—No lo sé, he rescurrido en vano todo París buscando esa casa.

—¿Tendríais muchos criados siendo vuestra señora madre baronesa?

—No; sólo tenía dos criadas y un criado.

He olvidado cómo se llamaban las dos mujeres; en cuanto al criado ¡cuánto le queríamos Magdalena y yo! ¡Pobre Milón! Al oír este

nombre, la señora Felipe no pudo reprimir un gesto de asombro.

—Milón!—repitió.—Se llamaba Milón!

—Sí—dijo Antonieta.

—Era un hombre alto y fornido como un Hércules... tenía el acento provenzal muy pronunciado.

—¿Le conocíais!—exclamó Antonieta con voz temblorosa.

XVII.

La señora Felipe se había puesto muy pálida y su emoción era grande.

—¡Milón! ¡Milón!—repitió, como si ese nombre evocara en ella un pasado doloroso.

—Pero, ¿lo conocíais?—repitió Antonieta.

—Era primo mío.

—Primo vuestro!

—Sí, señorita.

—¿Ha muerto también?

La portera dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—¿Más le valiera!—murmuró.

—¡Hablad! ¡hablad!—dijo Antonieta,—os lo suplico por Dios.

Abrazó la señora Felipe á Antonieta como si fuera su hija.

—Señorita, os conocí siendo muy niña, á vos y á vuestra madre; he estado en vuestra casa....

—Pero ¿cómo se llamaba mi madre?—exclamó Antonieta con ansiedad.

—Vuestra madre era austriaca, y se llamaba la baronesa de Miller.

—¡Ah!—exclamó Antonieta,—sí... eso es... ahora recuerdo haber oído pronunciar un día ese nombre....

Y á su vez bajó la cabeza sobre el pecho, añadiendo:

—Murio... ¿no es verdad?

—¡Ha muerto!—murmuró la señora Felipe.

Los ojos de la huérfana se llenaron de lágrimas.

—¡Pobre madre mía!—murmuró.

Habo un momento de penoso silencio.

—Mas—exclamó de repente Antonieta,—¿qué ha sido de la casa en que vivíamos?

—¿Qué ha sido de nuestra fortuna?

—Lo ignora,—dijo la portera.—Solo Milón puede contestar á esas preguntas.

—¿Ha muerto también Milón?

—No;—contestó la señora Felipe.

—¿Dónde está?

—Muy lejos de aquí....

—No me hagáis sufrir; hablad.

—Vale más que lo ignoreis.

—Quiero saberlo, ¿le ha sucedido alguna desgracia?

—Sí... una desgracia.... y muy grande.

—¡Oh! ¡hablad! ¡hablad!

La señora Felipe contestó con voz ahogada:

—¡Esta en presidio!

—¡En presidio!—repitió Antonieta.

—Sí, hace diez años. Por de pronto lo enviaron á Tolón, y durante mucho tiempo,

mientras pude, le mandaba algún dinero.... porque en presidio lo pasan muy mal....

Más luego—continuó la madre Felipe,— vino mi ruina.... y me volví á cesar.... durante

dos años no le pude enviar nada.... luego que ya estaba algo desahogado, fui á la

prefectura y no supieron darme razón de si vivía ó había muerto.

—¿Pero qué hizo ese desgraciado?—exclamó Antonieta.

—Robar.

—¿Robar!

—Sí.... los diamantes de vuestra madre.

Al oír esto, se puso en pie Antonieta y dijo:

—Eso no es verdad.... ¡Milón es inocente!

—Yo también lo creía así; pero....

—¿No lo creéis ya?

E inclinando la cabeza, añadió:

—Juraría que es inocente.... Mi hermana y yo sabemos lo que hemos de hacer, hoy que sabemos quiénes somos... Veremos á los jueces que le han condenado y responderemos de su inocencia... ¡Pobre Milón!...

Es preciso que nos le devuelvan.

Levantó Antonieta la voz hasta el punto que la oyó la señora Raynaud que acababa de levantarse.

Reía y lloraba la joven á la vez.

—Mamá—dijo echándose en brazos de la señora Raynaud, que entró en aquel momento en la habitación creyendo que ocurría algo extraordinario,—mamá, esto es providencial.

—Pero ¿qué pasa?

—Que sé cómo me apellidó.... sé cómo se llama Magdalena.... sé cómo se llamaba

nuestra madre. La señora Felipe es prima de Milón. Mi madre era rica, y no teniendo nosotras otras hermanas ni hermanos, no puede habernos desheredado.... Buscaremos nuestra fortuna y la encontraremos, y seremos dichosas.

La señora Raynaud se dejó caer en un sillón.

—Créeme, hija mía,—dijo—no te abandones á la alegría. ¡Quién sabe si tu madre habrá tenido motivos muy poderosos para ocultaros, no llamándoos á la cabecera de su lecho de muerte!

—¡Oh! Es preciso que Milón vuelva á nuestro lado.

El señor Felipe entró en esto.

Volvió de la calle de Suresnes y llevaba á Antonieta una carta en contestación á la que había enviado ésta al barón Agenor de Morlux.

Se apoderó Antonieta vivamente de ella. ¡Habían ocurrido tantas cosas en tan pocos minutos!

Agenor la decía lo siguiente:

«Señorita:

»He experimentado dos grandes dolores en esta vida.

»El primero, en una noche de invierno, siendo aún adolescente.

»Este dolor pesó durante mucho tiempo sobre mi vida, llenándola de tristeza y de sombra: hoy todavía le siento palpitar en el fondo de mi corazón.

»El segundo dolor acabo de experimentar leyendo vuestra carta; este será eterno; habéis dudado de mí, señorita, y habéis tenido derecho para ello.

»Mas en el momento en que voy á daros un adiós eterno, porque parto, me expatrio, debo juraros que mi amor es sincero y ninguna consideración me hubiera impedido haceros la más feliz y la más respetada de las esposas.

»Vuestro servidor eternamente,

AGENOR DE MORLUX.»

Antonieta trémula de alegría leyó esta carta.

—¡Oh!—exclamó,—no debe marcharse, no quiero que parta. Necesitamos un amigo, un protector, un hombre que haga triunfar la inocencia de Milón y que exija á los que nos despojaron, la fortuna de mi madre.

Se sentó á la mesa y escribió:

«Señor barón:

»Hace una hora que, mujer sin apellido, sin fortuna y sin amigos, os escribí con el orgullo inflexible que debe acompañar al infortunio.

»Pero hace un momento que, abriéndose las nubes que encapotaban el cielo de mi vida, vi en él una estrella.

»No os marchéis: necesito un amigo.

»¿Rehusaréis este título?

»No os alejéis.... Mi madre adoptiva tendrá el honor de recibirnos esta tarde.

»Vuestra servidora,

ANTONIETA MILLER.»

—Tomad y llevad esta carta, cuanto antes, á la calle de Suresnes,

El portero tomó la carta y la entregó en su portería á un criado del señor barón de Morlux, que esperaba fumando tranquilamente el inevitable resultado de su última misiva.

XVIII

Volvamos á reunirnos al Cientodieciséte y á Milón á los que vimos desaparecer en la puerta cochera de una vetusta casa de la calle de la Serpiente.

Ya hemos dicho que el hombre que bajó á abrirles era Noel, el antiguo herrero libre del presidio de Tolón.

Noel era hijo de la portera de la casa.

—¿Cumplistes,—le dijo el mayor Avatar, mientras que Noel encendía luz,—mis órdenes?

—Sí, amo,—le contestó en voz baja Noel.

—¿Has ido á la calle de la Ville-l'Eveque?

—Sí, amo.

La voz del Cientodieciséte tembló de emoción.

—¿Vive allí todavía?—exclamó.

—Sí.

—¿Y la casa de la calle de Suresnes que daba al jardín?

—No ha desaparecido,—contestó Noel,— y he hecho lo que me dijisteis: alquilado dos piezas en el segundo piso de esa casa.

El mayor Avatar, por otro nombre el Cientodieciséte, ó más bien Rocambole, respiró.

—¡Ah!—dijo,—empieza á circular la sangre en mis venas.

Luego, bajando la voz y cada vez más conmovido:

—¿La has visto?—balbuceó.
 —No; he visto al niño.
 El Cientodieciséte estremecióse.
 —¡Ah!—dijo,—¡Tiene un hijo!
 Sí, un niño de ocho á nueve años que estaba jugando en el jardín. Es el vivo retrato de su padre.
 El Cientodieciséte se enjugó una lágrima y dijo bruscamente á Noel:
 —Acompáñame á la habitación en que podemos cambiar de traje Milón y yo.
 —Está en el sexto piso.
 —¿Hay vecinos?
 —Uno solo; es un loco.
 —¿Un loco?
 —Un médico; que no por haber perdido el juicio deja de ser un sabio. Según dice mi madre, se pasa las noches hablando solo.
 —¿No tiene enfermos?
 —Sí, y hace curas maravillosas.
 —Es extraño—dijo el Cientodieciséte con indiferencia.
 Y siguió á Noel.
 Era la escalera como la casa, antigua, fea y sucia.
 Al llegar al tercer piso, el Cientodieciséte vió en una puerta una placa de cobre en que se leía: «Doctor en Medicina.»
 —¿Luego viven en esta casa dos médicos?
 —No—dijo Noel,—uno solo.
 —¿Cómo puede ser eso?
 —De día recibe en el piso tercero, y las noches las pasa en el sexto.
 —¿Has dicho que se pasa las noches hablando.
 —Así lo dice mi madre.
 —Empieza á interesarme ese hombre—murmuró el Cientodieciséte.
 Llegaron al sexto piso.
 Empujó Noel una puerta que había enfrente de la escalera.
 —Como veis, amo, la habitación nada tiene de cómoda ni elegante.
 Dejó la luz encima de una mesa de pino pintada de verde, que, en unión de una cama y unas cuantas sillas, constituían todo el mueblaje de la habitación.
 —¿Cuál es la guardilla del médico?
 —Esa—respondió Noel señalando la puerta que estaba al lado.
 —Nos separa un tabique. Si habla le oíré.
 París es la ciudad de los grandes misterios.
 Noel miró á Milón,

—Lo que hace el médico—le dijo en voz baja—preocupa al amo.
 Luego, dándose con la mano en la frente, exclamó:
 —Olvidaba un detalle, amo.
 —Habla.
 —El médico vivía en esta guardilla cuando era estudiante.
 —¿Que edad tiene?
 —No tendrá aún cuarenta años, pero representa sesenta.
 Y al mismo tiempo que decía esto Noel, oyóse un suspiro, casi un gemido, en la guardilla del loco.
 —Ya empieza,—dijo Noel;—mi madre tiene razón.
 El Cientodieciséte acercó el oído á la pared y se puso á escuchar.
 Una voz trémula y cascada, como la de un anciano, decía:
 —¡Oh, Dios mío, qué largas son las noches! ¿Cuándo amanecerá y desaparecerá, ante los rayos del sol, ese fantasma que no se aparta de la cabecera de mi lecho?
 —Esta noche no tengo que hacer gran cosa,—dijo el Cientodieciséte;—escuchemos.
 Y bajando la voz, añadió:
 —Puedes irte, Noel.
 Noel obedecía siempre á su amo á la primera indicación.
 Se inclinó y salió.
 Cerró el Cientodieciséte la puerta y dijo á Milón:
 —Quítate el traje de albañil para volver á ser el italiano Bandoni.
 —¿Y vos?
 —Yo me vestiré más tarde.
 Las paredes de la guardilla estaban cubiertas con papel de cincuenta céntimos la pieza.
 Arrancó el Cientodieciséte un pedazo dejando la pared al descubierto.
 Precisamente por aquella parte estaba cuarteado el tabique percibiéndose un rayo de luz.
 El Cientodieciséte apagó el quinqué.
 —Vístete á la luz de la luna,—dijo á Milón.
 Y se puso á mirar lo que pasaba en la otra habitación.
 La guardilla del loco era la habitación de un estudiante pobre.
 Su mobiliario se reducía á una cama de

hierro, dos sillas y una mesa cargada de papeles.
 En el lecho estaba sentado un hombre á medio vestir.
 El Cientodieciséte le miró con curiosidad.
 Tenía la cabeza completamente desprovista de cabello; los ojos hundidos, los labios descoloridos. Miraba fijamente á un punto dado, aunque estaba solo.
 —¡Oh!—murmuró,—estais ahí, señora.... Sí, sois vos.... ese mismo traje vestiais el día en que el demonio me condujo á vuestra casa.... Un monstruo hubiera tenido compasión al veros tan joven, tan hermosa.... Un hombre se hubiera arrojado á vuestros pies para adoraros.... He sido más que un monstruo.... no he sido un hombre.... porque yo no tuve piedad....
 Dió un grito de terror, luego añadió, dirigiéndose siempre al fantasma invisible para el Cientodieciséte:
 —Va á hacer diez años, señora, que todas las noches os veo ahí, pálida y amenazadora, silenciosa como la muerte, pero despiadada. Sé que no merezco perdón.... sé que soy un envenenador.... y, sin embargo, me llaman sabio, y los pobres me veneran, y mis compañeros me tienen en alto aprecio.... ¿No me dejareis morir? ¿No os daís por satisfecha todavía, señora baronesa? Tomad mi sangre por la vuestra.
 Al oír el título que el médico dió al fantasma, el Cientodieciséte cogió bruscamente del brazo á Milón, y lo hizo acercarse.
 —Escucha—dijo—y contéstame.
 —Hablad.
 —¿Era baronesa tu señora?
 —Sí.
 —¿Cómo murió?
 —Cayó enferma y se llamó á un médico.
 El médico dijo al retirarse que no había salvación para ella.
 —¿Crees que murió envenenada?
 —Sí.
 —¿Quieres conocer al asesino?
 Ahogó Milón un grito.
 —Calla—le dijo el Cientodieciséte y mira.
 XIX.
 Miró Milón y no conoció al anciano.
 —¿No le conoces?—le preguntó el Cientodieciséte.

—No.
 —Es el médico.
 —No os comprendo. ¿Crecéis que fué médico quien envenenó á mi señora?
 —Estoy seguro de ello.
 —En todo caso, ese hombre no es médico.
 —¿Lo crees así?
 —Era un joven, y solo hace diez años murió la señora.
 —¡Ah! Es que tu no sabes cuánto envenenó el remordimiento....
 Milón se estremeció.
 El visionario, que había enmudecido espacio de algún tiempo, prosiguió en términos.
 —Al igual vuestro, Dios es inexorable; y ha escogido para castigarme el terrible de los suplicios. Generalmente justicia humana castiga primero.
 El hombre que asesina es condenado un tribunal; los hombres le condenan y luego le corta la cabeza; ¿pero es propinado el castigo del delito? Tengo una vida; y de día soy un gran médico; as los pobres y hago limosnas; escucha y labra una juventud estudiosa, y todo el día me tiene por una lumbrera de la ciencia. Al llegar la noche, una fuerza irresistible me impulsa hacia esta guardilla, en donde otro tiempo estudié los primeros rudimentos de la ciencia, y á la que vino á buscarme el erimeo, y una fuerza misteriosa arroja sobre este lecho, anhelante, sin los cabellos erizados y la frente bañada en sudor.... Quiero apagar la luz y tomar el aliento.... Entonces se abre la puerta y os presentais vos, señora, y yo desearis hasta que raya el día....
 Si mis ojos se cierran un momento, sucede por el cansancio me duermo al fin; mano oprime mi pecho y me obliga á despertarme....
 Y así diciendo se levantó y se arrojó delante de la víctima que le hacia y su imaginación calenturienta.
 De pronto volvió la cabeza hacia la izquierda y la llama sombría de su mirada se reflejó en la de Milón.
 El coloso retrocedió y dijo á Cientodieciséte:
 —¡Oh! sí, esa es su mirada.
 —¿La mirada del médico joven?
 —Sí.

Es él!—exclamó el Cientodieciséiete, pues obligó á Milón á que abandonara el laboratorio y le dijo en voz baja: escuchame ahora con atención mientras te des de traje. Tendió con los dedos el papel desgarrado y cuidadosamente la rendija del tabique. Hablad,—dijo Milón. Cuando yo era miserable,—prosiguió el Cientodieciséiete encendiendo la luz y cogiendo la voluminosa maleta que hemos puesto en casa del repavejero de Tolón, cuando yo robaba y asesinaba, tenía días de solente fortuna. Encontraba impensadamente la explicación de un misterio que habían buscado sin fruto por espacio de muchos años; la casualidad ponía en mi camino á personas á quienes difícilmente hubiérale hallado de otra manera. La suerte consenriéndome, toda vez que he encontrado al asesino de tu señora. Pero—dijo Milón,—¿estais seguro de que es el mismo? No acabas de decirlo? Es verdad,—murmuró Milón.—Perdona, no comprendo las cosas en seguida. Siempre te pasa lo mismo. De ese modo que siendo ese hombre el asesino que aprovechábase del hallazgo sacando el producto de él. ¿Y tenemos en nuestro poder,—dijo Milón—un no,—respondió el Cientodieciséiete: te diré lo que hay que hacer. ¡Oh! Hablad y obedeceré. ¡Con tal de que me dé á mi pobre señora! ¡Oh!—replicó el Cientodieciséiete,—me da una cosa. ¿Cuál? ¿Qué que buscaran para tu señora un médico que no tenía ni enfermos, ni reputación, vivía en una guardilla. ¡Oh!—dijo Milón,—ahora recuerdo... á explicaros... El médico de la señora era anciano y ama de sabio y de hombre honrado. En la calle de Lille. Por la noche á eso de las diez, cuando yo me iba á acostar se sintió mal. Me mandó que fuera á llamar á un médico. Pero, según me manifestó su criado, no estaba en casa, y que tardaría mucho en

volver, y encargué que fuese al amanecer. Le habían llamado para asistir á un parto. Al día siguiente, á las ocho, volví á llamarle. En la escalera encontré á un joven que me dijo: «Buscáis al doctor S...? No está en casa y me encargó que asista á sus enfermos, soy su discípulo y ayudante.» Le supliqué que me siguiera, porque me inspiró confianza y no podía suponer...

XX

Al decir esto, el coloso se cubrió el rostro con las manos, y se echó á llorar. —¡Ah!—exclamó—yo soy quien ha asesinado á mi pobre señora. —Pues bien,—dijo el Cientodieciséiete,—razón más para que la vengueis. —Teneis razón,—dijo Milón, y se dirigió hácia la puerta. —¿Qué vas á hacer?—preguntó el Cientodieciséiete deteniéndole. —Echar á bajo de una patada la puerta de la habitación de ese hombre. —¡Y luego? —Ahogarlo. —Cualquier cosa! —De ese modo vengo á mi pobre señora. El Cientodieciséiete se encogió de hombros con marcado desdén. —Escucha,—le dijo—cuando se mata á un asesino, ¿es con la cabeza? —No, sino con el brazo. —Sin embargo cuando se le condena, lo que se le corta es la cabeza, ¿no es verdad? —Ea verdad,—dijo Milón,—¡Y bien? —Y eso sucede porque si el brazo comete el crimen la cabeza es la que idea y manda. —Es verdad. —El médico es el brazo: lo que hay que buscar es la cabeza para castigar. —Teneis razón—murmuró Milón:—¿a quién debemos buscar es á los hermanos de la señora baronesa Miller. —Los encontraremos—dijo el Cientodieciséiete;—ya tenemos en nuestro poder al hombre que les servía de instrumento. Se había metamorfoseado el Cientodieciséiete en el mayor Avatar, y Milón en el italiano Bandoni, antiguo ayuda de cámara de un príncipe napolitano y nadie había capaz de reconocer en ellos á los albañiles que horas antes buscaban y reconocían la casa en que se hallaba oculta la arquilla.

—Vamos,—dijo el Cientodieciséiete cuando terminaron su tocado. —¿A dónde?—preguntó Milón. —A casa, á la villa Said. Vuelvo del círculo, porque ningún ruso se acuesta antes de las cuatro de la mañana. En el momento en que esto decía se oyó un ruido sordo. —¿Qué es eso?—preguntó el Cientodieciséiete. —Es el llamador de la puerta de la calle. —Sin embargo, Noel nos ha dicho que antes de las once se retiraban todos los inquilinos de la casa. —Tal vez,—dijo Milón,—vengan á buscar ahora al médico. —Puede que tengas razón. Se oyó abrir la puerta como contestación al ruido del llamador. El Cientodieciséiete entreabrió la puerta de la guardilla y escuchó. Trascorrido un momento, dijo una voz: —¿Está el doctor? —Sí,—contestó otra voz que era la de una mujer,—pero se acostó ya. Llamarle en seguida, porque se le necesita para un caso urgente. —¿Dónde le diré que vaya? —A la calle de la Universidad, á casa del barón de Morlux, que se ha roto una pierna esta noche al salir del círculo. El barón padece de reumatismo y algunas veces le cuesta trabajo andar y dió un paso en falso al salir del portal. Nos han dicho que el doctor le curará en seguida,—añadió como conclusión la primera voz. —Esperad un instante,—dijo la voz de la mujer. —Despachad pronto que me están esperando porque el caso urge. Momentos después el Cientodieciséiete oyó subir rápidamente la escalera á la criada del doctor que iba á llamar á este. Cerró la puerta, mientras que la criada llamaba á la del lado. Arrancó en el acto el papel y apagó la luz para enterarse de lo que iba á pasar. —¡Señor! ¡Señor!—gritó la criada. —¿Quién?—preguntó el médico.

—Soy yo. —¿Qué queréis? —Os necesita un enfermo. —Voy, voy al momento. —Dése prisa el señor porque, según dice el que trae el recado, se trata de un caso muy urgente. —¿Qué es? —Dicen que es uno que se rompió una pierna. —¿No dijo quién es el que me necesita?—preguntó el doctor Vincent. —Sí, es el barón de Morlux. —No le conozco. Decid que voy en seguida; en cuanto me vista. —Está bien, señor. Dijo la criada y se retiró. El Cientodieciséiete pudo presenciar entonces una rápida metamorfosis. El visionario cedió su lugar al médico; este recobró su calma y sangre fría, y el aspecto grave del hombre de ciencia consagrado al estudio. Se vistió, se puso la corbata blanca y dejó de divagar. Sin duda el fantasma había desaparecido. —Tengo ganas de seguirle—dijo de pronto el Cientodieciséiete. —¿A dónde? —A casa de su enfermo,—contestó el Cientodieciséiete abriendo la puerta de la guardilla. Y salió acompañado de Milón, y siguiendo con muchas precauciones al médico.

XXI

El señor barón de Morlux, que se había roto una pierna al salir de su hotel, no era como habría podido suponerse, el joven y brillante seductor que respondía al nombre de Agenor de Morlux, y á quien Antonieta había escrito aquel mismo día pidiéndole auxilio y protección. Era su padre. El señor barón de Morlux tenía cuarenta y cinco años; había sido un buen mozo amado de las mujeres y temido de los hombres. Habíase creado, allá en su juventud, una reputación terrible porque no respetó jamás nada, y fué un libertino digno de la época célebre de la Regencia ó de Luis XV, pues no tuvo nunca más norma que la satisfacción de su capricho, el goce de los placeres y el afán de que todos se ocupasen de sus aven-

turas, en las que llegó á alcanzar verdadera notoriedad.

Algunas hermosas pecadoras, que se acercaban á los cuarenta años, se acordaban de él y se vanagloriaban de las preferencias, ó de la manera algún tanto despótica como á veces las había tratado.

De uno de los círculos más distinguidos formaban aún parte el conde de X..... y el marqués de C..... á los cuales había herido gravemente en desafío, y no fueron estos los únicos lances en los que figuró, habiendo mediado en algunos de muy graves consecuencias originados por causas muy fútiles.

Había sido un duelista consumado y verdaderamente temible por su práctica en el manejo de toda clase de armas y su sangre fría en el terreno.

Uno de los más célebres tratantes en caballos de París tenía uno que sólo había podido montar un hombre y este era, como se adivina, el célebre sportman barón de Morlux.

Quedó viudo siendo muy joven y solo tenía un hijo.

Su fortuna era inmensa.

Pero esta clase de vida, casi airada, tiene sus castigos.

El barón había envejecido antes de tiempo; tenía el cabello casi blanco, y en invierno padecía fuertes dolores que le obligaban á permanecer con mucha frecuencia encerrado en su casa.

Aquella noche hacía mucho frío. El barón cayó al suelo con tanta desgracia que no pudo levantarse sin auxilio ajeno.

Afortunadamente le vieron caer y acudieron en su auxilio llevándole á su carruaje, que estaba esperándole á corta distancia.

El barón se quejaba mucho porque era muy fuerte el dolor que le molestaba.

En cuanto llegó á su casa mandó que avisaran á un médico.

Uno de los amigos que le acompañaron á su casa le dijo:

—En la calle de la Serpiente vive el conocido doctor Vincent, que es hombre de tanta reputación como habilidad.

El barón, cuyos sufrimientos eran atroces no oyó el nombre del doctor, que llegó tres cuartos de hora después acompañando al criado del herido.

El médico, que hacía una hora se retorcia

de desesperación ante un fantasma creado por la calentura, en cuanto puso el pié en la calle recobró el sentimiento de la vida real.

Con la cabeza erguida, la mirada tranquila y con paso seguro, entró en el hotel del barón, dispuesto, si era necesario, á amputarle una pierna.

Le salió al encuentro el amigo del barón, y antes de penetrar en la alcoba en que el paciente se quejaba, pidió algunos detalles acerca de cómo había ocurrido el accidente.

—Ahora, caballero—dijo al amigo del barón,—permitidme entrar solo en la alcoba, porque es como hago mejor las curas.

—Como gustéis, doctor.

—Ya llamaré cuando necesite la ayuda de alguno.

—Está bien, doctor, aquí, en esta habitación, esperarán los criados para cuando los necesiteis.

XXII

El doctor Vincent se dirigió hacia el lecho, y sin tomarse la molestia de mirar á la cara al paciente, levantó la colcha, descubrió la pierna y la palpó con la brutalidad habitual de los cirujanos que llegaron á convertirse en autoridades científicas.

—Es una simple fractura—dijo con una naturalidad que hizo estremecer al barón.

Llamó á los criados para que le ayudasen y dió principio á la operación, que duró un cuarto de hora, durante el cual no tuvo compasión ni oyó los gritos del paciente, y así continuó mientras estuvo desempeñando su tarea de médico.

Mientras duró la operación no habló más que lo puramente necesario para dar alguna orden ó pedir lo que le hacía falta para la cura.

Por fin, cuando estuvo colocado el vendaje en la pierna, levantó los ojos y los fijó en el enfermo, y dijo con voz brusca:

—Creo que os he visto otra vez.

El barón miró á su vez al doctor y contestó:

—No lo creo.

Al cruzarse las miradas de los dos hombres, ambos sintieron como un choque eléctrico.

El barón contemplaba con indecible asombro al doctor Vincent, cuyos modales le llamaban la atención de una manera extraordinaria.

El doctor se levantó y señaló con ademán imperativo la puerta á los dos criados que le habían ayudado durante la operación.

Se retiraron estos.

En cuanto al amigo del barón, habiase marchado antes.

—Sí,—repitió el doctor en cuanto los criados salieron—os he visto otra vez.

Y fijó en el barón la fría mirada del médico que examina al enfermo.

—Y yo sigo creyendo que os equivocáis—contestó el barón que se había puesto muy pálido.

—No es extraño que no me reconozcáis,—dijo el médico.—Mi cabello encaneció.

—¿Dónde puedo haberos conocido?—replicó el barón con voz temblona.

—Cuanto más os miro, me convenzo más de que nos conocemos. Dónde nos conocimos? Voy á deciroslo.

En mi casa, adonde fuisteis á buscarme.

—No lo creo—repitió el barón que se puso muy lívido.

—En mi casa, calle de la Serpiente, en una guardilla....

—No recuerdo....

—Yo era estudiante de medicina....

—¿Doctor!

—Era pobre, muy pobre. Trabajaba de día y de noche para hacerme sabio en el arte de curar. Vos pusisteis encima de mi mesa un bolsillo lleno de oro y me pedisteis el arte de matar.

El barón de Morlux se incorporó ahogando un grito, y el implacable médico continuó con el mismo acento seco y entrecortado como si le costara trabajo hablar:

—Queríais saber si había un veneno que no dejara huellas.

—¿En nombre del cielo, callad!—exclamó el barón dando un grito arrancado por el dolor.

—¿Os habéis convencido de que nos conocíamos? Sí, vos fuisteis, con un nombre supuesto, envuelto en las sombras del misterio á tentar mi juventud, mi hambre y mi pobreza....

Y fijó en el enfermo una mirada centelleante.

Luego, mirando á su alrededor y viendo lo suntuoso de la habitación, añadió:

—Dios no os ha castigado. Sois rico y feliz, á lo que veo ahora.

—¡Callad! ¡Callad!—exclamó el barón cada vez más trastornado.

—Luego lo que se castiga es el brazo que hiere y no la cabeza que manda.... Sois rico.... Llevais un título.... Sois feliz....

¡Asesinol! ¡Asesinol!

—¡Miserable!—aulló el barón.—¿Quiéres que nos perdamos los dos?

¡Callaos! ¡Callaos!

El médico no le oyó y continuó cada vez con más energía:

—¿Vuestra vida no es un infierno como lo es la mía?

Los pobres me bendicen, ¡remordimiento! Mis discípulos me aclaman como á un sabio profesor, ¡remordimiento!

La gloria me otorga todos sus favores, ¡remordimiento! ¡Todo es remordimiento y castigo para mí!

El señor de Morlux, con los caballos erizados y los ojos saliéndose de las órbitas, miraba á aquel hombre con indecible espanto.

Y era éste tan grande que ni fuerzas tenía para decir una palabra.

El doctor prosiguió:

—Cuando termina el día, cuando rendido de cansancio busco el sueño, un fantasma se sienta, ya á la cabecera, ya á los piés de mi lecho, y no se aparta de mi lado hasta que sale el sol.

Es una mujer joven y hermosa, como nuestra víctima.

—Y la asesiné sin conocerla, sin que me hubiese hecho ningún daño que me impulsase á la venganza.

—¡Callad! ¡Callad!—repitió el barón cada vez más trastornado.

—Vestida de negro, pálida y triste; su mirada parece que me dice:

—“¡No habrá nunca perdón para tí!”

¡Y vos no tenéis ni remordimiento ni castigo!

¿Y vos sois dichoso?

No os ha herido todavía la espada de la justicia y Dios os olvidó dejándoos gozar de las alegrías de este mundo.

El doctor se detuvo como si le faltaran las fuerzas y no pudiese continuar después del esfuerzo hecho y de la emoción experimentada al reconocer en el barón de Morlux á su antiguo cómplice en el envenenamiento de la baronesa de Miller.

Lanzó una mirada suprema al barón y le

dijo con voz entrecortada y que los sollozo que oprimían su garganta no dejaban articular con claridad:

—¡Adios. ¡Arrepentíos.

Se dirigió hacia la puerta y salió precipitadamente, y en tal estado, que los criados creyeron que se había vuelto loco.

Atravesó con paso precipitado el patio, sin subir a su coche que le estaba esperando bajo la marquesina y no se detuvo hasta que llegó a la calle.

—¡Es él!—murmuró en voz baja y llevándose la mano a la frente y pasándose la por ella como si quisiese alejar un recuerdo impopuntano.

Y se alejó tambaleándose, tropezando a cada paso, hablando en voz alta y pronunciando frases incoherentes, entre las cuales podía oírse esta.

—Qué pena Dios mío, ¿preservais á ese hombre puesto que hasta ahora solo me castigasteis á mí y á él le dejasteis la dicha, la fortuna y todos los gozos del mundo? ¿á ese hombre que mientras yo sufro, disfruta de la consideración social y es respetado y agasajado por cuantos le rodean?

Era tan grande la turbación que dominaba al médico en el momento en que salía del hotel, que no se fijó en dos hombres que se hallaban en el portal de la casa inmediata, y pasó por su lado sin fijarse en ellos ni observar que le observaban con la mayor atención.

Los dos echaron á andar tras él y no le perdieron de vista.

El doctor llegó á su casa, llamó tres veces como de costumbre, y le abrieron, y detrás de él se cerró la puerta.

Los dos hombres esperaron un momento pensando en accho y luego llamaron á su vez.

XXIII

Los dos hombres que habían seguido antes el carruaje que condujo al doctor á casa del barón, eran, como se habrá adivinado, el coloso Milón y el Cientodieciséte.

—Ahora que sabemos dónde va,—dijo Milón al Cientodieciséte,—podemos retirarnos.

—No,—contestó el Cientodieciséte,—nos quedaremos aquí.

—¿Qué vamos á hacer?

—Esperar á que salga. ¿Para qué? Tengo mi idea.

—¡Ab!

—Tengo ciertos pensamientos muy extraños. Estoy convencido de que antes de que nazca el día, como dicen los poetas, hemos de saber cosas muy curiosas,—dijo riendo el Cientodieciséte.

—Como queráis,—replicó el dócil Milón, y como de costumbre se resignó á obedecer. Transcurrió cerca de una hora, y ocultos en el portal cambiaron muy pocas palabras. Milón dijo al Cientodieciséte:

—Puesto que envenenó á la señora, debo saber como se llaman las hijas.....

—¡Oh inconcebible sencillez!—respondió el Cientodieciséte.—¿Quién nos asegura que al asociarse esos miserables á ese hombre, no han tomado toda clase de precauciones para que no supiera su nombre, siendo la más elemental la de no decirselos? No lo comprendes?

—Es verdad,—dijo Milón convencido por lo acertado de la observación.

Después añadió:

—Pero nada de eso nos dice donde están esas queridas niñas.

—No se pueden buscar muchas cosas á la vez. Tu sabes dónde estaba el colegio.

—En Anteuil; pero por desgracia para nosotros no recuerdo en qué calle.

—Anteuil no es grande. Preguntaremos y revolveremos todo.

—Pero, muerta la señora, no pagarían probablemente la pensión.

—También es verdad.

—Y las echarían.

—También es posible.

—¿Qué habrá sido de ellas! Pero no, no es posible. La directora habrá tenido lástima de ellas! ¡Dios vea por los ángeles!—exclamó Milón secándose las lágrimas que corrían por sus mejillas.—No, no es posible que las hayan mandado al hospicio.

—¡Pobre vieja!—dijo el Cientodieciséte.—Ya verás como cuando yo intervengo en un pleito, rara vez se pierdo.

Encontraremos pronto á las huérfanas, las devolveremos su fortuna y las haremos felices....

—Y las casaremos con principes,—añadió el ingenuo Milón.

En este momento salió el médico de casa del barón de Morlux.

La palidez de su semblante, lo vacilante de su paso y sus modales llamaron vivamente la atención del Cientodieciséte.

—Creo que no me he engañado: ocurre algo nuevo dijo.

—¿Sí?

—Escucha.

El médico se detuvo, y murmuró en voz alta sin acordarse de que estaba en la calle.

—Bien. Muy bien.

El Cientodieciséte dió con el codo á Milón y le dió señalando al hotel de Morlux.

—Si él fuera uno de los hermanos de tu señora, no me extrañaría.

—¡No sería poca suerte!—contestó Milón, que se puso muy contento.

—¿Quién sabe!

Signieron al médico.

Ya hemos dicho que en cuanto el médico entró en su casa, llamó el Cientodieciséte á su vez á la puerta de la casa.

—¿Sois vos Lemosino?—preguntó Noel.

—Sí, abrid.

XXIV.

Noel (a) Cocorico abrió la puerta.

—¡Cómo!—exclamó,—¿Sois vos? No creía volveros á ver esta noche.

—Puedes decir esta mañana y hablarás con más propiedad,—observó el Cientodieciséte.

—Es cierto,—respondió Cocorico,—porque hace un momento que han dado las cuatro.

Y echándose á reír añadió:

—Lo que es el médico no dormirá mucho esta noche.

—¿Por qué?—preguntó el Cientodieciséte.

—Porque ha vuelto hace poco y ya tiene aquí otro recado.

—Pues bien, ya descansará otro rato.

—No, porque precisamente ese maniático tiene la costumbre de levantarse á las cuatro. Mirad allá arriba ¿veis aquella ventana en que hay luz? Es la suya, la del cuarto en que trabaja.

—Está muy bien,—dijo el Cientodieciséte,—y volviéndose á Noel añadió:

—¿No tienes alguno de aquellos bastones de que solíamos servirnos en tiempos?

—¿Es que quereis romper la cabeza á alguno?—preguntó inocentemente Cocorico.

—No, es para cierta escena que quiero representar. ¿Tienes alguno?

—Sí.

—Pues vete á buscarlo.

Y mientras tanto que Noel, obedeciéndole entraba en su cuchitril, en el que dormía tranquilamente su madre, el Cientodieciséte le dió á Milón:

—Abróchate la levita. Echate el sombrero sobre la oreja.... Perfectamente.

Noel volvió empuñando un grueso y nudoso bastón de acebo.

—Toma este bastón,—añadió Cientodieciséte dirigiéndose á Milón.

—¿Para qué?

—Tómalo y calla.

—Decidme para qué.

—No hace falta; obedece y calla.

—Bien.

—Estás soberbio. ¡Qué aspecto más bueno tienes! ¡Ni pintado!—exclamó el Cientodieciséte.

—Siempre se os ocurren ideas originales,—observó Noel.

—Tú, Noel, coje la luz y alumbranos.

—¿Adónde vamos?

—A casa del médico.

—¡Ah!—dijo Milón.—Empiezo á comprender. Ya sé lo que hay que hacer.

—¿Lo crees así?—preguntó el Cientodieciséte echándose á reír.

—Si no habla.... ¡desdichado de él!

—Cada una de tus ideas está condenada en en el Código con diez años de presidio,—murmuró el Cientodieciséte con acento burlesco. A ese paso pronto acumularíamos en una semana cien años de cadena.

Y francamente no tengo ganas, por ahora, de volver á la angustia (1) ni de que me aprieten los tobillos,—añadió.

—¿Es otra vuestra idea?

—Eres un bruto. Ven y sígueme.

Noel, que había adivinado el proyecto del Cientodieciséte, empezó á subir la escalera.

—Ten presente,—añadió el Cientodieciséte,—que no debes decir una palabra.

—Así lo hare,—contestó el coloso.

Al llegar al tercer piso, Noel llamó á la puerta en que veía la placa.

Tardaron algunos minutos en responder al llamamiento.

(1) Presidio.

—¿Quién es?—preguntó desde dentro el doctor Vincent.

—Señor,—dijo Noel Durand,—soy el hijo de la portera.

—¿Qué queréis?—preguntó el médico sin abrir la puerta.

—Que hay dos caballeros que desean hablaros enseguida,—respondió Noel.

El médico contestó:

—¿Se trata de algún enfermo?

—No,—dijo Noel después de consultar á Cientodieciséiete.

—Suplicad á esos caballeros que vuelvan á las ocho.

No abro mi casa de noche.

Entonces dijo el Cientodieciséiete con voz breve, imperativa:

—Abrid, en nombre de la ley.

Acercándose á Milón le dijo al oído:

—Arriesgo el correccional; pero no importa, lo hago en tu obsequio.

El médico abrió, porque jamás puerta alguna permaneció cerrada ante ese *sésamo* en «nombre de la ley!» á menos que, aquellos á quienes se dirige no estén decididos á llevar las cosas al último extremo, resistiéndose.

El Cientodieciséiete se había abrochado la levita hasta la barba, y tomando en el acto el aspecto y la actitud de un elevado empleado de policía en el ejercicio de sus funciones:

—Amigo, id á buscar un carruaje,—dijo á Noel con tono autoritario.

Noel se marchó y el Cientodieciséiete entró en la habitación del médico, que estaba pálido como un espectro.

—¿Qué me queréis?—preguntó.

—¿Sois el doctor Vincent?

—Sí.

El Cientodieciséiete dijo á Milón señalando á la antesala.

—Esperadme ahí.

—Después, dirigiéndose al médico, le dijo:

—Pasemos á vuestro despacho.

El médico, temblando, abrió la puerta del despacho, y pasó el primero.

El Cientodieciséiete cerró la puerta.

—Caballero,—dijo,—no dudo que un hombre de vuestra posición y mérito podrá disculparse fácilmente, pero ¡ay! no soy más que un instrumento pasivo y vengo á prenderos.

—¡A prendermel—esclamó el médico.

—Sí.

No es posible dar idea del aspecto del médico en aquel momento.

—¿De qué delito se me acusa?—preguntó poniéndose lívido y castañeteándole los dientes.

—De un envenenamiento cometido hace diez años,—respondió el Cientodieciséiete.

El médico dió un grito.

—En la persona de una mujer, de la baronesa de Miller,—añadió el falso agente de policía,—y en complicidad con el señor barón de Morlux y su hermano el señor vizconde.

El médico creyó que iba á desmayarse.

En este momento entró Noel y dijo:

—El carruaje espera.

XXV

El rostro del médico estaba cubierto de una palidez terrosa.

Evidentemente se sostenía una lucha terrible en el corazón de aquel hombre.

Su conciencia, abrumada por los remordimientos le decía:

«La hora del castigo ha llegado; inclina la cabeza y sufre tu destino.»

El orgullo y el egoísmo humano respondieron casi en el mismo instante.

«Si; has cometido un crimen, pero le has expiado con tu arrepentimiento, con tu trabajo, tus éxitos y tu caridad.

Has envejecido antes de tiempo en la lucha que sostuvistes contra la ciencia para arrancarla uno á uno todos sus secretos.

«Eres un hombre de talento, eres casi un grande hombre. ¿Puedes renunciar á todo esto, y un crimen cometido en la juventud ha de caer en una cabeza cubierta de pelo blanco.»

La lucha fué larga, encarnizada; la vergüenza tomó parte en ella, y una voz se elevó en el alma del culpable y le dijo.

«No; un hombre como tú, per culpable que haya sido, no puede consentir que su cabeza ruede en el patíbulo. Eres maestro en la ciencia de curar y no puede tocarte la mano del que mata en nombre de la ley y de la sociedad.

»Librate á toda costa de esa expiación suprema y de semejante deshonra.»

Y comenzó á opearse una reacción en aquel hombre poco menos que aniquilado.

**

Levantó la lívida cabeza, miró al Cientodieciséiete, y le dijo:

Caballero, puesto que vos no sois juez de instrucción, no tengo que daros ninguna explicación ¿no es verdad?

—Ciertamente que no—contestó el falso agente de policía.

—En ese caso estoy dispuesto á seguiros. ¿Os parece que me interrogarán en el acto?

—No lo creo.

—Por consiguiente, ¿se me detendrá preventivamente?

—Esa es también mi opinión, y no tengo para qué ocultarla—respondió el Cientodieciséiete.

—Permitidme, pues, que escriba cuatro líneas á uno de mis colegas suplicándole, que durante mi ausencia, se encargue de mis enfermos.

—Hacedlo—dijo secamente el falso agente y se sentó en un sillón.

El doctor Vincent se sentó á la mesa, escribió una carta que puso en un sobre, y antes de cerrarla dijo con indiferencia:

—No está engomado el sobre.

Abrió un cajón, sacó una barrita de lacre y la acercó á una bujía.

En el momento en que el lacre empezó á chisporrotear y humearse, el Cientodieciséiete, que no había perdido un momento de vista al doctor, se arrojó sobre él, le cogió por los hombros, y le echó bruscamente hácia atrás, de modo que le hizo soltar la barrita de lacre, que cayó encendid y humeante sobre la mesa, al escapársele de la mano.

—Cualquier otro que hubiera estado en mi lugar os dejara continuar,—dijo friamente el Cientodieciséiete—y dentro de diez minutos habríais muerto, porque al respirar de cerca unas cuantas bocanadas de ese humo gris, habríais rodado muerto al suelo. ¿Sois muy inteligente doctor! ¿Y es con los perfumes con los que envenenais?

El lacre, que acababa de apagarse, despedía, en efecto, un olor acre.

El Cientodieciséiete era robusto; llamó á Milón, que, abriendo pronto la puerta, encontró á su amo sujetando al médico.

—Hazte cargo de este hombre—le dijo el Cientodieciséiete,—y vámonos.

Milón se apoderó del doctor echándosele al hombro como si fuera un fardo de mercaderías,

mientras el Cientodieciséiete abría las ventanas para que se desvanecieran las perniciosas emanaciones del lacre.

Después cogió unas tijeras de encima de la mesa, cortó el cordón de la campanilla y dijo á Milón que en aquel momento atravesaba la antecámara dirigiéndose hácia la puerta:

—Espera y pon en pie al señor.

Milón obedeció

El Cientodieciséiete ató fuertemente las manos del doctor á la espalda con el cordón de retorcida seda de la campanilla.

—Dispensadme, señor Vincent, si os trato de esta manera,—dijo,—pero habéis querido mataros y como hay quien os necesita mucho, todas las precauciones que tomemos son pocas.

El médico bajó la cabeza, y el Cientodieciséiete vió brillar una lágrima que se deslizaba silenciosa por sus descarnadas mejillas.

—Vamos,—dijo.

Y bajó la escalera entre sus dos guardianes que no le perdían de vista.

El carruaje que había alquilado Noel y que esperaba á la puerta, era una carretela cerrada y de dos caballos, de esas antiguas de las que no se ven más que ocho ó diez por las calles de París y que son las que no han querido fusionarse con las Compañías de coches de punto.

El cochero tenía un aspecto que hablaba poco en su favor y, cuando vió al médico con las manos atadas, á Milón con su enorme bastón y al Cientodieciséiete con su aire de inspector superior de policía, tomó un aire insolente.

—¿Habrá propina para beber?—dijo.

El Cientodieciséiete puso el pié en el cubo de la rueda, se encaramó hasta el pescante y dijo en voz baja pero con un acento que no admitía réplica:

—Hay veinte francos si te portas bien y una vuelta por la prefectura si te portas mal.

La promesa de los veinte francos halagó al cochero y la amenaza de vuelta por la prefectura le hizo mostrarse respetuoso por que los de su clase, sobre todo los que no están matriculados, suelen tener siempre algún pecadillo sobre la conciencia.

—Me portaré bien, señor,—contestó.

XXVI

El Cientodieciséiete abrió la portezuela é invitó al doctor Vincent á que subiera, é hizo que se colocara Milón á su lado.

—Cuida que de este caballero no se desate las manos y vigílate bien.

El carruaje tenía cortinillas.

Milón las bajó por indicación del Cientodieciséiete, de manera que el médico no viera el camino que iban á seguir.

El Cientodieciséiete se sentó en el pescante al lado del cochero.

—¿A dónde vamos? ¿allá abajo?—preguntó el cochero,—y quería decir á la prefectura.

—Sí,—contestó el Cientodieciséiete.

El carruaje siguió el boulevard de Sebastopol y el puente que le une al Palacio de Justicia, y en la esquina del muelle de Orfèvres el Cientodieciséiete hizo parar el carruaje.

—Sigue al paso por la calle de la Santa Capilla. Voy á pedir órdenes.

El cochero obedeció, mientras que el Cientodieciséiete echó pie á tierra y aparentó que se dirigía al Palacio de Justicia.

Durante este tiempo, el médico, completamente anonadado, ni siquiera trató de averiguar por qué se detenía el carruaje.

Diez minutos después, el Cientodieciséiete, que no había hecho otra cosa que fumar un cigarrillo en la calle de la Santa Capilla, alcanzó al carruaje, abrió la portezuela y dijo al médico:

—Vais á ser interrogado al momento. El juez ha dado orden de que se os lleve á su casa.

El médico no contestó.

El Cientodieciséiete volvió á ocupar su asiento junto al cochero, que habiendo oído las últimas palabras, se atrevió á preguntar:

—¿Ha hecho algo bueno ese viejo?

—Tiene una buena cuenta,—contestó el Cientodieciséiete.

—¿Le prenden por robo?

—No.

—¿Por asesinato?

—No.

—Entonces ¿por qué?

—Por política.

—¡Ah!

—Arrea, que tengo prisa.

—Luego ¿vamos á llevarle á casa del señor juez de instrucción?

—Sí.

—¿Dónde vive?

—En la villa de Said.

—Vive en un sitio que da bien al aire,—murmuró el cochero sonriendo.

Y arreó á sus penceos.

Una hora después se detenía el carruaje en la villa de Said, cuya verja acababa de abrir:

El Cientodieciséiete llamó á la puerta del hotelito del mayor Avatar.

Al mismo tiempo Milón desató las manos al doctor y le cogió del brazo.

La avenida de los hoteles estaba desierta y como el portero de la entrada se había vuelto á acostar, después de abrir la verja nadie vió pasar al doctor.

—¿Espero?—preguntó el cochero.

—No,—respondió el Cientodieciséiete dándole veinte francos.—El interrogatorio será largo; puedes irte cuando quieras.

Como el carruaje paró delante mismo de la puerta del hotelito y Milón; que desde hacía una hora daba algunas pruebas de inteligencia, empujó bruscamente al médico, éste no tuvo tiempo para enterarse del sitio en que se hallaba.

—¡Enjaulado!—murmuró el Cientodieciséiete alegremente.

Y cerró la puerta mientras que el carruaje se alejaba y volvía al centro de Paris.

XXVII

La postración en que cayó el doctor Vincent fué disipándose lentamente durante el trayecto de la calle de la Serpiente á la avenida Said. Sin embargo, creía realmente que había caído en manos de la justicia verdadera.

Su asombro fué indecible cuando el mayor Avatar, le hizo pasar á un saloncito que había á la derecha del vestibulo, en el cuarto bajo, cerró la puerta, le ofreció un asiento y le dijo:

—Ahora, doctor, hablemos.

—¿Sois vos quien debe interrogarme?—preguntó el doctor.

—Sí.

—¿Queréis decirme quien sois?—dijo con mucho asombro.

—Un hombre que juega una partida peligrosa,—respondió el mayor.

Luego, mirándole fijamente con mucha calma y tranquilidad.

—Señor Vincent,—añadió,—la justicia, después de Dios, es la cosa más sagrada que hay en este mundo. En este momento acabo de parodiarla. No soy agente de policía ni juez; sin embargo, os prendí y estáis en mi poder.

El doctor no pudo contener un movimiento de indignación.

—¿Quién sois miserable?—exclamó poniéndose en pie.

—Soy un hombre que quiere reparar algunas injusticias, vengar algunas injurias y castigar á grandes criminales,—contestó el mayor Avatar con una calma muy solemne.

Todo el orgullo del hombre se despertó en el doctor Vincent.

—Caballero,—dijo,—quien aspira á reformador y se precia de justiciero, debe empezar por respetar las leyes, no penetrar en casa de un hombre de noche con un falso mandamiento y no usurpar las atribuciones del comisario ó de inspector de policía. Nada tengo que decirnos, ni contestaros, dejadme, pues, salir de esta casa.

Y se dirigió hacia la puerta.

Pero el mayor sacó del bolsillo un revólver, se colocó delante, y mirando al médico, le dijo con acento muy resuelto:

—Tan cierto como me he llamado Rocambole, en presidio el Cientodieciséiete y aquí el mayor Avatar, os juro que os mataré como á un perro si no me escucháis y me obedecéis.

La palabra presidio hizo estremecer al doctor que se puso fuera de sí.

—¿Habéis estado en presidio?—exclamó.

—Sí; tenía el número cientodieciséiete.

—Y os atrevéis... miserable...

—Doctor,—contestó el mayor con calma,—se va á presidio por ladrón, por asesino, hay también allí envenenadores.

Esta palabra desarmó al médico que extendió las manos con ademán suplicante.

—¡Callad!—exclamó,—¡callad!

—Será lo que haré en cuanto nos entendamos.

—¿Qué es lo que queréis de mí?

—Voy á decirlo.

—Acabad pronto por que esto no puede continuar,—dijo el doctor Vincent.

—De vos depende el concluir.

—Pero ¿qué deseáis?

—Que os confeséis conmigo.

—Yo no debo confesarme sino con Dios.

—Y con la justicia, doctor.

—¡No sois lo uno ni lo otro!

—No,—contestó el mayor.—Tenéis razón; yo no soy el juez que condena lealmente, ni la Providencia que hiere á los grandes culpables, pero acaso soy el instrumento elegido por Dios. Ya os lo dije, he estado en presidio....

No me asusta el volver. Si no obtengo de vos lo que quiero, os mataré... aquí mismo... dentro de diez minutos ó dentro de una hora.

Tened presente que estáis en mi poder y que soy el que manda y que quiere ser obedecido.

—¿Qué es lo que queréis de mí? ¿Es dinero lo que deseáis?—preguntó el doctor Vincent con acento despreciativo.

—¡Dinero!

Y el mayor se encogió de hombros.

Miró con aire delástima al doctor Vincent y le dijo sonriendo:

—Si hubiese sido un ladrón vulgar os robára en vuestra propia casa. Por otra parte, no sois rico, porque dáis á los pobres todo lo que ganáis.

—Pero ¿qué me queréis?

—Hablemos, pues, franca y categóricamente, sin rodeos y sin ambages.

El revólver que tenía en la mano, y la calificación de antiguo forzado que había arrojado sobre sí mismo el mayor, no podían dejar duda al médico de que su interlocutor era muy capaz de hacer lo que decía, pero sin vacilación alguna.

—Sea,—murmuró,—os escucho.

—Doctor, hacéis mal, muy mal en hablar alto por las noches,—añadió el mayor.—Quien ha cometido un crimen, no debe decirse así mismo, aunque sea desde las doce de la noche á las seis de la mañana.

—¿Luego creéis que he cometido un crimen?—preguntó el doctor.

—No es que lo creo, es que estoy seguro de ello; y si hubiese dudado, adquiriera esa convicción al ver que quisisteis mataros.

El Doctor palideció y se calló.

—Envenenasteis,—prosiguió con calma el mayor,—á una mujer que apenas contaba treinta años, hermosa, rica....

—¡Caballero!

—Se llamaba la baronesa de Miller,—añadió el mayor Avatar.

—¿Sabéis su nombre?

—Lo se todo y, sin embargo,—dijo el mayor sonriendo con amarga expresión,—no pertenezco á los de la calle de Jerusalém, sino que opero por mi propia cuenta.

—Pero ¿qué queréis de mí?—preguntó el doctor por tercera vez.

—Vais á saberlo.

XXVIII

Y el Cientodieciséte con un gesto imperioso indicó al doctor que se sentara delante de él.

Luego añadió:

—Veinticuatro horas antes de cometer el crimen no conocíais á la baronesa de Miller y ni siquiera la habíais visto.

No os impulsaba, no podía impulsaros á ello ningún motivo de odio ni de interés porque no debíais heredarla....

Envenenasteis á aquella desdichada mujer porque os ofrecieron diez mil francos....

Todos estos detalles eran tan rigurosamente exactos, que el doctor, dejando caer la cabeza entre las palmas de las manos, murmuró:

—Entregadme á la justicia, en vez de martirizarme de este modo.

—Aún no. Un hombre que se atreve á hacer lo que yo hago; que se sustituye á la Providencia; que usurpa las funciones de un agente de policía, no hace ese juego más que para buscar el instrumento del crimen. ¿Comprendéis?

Es preciso ahora que me entreguéis á vuestro cómplice, ó más bien, á vuestros cómplices, porque sé que son dos.

—¡Oh! ¡Lo sabéis todo!—dijo el doctor cuyo terror fué en aumento.

—Y mucho más de lo que os figuráis.

—Escuchadme—replicó el mayor Avatar.

—No es posible resucitar á los muertos, y hace diez años que la desventurada baronesa de Miller está en el sepulcro.

La justicia ignora vuestro crimen, y Dios quizá tenga tentaciones de perdonároslo,

porque después de cometido ese crimen no dejasteis de elevar hasta EL las dos oraciones mas conmovedoras; las que al fin obtienen su clemencia: la caridad y el trabajo.

Pero vuestros cómplices, aquellos que especularon con vuestra juventud, ambición y miseria; aquellos que hicieron que os convirtiérais del joven demacrado por las laboriosas veladas y por la lucha contra las privaciones y la miseria, en cómplice de su codicia y en asesino de su hermana....

—¡Su hermana!—exclamó aterrado el doctor cruzando las manos.

—Si—dijo el mayor,—su hermana.

—¡Soy un miserable!—murmuró el hombre agobiado ya antes por el remordimiento.

—Y su hermana era madre—prosiguió el mayor,—y al verirla despojásteis de su fortuna á dos pobres huérfanas que lanzadas al arroyo en París carecen de recursos, de protección, y tal vez hasta de amigos.

¡Dios solo sabe lo que habrá sido de ellas!—añadió conmovido.

—¡Ah!

El doctor Vincent contemplaba al Cientodieciséte con ojos extraviados.

Prosiguió el mayor:

—Ahora elegid: ó llamo ahora mismo al primer agente de policía que pase por la calle y os entrego á él, aunque yo me pierda, porque tengo largas cuentas pendientes con la justicia, ó accedéis á ser mi esclavo y en ayudarme á perseguir á los verdaderos asesinos, á los que fueron la cabeza que idea mientras que solo fuisteis el brazo que ejecuta.

El mayor no tuvo tiempo de acabar; el doctor, se echó á sus pies, exclamando:

—¡Dios mío! Perdonadme si no puedo reparar mi crimen devolviendo su madre á esas pobres huérfanas, para quienes será toda mi trabajo.

El mayor le cogió de un brazo.

—Bien—dijo,—lloráis.

En efecto, dos gruesas lágrimas rodaban por las mejillas del médico.

—Vuestro arrepentimiento me asegura vuestro concurso—añadió el mayor.

—¡Oh! ¡Os obedeceré!

—¿Cuénto con ello.

—Si—murmuró el médico,—trabajaré de día y de noche en favor de esas huérfanas.

—Hay que hacer más que eso.

—Hablad,—dijo el médico, cuyo semblante se iluminó de repente.

—Es necesario que me ayudéis á devolverlas su fortuna....

—¿Qué fortuna?

—La fortuna que las robaron.

El médico se levantó.

—Tenéis razón,—dijo;—os pertenezco en cuerpo y alma.

—¿Qué es preciso hacer?

—Os lo diré más adelante.

El mayor dejó el revolver, en adelante innecesario, encima de la chimenea.

—Ahora, doctor, podéis volver á ocuparos de vuestros enfermos.

—¿Me devolvéis la libertad?—preguntó el médico estupefacto.

—Si,—dijo el mayor—creo en vuestro arrepentimiento y en vuestra sinceridad; estoy seguro de que me serviréis.

Os lo juro sobre la tumba de mi víctima, cuya sombra aparta el sueño de mis ojos todas las noches,—murmuró el doctor Vincent con voz sorda.

—Os creo; idos.

—Pero ¿me necesitais?

—Hoy no; mañana.

—¡Ah!

—Os escribiré unas líneas, bien suplicándoos que vengais á mi casa, ó bien que me esperéis en la vuestra.

—Os obedeceré en todo y por todo, os lo repito,—dijo el doctor Vincent.

El mayor llamó á Milón, que esperaba respetuosamente en la antecámara.

—Ve á buscar un coche para este caballero,—le dijo.

—¡Le dejais marchar!—murmuró Milón estupefacto.

—Ve á buscar un coche para este caballero,—repitió imperiosamente el mayor.

Milón obedeció.

A los diez minutos salía de la villa Sañd y libre de un peso enorme que le abrumaba, un hombre que había creído llegada la hora de la expiación, y que se resignaba á colocar su cabeza bajo la cuchilla de la guillotina.

El mayor dijo á Milón:

—Ahora, vamos á buscar el millón de las huérfanas,

XXIX.

Es París la ciudad en que todo se improvisa como en los cuentos de hadas.

A las nueve de la mañana un carruaje se detuvo en la calle de Grenelle, á la puerta de la casa en que estaba oculto el tesoro.

Apeáronse de él dos hombres, el mayor Avatar y Milón.

En la puerta había numerosos anuncios de locales y cuartos desalquilados.

El mayor Avatar dijo al portero, señalándole á Milón.

—Este caballero, que es pariente mío, acaba de llegar de provincia y desea alquilar una habitación en una casa próxima á la mía, porque vivo aquí cerca en el barrio.

—¿Tenéis alguna para alquilarle?

—Si, señor.

—¿Cuales son?

—Hay desalquilados el piso bajo y el segundo que son bastante espaciosos.

—¿Tiene cueva alguna de esas habitaciones?—preguntó el mayor sonriendo.

—Si,—dijo Milón; que se sabía de memoria la lección,—quiere, sobre todo, una buena cueva, porque espero una partida de vino,—y pavoneándose un poco añadió:

—Aquí en donde me veis, soy uno de los más fuertes propietarios del Blasois.

Al oír la palabra propietario, el portero se levantó respetuosamente y contestó:

—En cuanto á cuevas no os inquieteis; hay cinco ó seis desocupadas.

Podéis elegir la que gustéis.

—Veamos primero la habitación,—dijo el mayor, que temía que Milón hiciese algo que revelase su emoción.

—¿Cuánto renta el entresuelo?

—Mil doscientos francos.

El Cientodieciséte y Milón vieron el entresuelo; les pareció bien y lo alquilaron manifestando deseos de habitarlo enseguida.

—Veamos ahora las cuevas,—repitió Milón.

Bajaron; el portero encendió una linterna y abrió la puerta de la ancha escalera de caracol que conducía á las cuevas.

Una vez en el corredor subterráneo, Milón reunió sus recuerdos y se orientó.

La cueva estaba á la izquierda, el portero se inclinó hacia la derecha.

—¿Y por aquí?—preguntó Milón.

—Por donde queráis,—replicó el portero;—hay tres cuevas, las tres en fila, en esta galería.

Entre las tres se hallaba la que buscaban.

Milón, al que su compañero contenía con la mirada, pareció que vacilaba un momento entre las dos.

—Me parece que ha de ser mayor ésta—dijo señalando una.

—Primo,—dijo el mayor,—¿por qué no tomáis las dos?

—Le costarán doscientos francos más,—dijo el portero.

—Eso me es indiferente,—dijo Milón;—tomo las dos.

—Entonces estamos de acuerdo.

El mayor, á fin de ahorrar trámites, sacó de una cartera de piel de Rusia un billete de quinientos francos y se lo entregó al portero.

—No tenemos tiempo que perder. Tomad un trimestre adelantado y guardaos lo que sobra.

—Lo que sobraba pasaba de cien francos; era una propina casi regia.

Deslumbrado el portero, contestó que el propietario hacía todo lo que él quería y aprobaba sus contratos y, por consiguiente, que podían tomar posesión de la casa.

A las dos horas se presentó un tapicero, tomó algunas medidas y envió un carro de muebles, y á las ocho de la noche, el señor José Baudoin, propietario, se instaló en su nuevo domicilio, en el que no había aún cortinas en las ventanas, ni alfombras en el suelo, pero en cambio estaban en sus sitios unos cuantos muebles y la cama preparada.

El mayor Avatar fué una hora después á visitar á su pariente para enterarse de su instalación.

En una maleta de Milón que él mismo llevaría en coche, estaban las herramientas necesarias para la obra que intentaban llevar á cabo.

XXX.

Era una morada tranquila la casa de la calle de Grenelle, en el Gros-Caillou.

El portero se acostaba á las once, y el gas de la escalera se apagaba á las doce.

Milón y el Cientodieciséis esperaron hasta las doce; á esta hora bajaron á la cueva sin luz y sin hacer ningún ruido.

El antiguo presidente del Club de los Exploradores, que cambiaba frecuentemente de nombre y hasta de fisonomía, estaba dotado de una singular facultad: veía de noche y en las tinieblas lo mismo que si fuera un gato.

Cogió á Milón de la mano, y pasó por delante de la portería sin hacer ruido alguno, y bajaron por la escalera de las cuevas.

Milón dijo á su compañero:

—He mirado las paredes: tengo la completa seguridad de que están intactas.

Una vez en el corredor, el mayor sacó del bolsillo una velilla de cera arrollada y la encendió.

Milón, además de la llave de la cueva, y entre otras herramientas, llevaba una palanca y un martillo.

En el momento en que el mayor abrió la puerta, le latió con fuerza el corazón.

Entró el primero.

¡Era allí! Allí había diez años que había enterrado el tesoro de las huérfanas.

El Cientodieciséis procedió á un rápido examen de la cueva que era grande, alta de techo y abovedado este.

Las paredes estaban cubiertas de una ligera capa salitrosa y el suelo de pegajosa humedad, respirándose allí una atmósfera viciada, debida sin duda al tiempo que hacía que no se ventilaba aquel local, que no tenía más que un tragaluz cegado por las telas de la araña la basura y el polvo que habían ido amontonándose.

De las paredes debían desprenderse algunas emanaciones producidas sin duda por la vecindad, de los albañales y cañerías de agua.

—Se conoce que aquí han entrado muy poco—observó el Cientodieciséis.

—Sí, y por eso dije que las paredes estaban intactas—respondió Milón—y supongo que todo estará en su sitio.

—Eso es lo que vamos á ver en seguida; pero hagamos las cosas con mucho orden para que salgan bien.

—Ya sabéis que hago cuanto me ordenáis—contestó Milón.

No había en la cueva más que una pipa

vieja, apollillada y sin fondo, abandonada sin duda por el último inquilino.

El mayor dijo á Milón, colocando la cerilla sobre el barril:

—Veamos... orientate... ¿cuál es la piedra?

Milón se colocó delante de la puerta que había cerrado, y echó á andar lentamente y contando las juntas.

Luego se detuvo.

—Esta es—dijo.

Y echó mano al cincel y al martillo.

El Cientodieciséis le quitó el martillo.

—Si golpeas sobre el cincel, vas á hacer ruido y á despertar al portero. Dame la palanca y alúmbrame. Es lo mejor.

Eres inquilino, pero no tienes derecho á echar á perder las paredes.

—Sin embargo, me parece que no puede ser de otro modo.

—Conozco á uno,—respondió sonriendo el mayor,—que perforó una pared de seis pies de grueso sin tener más herramienta que una lima de unas tres pulgadas y sin hacer más ruido que una rata, y el que lo hizo fui yo.

—Dame ese chisme y alúmbrame.

Milón tomó la luz, en tanto que el mayor introducía la palanca entre la juntura formada entre la piedra que ocultaba la arquilla y la inmediata, y después, con un movimiento regular de va y ven, atacó el cemento romano que empezó á desmenuzarse en polvillo sobre la hoja del cincel y la mano que la sostenía.

—Antes de una hora,—dijo el mayor,—todo estará concluido.

El corazón de Milón latía fuertemente.

—Amo,—dijo—por fin hemos encontrado á los asesinos de la señora; dentro de un momento tendremos en nuestro poder el tesoro. ¿Cuándo nos dedicaremos á buscar á las niñas?

—Mañana—respondió el Cientodieciséis, prosiguiendo su tarea.

Aquel hombre tenía en su espíritu un verdadero cronómetro: dijo que tardaría una hora en levantar la piedra, y no se equivocó ni en cinco minutos. Una vez desprendida la piedra, había que arrancarla y sacarla del hueco.

Cuando estuvo completamente arrancado

el cemento, apalancaron por los dos lados y poco á poco, centímetro á centímetro, fué saliendo el sillar del sitio, hasta que llegó un momento en que ya no quedaba nada más que hacer que arrancarla por completo.

Milón, con su hercúlea fuerza, se encargó de cogerla y dejarla en el suelo sin hacer ruido.

La piedra era enorme, y pesaba lo menos doscientos kilos.

Entonces introdujo la mano y el brazo en el agujero y ahogó un grito de alegría.

—¡Aquí está!—exclamó.

—Calla—dijo el mayor que no pudo contener una ligera emoción.

Milón sacó el tesoro que estaba encerrado en un cofrecito de hierro pulimentado, de un pie de largo y medio de ancho.

—Aquí no hay un millón y medio, ni mucho menos,—dijo el mayor.

—Sí, en papel... El papel creo que vale siempre.

—Especialmente los billetes de Banco—dijo el mayor que se había puesto muy pálido.

—¿En que pensáis?—preguntó Milón al ver que el Cientodieciséis estaba cabizbajo.

—¿Quieres saberlo?

—Sí.

—No sé si decírtelo.

—Sí, no me lo ocultéis.

—Pienso—contestó el Cientodieciséis,—que me he llamado Rocambola, y que en otro tiempo, al encontrarme á solas contigo y viendo un millón en tus manos, te habría dado de puñaladas para quedármelo yo solo.

Milón se estremeció.

—Amo,—murmuró,—este dinero es de las huérfanas.

—Tienes razón,—exclamó Rocambola, que había recobrado su temido nombre,—quiere ser virtuoso; pero sígueme...

—¿A dónde?

—Arriba para ver si está intacto.

—¿Y la llave?

—Yo la tenía, pero...

—¿La perdiste?

—No, me la quitaron en presidio.

—¿Cómo lo haremos?

—Yo me encargo de todo, descuida,—dijo el Cientodieciséis.

—¿Qué pensáis hacer?

—Haremos que salte de la cerradura con un cuchillo. . . . No será la primera vez. . . . Conozco la cosa ¿no soy Rocambole?—añadió el mayor echándose á reír.

Y salieron de la cueva, llevando el cofrecito de hierro.

XXXI

Agenor de Morlux, mientras su padre se fracturaba una pierna, se entregaba á todas las alegrías de la esperanza.

La carta en que Antonietta le decía: «No marcheis, que os necesito,» era la primera victoria de la campaña amorosa que había emprendido.

El día le pareció muy largo, especialmente desde las cuatro de la tarde.

Para matar el tiempo hasta las ocho, se fué á comer al café inglés, donde todos los días comía su amigo Oscar de Marigny.

Tenía ardientes deseos de darle parte de su ventura; pero como para los demás humildes mortales, hay fatalidades para los fatales, hay fatalidades para los fátuos.

Aquel día había ido Oscar á comer á casa de un amigo.

Le pasaba lo que á la inmensa mayoría de los que se creen afortunados en amor; que no podía contener su alegría y necesitaba desahogarse; contarle á un amigo lo que le pasaba.

En esto también entraba por algo el sentimiento de la vanidad halagada que quería alardear de la victoria obtenida.

Agenor era bueno en el fondo, pero la vida libre que había llevado desde muy joven y las malas compañías, le malearon algo, y se dejaba arrastrar por el torbellino, creyendo que desdecía de la posición que ocupaba en la sociedad si no se hablaba de él, de sus queridas, ó de sus caballos y trenes. Era este un defecto de que adolecen muchos, y que no se le podía imputar á él solo, sino á cuantos se hallan en su caso, es decir, que desde muy jóvenes son poseedores de grandes fortunas, y pueden malgastarlas y derrocharlas sin freno, sin moral ni material, y sin más norma que su capricho ó el deseo de satisfacer sus antojos:

Viendo que su amigo Oscar de Marigny

no se hallaba en el café y no podía revelarle sus secretos, decidió quedarse y comer allí.

Pidió Agenor una succulenta comida que sazonó con una botella de Chateau-Laffite, fumó un excelente habano, dió luego dos ó tres paseos por el boulevard, y precisamente á las ocho menos cuarto franqueó el dintel de la puerta de la casa de la señora Raynaud.

El portero le saludó con su más obsequiosa sonrisa y le dijo:

—Esas señoras os esperan.

Agenor subió la escalera murmurando:

—Es negocio concluido de antemano; estoy seguro de que mañana iré á encargarme á mi tapicero el mobiliario de Antonietta.

La señora Felipe, que se había querido quedar en la habitación de Antonietta, le abrió la puerta y le hizo mil reverencias antes de introducirle en el salón que servía de gabinete de trabajo á la joven.

La señora Raynaud estaba en una butaca al lado de la chimenea y Antonietta, bordando al lado de una mesa.

Una sola lámpara alumbraba la habitación cuyo mobiliario era muy decente, y de una pulcritud extremada.

Agenor abarcó todos estos detalles con una sola mirada.

Todo aquello le disgustó de una manera extraordinaria.

Y se comprende, dados sus propósitos.

Esperaba hallar más miseria.

La señora Raynaud era una señora muy bien educada y que en tiempos frecuentara la sociedad, y su recibimiento, lleno de esa distinguida facilidad que da el trato de gentes, desconcertó á Agenor.

En cuanto á Antonietta, se levantó con tanta sencillez y ofreció la mano á la inglesa, con tanta dignidad á Agenor, que en vez de disminuir, creció la turbación de éste.

No obstante sus teorías de hombre corrompido y hastiado de todo, Agenor era naturalmente tímido, por más que trataba de disimularlo con un tono arrogante.

La calma y la sencillez de Antonietta le confundieron.

—Caballero,—dijo ésta después de haber cambiado algunas palabras frívolas,—os mostrásteis tan bueno y tan generoso con-

migo, que voy á seros franca. Como os he escrito, mi hermana y yo somos huérfanas. Hasta ayer no he sabido como nos llamábamos. Desde ayer sé que mi madre era una mujer bien nacida, que tenía un título y una gran fortuna, y que su último criado, á quien mi hermana y yo queríamos con idolatría, víctima sin duda de alguna horrible equivocación, fué preso hace no sé cuantos años y condenado en fin á presidio.

¿Qué ha sido de la fortuna de mi madre? Lo ignoro.

Pero no es fácil que queden impunes nuestros expoliadores.

Es imposible que un desgraciado expie un crimen que no ha cometido. Nosotras nada podemos en el mundo.

Os cruzásteis en mi camino, y ocupais en la alta sociedad elevada posición: ¿queréis ser nuestro amigo é interesaros por un pobre hombre injustamente perseguido?

¿Queréis ayudarnos?

La súplica de Antonietta era tan noble y tan franca, de una sencillez tan grande, de un abandono tan confiado, que el libertino se ruborizó, echándose en cara él mismo sus abominables cálculos, de los que se avergonzó.

La señora Raynaud no abandonó su butaca, ni Antonietta dejó de bordar, y no se habló una palabra de amor.

Agenor estaba como fascinado, y habían desaparecido todas sus audacias de Lovelace y de irresistible conquistador.

La actitud de aquellas señoras y su conversación eran, por otra parte, demasiado dignas para que pudiese suceder de otra manera.

Tardó muy poco Agenor en ponerse á la altura de la situación y en mostrarse digno de su nombre.

—Señorita,—dijo á Antonietta,—mi padre, el barón de Morlux, es hombre poderoso y de grandes relaciones, y su celo, estimulado por mis buenos deseos, bastará á devolver la libertad al hombre por quien os interesáis.

Luego añadió muy emocionado:

—En cuanto á vuestra fortuna, creo que os será devuelta, aunque la haya robado un rey.

Antonietta volvió á ofrecer la mano á Agenor.

—Teneis un excelente corazón,—le dijo,—gracias por la amistad que me ofrecéis.

Comprendió Agenor que no podía prolongar la visita y se retiró, pidiendo permiso para volver al día siguiente á dar cuenta de las gestiones que hiciera en favor del presidiario.

Antonietta no se lo pudo negar.

XXXII

Embelesado con lo que acababa de sucederle, y animado con la esperanza de encontrar á su amigo Oscar de Marigny, se fué al club de los Espárragos.

El hombre es así, necesita un confidente.

Oscar acababa de entrar en el club.

—¿De dónde vienes?—preguntó á Agenor.

—¿Cómo va tu asunto?

—El sitio va á ofrecer más dificultades de las que yo creía.

Esa loquilla tiene humos de duquesa.

—Si la amas, cástate.

—¿Quién sabe!—exclamó Agenor.

—Has reflexionado. . . .

—Sí. . . .

—Siempre he creído que eras más que un fanfarrón de vicio. . . .

Te empeñas en ser malo y eres bueno en el fondo. . . .—observó el señor de Marigny.

No eres más que un niño grande y muy charlatán, amigo mío.

—¡Bah!

—Es la verdad.

—¿Te lo parece?

—Sí.

—¡Bah!

—¿Y por qué no ha de ser así? Encuentras en tu camino una mujer joven, hermosa y hourada; es pobre pero tú eres rico por los dos, ¿no es natural que te cases con ella?

—Gracias.

Querido Oscar, eres un tonto,—respondió Agenor de Morlux.

—Esto es de sentido común.

—Es decir que no te he comprendido. . . .

—No.

¿No piensas en casarte? . . .

—Lo que es pensar. . . .

—No sé descifrar enigmas; explicate, pero claro y de una vez.

—Es muy sencillo.
—Veamos.
—La muchacha es pobre, pero puede llegar á ser rica, ¿entiendes?
—¿Y cómo?
—De una manera muy sencilla: encontrando la fortuna de su madre como ha encontrado su apellido... Su madre, te lo digo de pasada, era baronesa.
—Te compadezco,—contestó Oscar de Marigny.—eres un hombre del día.....
Oscar no pudo terminar el apéndice contra el espíritu de nuestro siglo, porque se acercó precipitadamente á Agenor uno de los miembros del círculo, y le dijo sin darle tiempo á hablar:
—No sabéis lo que acaba de suceder á vuestro padre?
—No.
—Se ha roto una pierna....
—¿Dónde? ¿Cómo?—preguntó Agenor un tanto conmovido.
—Al salir del club, hace una hora....

Agenor salió precipitadamente, sin escuchar nada más, subió al carruaje de Oscar de Marigny, porque había despedido el suyo, y se hizo conducir á la calle de la Universidad.

—El doctor Vincent acababa de salir cuando entró Agenor.

El barón estaba extremadamente pálido y muy trastornado.

Al ver á Agenor hizo un esfuerzo supremo para dominar la turbación que le agobiaba desde hacía unos minutos.

Al mismo tiempo procuró hacerse fuerte contra el dolor físico.

—Tranquilízate, hijo mío,—le dijo,—es una sencilla fractura. Dentro de un mes podré andar, y me marcharé.

—¡Marcharos!—repitió Agenor asombrado.

—Sí,—contestó el barón;—pienso hacer un gran viaje.

Estoy hastiado de París.

Y al mismo tiempo el señor de Morlux miraba á su hijo como si le recordiera la conciencia por el abandono en que le había tenido siempre desde su más tierna infancia.

—¿Cuántos años tienes, hijo mío—le preguntó.—Debes haber cumplido veintiseis

—Los cumpliré dentro de dos meses, padre mío, como veis me falta poco.

—Deberías casarte.

—¡Ah!

Y Agenor se estremeció:

—Lo deseo tanto más, padre mío, porque estoy enamorado.

—¿Y de quién?—preguntó el barón procurando sonreírse.

—De una muchacha hermosa, honrada y de gran inteligencia....

—Y pobre, ¿no es verdad? Con dote sería excelente partido.—observó el señor de Morlux,—contando con esas cualidades.

—¿Quién sabe!—murmuró Agenor.

—¿Es rica por ventura?

—Puede serlo.

—Explicáte.

—Es una huérfana á quien han despojado de su fortuna, y se me metió en la cabeza la idea de hacer que la devuelvan la de que la despojaron.

El barón se sentó en el lecho y se puso pálido al oír las últimas palabras de su hijo.

—Sí, padre mío,—continuó Agenor.—Son dos hermanas, dos gemelas, dos huérfanas... Su madre, la baronesa de Miller....

Al oír este nombre, el barón lanzó un grito terrible y, con gran asombro de su hijo, cayó sin fuerzas sobre la almohada.

XXXIII

El barón de Morlux era un hombre superior, es decir, era un espíritu débil. Los hombres que no creen en Dios, creen en las mesas giratorias, en los espíritus, en las apariciones. Nadie es más supersticioso que un filósofo.

Por espacio de veinte años el señor barón de Morlux con la cabeza erguida caminó y holló cuanto encontró á su paso por el sendero del crimen, sin volver la cabeza atrás, sin palidecer y sin temblar.

Su hermano y él, después de la misteriosa muerte de la madre de Antonieta y de Magdalena, habían entrado en posesión de su herencia, preocupándose muy poco cual podía ser la suerte de las desventuradas hijas de su víctima.

Había en esto un misterio que más tarde explicaremos.

El barón enviudó poco después: esta pér-

dida apenas ensombreció su frente algunos días.

Metió á su hijo en un colegio cuidándose muy poco de él, y le emancipó á los dieciocho años, dándole con indiferencia las cuentas de la tutela.

Ninguna sombra vengadora turbó su vida que los placeres absorbieron hasta el punto de no dejar sitio en su alma para remordimiento.

Y ¡ciosa extraña! la fortuna no dejó de sonreírle ni un instante.

Heredó varias veces y le amó una mujer que había desafiado á los hombres más ricos y poderosos de París.

Sus caballos, célebres en todo el mundo, salían siempre vencedores en todos los hipódromos.

Frecuentemente decía:

—El hombre nace feliz ó desgraciado. Haga lo que haga, no puede cambiar su destino. En cuanto á mí es seguro que mi estrella no palidecerá jamás.

Pero de improvisó le hirió una fatalidad inaudita asestándole golpe sobre golpe en el espacio de algunas horas.

Se rompió una pierna; el médico, al que llamó para asistirle era precisamente el instrumento de su crimen.

Su hijo acababa de decirle: «Amo á una joven á la que han despojado de su fortuna, y esta joven se llama Antonieta Miller.»

Era lo bastante para hacerle perder la cabeza.

Lanzó un grito y cayó desplomado, pálido y tembloroso sobre la almohada, con las manos crispadas y los ojos encendidos.

—Pero, ¿qué tenéis padre mío?—esclamó Agenor asustado.

El barón, haciendo un esfuerzo, conservó un destello de sangre fría y murmuró:

—¡La piernal... ¡La piernal...!

Agenor creyó en el dolor físico de que hablaba su padre, y llamó á los criados que se presentaron en el acto.

El señor de Morlux empezó á delirar, y desde ese momento, pronunció palabras incoherentes, ya mirando á su hijo con estorpe, ya volviendo los ojos al fondo de la ha-

bitación como si viera reflejarse en las paredes la visión de que le hablara el médico.

Esta situación se prolongó hasta la mañana del día siguiente.

Al amanecer enviaron á buscar al médico que asistía ordinariamente al señor de Morlux, y que se inclinó cuando le dijeron que el doctor Vincent había hecho la primera cura.

En su concepto, la postración del enfermo era el resultado lógico del dolor físico; por lo demás, la dolencia física no ofrecía cuidado alguno. Recetó una poción calmante y se retiró.

XXXIV

Agenor, se durmió en un sillón á la cabecera del lecho de su padre que se despertó poco después.

Cuando Agenor abrió los ojos, le pareció que su padre estaba más tranquilo. La luz del día había disipado los fantasmas.

—¡Agenor, hijo mío,—dijo el barón;—qué susto te he dado!

—Sí, padre mío. Creí que os habíais vuelto loco.

—¿Qué sucedió? ¿Qué te decía? ¿Qué me decías tú?—preguntó el barón inquieto.

—Os hablaba de mis proyectos de matrimonio.

—Es verdad. ¿Y con quien quieres casarte?

—Con una joven que se llama Antonieta Miller.

Esta vez el señor de Morlux permaneció impasible.

—Bien,—dijo.

—¿La amas?

—Sí, padre mío. Pero en el momento en que pronuncié su nombre lanzasteis un grito terrible.

—¿Qué me cuentas!...

—Y por un instante creí, padre mío, que la conocías.

—No la conozco,—dijo el señor de Morlux con mucha calma,—fué esta picara pierna la que me jugó esta mala pasada.

Hubo un momento de silencio.

—¿Con que esa joven ha sido despojada de su fortuna?

—Sí, padre mío.
 —¿Por quién?
 —Lo ignora, pero Milón debe saberlo.
 Al oír este nombre palideció el barón, pero no se fijó en ello Agenor y continuó:
 —Porque habéis de saber, padre, que la madre de las huérfanas tenía un criado á quien condenaron á presidio por un delito que no había cometido.
 —Todo el que va á presidio —dijo el barón con acento de incredulidad,—va por que es realmente culpable.
 —Parece que ese hombre es inocente.
 —¿Qué pruebas hay para asegurarlo?
 —No tengo ninguna; pero Antonieta lo ha dicho, y yo lo creo.
 El barón hizo una mueca que pasó por una sonrisa.
 —Entonces ese hombre está en presidio.
 —Sí, y cuento con vos, padre mío....
 —¿Para qué?
 —Para conseguir su libertad, para que nos ayude á buscar la fortuna de Antonieta.
 —Veremos... veremos.... —contestó el barón.—¡Oh! ¡Sufro horriblemente!
 —Perdonadme, padre mío, si en estos momentos os hablo de estas cosas.... Si os parece, veré á mi tío.... el vizconde.....
 El barón se estremeció.
 —Sí, sí—murmuró el barón,—apruebo tu idea. Tu tío es un hombre grave y está muy bien relacionado..... No vive como yo y se trata con lo más escogido. Tienes mucha razón, conviene hablar á tu tío.... ó mejor dicho, vale más que sea yo el que le hable..... lo mismo que de tu casamiento: ¿quieres que le escriba diciéndole que venga á vernos?
 —No sé cómo agradeceroslo —dijo Agenor con alegría,—y no sabéis cuanto deseo que os pongais bueno.
 Y acercó á la cama un velador en el que había un pupitre pequeño, y el señor Morlux escribió la siguiente carta:

«Querido hermano: Anoche me ocurrió un accidente: me rompí una pierna; no puedo ir á vuestra casa y urge que nos veamos.»

Señor vizconde de Morlux
 calle de la Pepinière.

—Toma un carruaje y llévale tú mismo la carta. Aún no habrá salido de casa.
 —Haré que venga conmigo—dijo Agenor.
 —No; porque quiero hablarla á solas.
 Agenor tomó la carta y se dirigió hácia la puerta.
 —Si quieres que lleve tus negocios á buen término—le dijo su padre,—no digas á nadie una palabra acerca de tus proyectos, ni á la señorita Miller, ni á ese hombre.....
 —Milón.
 —Sí, á Milón. Ve y vuelve, hijo mío—añadió el barón dando la mano á Agenor que se fué y se dió tanta prisa, que una hora después el señor vizconde de Morlux estaba en casa de su hermano.
 El vizconde tenía seis años más que el barón, y rayaba en los sesenta: era un viejecillo de labio delgado, ojos hundidos y semblante demacrado y amarillento; se habría dicho que era una garduña y no un hombre.
 Tenía la palabra breve y mordaz y la voz agria, desagradable.
 —¿Qué sucede, Felipe?—dijo.
 —Carlos—dijo el barón, después de suplicarle que cerrara la puerta y de asegurarse que estaban solos,—estamos perdidos.
 —¿Porqué?—preguntó el vizconde con calma.
 —La hora del castigo ha llegado.
 La calma del vizconde no se desmintió.
 —¿Con que parece que os rompisteis una pierna?
 —Sí.
 —Y que tuvisteis calentura y delirio....
 —Sí; el delirio del terror. ¿Sabéis quien me ha hecho la primera cura? ¡El, el estudiante de la calle de la Serpiente!
 —Es una extraña coincidencia!—exclamó friamente Carlos.
 —¿Te ha conocido?
 —Sí.... y me aconsejó que me arrepienta.
 Carlos se encogió de hombros, y una sonrisa indefinible contrajo sus labios delgados y descoloridos.
 El barón prosiguió:
 —Y no es eso todo.... Agenor, mi hijo, ama á una joven.....
 —¿Y bien?
 —Esa joven se llama Antonieta Miller....
 ¿Comprendes?
 Frunció Carlos ligeramente el entrecejo.

—¿Y que más?—preguntó,
 —Sabe como se llama.... Sabe que su madre fué incautamente despojada de su fortuna.
 —Prosigue.... prosigue.... —dijo el primogénito de los Morlux.
 —Sabe que Milón está en presidio. Agenor me pidió que juntos influyéramos vos y yo para sacarle de allí ¿comprendéis ahora? —dijo el barón cuya voz apenas podía articularse á través de su contrariada garganta.
 —Comprendo una cosa—dijo Carlos con

su habitual frialdad,—que vuestro hijo Agenor es un imbécil desde el momento en que vino á contaros todo eso.
 Y el primogénito de los Morlux se echó á reír añadiendo:

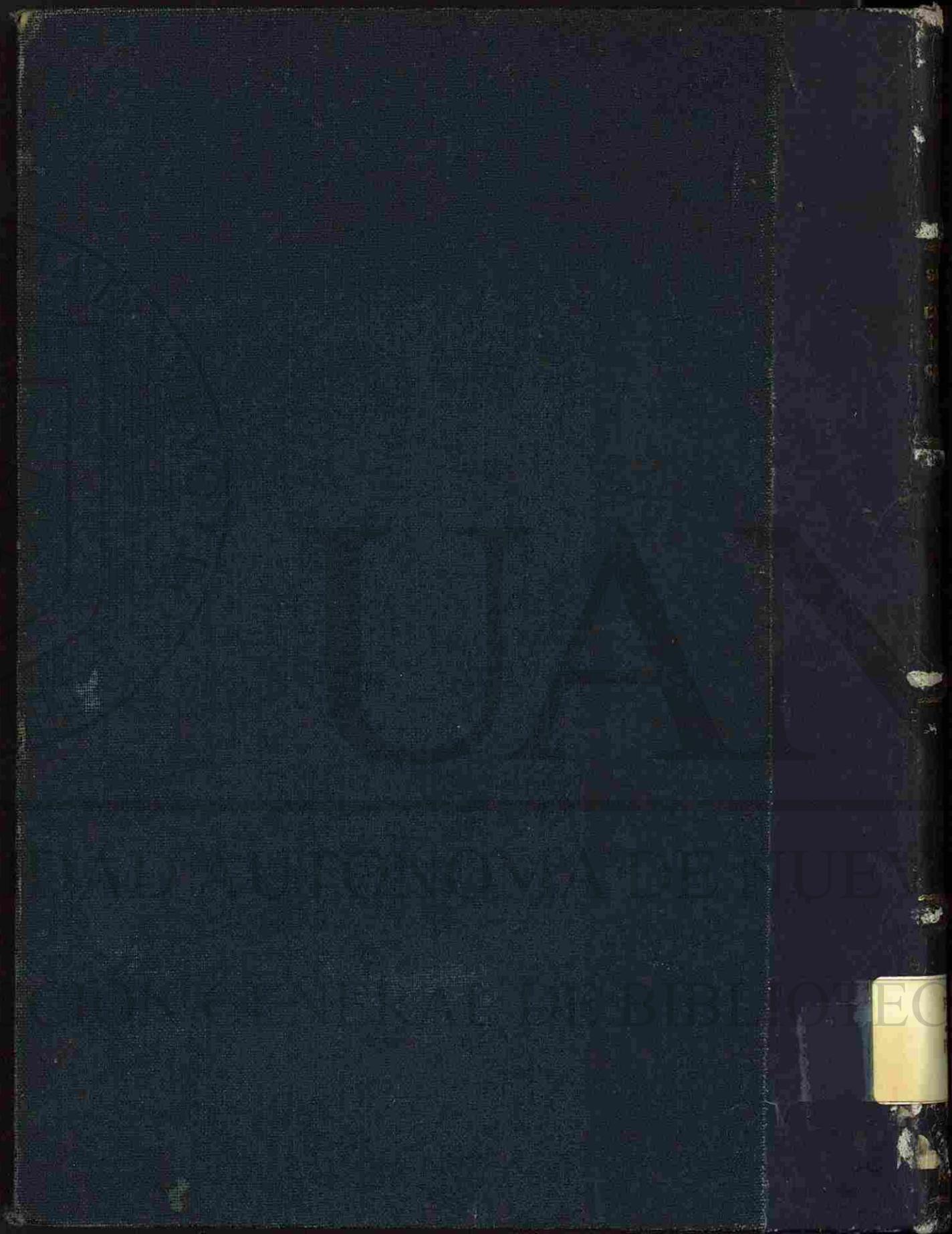
—¡Eso sí que es meterse en la boca del lobo!

.....
 ¿Se realizaron los temores del barón de Morlux ó consiguió el vizconde desbaratar los planes de Agenor? Esto es lo que narraremos en el episodio *La cárcel de mujeres*.

FIN.

MA DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS



BIBLIOTECA